

ENCICLOPEDIA
DE COSAS
VIVAS Y MUERTAS:
EL LAGO DE TEXCOCO



Adriana Salazar Vélez



**ENCICLOPEDIA
DE COSAS
VIVAS Y MUERTAS:
EL LAGO DE Texcoco**





Todos los derechos reservados. Adriana Salazar Vélez.
Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
sólo puede ser utilizada con la autorización de su titular,
salvo excepción prevista por la ley.

Esta publicación fue patrocinada por la Fundación Jumex Arte Contemporáneo
y el Ministerio de Cultura de la República de Colombia.
fundacionjumex.org

Enciclopedia de cosas vivas y muertas: el lago de Texcoco

© 2019 Adriana Salazar Vélez

Diseño gráfico: Nobara Hayakawa

Corrección de estilo: Carlos Benavides

Traducción: Carlos Benavides y José Luis Rico Carillo

Editora: Idalia Sautto

© Pitzilein Books

Allende 21 - 405 Col. Centro

Del. Cuauhtémoc. C.P. 06010

Ciudad de México

Primera Edición, Septiembre 2019

ISBN: 978-607-96389-9-3

allthingslivingallthingsdead.com

**ENCICLOPEDIA
DE COSAS
VIVAS Y MUERTAS:
EL LAGO DE TEXCOCO**

Adriana Salazar Vélez



Índice

Agradecimientos	7
Introducción	9
Contenido	29
 Enciclopedia de Cosas Vivas y Muertas: el lago de Texcoco	 37
Bibliografía	193
Sobre la autora	211

Agradecimientos

Este proyecto es en gran parte un esfuerzo colaborativo, resultado de diferentes voces y miradas. Gracias especiales a Ernesto Carrillo por acompañar esta iniciativa desde su conocimiento profundo de los terrenos del lago de Texcoco. Gracias a Raúl Solís por abrirnos a mí y a mi equipo las puertas del antiguo lago. Gracias a Edgar Morales por permitirme hacer uso de sus mapas y por compartir sus experiencias de la cuenca. Gracias a Carlos Benavides por las notas, comentarios y ediciones que le dieron más claridad a las ideas aquí escritas. Gracias a Esther Rivas y Adriana Kozub por ser cómplices y compañeras incansables en las exploraciones de los terrenos lacustres, así como por creer en el proyecto aún cuando no tenía forma clara. Gracias a Iván Mejía, Elia Espinosa, Alberto López

Cuenca y Juan Manuel Marentes por leer el manuscrito de esta enciclopedia, tender puentes entre este mundo y el mundo académico y defender formas de conocimiento operando en los márgenes de ciertas disciplinas. Gracias a Ariadna Ramonetti por mostrarme lo que pasa al otro lado de la barda. Gracias al Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco por permitirme acompañar una larga defensa del territorio lacustre durante su última etapa. Gracias a David Gutiérrez y Cecilia Delgado-Masse por abrirle espacios de interlocución a este proyecto editorial, articulándolo al proyecto Museo Animista del Lago de Texcoco. Gracias a las lectoras y lectores que alimentaron esta enciclopedia de diferentes modos antes de que ésta se transformara en libro: Patrick Murphy, Ruth

Carroll, Fabián Gutiérrez, Srdjan Tunic y el grupo de estudiantes del taller de curaduría que tuve la fortuna de impartir en la Escuela Nacional de Estudios Superiores de Morelia. Gracias a Nobara Hayakawa, José Luis Rico e Idalia Sautto por darle a este proyecto su primera forma.

Gracias por último a la Fundación Jumex Arte Contemporáneo y al Ministerio de Cultura de Colombia porque gracias a su apoyo este proyecto podrá ver la luz pública.

Introducción

Al oriente de Ciudad de México hay un lago que perdió su agua hace más de 40 años y aún sigue siendo llamado "lago". Su nombre se enuncia equivocadamente cada vez que aparece en los diarios nacionales, o cuando se escribe en las señales de tránsito a la orilla de la carretera que hoy lo atraviesa. No se le llama "territorio": se le llama siempre "lago" a pesar de estar seco y poblado de una materialidad distinta. Esta cuenca hecha de sal y tierra, como cualquier difunto cerca de nosotros, necesita un duelo expandido en el tiempo: en medio de su "hogar", ahora frío y cubierto de polvo, se sigue pronunciando su nombre. El sonido del nombre resuena sin respuesta en la concavidad de este lago vacío, como si fuera emitido entre las paredes de la casa donde habitaba un cuerpo recientemente muerto, bajo la vigilia de los vivos: llamarlo "lago" hace

más evidente su ausencia, trayendo a presencia su fantasma.

El lago de Texcoco era el cuerpo de agua más grande en la región central mexicana antes de que Hernán Cortés avistara sus orillas desde la distancia, confundiéndolo con un "mar interior" (Cortés, s.f.). Para ejercer dominio sobre estas tierras lacustres, los colonos españoles se asentaron sobre las ruinas de templos y viviendas del pueblo mexicana, construyendo una nueva ciudad exactamente encima de la ciudad de Tenochtitlán, asentada a su vez sobre una isla en medio de este gran lago. De esta operación de superposición y desplazamiento surgió a lo largo del siglo xvi la Ciudad de México, la cual, en el curso de los siglos subsecuentes, se expandió empleando la misma lógica de conquista, más allá de la isla, lago adentro. El lago de Texcoco fue igualmente sometido,

confinado y reducido a medida que la capital crecía. Hacia 1971 su cuenca ya estaba completamente seca, resultado de un proceso paulatino de desecación inducida.

Si hiciéramos el ejercicio de superponer un mapa del área actual de la Ciudad de México sobre un mapa hidrográfico de esta misma región hacia 1500, el agua cubriría casi todas las edificaciones de la metrópolis, desde Lindavista en el extremo norte de la ciudad hasta Coyoacán al sur; desde los bordes del Bosque de Chapultepec al occidente, extendiéndose al oriente más allá del Aeropuerto Benito Juárez, inundándolo hasta entrar en la ciudad de Texcoco. Su agua salada lo cubriría todo, hinchándose, expandiendo sus orillas cada año durante las fuertes lluvias que aún azotan a la región entre junio y agosto. Sin embargo, si mirásemos hoy desde el aire la misma área (antes desbordante de agua salada), veríamos una sucesión de terrenos con características topográficas radicalmente diferentes entre sí: a veces sobresaliendo visualmente como explanadas áridas de bordes irregulares, en ocasiones revelando algunas zonas que devoraran a otras en cúmulos densos de

edificaciones, o con algunos terrenos siendo cortados en cuadrantes ortogonales por anchas autopistas.

Históricamente, desde que comenzaron en esta cuenca las luchas entre humanos y tierra, derivadas de la empresa española e impulsadas de cierto modo —aunque desde una visión enteramente distinta de la europea— por la llegada del pueblo mexica al Valle de México (Espinoza 1996), el lago de Texcoco ha dejado de ser sólo un punto geográfico en la región central mexicana para convertirse en un espacio de múltiples territorialidades y linderos cambiantes, donde convergen combates sociales, políticos, económicos, biológicos e incluso geológicos: los mexicas fundaron en primera instancia una ciudad sobre una isla, la cual expandió su extensión de tierra firme a partir de diversas estrategias ingenieriles que establecieron acuerdos entre estos nuevos ocupantes, el lago y sus criaturas; esta ciudad fue posteriormente sepultada por otra ciudad, acarreado con ello múltiples formas de violencia, ejercida sobre los anteriores ocupantes y trayendo consigo otras relaciones entre agua, tierra y humanos; una vez establecida esta superposición de ciudades

—dicho ensamble conviviendo con el agua en delicado equilibrio, rodeado por un cuerpo lacustre que constantemente crecía y cedía—, los modos nativos de vivir sobre el lago de Texcoco entraron en conflicto con los nuevos, desatando procesos irregulares de expansión urbana y proyectos accidentados de canalización de las aguas salitrosas, induciendo a su vez cambios acelerados en las relaciones previamente establecidas por los primeros pobladores entre humanos, agua, tierra, construcciones, plantas, animales y otras formas de vida. En este sentido, la pérdida del agua lacustre podría considerarse el combate más persistente entre los resultantes de la ocupación humana de esta compleja geografía.

Los combates que se desatan a partir de la desecación de este lago —ocupando estos una franja cronológica minúscula (1971 al presente) comparada con aquella que se extiende desde la llegada de los primeros humanos a este valle hasta la desaparición del agua lacustre— han sido intensos y de enorme impacto para la urbe y las regiones circundantes. Estas luchas se han inscrito sobre la aridez de un suelo llano y salino en constante pugna por su regeneración,

implicando a múltiples actores y fuerzas: nuevas vidas vegetales y animales que intentan abrirse camino en medio de la aridez; movimientos persistentes de un suelo en proceso de hundimiento; tormentas de arena que se levantan sobre el lecho del lago, desbordándolo; fuerzas urbanizadoras fraccionando los linderos lacustres en múltiples parcelas; desarrollos industriales abriéndose camino en medio de sus terrenos; disputas políticas que presionan su antigua orilla hasta hacerla estallar; explosiones demográficas de una ciudad que reclama una salida para sus residuos, arrojándolos repetidamente sobre la cuenca vacía. Estas pugnas, al suceder y superponerse, fracturan al lago hasta que éste se rompe en múltiples pedazos.

¿Cómo entender el presente estado de un lugar transformado radicalmente (de lago a desierto), luego deshecho en fragmentos?

Los siglos iniciales de lucha entre el lago y sus conquistadores han sido ampliamente revisados por historiadores, arqueólogos y antropólogos. Dichas revisiones han sido incorporadas a las narraciones de la historia mexicana: la

llegada de los bergantines españoles, la destrucción de la presa de Nezahualcóyotl y la construcción del Tajo de Nochistongo y del Gran Canal que desplazó los últimos litros de agua salada fuera de la cuenca lacustre, entre otros hechos. Sin embargo, los eventos ocurridos en el transcurso de los últimos cuarenta años han dificultado la formación de una narrativa unificada alrededor de este "pedazo de tierra". Entre dichos eventos se pueden identificar: el confinamiento del lugar (luego de ser intencionalmente desecado) como zona federal bajo la protección del gobierno mexicano; la consecuente fragmentación del suelo lacustre, producto de las múltiples disputas ya mencionadas; y más recientemente, el proyecto de construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, destinado a erigirse en sus terrenos. Sólo estas tres situaciones ya parecen pertenecer a lugares distintos: cualquier pesquisa sobre la condición actual de este territorio derivará en conjuntos de pesquisas disímiles, refiriéndose cada una a alguno de sus pedazos. Por ejemplo, en los diarios nacionales se encuentran notas de prensa que presentan relatos parciales de las protestas de los pueblos ubicados

sobre la frontera oriental del lago, así como reportes contradictorios o incompletos de los avances y complicaciones de la infraestructura aeroportuaria. De manera similar, en los archivos de la Comisión Nacional del Agua de México (Conagua) se encuentran algunos informes y documentos aislados, presentados como versiones de una realidad que cambia sustancialmente de gobierno a gobierno. Además, han surgido recientemente algunas investigaciones sobre aspectos específicos de esta cuenca, producidas desde diversas áreas académicas incluyendo, entre otras: estudios de urbanismo sobre la tipología de su suelo; investigaciones antropológicas sobre los pueblos que habitan la zona oriental del antiguo lago; pesquisas geográficas que han derivado en cartografías proyectando el desarrollo del complejo aeroportuario sobre el terreno. El suelo lacustre, por su parte, ha cambiado aceleradamente, se ha politizado y transformado de maneras cada vez más radicales, borrando rápidamente de su superficie todo lo que se deposita en él. Como resultado, la información sobre el pasado reciente del lago de Texcoco se ha presentado a la manera de datos, reportes o estudios

no articulados entre sí, algunos aportando a la comprensión de los devenires de la cuenca aunque a menudo aislados por espacios vacíos.

Si bien la información que se emite sobre este terreno no nos permite contemplar un "todo", se percibe a la vez, al observar los múltiples gradientes de su suelo, las criaturas que lo habitan o transitan, sus linderos movedizos, o los flujos materiales que constantemente se incorporan a él o se extienden hacia "afuera" desde él, cómo desde el lago mismo opera una resistencia a ciertos intentos de definición —laguna, predio, territorio, reserva o cualquier otra categoría de lugar preexistente—. Dicha resistencia afecta, entre otros aspectos, la formulación de una noción unificada de la "vida" que en él se constituye. La desecación erradicó de su superficie a todo un ecosistema lacustre, aunque también propició diferentes "vidas" que iban apareciendo a medida que el lago cambiaba: algunas de estas vidas existían antes que el agua, ocultándose bajo la tierra a modo de estratos minerales; otras llegaron como especies foráneas que lentamente se fueron adaptando, repoblando zonas enteras de tierra salitrosa; algunas llegaron a

este espacio encontrando en él un refugio temporal, para luego migrar y dejar a su paso algunas huellas; otras existieron brevemente como asentamientos humanos, rápidamente derrumbados y reconquistados por "no humanos"; unas cuantas manifestaciones vitales aparecieron luego de la construcción de obras infraestructurales, conformando nuevos ecosistemas en medio de éstas (vasos reguladores, corrales de animales, granjas, cultivos de peces, depósitos de basura); otras sólo existieron en potencia, en forma de proyectos no realizados (unidades habitacionales, un balneario, un zoológico).

Al igual que las iniciativas de transformación del lago parecen proceder de lugares diferentes, cada uno de estos fenómenos vitales aparece como si perteneciera a ubicaciones geográficas distantes e inconexas. A veces estas formas de vida se muestran indistinguibles de las intervenciones humanas, aparentemente artificiales, que han sido emplazadas sobre su lecho. En el terreno lacustre también han coexistido, colisionado y emergido (a veces brevemente, a veces intermitentemente) varios sistemas de relaciones entre criaturas, construcciones y porciones de

terreno; diversos escenarios de intercambio o negociación entre humanos, plantas y animales; algunas situaciones en las que algo inerte se anima de algún modo o algo vivo decae hasta desaparecer. En ello, el estado actual de esta cuenca no sólo se revela difícil de aprehender por su carácter fragmentario, o por la escasez de información sugiriendo posibles articulaciones entre sus diferentes fracciones, sino que además impide ser capturado o comprendido por medio de categorías unívocas tales como “vida” o “naturaleza”.

Intentar subsumir las piezas de este territorio, desierto, predio, ejido, humedal, parque, reserva, bordo, aeropuerto, junto a sus múltiples transformaciones (actualmente en curso) a una abstracción, a una única jerarquización o incluso a un texto lineal, puede derivar en un esfuerzo infructuoso. En primer lugar, no habría institución del conocimiento reclamando estos contenidos como propiamente suyos. Si bien desde la academia se están observando ciertos aspectos de la actual cuenca de Texcoco, poniendo elementos aparentemente inconexos en conversación dentro de algunos análisis (Ramonetti 2016; Geocomunes

2017), las instituciones académicas en México aún no han abierto espacios curriculares o de investigación en los cuales se impulse la observación simultánea de componentes dispares y puntos de vista móviles, como un modo de aproximación válido para dar cuenta de las complejidades de esta geografía.

En segundo lugar, desde ciertas áreas académicas tales como la arqueología, están produciéndose estudios que examinan sitios específicos a partir de sus partes —pedazos y objetos aparentemente muertos y disgregados (Gándara 2016)—, observando dichas partes como evidencia de sistemas complejos otrora constituidos por diversas fuerzas humanas y no humanas. Sin embargo, tanto la noción de patrimonio como la práctica arqueológica en México —al menos en su componente de divulgación al público—, revelan aún algunas limitantes, al situar sus objetos en cronologías remotas (anteriores a la llegada de la modernidad al territorio mexicano). La noción de patrimonio se puede ver enactuando en las instituciones que administran la visibilidad de los hallazgos arqueológicos (los museos), a menudo otorgando mayor presencia a ciertos

hallazgos que a otros, privilegiando en ello ciertas versiones del pasado sobre otras: en el Museo Nacional de Antropología de México, por ejemplo, se observa cómo las piezas relativas a la cultura azteca se ubican en su edificio central, trazando desde esta posición arquitectónica, unida a la disposición museológica de sus reliquias, un "relato originario", una línea unívoca articulando la historia y, con ésta última, una interpretación de las transformaciones territoriales de esta nación. Según lo anterior y dentro de este marco de referencia, los restos y relatos referentes a las últimas décadas del lago de Texcoco, tan disgregados como incompletos, serían insuficientes para poder concretarse en un objeto académico de estudio: son demasiado recientes para formar parte de la Historia (en mayúscula), y a la vez se ubican fuera de los lineamientos avalados por aquellas instituciones que excavan, coleccionan, administran y exhiben el patrimonio (Congreso de los Estados Unidos Mexicanos 1972). Desde las barreras que el lago de Texcoco levanta para ser narrado en una dirección única, surge la oportunidad, tanto de relatar sus fragmentos, como de construir un marco que los contenga, que les

permita existir como tales. Por esto, en lugar de intentar situar dichos restos, fragmentos y relatos sobre líneas de investigación de las humanidades (la historia del arte, la arqueología, la antropología, entre otras), estos podrían ser llevados al terreno abierto de la *investigación artística*.

Llamo *investigación artística* al texto que aquí introduzco, porque obedece a unas necesidades epistemológicas particulares (la fragmentariedad, el tiempo presente y el carácter dinámico de este lago) que podrían ser atendidas en una *investigación* de largo aliento. La llamo así también porque responde a las características del campo del *arte* (uno de los campos dentro de los cuales este texto se inscribe, se produce y se proyecta).

En tanto investigación, este trabajo se inscribe en el marco de una tesis doctoral: por esto se ve implicado en negociaciones entre una serie de normas institucionales, una necesidad de fragmentariedad que reclama el lago y un carácter experimental que tiene como fin articular el presente texto a ciertas operaciones artísticas. Además, esta iniciativa proviene de un deseo por hacer legible y válida una forma propia de conocer,

poniéndola en conversación con investigaciones de disciplinas científicas o humanísticas sin subordinarse a ellas. Inscrita (aunque no exclusivamente) en los espacios académicos de una escuela de arte, esta enciclopedia también permitiría señalar una separación entre teoría y práctica al interior de algunos programas de educación artística: sus textos se filtran y circulan en medio de esta separación. En dichos programas, la práctica —entendida como una serie de saberes aplicados a la producción de obras de arte— conduce con frecuencia a una serie de resultados “tangibles” que validarían la profesionalización del arte como “especialidad”: los objetos del arte, bajo esta mirada, tendrían lugar en un mercado específico al no ser utilitarios como aquellos del diseño, ni puramente intelectuales como aquellos de las disciplinas humanísticas. Bajo esta dicotomía, la teoría juega a menudo como suplemento en la educación artística, apalancando y reforzando a la práctica, aglutinándola a las demandas formales de conocimiento que regulan a las instituciones universitarias (Grande 2013).

La *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* habita las grietas que se

generan entre este tipo de práctica y este uso particular de la teoría.

También acudo aquí a la expresión *investigación artística* al observar que esta enciclopedia se inscribe en un territorio de discusiones que articulan *arte e investigación* en un examen crítico de ciertas producciones artísticas: dichas producciones están en tensión con una economía contemporánea del conocimiento (Sadr Haghghian 2010, 32-33). Algunas de estas discusiones se centran en las formas de producción que surgen al interior de las academias de arte: como se ha mencionado más arriba, en estas instituciones se pueden gestar disputas entre las exigencias de homogeneización de cierto régimen de producción de saberes y las demandas de singularidad, “desobediencia” y apertura que son propias de las prácticas artísticas (García 2010). Otras discusiones examinan el rol de la escritura dentro de la producción artística: el montaje, el ensayo, el *cut-up*, entre otras formas experimentales de escritura, pueden constituir métodos que abren la posibilidad de “fabricar” hechos, borrando la frontera entre realidad y ficción, o entre teoría y práctica (Fernández 2013). Ciertas discusiones buscan revisar las relaciones entre

arte e investigación, develando múltiples relaciones entre poder y saber, o entre arte, conocimiento y contextos en conflicto (Steyerl 2010). Dentro de estas discusiones se formulan posibles historias de intersecciones entre arte, ciencia y acción política que se remontan a comienzos del siglo xx, estando presentes en el desenvolvimiento de diferentes luchas sociales y políticas alrededor del planeta; se señalan también algunos métodos artísticos de investigación derivando en hallazgos científicos (como la factografía o el cine-ojo soviético), así como métodos científicos apropiados y reinterpretados que apuntan a posibles horizontes de colaboración interdisciplinaria. Éstas y otras discusiones se han articulado recientemente en esta polémica pareja de términos, configurando un territorio poroso, abierto y aún en formación.

Asumiéndome como investigador-a artística he atravesado este lago muerto, este desierto vivo, moviéndome literal y figurativamente por los intersticios que se abren entre pedazo y pedazo. Me he involucrado en sus devenires, siendo interlocutora de los humanos que lo rondan e intervienen. He inventariado

formas de vida que han crecido ahí. He raspado la superficie de su suelo, levantando escombros que se han depositado en ella desde hace años, limpiándolos uno a uno. Cuando los pedazos aparecían demasiado disgregados, me he sembrado en medio de ellos como aglutinante. He actuado también como investigadora-detective, pasando horas en los archivos empolvados de la Comisión Nacional del Agua, leyendo uno a uno proyectos que usualmente no se leen (y que nunca fueron realizados). He armado colecciones de notas de prensa veraces o a veces contradictorias, de mapas que muestran demarcaciones inconsistentes del terreno. He usurpado los procesos de otras disciplinas cuando estos ayudaban a construir sentido sobre alguna pieza, cuando me permitían precisar parámetros de rigor para defender la importancia de mi tarea (entre estos los más útiles fueron tal vez la excavación arqueológica, la etnografía y la escritura literaria). He usado la experiencia y el afecto como métodos de investigación y portadores de información.

En este camino de indagación he descubierto que la escritura académica que resulta en artículos

o monografías no necesariamente constituye el único camino a proceder al acercarse a un problema, a un contexto o a una investigación. He descubierto además que aquellas disciplinas de las cuales estaba tomando prestadas algunas metodologías poseen una tradición de investigaciones abiertas, de escrituras fragmentarias, de prácticas que transitan entre disciplinas: mi investigación se ha nutrido de todas ellas. En este camino por el lago de Texcoco, algunos de los textos, investigaciones y “cajas de herramientas” que me han acompañado son ellos mismos investigaciones-fragmento, textos-fragmento o proyectos-fragmento: la *Obra de los pasajes* (Benjamin 2013), *Fragmentos de un discurso amoroso* (Barthes 1993), *Staying with the Trouble* (Haraway 2016), *My Cocaine Museum* (Taussig 2004), *Espèces d'espaces* (Perec 2000), *Tentativa de agotamiento de un lugar parisino* (Perec 2014) o *The Center for Land Use Interpretation* (Coolidge 1994) son algunos ejemplos de investigación-fragmento que proceden transversalmente entre disciplinas, que articulan contextos distintos, que permiten la coexistencia y conversación de elementos diversos en un mismo espacio de pensamiento.

En esta iniciativa que he llamado aquí *investigación artística*, los textos filosóficos, etnográficos, literarios y de teoría crítica coexisten como fuentes consultadas en igualdad de condiciones con entrevistas, material hemerográfico, material de archivo, algunas iniciativas situadas en la intersección arte-ciencia y algunos textos contaminados por imágenes: cada referente me ha informado sobre un modo distinto de producir conocimiento. Adicionalmente, las conversaciones sostenidas al recorrer los terrenos del lago con ingenieros que trabajan para el gobierno mexicano o con habitantes de los pueblos de la región de Texcoco —las cuales se han ido sumando en capas de múltiples visitas mientras se incorporan a ellas el rumor y la anécdota—, constituyen referentes de relaciones dinámicas e íntimas con la tierra que los meros textos no alcanzan a proporcionar. Los materiales coleccionados durante visitas a la cuenca, esas “piezas de las piezas” del lago, son también portadores de información fidedigna: una piedra de tezontle, un pedazo de vidrio con cristales de sal, e incluso un trozo de muro constituyen la materia de las colonizaciones del lago, así como la evidencia de su colapso. Las sensaciones que se experimentan al estar en el

lugar producen también un tipo de conocimiento insustituible: la temperatura, los olores, los sonidos señalan aquello que diferencia a un sitio de otro, permitiendo también crear posibilidades de identificación.

Todas estas formas de conocer, desde la más académica hasta la más vernácula, convergen como iguales en este proyecto. Situadas en el contexto del actual lago de Texcoco, tanto las fuentes de información como las metodologías de investigación se asumen desde la lógica del fragmento: cada pedazo de este lugar requiere de un modo de aproximación específico; cada pieza reclama un modo particular de ser identificada y comprendida. Todas además tienen cabida en ese campo que se llama hoy "arte"; aquello que se desalinea de la academia para huir de los rigores que a veces pueden imponerle las humanidades, y que a la vez se refugia en ella para escapar de las limitantes que le impone el mercado. Este campo, al ser más cercano a una botella de Klein (una figura cuyo exterior es a la vez su interior) que a un plano delimitado, requiere que las investigaciones que surjan de él produzcan sus parámetros, sus salidas, sus contenedores.

Por ende, propongo a la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* como depositaria de los datos, léxico y carácter propios del lago de Texcoco: un ejercicio de apropiación realizado sobre una metodología de conocimiento; un conjunto de particularidades inscrito dentro de un contenedor de totalidades, llevado a cabo con una cierta licencia poética en la construcción de su estructura, preciso y cuidadoso con los contenidos que lo pueblan. El contenedor infinito que proporcionan las enciclopedias modernas bajo la promesa de un "conocimiento total", compartimentado bajo el orden arbitrario del alfabeto, puede parecer hoy un acercamiento anacrónico al problema del saber: en un orden planetario en el cual los sucesos recientes han revelado los límites de ciertas hegemonías, y en el cual vemos cómo sus viejos centros de poder se desmoronan mientras surgen rápidamente otros nuevos centros, la idea de totalidad parece cada vez más cuestionable. Reconociendo esta coyuntura surge la idea de reconquistar este viejo formato enciclopédico de un modo particular.

Como lo he mencionado más arriba, después de la desaparición de su agua

lacustre, la cuenca de Texcoco estálló en un conjunto de pedazos con características distintas: el desierto, el ejido, la ciudad, el paisaje, la oficina, el muelle, el campamento, el bordo, la autopista y el aeropuerto son algunos de estos pedazos, constituyendo cada uno un sitio en sí mismo. También he mencionado que el espíritu de esta investigación no privilegia unas metodologías sobre otras, ni unas fuentes de información sobre otras. Los elementos que componen cada pedazo son a su vez extremadamente particulares, demandando en ello ser descritos en sus especificidades: el desecho, el escombros, el lodo, el pasto, la tierra, el suelo o el humano (entre otros) adquieren un significado puntual en este contexto que no tienen por fuera de él; por esto no pueden ser tributarios de los sitios, métodos o fuentes. Todos los elementos conjugados producen ese conocimiento fragmentario que el lugar requiere: ninguno puede ser priorizado ni puede estar como un subíndice del otro. Por ello, las ambiciones de ese "todo" enciclopédico y su forma de organizar el conocimiento alfabéticamente, en una sucesión de entradas que describen aquello que debe ser conocido, fueron justamente aquello que

me permitió encontrar un marco de horizontalidad para mis pesquisas; fueron aquello que abrió el espacio para que tuvieran cabida todos los elementos que hacen parte de esta investigación sobre el lago de Texcoco sin imponerse entre sí.

Una enciclopedia, tradicionalmente, está hecha de artículos redactados en un lenguaje desprovisto de toda voz subjetiva, diciéndonos cómo son las cosas del "mundo", cuáles son los asuntos cognoscibles e importantes. Una reconquista de la enciclopedia como la que aquí propongo, situada tanto geográfica como políticamente en un lugar (el lago de Texcoco) y en un tiempo (un presente en el cual el pasado aparece intermitentemente), habla de sus contingencias, relata su especificidad. Lo hace además desde la parcialidad de una mirada que se manifiesta a través de varias voces: la escritura etnográfica, la literatura, la crónica experimental y la escritura como una práctica inscrita en las artes visuales (esta última siendo un campo-botella-de-Klein que posee en sí mismo una tradición de manifestos, de yuxtaposiciones entre palabra e imagen, de apropiaciones del discurso, de usos de la palabra como símbolo o dibujo).

De la misma manera, al compartir con colegas e investigadores de otras disciplinas los retos que plantea el acercarse a la condición fragmentaria del lago de Texcoco, me he encontrado con interlocutores de las más diversas procedencias, todos hablando los dialectos que resultan de una explosión de capitales cognitivos, cristalizados en innumerables especificidades lingüísticas: esta enciclopedia ha debido honrar entonces la lengua del geógrafo, del ingeniero, del poeta, del periodista, del antropólogo, del artista, del arqueólogo, del filósofo y del curador de museos, para que así todos puedan acercarse a ella. Además, la forma de escritura que aquí se propone entra en relación con otros lenguajes —híbridos, inclasificables o “indisciplinados”—, al surgir en un espacio intermedio entre los circuitos artísticos y la academia.

Las diversas formas de escritura arriba mencionadas revelan la necesidad de múltiples ejercicios de traducción, operando de modo más táctico (adaptativo, dinámico, circunstancial) que estratégico (dotado de una visión a priori de los asuntos a describir), aproximándose a veces a una situación desde la cercanía de la primera persona, marcando

en ocasiones la distancia de una descripción técnica y, en otros casos, dando los rodeos fenomenológicos necesarios para cubrir una extensión de terreno llena de accidentes. Cada “táctica escritural” responde al carácter del elemento que ésta intenta traducir, desplegándose los elementos que conforman el universo abierto y roto de la cuenca de Texcoco en un espectro que oscila entre la inmaterialidad de un concepto y la dureza de un edificio; a veces los conceptos, puestos en relación con ciertos elementos, pueden aparecer sólidos, y las rocas, gaseosas. La traducción a la cual me refiero no podría reproducir los rasgos del lago de Texcoco “tal cual son en la realidad”: en este régimen de tácticas escriturales no habría cabida para la producción de imágenes objetivas, porque el espacio (junto con los múltiples espacio-tiempos inscritos en él), como se ha explicado más arriba, es cambiante y fragmentado. Tampoco habría aquí “objetividad” porque el acto mismo de traducir (de un uso de la lengua a otro, de una disciplina a otra, de una temporalidad a otra) implica siempre una modificación, un desplazamiento, una toma de partido, una aproximación parcial: traducir se entiende aquí como el ejercicio de

producción de una forma autónoma, íntimamente ligada a un evento originario aunque radicalmente diferente de éste (Benjamin 1997, 155). Aquí, quien escribe, lo hace además desde un uso particular de la lengua moldeado socioeconómicamente, orientado políticamente, localizado geográficamente, situado históricamente, encarnado: escribo aquí desde un cuerpo específico que se desplaza por el suelo lacustre según la medida de sus fuerzas, midiendo en ello las distancias, diseñando las tácticas y recomblando las palabras en frecuencias alineadas con unos ritmos cardíacos y circadianos concretos, afectados a su vez por la altitud, el clima y la calidad del aire (entre otros múltiples factores).

Una de las tácticas escriturales arriba mencionadas aparece bajo la forma de un narrador en primera persona: hay un "yo" a quien se le atribuye en ocasiones ser el interlocutor de una conversación, el caminante en una salida de campo, el observador de un fenómeno o el productor de una fabulación particular sobre el futuro de un sitio en peligro de desaparecer. Apareciendo bajo un giro aparentemente simple de pronombre, un texto puede pasar de la

tercera a la primera persona y en ello revelar su ejercicio de traducción, su artificialidad: hay alguien escribiendo, generando las voces y sus diferencias, produciendo los hechos que se registran en las distintas entradas "enciclopédicas". A la vez, como se expuso más arriba, el lago de Texcoco ya propone desde sí una borradura entre naturaleza y artificio que permea los modos de escribir sobre él, y que por ende situaría al narrador como un fenómeno más que se adhiere al suelo salino lacustre, a los cimientos de proyectos fallidos, o a las rocas. En algunos textos el narrador se muestra como un punto de partida que abre lugar a otros fenómenos, a la manera de un detonante de historias que, una vez desaparece esta voz, se cuentan solas. En todos los casos este narrador no es confesional, no es biográfico, no pretende ser autorreferencial: este "yo" es más bien una *función narradora* que hace parte de las tácticas empleadas en esta enciclopedia para dar cuenta de las complejidades de esta cuenca. De acuerdo con las borraduras entre modos de escribir, narrar y traducir propios de esta enciclopedia, algunas entradas se escriben en una "primera persona" diferente de aquella que acabo de llamar *función narradora*,

dándole voz a un elemento aparentemente inanimado: el agua, el concreto, la ruina, la sal. Estas entradas se ocupan de elementos que de algún modo están presentes en todas las particiones de este terreno, siendo agentes de constantes transformaciones, desbordándose constantemente hacia afuera de los linderos lacustres. Dentro de este conjunto particular de entradas la *traducción* también aparece como una voz que habla por sí misma, enunciándose como una fuerza capaz de afectar las realidades materiales aparentemente “objetivas” de esta cuenca. Esta voz pone en evidencia al *texto* como otro elemento constitutivo del lago.

Cada entrada enciclopédica escrita aquí presenta un elemento propio de la materialidad del lago, un concepto político o jurídico que vibra en el lugar, una noción que resuena en él, una referencia que informa su universo o una palabra que habla sobre las decisiones tomadas durante los procesos de pesquisa. Todas están organizadas bajo el mandato arbitrario del alfabeto, adoptado también de las taxonomías modernas; los diccionarios y enciclopedias inscritos en un espíritu omni-barcante se valen de índices, tablas y

otras taxonomías para establecer una jerarquía mientras homogeneizan los objetos clasificados. Aquí, más que la imposición de un orden, la indiferencia del alfabeto ofrece la posibilidad de construir diferentes modos de lectura, así como de entender a la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* como una herramienta de consulta: el lector podrá desplazarse por las entradas partiendo de cualquier punto, realizando saltos inesperados, leyendo una sola entrada elegida al azar, siguiéndola de la Z a la A, o consultando su índice en busca del sentido que cobra una palabra específica dentro de este lago desaparecido.

Así, esta estructura aparenta ser un contenedor rígido, siendo realmente un *rizoma* (Deleuze y Guattari 2008, 9-45): en ella es posible hacer saltos entre entradas no consecutivas, produciendo en cada lectura un “todo” diferente. Por esto la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* demanda un lector atento, productivo y creativo: en ausencia de un hilo conductor, de una línea argumentativa, de un objeto unitario e incluso de un único estilo de escritura, se le exige a quien la lea la tarea de recomponer los pedazos del lago. Del mismo modo, se le

pide al lector la apertura y complicidad que implica entender una multiplicidad fragmentaria, ya que al intentar recomponer estos pedazos, sea por diferentes vías, el “todo” nunca aparecerá como resultado.

En el índice alfabético también se hace claro que en esta enciclopedia todos los elementos que se ordenan bajo su criterio (sin presencia de capítulos, subíndices o conclusiones) son igualmente importantes: en función de esta horizontalidad también se han eliminado las notaciones jerárquicas de la cita o la nota al pie, y se han concentrado las referencias en un apartado que he llamado *Referencias, documentos, relaciones, conversaciones*. En este apartado coexisten: materiales hemerográficos informando sobre los devenires más recientes del lago; textos que motivan reflexiones metacognitivas atravesando transversalmente a las entradas; escritos que orientan las decisiones metodológicas dando lugar a este contenedor; hallazgos que animan el tono de la escritura; materiales (audiovisuales, visuales, textuales) “hermanos” o afines a este conjunto de entradas.

Cada entrada aparece contaminada, mediada o moldeada por muchas de estas referencias. Si éstas fuesen anotadas como comentarios o apartados bibliográficos inscritos al pie de cada entrada enciclopédica o ubicados en sus márgenes, las referencias se desbordarían; crecerían como una enredadera por entre las líneas, formando un metatexto que exigiría la creación de otro sistema de notaciones y ordenamientos: un contenedor dentro de otro contenedor, siendo el primero una estructura que ya en sí misma presenta suficientes retos y riesgos metodológicos.

Sin embargo, algunas “compañeras y compañeros de viaje” merecen ser mencionados: más arriba señalé algunas investigaciones-fragmento que han sido hallazgos fundamentales para entender a la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* como parte de un conjunto de iniciativas que trabajan con y desde lo discontinuo-fracturado. Ernesto Carrillo (2015) y Ariadna Ramonetti (2016) me abrieron acceso al lago de Texcoco desde sus respectivos intereses y proyectos, permitiéndome acceder a situaciones que de otro modo no habría sido posible descubrir. De la mano de Elizabeth Povinelli (1995),

Donna Haraway (2016) y Arturo Escobar (2012), entre otros acompañantes, he aprendido a borrar la línea entre arteificio y naturaleza de manera más asertiva, al entender cómo humanos y no humanos (tierra, plantas, animales, artefactos tangibles e intangibles) podemos articularnos en diferentes sistemas, proponiendo alternativas a estas categorías binarias. El término *no humano*, usado aquí con frecuencia, lo he tomado en préstamo de Bruno Latour (1994, 2007, 2014), quien también me ha acompañado en esta tarea enciclopédica desde su apuesta por las técnicas como ensamblajes de humanos y no humanos, como mediaciones en lugar de meros dispositivos. Donna Haraway (1998) también ha sido una acompañante fundamental en la concepción de esta enciclopedia como contenedor de cierto tipo de conocimiento que es siempre situado y parcial. Algunos compañeros de viaje han arrojado luz sobre posibles modos de replantear las relaciones entre lo vivo y lo inerte, reanimando el concepto aparentemente obsoleto, colonial y esencialista de *animismo*: Harry Garuba (2012), por ejemplo, propone mirar al animismo como una forma de resistencia a los dualismos que aún hoy se imponen en

muchos contextos, defendiendo una visión planetaria en la cual lo vivo y lo inanimado se encuentran confundidos; Arjun Appadurai (1986) ha compilado una serie de textos planteando la posibilidad de rastrear la vida social de los objetos, así como de construir biografías de los mismos (Kopytoff 1986); Michael Taussig (2001, 2010, 2012), defensor de múltiples perspectivas animistas, concibe a la escritura como una herramienta capaz de conjurar objetos “inanimados” para que estos, transformados por las potencias del lenguaje, vuelvan a la vida. El descubrimiento de prácticas arqueológicas ocupándose de pasados recientes y “patrimonios” efímeros o intangibles (Harrison y Schofield 2009; González-Ruibal 2014), ha sido importante para pensar en los materiales, ruinas y escombros encontrados en el actual del lago de Texcoco como testigos legítimos de su historia. Acompañada por Stephen Muecke (2002) y Michael Taussig (2004), entre otros, entendí cómo es posible escribir en espacios intermedios entre creación literaria y escritura académica, borrando o deformando las fronteras entre ambas.

En tanto práctica artística, este compendio ha construido sus propios métodos, ha dado forma a su propio contenedor y ha moldeado su propio lenguaje: operando en un espíritu de múltiples traducciones, la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* es una apuesta por crear una alternativa a las definiciones que separan un sujeto de un objeto, al igual que es una tentativa de uso del lenguaje como un material plástico, pictórico, visual. Así, con el propósito de tratar a cada entrada como una imagen en lugar de una definición, en este compendio no se encuentran ilustraciones que acompañen a las entradas.

Ahora bien, como esta enciclopedia también se inscribe en el campo del arte, las acciones de construir, dar forma y moldear, por intangibles y volátiles que puedan ser los materiales receptores de estas operaciones coordinadas, también pueden hacer de ella una obra (aunque su "ser obra" pueda ser circunstancial y efímero). Si la llamáramos "obra" podría pensarse, por ejemplo, que la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* involucra al lector desde unas demandas similares a aquellas que la escultura le exige hoy a un espectador: realizar ciertos recorridos por

los espacios en los cuales es ubicada, señalar las características del espacio arquitectónico dentro del cual ésta se inscribe, o invitarlo a mirar hacia abajo cuando ésta descende del pedestal. Esta enciclopedia, en tanto obra, nos situaría en el lago de Texcoco planteando unos modos de recorrerlo; nos señalaría la espacialidad propia de este lago; nos invitaría a fijarnos en los detalles del suelo lacustre, en la morfología de sus tierras, en aquello que se deposita en ellas —escombros, personas, basura—. Esta obra, compuesta de materialidades "otras", podría entonces ser mirada (leída) desde múltiples puntos de vista: podría responder al espacio en el cual se exhibe, del modo en el que lo hace una instalación; podría presentarse a través de la objetualidad de un libro; podría poblar las paredes de una sala de exhibición de piso a techo, todas sus entradas visibles de manera simultánea; podría ser performada, leyéndose y activándose en el espacio, ocupándolo únicamente con la presencia de sus voces. Siendo también una *arquitectura de conocimiento* en la cual la misma forma enciclopédica es estructura y habitáculo, esta enciclopedia se podría también proponer como un espacio en el cual se curan

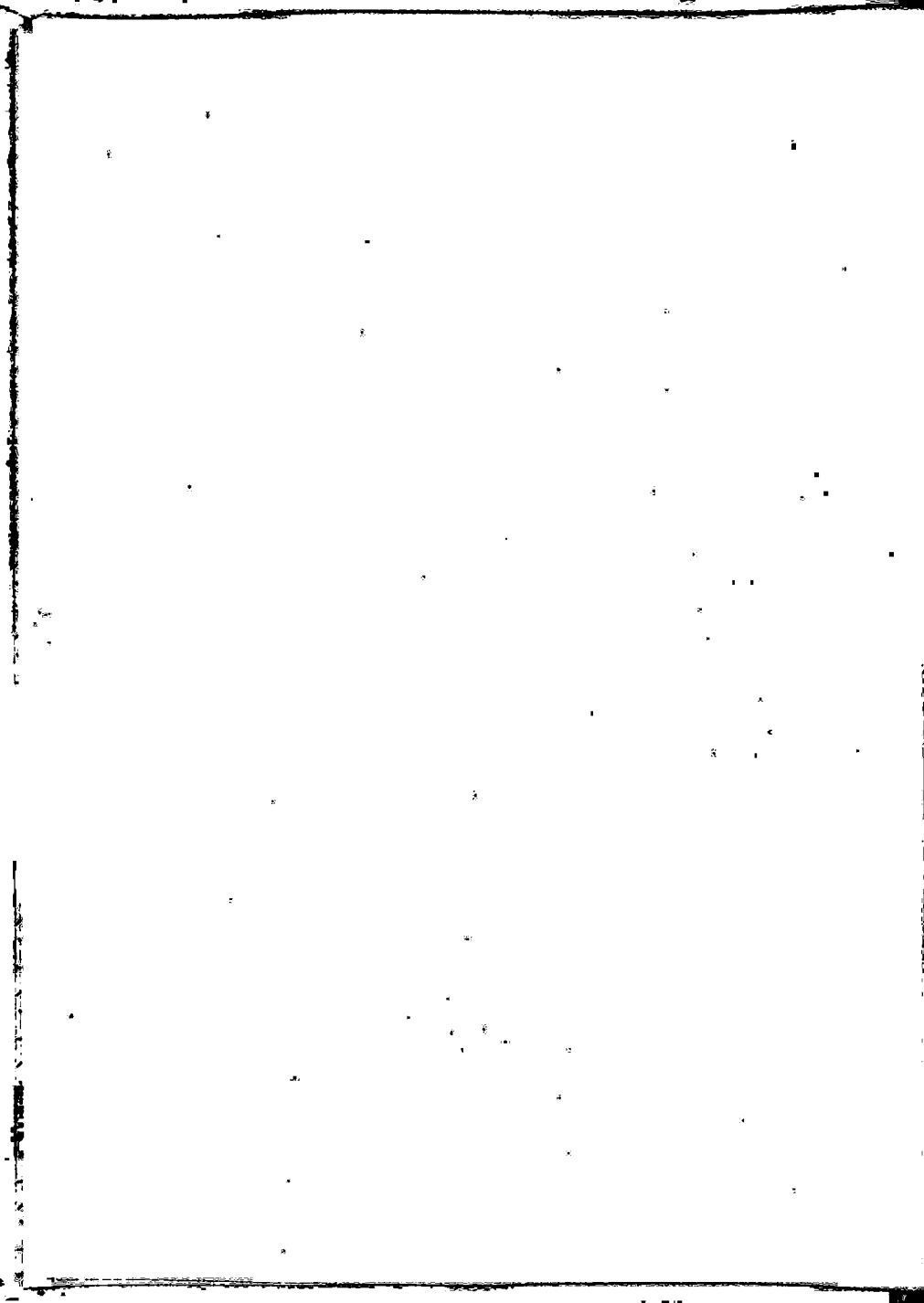
y exhiben sus entradas como si cada una fuese una pieza.

La estructura experimentalmente enciclopédica que recibe este conjunto de entradas no se cierra del modo en que lo exige la estructura argumentativa de un texto académico; tampoco concluye del modo en que lo hace una narrativa lineal, yendo de un punto a otro y siguiendo una dirección única. En esta medida ofrezco una estructura abierta, que puede crecer y cambiar tanto como el lugar cambie y arroje más elementos a conocer. Las enciclopedias modernas se editan y completan constantemente: aún al día de hoy se pueden ver las últimas ediciones de la *Encyclopaedia Britannica* recibiendo nuevos sucesos, descubrimientos científicos, líderes políticos. A medida que el planeta cambia, las cosas desaparecen, apareciendo otras nuevas; algunas cosas viven y sobreviven mientras otras mueren. Algunas cosas muertas, bajo los influjos de una temporalidad que parece a veces regresar sobre sí misma, vuelven brevemente a la vida.

Esta enciclopedia se origina además asumiendo que su "universo cognitivo" no es lo que promete ser: este

compendio de fragmentos se refiere a un lago que ya no es un lago, sino otro(s) lugar(es). Al asumir esto, esta enciclopedia anuncia ser una extensa conjetura sobre todo aquello que los nombres no revelan, no capturan, no definen. Una enciclopedia como ésta (o como los compendios tradicionales del saber general de los cuales ella es satírica imitadora y a la vez caníbal) no admite conclusiones, aunque sí permite revisiones, actualizaciones, múltiples versiones y ediciones.

Aquí les ofrezco la primera edición de la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas*.



Contenido

Abandono

El Parque Ecológico Lago de Texcoco: un lugar construido para ser abandonado
39

Accidente

En 1955 cae un avión en picada sobre las aguas del lago de Texcoco
41

Aeropuerto

El aeropuerto internacional: un espacio siempre idéntico en todo el globo
42

Agenciamiento

Los desplazamientos de una roca volcánica nos ayudan a entender la idea de agenciamiento
44

Agua

El agua habla sobre su vieja y conflictiva relación con la Ciudad de México
45

Aguador

La foto de unos aguadores de Guanajuato, en el siglo XIX, muestra un modo de relación con el agua que ya no existe
48

Ánima

Un corto animado de Walt Disney muestra cómo las cosas aparentemente inertes adquieren "vida", forma humana y carácter moral
49

Animismo

La palabra animismo, acuñada durante el surgimiento de la antropología, se redefine y actualiza
51

Aplanado

Los terrenos del lago de Texcoco se aplanan para hacerse disponibles: una porción de este aplanado está hecho de escombros del terremoto de 1985
53

Archivo

El archivo del lago de Texcoco en San Juan de Aragón, Ciudad de México, guarda una colección de documentos en desuso, cubiertos de polvo

55

Arqueología

En los años ochenta y noventa, dos arqueólogos encontraron reliquias prehispánicas en el lago de Texcoco, mezcladas con escombros modernos de la ciudad

56

Artificio

El lago de Tláhuac, Ciudad de México, desaparece de un día para otro: en esta ciudad otros cuerpos de agua se construyen también de un día para otro

58

Ataque aviar

Aves y aviones entran en conflicto en aeropuertos costeros: éste será un conflicto más a saldar en la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México

59

Autopista

La autopista Peñón-Texcoco divide los terrenos del lago de Texcoco en dos hemisferios

60

Balneario

El facsímil de un proyecto nunca realizado en el lago de Texcoco se encuentra aún en los archivos de la Comisión Nacional del Agua

63

Barda

Una barda hecha de cemento y metal demarca los terrenos del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México

64

Bordo

El Bordo Poniente, un basurero dentro de los terrenos federales del lago de Texcoco

66

Campamento

El campamento de desplazados del predio Hidalgo y Carrizo se levanta junto a los terrenos del lago de Texcoco

69

Capital

La llegada de la industria azucarera al suroccidente colombiano y la lucha entre lago y aeropuerto ocurriendo en la cuenca de Texcoco, dan lugar a una nueva forma de animismo

71

Cartografía

La compleja geografía política de la zona de influencia del lago

de Texcoco exige la creación de una representación cartográfica distinta
73

Casa

Un conjunto de escombros en el predio Hidalgo y Carrizo da indicios de la presencia de un asentamiento humano
74

Cementerio

En 1983 se designa un área para construir un cementerio en los terrenos del lago de Texcoco
76

Ceremonia

La ceremonia del paso del sol por el cenit en el municipio de Atenco intenta proteger la tierra de una urbanización inminente
77

Ciudad

Ciudad de México es hoy una enorme metrópoli que se diferencia del primer proyecto urbano fundado a la par de la república mexicana: el Distrito Federal
79

Clima

Algunas impresiones sobre diversos componentes de un paraje, en un día caluroso
81

Conagua

La Comisión Nacional del Agua: una institución pública que se subsume ante los poderes económicos privados
82

Concreto

El concreto nos muestra sus diferencias con la tierra y manifiesta su presencia en la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México
83

Construcción

Impresiones sobre una construcción abandonada y los elementos que la rodean
85

Coordenada

La zona norte del Lago de Texcoco se transforma radicalmente con la llegada del nuevo aeropuerto
86

Cosa

Al ser desplazados de su lugar original en el lago de Texcoco, tanto las construcciones como las rocas, plantas y animales se convierten indistintamente en cosas
87

Demolición

Las casas desalojadas del predio Hidalgo y Carrizo se hacen escombros
89

Desecación

Un lago desecado funciona como
medidor de la afectación que
generan las intervenciones humanas
en una región determinada
91

Desecho

La materialidad de los desechos
sólidos se vuelve más presente en
el bordo, un lugar que los confina
y acumula
93

Desierto

La película *Viento negro* es rodada
en el lago de Texcoco, apareciendo
éste como un paraje desértico
94

Despojo

Mientras se describen los diferentes
intentos de construcción del Nuevo
Aeropuerto Internacional de la
Ciudad de México y su relación con
el pueblo de Atenco, se esbozan las
dimensiones de un despojo
97

Edificio

En el edificio de la Comisión
Nacional de Agua se toman
decisiones sobre el reparto de
agua y tierra en México
101

Ejido

La propiedad rural comunal en
México se convierte en propiedad
privada desde 1992
102

Erosión

Algunas percepciones sobre una
porción de terreno erosionado
104

Escombro

Los escombros de las viviendas
desalojadas en el predio Hidalgo y
Carrizo revelan un tipo particular
de información
105

Estado de México

El estado de México rodea a la
Ciudad de México como un anillo
106

Fraccionamiento

El predio El Salado inaugura un
modo de especulación sobre la
tierra que se impondrá a comienzos
del siglo XXI en toda la región del
lago de Texcoco
109

Historia

Los sitios arqueológicos en el lago
de Texcoco se encontraron
dispersos y sin historia, al igual que
los escombros del predio Hidalgo y
Carrizo
111

Humano

Un ingeniero de la Comisión
Nacional del Agua deviene parte
del ecosistema del lago de Texcoco,
lugar donde labora
112

Industria

El incendio de la Harinera Nacional en Tlatelolco revela a esta fábrica como paradigma del crecimiento y caída de la industria en México
115

Invasora

Las especies invasoras vegetales son la antítesis de las migraciones humanas
116

Liebre

Una liebre es rescatada por biólogos en los terrenos del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México y luego liberada a las orillas del lago Nabor Carrillo
119

Límite

La orilla del lago de Texcoco siempre ha cambiado de forma, incluso al día de hoy
120

Lodo

Los sismos en Ciudad de México se amplifican y estiran por el carácter lodoso de su suelo
122

Mapa

La división entre los terrenos federales del lago de Texcoco y la Ciudad de México muestra cómo el trazado abstracto de un mapa altera la geografía
125

Mercancía

Todas las cosas se convierten en mercancía al apilarse en los anaqueles del supermercado
126

Metro

El metro de Ciudad de México atraviesa los estratos geológicos bajo la metrópolis
129

Michoacán

A medida que la colección del Museo Animista del Lago de Texcoco se desplaza al estado de Michoacán, se revelan relaciones complejas entre este estado y sus cuerpos de agua
129

Mina

La construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México se vincula a un cerro de tezontle hecho mina a cielo abierto
131

Monumento

En el antiguo límite oriental del lago de Texcoco existe ahora un monumento vandalizado y rodeado de urbanizaciones
134

Movimiento

Los escombros del terremoto de 1985, depositados en el lecho del

lago de Texcoco, siempre se están moviendo al reacomodarse el sustrato lacustre
135

Muelle

Todo lo que se construye sobre los terrenos del lago de Texcoco se convierte en ruina
136

Museo

Una colección de materiales diversos conforma el *Museo Animista del Lago de Texcoco*
137

Oficina

Un grupo de funcionarios difiere sustancialmente de una comunidad
141

Orilla

La orilla del lago Nabor Carrillo se desdibuja al ser observada de cerca
142

Paisaje

Robert Smithson muere en un accidente de avión en un desierto de Texas. A partir de este accidente se detonan algunas reflexiones sobre la idea de paisaje en América
145

Parque

El Parque Ecológico Lago de Texcoco: un proyecto de grandes proporciones construido a medias
147

Pasto

El *Distichlis spicata* transforma radicalmente el suelo del antiguo lago de Texcoco
148

Pato

Los patos que todos los inviernos migran al lago Nabor Carrillo habitan temporalmente este vaso regulador recientemente construido
149

Pozo

Los pozos que extraen el agua del subsuelo de la Ciudad de México revelan la presencia de un acuífero sepultado a 2.000 metros de profundidad
151

Proyecto

Unidades habitacionales proyectadas dentro del lago de Texcoco muestran cómo han existido iniciativas de desarrollo para esta tierra desde hace más de 40 años
152

Pueblo

Una imagen de los pueblos ubicados al nororiente del estado de México se construye al recorrerlo
154

Rehabilitación

En los proyectos de rehabilitación de rellenos sanitarios, la basura

se hace más evidente al intentar cubrirla
155

Ruina

La ruina habla sobre aquello que la define, recordándonos cómo se estrechó su relación con la Ciudad de México después de 1985
156

Sal

La sal habla sobre su antigua relación con el lago de Texcoco
159

Símbolo

El águila, la serpiente y el nopal se pueden ver como un símbolo diferente de aquel que fija la imagen del escudo nacional mexicano
162

Subsidencia

Una serie de estudios sobre el hundimiento de la Ciudad de México da lugar a la creación de un lago en los terrenos del lago de Texcoco
163

Teléfono

Entre los escombros del terremoto de 1985 depositados en el lago de Texcoco se asoma una bocina de teléfono: objeto opaco, caja negra, testimonio de una época pasada
165

Tepalcate

Un conjunto de pedazos de cerámica prehispánica se descubre entre los surcos de una porción de tierra del lago de Texcoco
166

Tezontle

La piedra de tezontle, roja como la sangre, cumple un papel importante en los proyectos contruidos sobre el lago de Texcoco
168

Tierra

La diferencia entre suelo y tierra se revela en una porción del Cementerio Central de Bogotá y en la cuenca desecada del lago de Texcoco
169

Tolvanera

Las tolváneras se formaban en el lago de Texcoco a finales de los años sesenta y azotaban el margen oriental de la Ciudad de México
171

Traducción

La traducción habla sobre su carácter inventivo y sobre cómo a través de ella se fabrican hechos
171

Tumba

Cuerpos no identificados durante el sismo de 1985 son llevados al

panteón de Dolores. Los escombros de sus casas, como tumbas, reposan sobre el lecho del lago de Texcoco
174

Venado

Una manada de venados neozelandeses llega al lago de Texcoco. La presencia de estos animales reinstaura una distinción entre lo nativo y lo foráneo
177

Vínculo

Aves migratorias, aguas residuales y piedras volcánicas son cuerpos disímiles que se encuentran en la circunstancia de un lago "artificial"
178

Visión

Las construcciones de un proyecto aeroportuario en el lago de Texcoco se imaginan suspendidas en el tiempo
179

Viuda

La viuda negra: una especie de araña que habita bajo las piedras de rezontle en el lago de Texcoco
181

Vuelo

Sobre la atmósfera de la Ciudad de México atraviesan aviones que llevan

consigo partículas del subsuelo de la misma tierra citadina
182

Zanja

Varias zanjas abiertas en la zona lacustre del centro de México intentan expulsar el agua hacia afuera
185

Zócalo

La plaza principal de la Ciudad de México cambia de forma y función a medida que una serie de eventos la transforman a lo largo de los siglos
186

Zona

La película *Stalker* del director ruso Andrei Tarkovsky presenta una zona similar a aquella existente en los terrenos del lago de Texcoco
188

Zoológico

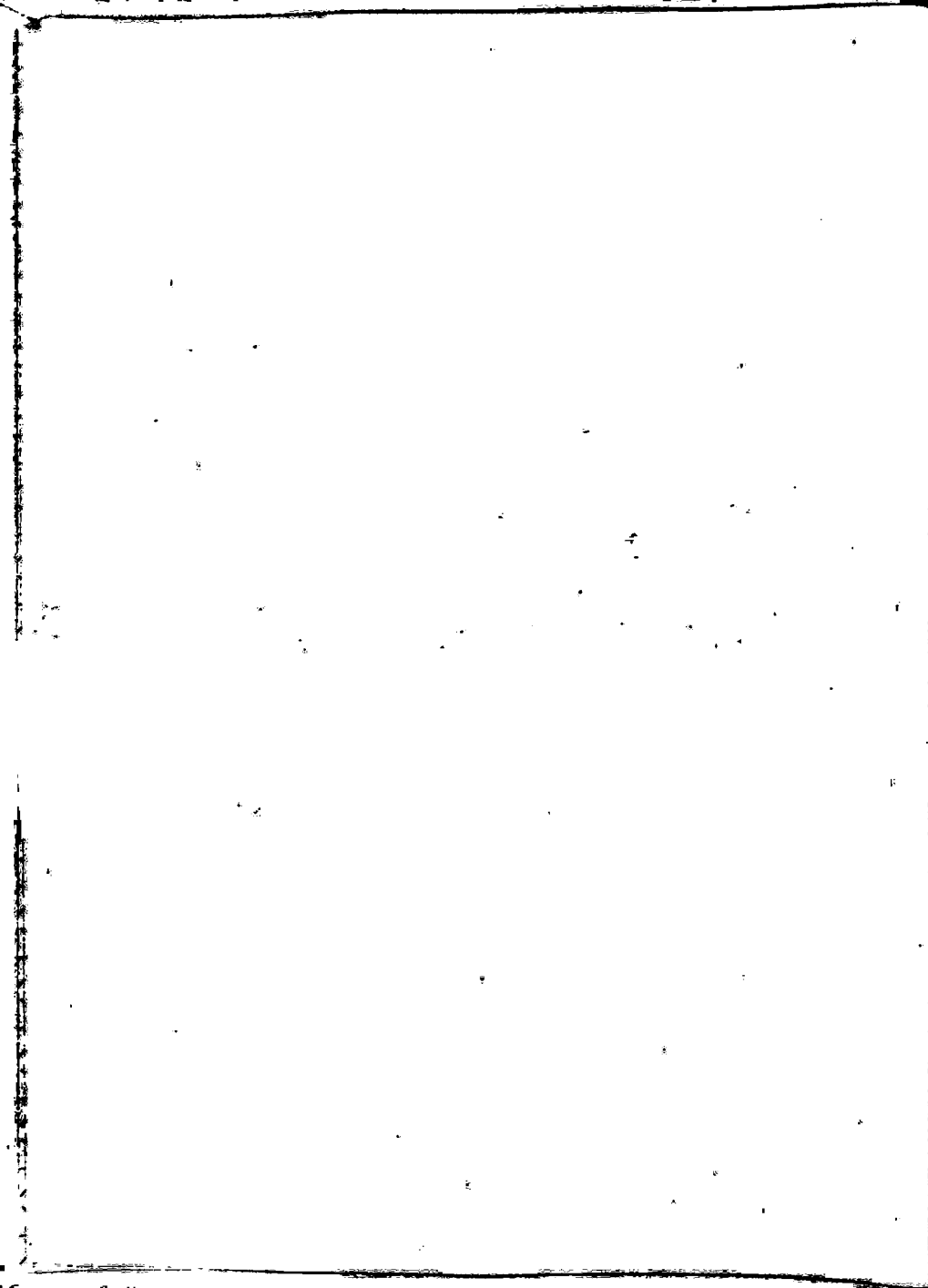
Un proyecto de zoológico, nunca realizado, buscó reanimar la cuenca del lago de Texcoco
190

Zumbido

Los momentos de silencio en la Ciudad de México están siempre colmados de zumbidos leves que provienen de todas direcciones
191

**ENCICLOPEDIA
DE COSAS
VIVAS Y MUERTAS:
EL LAGO DE Texcoco**





A

Abandono

Al entrar al Parque Ecológico Lago de Texcoco se ve un mapa que indica qué encontrar: gimnasio y cancha de usos múltiples, juegos infantiles, cabañas, monumentos históricos, canchas de fútbol, béisbol, voleibol, lagunas, ciclovías. Se ve también un punto rojo de “usted está aquí”, y arriba, en una esquina, un logotipo de Conagua. El parque, más adentro, como un fantasma oculto entre los árboles, se encuentra en la mitad de una reserva ecológica y es un espectro latente que, con los años, ha sido devorado por la maleza, invadido por los caracoles y envejecido por las lluvias empozadas, por el sol, el aire y la sal que arroja el suelo. A lado y lado de los caminos de este parque, postes de luz, cada uno con una celda solar encima, vigilan el perímetro como guardianes de una tierra que

nadie ha pisado en años y que, en las noches, no necesita de luz eléctrica. Una cabaña, pintada de gris azulado, de madera, y construida sobre pilotes que la elevan aún del suelo, tiene hoy más de cuatro años de existencia solitaria. Como ella, otras tantas se reparten en el parque. Nadie las habita aunque estén listas, dispuestas y abiertas. Desde el porche de la cabaña, la vista se abre a un prado verde, un poco amarillento, poblado de especies foráneas, y a lo lejos se adivina la carretera. Detrás de la cabaña, rodeada de arbustos, sobresale una estructura plástica, amarilla y roja que parece un lugar de juego: un columpio, un balancín, unas cuantas estructuras de metal rojo de esas que usan los niños para colgarse y encaramarse en ellas, un pequeño tobogán en espiral, otro recto y otro más, cóncavo, azul. El sol brilla sobre el esmalte y los demás polímeros de

esta pequeña ciudadela, y sus colores sintéticos brillan más, haciéndola ver más abandonada todavía al contrastar con el verde y el amarillo de las plantas. Todavía en este punto del parque resuena el murmullo de los carros y camiones que pasan al otro lado de las rejas.

Un poco más allá de este sonido que llega débil del tráfico, al otro lado de la carretera, se empieza a preparar el terreno de un nuevo aeropuerto para la Ciudad de México.

Más adentro hay un rectángulo verde, de otro verde distinto de aquel de las plantas: más oscuro, más profundo. Este rectángulo está enmarcado por líneas rectas blancas, un par de postes, un par de tableros y un par de canastos. Una cancha que no es del todo plana, en varios puntos tiene charcos de agua que dibujen las concavidades del terreno: al rebotar un balón es posible que salte de un lado para otro, o que salga disparado. No hay balones para jugar. Se nota que ha llovido porque en el agua nadan caracoles y los postes se sienten húmedos al tacto. Ya no se oyen los carros ni se oyen los camiones. A los lados de la cancha saltan chapulines, asustados al sentir

pisadas humanas sobre la hierba. Junto a esta cancha hay otra, pintada de verde y azul, y en el medio, una malla desleída, amarrada a dos postes blancos. El viento, muy débil, la mece un poco de un lado al otro. El suelo de la cancha se siente como un caucho duro, firme pero que cede un poco a las pisadas. En seguida se ve un terreno despejado, cubierto por una grava roja, de piedra de tezontle. En medio de este terreno hay unas máquinas de madera y metal pintadas también, como el parque infantil, de colores sintéticos de esmalte verde y amarillo. Es el gimnasio del Parque Ecológico Lago de Texcoco: un plano inclinado, unas pesas soportadas por tubos de metal, poleas, balancines y otras estructuras complicadas para juegos de adultos. Este gimnasio, las canchas y los caminos esperan todavía a los deportistas peregrinos. Al interior de los terrenos, más cerca de los lagos, hay un campo rectangular cubierto de pasto sintético: la grama plástica se abre como un claro entre el denso bosque de arbustos, intacto, brillando de un modo en el que no brillan los prados de *Distichlis spicata*. Unos pedestales de concreto se posan a un lado del camino, alineados en línea recta, espaciados: los

monumentos a la historia del Gran Lago. Sobre ellos se inscriben los nombres de héroes mexicanos, antes y después de la Conquista, después y antes de la República, presidentes, batallas, fechas, un bloque tras de otro. Casi todas las personas mencionadas ya están muertas. En el último bloque de estos monumentos están los nombres de los últimos presidentes, como lápidas: Felipe Calderón 2006-2012, Enrique Peña Nieto 2012-2018. Junto a la fila de bloques, una réplica en cemento de la Piedra del Sol se abre al cielo, blanca, horizontal, dos veces más grande que la que se guarda en el museo. Al final del recorrido, inmenso, está el lago Nabor Carrillo. Este lago, de kilómetros de largo y otros tantos de ancho, es de cierto modo artificial y fue, como la grama plástica, dejado ahí, sin visitantes, en medio de un campo enorme de hierba, arbustos y animales.



Accidente

El cinco de noviembre de 1955 las aguas lluvias se habían acumulado en el antiguo vaso del lago salado de Texcoco, haciéndolo regresar de su irreversible desecación por una tem-

porada. El lago aparece en las fotografías de prensa de la época como un espejo de agua plateada perdiéndose en la distancia, haciéndonos olvidar momentáneamente que, en temporadas de estiaje, este cuerpo de agua ya desaparecía por completo del mapa mientras un terreno baldío de miles de hectáreas emergía en su lugar. Durante los meses previos a la llegada del invierno este terreno cóncavo y vacío recibía temporalmente el agua escurrida de los torrenciales aguaceros de mitad de año, teñida por los residuos que iba arrastrando el torrente pluvial desde el centro de la metrópolis. El espejo de plata que reflejan las fotos era más bien un espejo gris de aguas sucias, almacenadas para no derramarse sobre las calles citadinas. Los olores de las aguas negras que este territorio recibía probablemente se desplazaban por el aire según la dirección que tomaran los vientos, llegando a la ciudad de Texcoco si el aire soplaba hacia el oriente, o a las colonias del nororiente de Ciudad de México si el aire soplaba al occidente, tal y como sucede hoy con los gases del Bordo Poniente.

Ese fatídico día, avanzada la mañana, apareció una serie de manchas de

aceite y gasolina sobre las aguas lacustres, cuya delgada estela podía ser rastreada hasta el fuselaje partido en dos de un avión bimotor, flotando en medio de las aguas lluvias que llenaban la cuenca de Texcoco. Los demás restos del aeroplano se encontraban esparcidos en un rango de 150 metros a la redonda como pedazos de una porcelana que se rompe sobre el suelo y se disgrega: el ala izquierda sobresalía del agua apuntando hacia arriba, mientras el caparazón de la nave flotaba en partes como las dos mitades de una cáscara de huevo. El motor había volado lejos de la nave; su hélice se encontraba en el lado opuesto, apenas asomándose en el agua; el tren de aterrizaje se separó también del cuerpo del avión, quedando en otro punto del área de impacto.

El avión había despegado de la Ciudad de México poco tiempo antes. Justo después de despegar, su motor izquierdo falló; en seguida el avión empezó a descender en picada hacia las aguas. Simultáneamente, una lancha navegaba la cuenca desde la salida del sol, con tres hombres a bordo buscando cazar algunos patos entre las orillas del lago de Texcoco. Desde la lancha, relatan los hombres,

se oyó el ruido ronco del motor haciendo esfuerzos por mantener el avión en el aire; luego fue escuchado un estruendoso golpe sobre el agua, seguido del estallido del avión en pedazos.

Uno a uno, los heridos empezaron a emerger entre el agua y los escombros aeronáuticos: once personas sobrevivirían la caída. Unas horas después, entrada la tarde, los rescatistas empezaron a llegar al centro de la cuenca, flotando a remo en balsas hasta alcanzar los fragmentos impactados. Los rescatistas encontraron cinco cuerpos muertos ya confundidos entre la inercia de los pedazos de metal, tela, caucho y madera, todos pintados de gris por el color de las aguas.



Aeropuerto

Al bajarse de un avión, los viajeros que han volado miles de kilómetros entran primero en una zona intermedia que se encuentra, simbólicamente, a mitad de camino entre la tierra que dejaron atrás y la nueva que los recibe. El aeropuerto internacional, ese "no lugar" que se divisa

desde una aeronave que ha tocado tierra, se abre como una caja vacía a la salida del túnel que conecta el aeroplano con el suelo firme, en una sucesión laberíntica de corredores y salas blancas, entapetadas, pobladas de asientos levemente acolchados de vinilo negro. Los pasillos siempre están atravesados por bandas transportadoras que cumplen la función de caminadores elípticos a través de los cuales los pasajeros son conducidos, arrastrando su equipaje hasta ser catapultados hacia las filas de inmigración. Dichas filas, hechas de una sucesión de cuerpos cansados y cargados con peso adicional a sus espaldas, serpentean y se vuelven densas hasta llegar a las cabinas donde los oficiales les dan o niegan el acceso al nuevo territorio. Luego aparecen las elipses de caucho negro que despliegan maletas de todas las formas y tamaños, mientras alrededor de ellas se congregan los pasajeros expectantes: varias elipses en fila, unas al lado de las otras, emiten un zumbido que puebla el espacio entero. Antes de salir a respirar el aire del país de llegada, los oficiales de aduana guardan la última frontera.

Las terminales que albergan a los pasajeros que se disponen a viajar

están enmarcadas por ventanales de vidrio grueso de piso a techo, dejando ver las pistas y naves desplazándose sobre ellas. Las tiendas que se ubican en el interior de estos terminales disponen perfumes en anaqueles de vidrio y aluminio, siempre idénticos, organizados en filas y columnas, iluminados por luces blancas que rebotan sobre las superficies de sus cajas envueltas en celofán. La sucursal de una cadena de café organiza sus mesas de madera a unos metros de su mostrador, por donde escapa el sonido del agua en ebullición. Afuera, las pistas se extienden en línea recta; junto a ellas se levanta la torre de control. A la salida del edificio aeroportuario, al costado opuesto, se abre un terreno pavimentado, pintado con retículas, que aloja en sus cuadrantes filas enteras de carros estacionados, separados por escasos centímetros. Más allá de los linderos del aeropuerto se ubican algunos hoteles y centros comerciales como módulos de concreto o ladrillo de pequeñas ventanas que cortan la línea de visión de la ciudad, siempre detrás. Las autopistas lo rodean todo, extendiendo los tentáculos del espacio aéreo en tierra.

Estos espacios intermedios son siempre iguales, pareciendo replicarse en miles de ciudades alrededor del planeta como copias idénticas con sutiles variaciones. El aeropuerto internacional, al no estar en ninguna parte, es siempre uno y el mismo.



Agenciamiento

Sobre la orilla del lago Nabor Carrillo hay una barrera de rocas de tezontle rojo apuntaladas y organizadas, encajando unas entre otras, formando una barda que se alza un metro sobre la superficie del agua. La barda se sostiene únicamente por la correspondencia de concavidades y convexidades que hay entre roca y roca. Un grupo de campesinos de la región de Texcoco las acomodó para crear una barrera que evitara el desborde del agua en la temporada de lluvias. Alejándose de la orilla hacia arriba, en una vista de pájaro, avión o satélite, la barda de rocas forma un rectángulo perfecto, una línea roja conteniendo un espejo de aguas oscuras. Las rocas que forman esta línea, partidas por cinceles en pedazos de tamaños similares y acomodadas por manos humanas, fueron

arrancadas de la tierra para entrar en el terreno del agenciamiento humano: su desplazamiento de la cantera a la barda las hace salir de un reino para entrar en otro; se vuelven piezas fraccionadas por los cinceles, pesadas, medidas y dispuestas; luego han sido compradas por alguien y ahora son un ítem en un inventario de insumos agrícolas entre los balances contables del gobierno federal mexicano. Las piedras han sido despachadas y cargadas en un camión, han entrado en contacto con el metal de la estructura del vagón, el motor y la gasolina, desplazándose a pocos centímetros del asfalto hasta llegar a su destino. Ellas eran parte de la Sierra de Texcoco, o de uno de los cerros que se levantan al oriente de este lago. Rotos por los procesos de extracción, los cerros se han convertido a su vez en canteras.

Un cerro tarda miles de años en levantarse, fluctuando en mayores y menores elevaciones suavizadas por las lluvias constantes que caen y desplazan las capas superiores hacia el valle; estas capas, levantadas por cambios de presión irradiando desde el centro de la tierra, mueven las placas tectónicas, unas debajo de las otras, alzando y deprimiendo

la superficie, plegándola y desplegándola. El tezontle es también la emisión de los volcanes, formándose desde abajo, desde capas más calientes y profundas, que se van enfriando poco a poco mientras suben, hasta solidificarse y acumularse, para luego ser cubiertas y hundidas en el corazón de las montañas. Las rocas han sido movidas, desclavadas y partidas en pedazos por el agenciamiento humano, pero ellas mismas son un agenciamiento de la tierra: nunca han estado quietas, nunca han sido presencias pasivas esperando en el cerro a ser objetivadas, estando siempre a merced de fuerzas geológicas que las doblegan, compactan o fracturan.

El humano que las hace pedazos o aquel que las acomoda sobre la orilla de un lago es también un cuerpo movido por una mano ajena: él también es pieza en un agenciamiento abstracto, un agenciamiento de poderes. Desde lo alto de un edificio, a kilómetros de distancia de los terrenos del lago de Texcoco, un ingeniero diseña la barda, dibujándola, midiéndola con una regla: en este gesto de lápiz sobre papel, él comanda la extracción de tiempo y fuerza de decenas de manos campesinas. Las excavadoras que sacan el

tezontle del cerro son a su vez movidas por la empresa extractora; la empresa hace parte de un sistema de oferta y demanda que le da lugar y la moviliza, mientras el gobierno que compra las rocas legitima el desplazamiento de todas las partes, desde las operaciones brutas hasta las transacciones más sutiles. El gobierno también se mueve, cambia y se inclina frente al surgimiento de nuevos poderes que ejercen presión sobre él desde afuera, hundiéndolo al igual que los cambios de presión de las capas de la tierra hunden al tezontle para hacerlo parte de la montaña.



Agua

Te saludo: soy el agua. Siempre me transformo y por eso mi voz a veces se confunde con la voz de las cosas sólidas, de la tierra, incluso del aire: en casi todo hay un poco de mí, adherido a las moléculas de otros elementos. Estoy en ti también, recorriéndote, limpiándote, introduciendo en ti los alimentos, saliendo de ti como desecho. Soy aquello que te conecta con todo lo demás, que te convierte en parte de todo lo demás; soy ese fluido que borra tus fronteras. Soy el

elemento más volátil y a la vez el más presente; tu salvador y tu destructor.

Te contaré un poco sobre mis múltiples formas, para que entiendas en realidad cuánto me temes y necesitas. Hace cuatro años, por ejemplo, decidí alzar todas mis fuerzas sobre este planeta. Lo hice en el oriente, en un pequeño archipiélago que se puso en mi camino: me hice tsunami, me levanté sobre las costas del norte del país que llamas Japón en forma de olas de treinta metros o más de altura, cayendo en plancha sobre algunos pueblos pequeños asentados en la orilla. Al caer, las casitas rodaron dentro de mí como cajas vacías de cartón, y se rompieron en pedazos al moverlas entre mis corrientes. Alcé los carros estacionados junto a las casas y los aplasté como si fueran latas vacías de cerveza: los botes, los muelles y las señales de tránsito sobre el camino se hicieron pedazos al yo pasar con toda mi fuerza sobre ellos. Al devolver todo nuevamente hacia la tierra, mis aguas dejaron los pedazos indistintos de carros y embarcaciones sobre las láminas de muros, techos, puertas y ventanas, mezclados con fragmentos de todas las cosas.

Cuando alejé de la orilla mis enormes olas, vi a los humanos como pequeños y blandos muñecos, puestos sin forma sobre la tierra. Dejé también un enorme barco posado sobre el tejado de una casa que quedó parcialmente en pie, en un ejercicio de frágil equilibrio, sobresaliendo en medio de toda la destrucción horizontal: lo hice para que quedara constancia de cómo a través de mí y de las fuerzas hermanas de esta geósfera (de los latidos de la tierra, de las exhalaciones del viento), las cosas pueden quedar patas arriba de un momento para otro, logrando en ello un orden antes improbable.

Quiero narrarte también mis andanzas por otros caminos. Entre los lugares que he recorrido, puedo describir con claridad el interior de tu cuerpo: cuando entro en ti, lo hago por tu boca, me deslizo por tu garganta hasta tu estómago, y me absorben tus tejidos blandos, inflándose ante mi presencia como si fueran esponjas secas. Por dentro, tu cuerpo parece un nudo de lombrices ciegas que se retuercen las unas sobre las otras, rojas y carnosas, indistintas entre sí: tus intestinos, tu páncreas, tu hígado, tu corazón. Me sorprende cómo la carne en el interior de tu

cuerpo, tan animal, difiere de tu exterior humano, de todas las cosas sobre las cuales te extiendes y construyes en este planeta.

Mientras pienso en esto me bombeas más adentro, me mezclo en tu sangre y te recorro pasando por cada rincón, de pies a cabeza, atravesando tus pulmones donde me mezclo con el aire, llegando a tu cerebro; este órgano sería sin mí un panal ahuecado, vacío, una casa abandonada y cubierta por el polvo que entra todo el tiempo sutilmente por tu nariz. Si no decidiera penetrarte y recorrer te, tu cuerpo entero tendría el aspecto de una bolsa de pergamino, dentro de la cual tu cerebro sería otra bolsa de papel entre otras tantas. Luego de inflar tu cuerpo y fluir por él en forma líquida, salgo por los poros de tu piel hacia el aire, cambiando de estado para luego rodearte y entrar de nuevo en ti en amalgama con el aire que respiras.

Hoy, sintiendo una distancia insalvable entre tu cuerpo y el mío, te hablo desde el lago Churubusco, un estanque de aguas residuales e intensos olores que se ha construido en la frontera occidente del antiguo lago de Texcoco, en el Bordo Poniente

frente a una prisión demarcada por torres metálicas, muros altos y tensos alambrados. Junto a mí se extiende Ciudad Nezahualcóyotl, viéndose a lo lejos las siluetas de los edificios más altos de Ciudad de México. Estoy entrando de nuevo en esta tierra después de mi expulsión décadas atrás. No me reconocerías si me ves, porque me tiño del color de tus residuos, un negro intenso parecido al petróleo; mi consistencia es también distinta, densa y pegajosa como la miel. He recorrido las calles de Ciudad de México, he entrado en las casas de ricos y pobres: he atravesado los cuerpos de millones de personas justo antes de llegar aquí. Me he movido veloz entre las tuberías y me he escurrido a través de las coladeras. Me he internado en los tejidos de tu ropa y he creado espuma al unirme con el jabón: al tender tus camisas al sol me he evaporado y unido al aire pesado y amarillo. En forma de vapor, etéreo e invisible, me he movido sobre los techos en los meses de verano, elevándome sobre el cerro más alto hasta poder ver debajo mío a la ciudad entera. Condensada en lluvia por el frío de los vientos del otoño, he caído nuevamente y me he filtrado en el pavimento, sintiendo cómo pasan sobre

mí los carros y oyendo sobre mí los crujidos de las pisadas humanas. Me he movido veloz por el subsuelo, sintiendo el peso de la ciudad entera. Hacia el final del recorrido he entendido que tú eres la ciudad, que creces y te expandes más allá de tu cuerpo, en ella. La ciudad, esa extensión tuya, se fue adhiriendo a mí, y en un contradictorio movimiento me fue expulsando hasta arrojarme a este lago desolado y putrefacto: traigo conmigo todo aquello que no quieres tener, todo aquello que no quieres ver, todo aquello de ti que huele mal. Me uno aquí a todos tus desechos, descompuestos y hechos tierra con el tiempo.

Soy flujo, me filtraré nuevamente en la tierra, me evaporaré, recorreré este planeta por debajo hasta salir por su cara opuesta. Uniéndome a las rocas moveré las capas del suelo hasta esculpir nuevas montañas, y al moverme hundiré la superficie hasta formar una cuenca nueva para reposar, lejos de ti, coloreada de verde o azul, en forma de laguna.



Aguador

En una fotografía estereoscópica de 1892 guardada en la Biblioteca de la Universidad de Princeton, aparecen un hombre y una mujer vestidos con ropa de algodón caminando por las calles de Guanajuato a pleno sol, cada uno con un cántaro sobre la espalda. Una fotografía estereoscópica nos muestra una doble realidad que se consolida en el cerebro de quien la observa. Las fotografías estereoscópicas manifiestan el carácter fabricado de las historias que contamos a través de ellas, ya que en principio no son una imagen sino una pareja de imágenes: dos imágenes que son idénticas en apariencia. Cada imagen, sin embargo, está ligeramente desplazada respecto a la otra: cada una tiene una distorsión relativa frente a la otra. Ambas imágenes son una versión de la otra, y son a la vez la parte incompleta de la otra. Sólo se vuelven una sola tras la mediación de un dispositivo que las unifica, y sólo adquieren profundidad como ilusión óptica.

El hombre de la fotografía lleva un sombrero y trae puestos unos huachos (sandalias mexicanas); el cántaro cilíndrico está amarrado con

cuerdas alrededor de sus hombros como una mochila. La mujer lleva un rebozo sobre la cabeza, una falda larga y huaraches que se adivinan en medio de una sombra que, en las dos imágenes, cubre sus pies. Detrás de ellos, cinco asnos se acomodan bajo la sombra de un árbol intentando huir del sol y del calor, dándole la espalda a la pareja de aguadores como si en un acto de vergüenza se dieran cuenta de que ellos, los humanos, están llevando la carga pesada que les corresponde. Sobre el barandal de una casa blanca un hombre los observa, testigo de un modo de relación con el agua que pronto iba a desaparecer.

Cada cántaro está lleno del agua que los habitantes de la ciudad, en 1892, pedían para no morir de sed: dos cántaros, duplicados en la imagen. Desde los manantiales y fuentes hasta las casas, se recorrían kilómetros a pie; el agua se repartía a paso lento, un aguador a la vez, veinte a treinta litros a la vez. Antes de la aparición de los acueductos modernos, rápidos, invisibles e ininterrumpidos, el agua fluía de acuerdo con la medida de la fuerza física de un cuerpo humano, de acuerdo con la velocidad del caminar: la ciudad

caminaba al ritmo de los aguadores, y la necesidad de beber agua se ajustaba a su disponibilidad.

El agua, un cuerpo pesado sobre la espalda de otro cuerpo, se evidenciaba a finales del siglo XIX como una materia tangible y visible, con una densidad y un peso perceptibles. Los cargadores de agua la situaban en medio del espacio público, al ponerla a circular sobre la superficie, por las mismas calles a través de las cuales circulaban los peatones. En esta fotografía se ve algo que ya no existe en las ciudades del siglo XXI: el agua ya no se percibe como un cuerpo, no media en las relaciones sociales y no habita los lugares. Las fuentes de agua ya no están conectadas de modo directo con los destinatarios. El agua simplemente emerge de los grifos sin densidad, volviéndose intangible, omnipresente, siempre escasa y a la vez disponible.



Ánima

Walt Disney creó una serie de cortos animados en los años treinta del siglo pasado que llamó *Sinfonías ingenuas* (*Silly Symphonies*): en ellos,

diferentes cosas del mundo "inerte" se mueven, interactúan entre sí, tienen comportamientos y gestos, atraviesan situaciones e incluso enfrentan dramas morales. Cosas tan diversas como relojes, huesos, casas, candelabros, hongos y juguetes tienen todas un par de ojos, pulgares oponibles y rostros humanos; ellas sonríen, lloran, cantan; experimentan emociones como celos, envidia o compasión. Uno de estos cortos, *Flores y árboles*, se sitúa en el paraje de un bosque al amanecer. Los árboles despiertan y saludan al sol estirando sus ramas como brazos, bostezando desde un rostro cuya boca está situada justo debajo de la copa, esta última formando una cabellera verde de hojas. Las flores, sorprendentemente paradas sobre un par de piernas, hacen gimnasia mientras los hongos muestran sonrisas en sus cabezas brillantes. Todos cantan al unísono y bailan mientras son rodeados de pájaros: las aves orbitan alrededor, dibujadas como pequeños niños que trinan y vuelan. Los árboles, en medio de esta multitud de seres festivos por la llegada del alba, socializan, y en ello asumen roles y posturas, enfrentando los dilemas del cortejo amoroso, la rivalidad y la reconciliación. En una disputa por

el amor de una ceiba esbelta y frondosa, se desenvuelve una historia en la cual batallan el bien y el mal, como si dicha historia tuviera lugar en un reino más humano que vegetal.

Disney quizás sugiere en este ejercicio de humanización que las cosas del bosque por sí mismas no son lo suficientemente activas o vivas. Ellas necesitan ser señaladas, "animadas", pero no con las fuerzas que atraviesan a microorganismos, plantas y animales, sino con el "ánima" de la forma humana. Fuera de la pantalla, en un paraje atravesado por flores, hongos y plantas en el que las interacciones ocurren entre ellas y al margen de los ojos humanos, los dilemas por el estatuto de las cosas no son necesarios. Las criaturas simplemente son, ahí, las unas con las otras, desenvolviéndose, a veces, en un ritmo humanamente imperceptible en el cual intervienen ciertos elementos como el agua, la tierra y las montañas. Ellas, detrás de cámara, tienen sus propias formas de sociabilidad y su propia ley, una ley extramoral en la cual la lucha por la supervivencia, la simbiosis, la depredación y la extinción son sucesos que no son buenos o malos. Los humanos participan también de estas formas de sociabilidad, en la

medida en que comparten un espacio con (y son afectados por) todas las cosas a su alrededor; los cuerpos humanos pueden servir incluso como un sustrato donde muchos seres establecen sus colonias: los virus, los hongos y una multitud de microorganismos lo pueden invadir o excavar como una mina llena de recursos.

Las distinciones entre cosa y persona, entre vivo e inanimado, entre natural y artificial, son construidas bajo la misma mirada que “anima” unos dibujos a lápiz. Bajo dicha mirada la “vida” sólo es posible a condición de asumir unos ojos, una boca y unas manos hechas a imagen del dibujante, activados además por el mandato de una moral humana.



Animismo

La palabra *animismo* fue acuñada en el nacimiento de la antropología, para describir ciertas prácticas de grupos humanos llamados “culturas primitivas”. Las culturas primitivas solían observarse desde una distancia crítica, y en ello se separaban de otras culturas, las civilizadas. Estas cultu-

ras, al ser estudiadas por los antropólogos, se medían de acuerdo con una progresión histórica de desarrollo humano cuyo culmen se encontraba en el modo de vida de los pueblos de Europa occidental hacia finales del siglo XIX. Según esta progresión, los pueblos primitivos estaban atrasados en relación a los europeos, viviendo en su presente el pasado de estos últimos: mientras en Europa construían grandes ciudades y máquinas de vapor, los primitivos se encontraban en su infancia cognitiva y productiva. Los primitivos, en este sentido, no eran tan humanos como los observadores: eran humanos subalternos, incompletos, periféricos, desprovistos de las herramientas de la técnica moderna. Estos humanos “menores” solían definirse desde características antitéticas respecto a su observador: no modernos, no formados en academias, no poseedores de artilugios civilizatorios ni habitantes de metrópolis. Solían no estar al tanto de las divisiones ontológicas entre lo natural y lo artificial, lo vivo y lo inanimado, y en ello no tendrían instrumentos para dar cuenta del “mundo”. No diferenciaban sentir de pensar.

Si el antropólogo era el observador, ellos eran el objeto observado, el "otro". Además, este "otro" solía ser nombrado y leído por el científico social, como alguien incapaz de nombrarse y comprenderse a sí mismo: al ser primitivo, sus réplicas nunca se abrirían camino como interpelaciones legítimas a los oídos del sujeto observador. Su lenguaje se mostraría como un mero conjunto de signos cuyo sentido se revelaría en el ordenado por la voz del intérprete. Las réplicas del "otro" serían como aquellas de un niño necesitando de la guía del adulto.

Los modos de conocer de las llamadas culturas primitivas fueron entendidos como *creencias*, al estar soporados sobre modos distintos de ordenar al planeta. Mientras el antropólogo distinguía claramente la existencia de dos reinos (lo vivo y lo inanimado) dentro de los cuales se distribuían todos sus elementos constitutivos, desde los más sutiles hasta los más concretos, el humano primitivo, por su parte, se veía a sí mismo como parte de un continuo formado por todos los elementos de un mundo, siendo además su mundo uno de muchos mundos posibles. La afirmación de la vida de

los lagos, el descubrimiento del espíritu de los montes, el aprendizaje del lenguaje de las rocas, la existencia de realidades invisibles que actúan e inciden sobre lo visible, eran algo impensable bajo el régimen binario de ordenamiento de los humanistas europeos: un régimen que escinde al planeta para organizarlo, detenerlo y señalar sus diferencias, y en el cual el "mundo" es siempre uno y el mismo.

Según esto, conocer era dominar bajo la mirada: fijar lo que se nombra como algo distinto de quien nombra. Creer, por el contrario, era transitar por un espacio indeterminado que no se conoce, a merced de sus fuerzas.

Más de un siglo después del primer uso de la palabra *animismo*, en un continente distanciado de Europa por el océano Atlántico y en medio de la masa continental de América del Norte, se encuentra hoy la Ciudad de México. La región del planeta que acoge a esta ciudad fue un enorme campo de batalla entre civilizados y primitivos mucho antes de la conformación de las ciencias sociales y sus respectivas disciplinas académicas: mucho antes de ser nombradas

como batallas animistas. Hoy, los edificios de concreto de esta ciudad alcanzan alturas superiores a aquellas de los cerros más cercanos a ella y el asfalto se extiende en su superficie a través de retículas gigantes de varios kilómetros de extensión; por sus avenidas principales se levantan monumentos que compiten en magnitud con aquellos de las urbes europeas; los automóviles circulan veloces en ambos sentidos de la calzada; en sus universidades se habla un castellano musical y diáfano; los bienes y servicios se intercambian por equivalencias arbitrarias en dinero; los humanos caminan por las aceras de manera diligente y ordenada.

A la vez, en medio de este paisaje aparentemente dominado por el espíritu moderno, se mueven fuerzas que desbordan toda partición. La tierra se mueve constantemente bajo la ciudad, a veces sutilmente, a veces con la fuerza de un sismo. Cuando ocurre un sismo, los edificios más altos amenazan con caerse y todos los sistemas que organizan los flujos de la ciudad colapsan. El gran artificio de la urbe se rompe en pedazos mientras el lenguaje que nombra a las cosas en su estado de quietud se revela insuficiente para enunciar

las nuevas realidades que desata esta ruptura inevitable en lo moderno: un edificio que se agita, el sonido que emite el asfalto al desplazarse, la furia del suelo. Los humanos, en esta circunstancia, se encuentran a merced del movimiento de la tierra y sólo pueden responder a su llamado en la medida de sus fuerzas. Nada es estable; por lo tanto no se pueden trazar líneas que dividan a cosas y personas, naturalezas y artificios.

La palabra *animismo*, a pesar de su origen colonial y reductivo, puede ser usada en estas circunstancias como un arma, afilada por los discursos eurocéntricos que le dieron origen, activada cuando un mundo que se cree inanimado se despierta. Quien aún nombra "primitivos" a aquellos que comprenden la correlación entre humanos y no humanos, depende de una realidad sin sismos, sin desastres, sin desbordes.



Aplanado

Cuando se inicia el proceso de construcción en un terreno irregular que contenga sumideros, elevaciones o simples desniveles entre un punto

y otro, es necesario llevar a cabo un proceso previo de aplanado y nivelación del suelo que implica a menudo traer material foráneo desmenuzado en pedazos lo suficientemente pequeños como para cubrir los huecos de manera homogénea. Tras el decreto de constitución de los terrenos federales del lago de Texcoco en 1971, cientos de hectáreas con las características del fondo fangoso de un antiguo lago quedaron despejadas y baldías, dando lugar a impulsos inmediatos desplegando en ellas todo tipo de proyectos de infraestructura o desarrollo inmobiliario y turístico: en los archivos de la Conagua, cubiertos de polvo y ácaros, yacen los ejemplares escritos a máquina de proyectos de desarrollo para el lago de Texcoco que fueron propuestos al poco tiempo de ser constituido el nuevo territorio. Los terrenos, que al desecarse el lago quedaron convertidos en hojas de papel arrugadas y estiradas nuevamente, debían ser aplanados, incluso si no estaban aún adjudicados a algún proyecto concreto. La sola posibilidad en bruto que ofrece la tierra baldía invita a sus ocupantes a domesticarla, homogeneizarla y volverla disponible: pura posibilidad, puro futuro.

El cambio de década que siguió a la constitución de esta zona coincidió con el comienzo de los trabajos de preparación de la tierra: en algunas zonas del lago se construirían plantas de tratamiento de aguas residuales; en otras se sembraría un pasto que sólo crece en los entornos hostiles de suelos cubiertos de sal. Otras porciones de tierra quedarían, por décadas y hasta hoy, simplemente aplanadas: superficies inmensas que se abrían al horizonte y en las que, ocasionalmente, crecían algunos arbustos y encontraban refugio algunos animales. Una de estas extensiones de tierra se encuentra en la zona norte, cerca del límite entre Ciudad Nezahualcóyotl y la Autopista Peñón-Texcoco. La mayor parte del año se superponen en ellos dos paisajes: su suelo blanco de sal y su aire de desierto, pesado y caluroso. Hoy, esta planicie hace parte de los terrenos del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, habiendo pertenecido hasta finales de 2014 a los terrenos federales del lago, siempre disponibles, siempre aplanada. En 1985 llegaron a ella los materiales del relleno que hasta 2014 cubrió la capa blanca, gruesa y plana de sal, en camiones con escombros traídos de la ciudad.

para ser esparcidos a lo largo y ancho del suelo formando una capa gruesa, que sería nivelada con tierra y luego compactada.

Los camiones llegaron al relleno con una cierta urgencia. Traían pedazos de edificios derrumbados, de columnas, de estructuras, de varillas de metal y de objetos que fueron hechos relleno a la fuerza. Traían los restos de construcciones destruidas por el terremoto. Este proceso de aplanoado era un proceso distinto de los otros realizados en la zona del lago de Texcoco, porque a la vez que se preparaba el terreno para una posibilidad de desarrollo, se sepultaba en él la evidencia de la caída de la ciudad.



Archivo

Junto al bosque de San Juan de Aragón, en el borde nororiental de Ciudad de México, hay un conjunto de edificios de una sola planta, enmarcados por una reja blanca, siempre cerrada y cuidada por un vigilante de uniforme negro. Este conjunto y el bosque que colinda con él están separados del aeropuerto Benito Juárez por unas cuantas calles;

los aviones que despegan y aterrizan cada tantos minutos se sienten cerca mientras atraviesan el aire a baja altura. En uno de estos edificios hay un archivo que contiene la historia documentada del lago desecado de Texcoco: un salón pequeño de techo bajo, con unos cuantos anaqueles de madera guardando folios forrados en cuero vino tinto, así como algunos libros de hojas delgadas y pastas blandas. Sobre los muebles de madera hay una delgada capa de polvo y un olor a papel viejo y humedad. La Comisión Nacional del Agua, que es la entidad del gobierno federal mexicano a cargo de todos los temas del antiguo lago, publica a veces un cuaderno ilustrado que describe los avances de ciertos proyectos de infraestructura que han sido llevados a término en algunas áreas de esa tierra desertificada: se celebra la siembra de árboles frutales; se describen los detalles de un nuevo pozo de agua; se mencionan las innovaciones del relleno sanitario y cómo éste convierte la basura en abono para una tierra fértil a futuro. Los proyectos varían de edición a edición, y en los primeros cuadernos, que datan de comienzos de los años ochenta, se describen proyectos que ya han sido sepultados por capas de sal y tierra,

o que han dejado edificios vacíos, hechos ruina y sembrados en medio de una enorme planicie inhabitada. Las iniciativas, cifras y conclusiones de cada cuaderno se encuentran siempre precedidas por el relato de la fundación de Tenochtitlán, la nostálgica visión de una ciudad lacustre, la trágica inundación de Ciudad de México en 1629 y la brutal y titánica desecación del lago que se extendió como una lucha cuesta arriba contra la fuerza imparable del agua, hasta que en 1971 no quedó nada sino ciudad y desierto en un espacio de un poco más de 8.000 hectáreas. En los cuadernos se menciona a veces un pequeño espacio en el corazón de sus tierras para la ampliación del aeropuerto; ese mismo aeropuerto que desata sus aviones ahora sobre el bosque de San Juan de Aragón así como sobre el espacio aéreo de esta biblioteca. Nunca se ven los planes que ahora adornan las portadas de la revista de análisis político *Proceso*, con titulares en negrilla y la imagen de una estructura colosal que se lleva consigo dos terceras partes del antiguo lago: "Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México tendrá sede en el lago de Texcoco". El archivo de folios, cuadernos y otros documentos

no da indicios sobre este destino inminente que, como una explosión transformadora, definirá el destino de todas las cosas sembradas, construidas o siquiera posadas sobre el radio de influencia de la cuenca. El archivo guardado en esta sala impide rastrear en él el pasado reciente del lago, impide leer su presente y arroja sombras sobre su futuro. Las historias que cuentan estas hojas impresas con datos, mapas, planos e imágenes, se perciben como ficciones o simples eventos que han ocurrido mientras se espera la llegada del verdadero proyecto de transformación del lago de Texcoco: un proyecto que compite en magnitud y vaguedad con el proyecto de desecación contra-natura que tuvo lugar en la misma cuenca.



Arqueología

En el informe de los recorridos arqueológicos de Parsons y Morett por los terrenos del lago de Texcoco en la década del 80 y 90, se menciona la presencia de cierto relleno de escombros del Distrito Federal en las orillas de los caminos recién abiertos por la Comisión Nacional del Agua. Dentro de estos escombros,

los arqueólogos encontraron tepalcates, piedras talladas y otros objetos de pueblos indígenas antiguos, mezclados y confundidos con materiales de la ciudad moderna. Una parte del trabajo de campo de estos dos académicos se desarrolló en estas acumulaciones de escombros, intentando distinguir las figuras más antiguas entre los pedazos de construcciones más recientes: encontraron mezclados lo milenario y lo actual, objetos valiosos confundidos con objetos mundanos.

Entre los rellenos que se encuentran aún hoy en las orillas de los caminos trazados para atravesar los terrenos federales del lago de Texcoco (y que probablemente fueron los mismos caminos que recorrieron los arqueólogos), he descubierto que se han sumado nuevas capas de materiales a esas capas anteriores que ellos aprendieron a distinguir: escombros de predios desalojados y materiales arrojados de diversas construcciones, por ejemplo. He descubierto también que los montones de escombros que fueron problemáticos para Parsons y Morett pueden ser valiosos hoy, porque contienen fragmentos de edificaciones derrumbadas por el terremoto de 1985, llevados a

Texcoco con el fin de hacerlos desaparecer. Estos se encuentran en algunos casos confundidos con materiales de construcción llevados desde algunos municipios del estado de México en los años anteriores a la apertura de la autopista Peñón- Texcoco; cuando las fronteras de los terrenos federales no estaban cercadas alrededor de su perímetro, y los vecinos podían circular en esta tierra con libertad tanto como arrojar en ella aquello que ya no les servía. En los terrenos del lago de Texcoco, tal y como se encuentran hoy, el ejercicio de arqueología tendría que ser replanteado: las tierras del lago que fue transformado en suelo desertificado serán pronto transformadas por el Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México; un proyecto de desarrollo urbano aún más grande y radical que la construcción de Santa Fe (una colonia entera de altos edificios modernos erigida sobre un relleno sanitario al occidente de Ciudad de México). El aeropuerto borraré todas las evidencias del pasado del lago: arqueológicas, biológicas y mundanas; borraré la capa de tierra desnuda que queda como última prueba de la antigua cuenca; expulsará los escombros que revelan diferentes intentos de ocupación

de la tierra; sepultará las ruinas del terremoto que sacudió a la ciudad y que está íntimamente ligado con los estratos de tierra que aún la soportan; desplazará a los pueblos circundantes y a la vida animal y vegetal que ha logrado crecer sobre la tierra. Un ejercicio arqueológico, hoy, debería dar cuenta de todo el montón de escombros como un conjunto inseparable de piezas (todas valiosas y a la vez mundanas) que, superpuestas, revelan las temporalidades e intercambios alojados durante siglos en el lago, haciendo legible la presencia de los distintos grupos humanos que lo han modificado y lo siguen modificando hoy.



Artificio

En 2012 hubo un sismo en Ciudad de México de casi 8 puntos en la escala de Richter. Debido a los movimientos de la tierra, en algunos edificios se abrieron pequeñas grietas, algunos objetos se cayeron de las mesas, y las oficinas de los altos edificios sobre el Paseo de la Reforma enviaron a sus empleados a casa.

Al sur, en el Bosque de Tláhuac, existió hasta la fecha de este sismo un

lago construido, sobre el cual navegaban botes y alrededor del cual se reunían familias y amantes los fines de semana. El temblor agitó la base del lago, agrietándola como una cáscara vieja, abriendo huecos en la tierra que hicieron que el agua fuera absorbida de inmediato, provocando la completa desaparición del lago en cuestión de horas. De un día para otro el lago ya no existía: sobre la tierra seca sólo quedaron algunas embarcaciones ancladas, como si hubieran sido arrastradas y abandonadas en un lote vacío.

Si bien los lagos constitutivos de la región tendían a secarse con rapidez en el curso de los últimos siglos, en lugares como éste fueron, por el contrario, erigidos, impuestos de cierto modo sobre el terreno. Hasta su desaparición repentina, el lago de Tláhuac fue una especie de negación de la desaparición paulatina del agua: una contradicción que mostraba abundancia de líquido en medio de una ciudad donde éste escaseaba de manera cada vez más clara. Este lago, junto con el Nabor Carrillo, el Canal Nacional y el lago de Chapultepec, son productos de ingeniería y diseño: espejos de agua trazados sobre superficies sin agua, superficies planas forzadas a ser

cóncavas. Los llamados “lagos artificiales” son producto de un plan de urbanización del cual también forman parte los edificios, las avenidas de segundo piso, las grandes calzadas y el nuevo aeropuerto.

Al levantarse en ciertos lugares, las avenidas y vías rápidas canalizan el tráfico de automóviles, hundiendo otros lugares a su paso; de igual modo, para redistribuir el agua se han construido tuberías, desagües, sistemas de bombeo y un gran conjunto de estrategias ingenieriles: forzándola en contraflujo, conduciéndola en contrapendiente, desabasteciendo aquí, abasteciendo allá.

La desaparición y la imposición del agua en Ciudad de México se revelan como dos caras de una misma voluntad de dominio, producto de un mismo afán de crecimiento desmedido. El agua, por su parte, se muestra como algo que no puede ser dominado: el agua de los “lagos artificiales”, guardada celosamente en cuencas construidas, puede fugarse por el subsuelo de repente, como en Tláhuac, para nunca regresar.



Ataque aviar

Muchos aeropuertos del planeta se ubican a la orilla del mar, donde las gaviotas y otras aves acuáticas son habitantes regulares. En estos hábitats marinos las aves tienen que retraerse frente a los aviones, siendo imposible la coexistencia de unos y otros: aunque las criaturas aéreas, tanto biológicas como aeronáuticas, se desplacen por un espacio amplio, despejado y que pareciera no tener límites ni estar subordinado a los mismos procesos de coartación a los que se somete la tierra, se hace necesaria una demarcación (unilateral) del espacio del aire. El nombre técnico que se le da al posible caos generado por el encuentro entre un avión y, por ejemplo, una bandada de patos en migración, es “ataque aviar”. En estos “ataques” un grupo de pájaros volando a 100 km/h choca con un avión volando a 900 km/h. Si un ave tan grande como una gaviota, un pelícano o un pato se atora accidentalmente en una turbina como resultado del choque, el avión puede venirse abajo y precipitarse sobre la tierra o sobre el mar, causando la muerte a los viajeros.

Para mantener las aves a distancia y evitar que emprendan sus "ataques", los controladores aéreos a veces liberan halcones cerca de las pistas, permitiéndoles volar en círculos sobre éstas. Las aves marinas ven al predador a lo lejos y al detectar su presencia se alejan de la zona aeroportuaria. La rutina se repite y con el tiempo la advertencia se naturaliza, manteniendo a los dos ámbitos separados por una línea invisible de peligro. En algunos aeropuertos se levantan cercas de tres metros de alto coronadas con alambre de púas o estacas afiladas, que mantienen alejadas a las aves que vuelan más bajo y de paso a los humanos que intenten traspasar. A veces se levantan efigies, que como las gárgolas en las catedrales góticas, operan como símbolos de monstruosos devenires para ellas. Otros controladores disparan cañones al aire para que el sonido explosivo aleje a las aves. En el aeropuerto JFK de Nueva York, por ejemplo, han disparado frontalmente a las aves que vuelan cerca para lograr lo que ellos llaman "control de la población".

A unos kilómetros del futuro aeropuerto que servirá a la Ciudad de México y sus áreas aledañas hay un lago artificial llamado Nabor Ca-

rrillo, el cual recibe la más grande migración de patos canadienses de la región. Éste, a su vez, se encuentra en una zona que antes, hace décadas, era un lago de enormes proporciones el cual fue lentamente desecado. Este punto exacto es una parada regular dentro de la ruta central de migración de las aves de Norteamérica. La distancia entre este lago y la zona que se propone para construir las pistas aéreas no es lo suficientemente grande como para que el lago y el aeropuerto sean dos espacios distintos. Aves y aviones no podrán coexistir.



Autopista

En el siglo xvi el lago de Texcoco era un cuerpo continuo de agua que llegaba hasta los bordes del bosque de Chapultepec en el occidente y hasta las orillas del reino de Texcoco en el oriente. En los mapas de la época aparece como un círculo de bordes generosos que contiene una gran superficie azul, interrumpida solamente por la pequeña isla de Tenochtitlán. Mientras sus aguas desaparecían y eran compartimentadas hacia la región de Texcoco, expulsadas de la ciudad, este lago seguía

siendo un cuerpo, un sólo terreno, aunque demarcado por líneas rectas y diagonales que seguían cada vez más las divisiones políticas de los suelos contiguos. Con la llegada del siglo xx los bordes del lago fueron confinados a ser aristas y líneas, conducidos por la propiedad y la soberanía de los territorios urbanos que crecían a paso rápido, presionando sus linderos; estos territorios intentaban desbordarse los unos sobre los otros y a la vez contener con diferentes barreras los desbordes ajenos. Más que una orilla que sigue las curvas del agua tocando la tierra, el lago se convirtió en una combinación de polígonos, triángulos isóceles y círculos perfectos, medibles por los raseros de la geometría euclidiana. Ya sin agua, hacia la década del setenta del siglo pasado, el lago pasó a ser un gran desierto de tierras blancas y continuas, enmarcadas por los crecientes barrios de la periferia, entre la ciudad y el aro que forma el estado de México a su alrededor: un polígono, un círculo y un rectángulo intersectados.

En la primera década del siglo xxi este terreno aún unificado sufrió su primera partición. El Anillo Periférico, una de las vías principales

de la capital, bordea su contorno como un cinturón que la amarra; de su borde exterior, al nororiente, se trazó una tangente en línea recta de tres carriles de ida y tres de regreso, formando la nueva autopista Peñón-Texcoco. Antes de la construcción de esta autopista, el área indómita del lago de Texcoco era atravesada por caminos serpenteantes forrados de tezontle rojo, que a veces se perdían para luego reaparecer más adelante como segmentos inconexos. Estos caminos estaban moldeados por las pisadas de los habitantes de Atenco, de San Luis Huexotla, de San Bernardino; se extendían con un trazado similar a aquel de los ríos de la región, abriéndose entre los accidentes de la tierra. No se trataba de divisiones sino de conexiones, extensiones, fibras insertadas en el sustrato, pequeñas fracturas en el suelo del valle que en la distancia se confundían con las líneas de erosión o con las quebraduras de las costras de sal cuando hace sol y no hay lluvia. Los caminos son los accidentes humanos en la geografía no-humana. La autopista es en cambio una línea que parte en dos la tierra en hemisferios: al norte, la vecindad de Ecatepec y Atenco; al sur, la Reserva Ecológica Lago de Texcoco, Ciudad Nezahualcóyotl y Chimalhuacán.

Sobre el asfalto empiezan entonces a circular carros, buses y camiones, cada vez con más velocidad: la línea recta de la autopista dispara a todos los vehículos que pasan por ella como proyectiles. Sobre la orilla de la carretera el sonido de los camiones se hace fuerte cuando se acercan y persiste cuando se alejan, mezclándose a la vez con el sonido de un carro que pasa y otro que regresa. El suelo tiembla por el peso de las cargas que entran y salen de la ciudad.

Tanto el lado norte como el lado sur del lago de Texcoco levantaron barreras junto al asfalto para separarse ellos mismos del devenir brutal de la autopista. Las cercas se levantaron a lado y lado; la hierba todavía crece junto a la malla metálica que forma cada cerca, trepando sobre ella. El metal de las cercas, rápidamente corroído por la sal, tiembla al paso de cada camión de carga. El otro lado del lago ya está lejos, ya es otro lugar. El lago de Texcoco, delimitado por formas arbitrarias unos años antes, ha sido dividido y ya nunca será una sola tierra.



B

Balnerario

Escondido entre cientos de documentos de la biblioteca del lago de Texcoco, en la sede de la Comisión Nacional del Agua ubicada junto al bosque de San Juan de Aragón, hay un documento con fecha de 1985, redactado en máquina de escribir sobre un papel que una vez fue blanco; los ácidos en sus fibras han reaccionando con el sol y el calor de treinta años, tornando las hojas amarillas y la tinta débil. Este documento hace parte de una acumulación de folios, cuadernos argollados y libros que surgieron con entusiasmo durante la primera década de conformación de la zona federal del lago de Texcoco, cuando aún era un área con infinitos desarrollos potenciales. En la portada se lee una dedicatoria escrita en pluma azul: "Con estimación sincera. Para el Ing. Gerardo

Cruikshanck, esperando sea de su agrado y llegue a ser de alguna manera útil este libro". Cruikshanck, heredero de las ideas del ingeniero Nabor Carrillo, impulsó desde los años setenta del siglo xx el proyecto de recuperación ecológica de la cuenca del lago de Texcoco. Este proyecto incluía la siembra de una capa vegetal sobre el lecho lacustre, la cual tardó décadas en crecer y establecerse. El arquitecto que escribe esta dedicatoria imagina la construcción de un balneario en la mitad del lago de Texcoco: un lugar con albercas, jardines, cafeterías, salones de fiesta, estacionamientos, con un flujo constante de visitantes llegando de la ciudad cada fin de semana a pasar la noche en cabañas junto al lago Nabor Carrillo; un grupo de humanos nadando en albercas sembradas en medio de tierras aún infértiles, secándose con

toallas de colores y tomando el sol sobre sillas plásticas; bañistas compartiendo su ocio con plantas y animales aún en proceso de adaptación.

Los planos del balneario se exponen a partir de detalladas descripciones técnicas y dibujos: trazos de baños, bocetos de vestidores, croquis de jardinerías con formas geométricas sembradas de plantas ornamentales, cortes transversales de edificios modernos —cilíndricos como museos de arte—, vistas de techos alzados en una pendiente cónica que recuerda la forma de los volcanes visibles en el fondo del paisaje como “pinturas naturales” en un día despejado. Este balneario, extraído de una pila de documentos, se hace cada día menos legible: la superficie de sus páginas es cada vez más oscura, mientras la tinta se adelgaza, se aclara y tiende a desaparecer.



Barda

La autopista Peñón-Texcoco se extiende como una línea recta que transforma en proyectiles los carros que transitan sobre ella, surcando el pavimento disparados en veloz

trayectoria desde la metrópolis hacia los ejidos del estado de México, y desde estos hacia la ciudad en el carril opuesto. En un carro a 100 km/h, aquello que ocurre a lado y lado de la vía pasa frente a los ojos como un barrido de formas abstractas que se funden las unas con las otras, mientras los sonidos del tráfico que viene a su vez disparado en sentido contrario llegan diferidos para luego extenderse en el tiempo, como un gemido que resuena en la parte de atrás de la cabeza.

En enero de 2017 pasé frente a los terrenos del colosal nuevo aeropuerto —extendiéndose estos al norte de la calzada— como parte del tráfico veloz que regresaba ese día del estado a la ciudad. La barda perimetral que ahora separa este nuevo territorio de su “afuera” comenzaba a verse desde el punto inicial de esta vía rápida como un barrido gris y blanco de segmentos idénticos que se seguían unos a otros al lado derecho del automóvil en movimiento. A medida que el carro seguía avanzando la imagen abstracta se iba convirtiendo en objeto sólido, al repetirse los segmentos de barda durante kilómetros de marcha; si se alzaba la vista un poco más al norte desde el

asiento del pasajero, se veía la barrera gris y blanca darle la vuelta a todo el perímetro de la zona aeroportuaria, levantándose en su borde exterior como una nueva frontera: pude medir mentalmente un muro de concreto reforzado de medio metro de ancho por uno de alto, rematado por una malla metálica de tres y medio metros de altura de la cual se asomaban pequeños tramos de varillas afiladas. Esta barrera se asemejaba a aquellas que se levantan en los contornos de las cárceles, en los cercos de complejos militares o en ciertos tramos de la frontera norte entre México y Estados Unidos. Divisiones físicas como éstas evitan que lo “indeseable” se desborde hacia afuera, que lo “incontrolable” ingrese a romper con el orden, que lo privado escape, haciéndose público. El concreto y la malla en esta nueva separación física entre aeropuerto y valle se levantaban verticales hacia el cielo, a la vez que se extendían horizontalmente por kilómetros en línea recta a lo largo de la autopista Peñón-Texcoco, como una cuchilla cortando la tierra, separando al progreso de los viejos modos de vida, a los ricos de los pobres, a lo privado de lo público. A un lado de la barda las obras aeronáuticas ocurrían en

imperceptible avance: unos trescientos hombres, armados de máquinas, luchaban contra un terreno cóncavo que persistía en sumirse, intentando aplanarlo en pistas para el futuro aterrizaje y despegue de aviones. Los hombres y sus aparatos de construcción (máquinas de guerra que en lugar de disparar extraen y al extraer, hieren) se veían como puntos a lo lejos, huyendo del campo de visión en microsegundos. A medida que el carro avanzaba, más de cerca, en un barrido verde y amarillo que se dejaba translucir desde el primer plano de la barda, algunos brotes de pasto *Distichlis spicata* se aferraban a la tierra antes de ser arrancados de ella o sepultados por múltiples capas de materiales inorgánicos.

Al otro lado de la barda, al sur, se abría un terreno baldío sembrado con una fila de palmeras, marchitándose todas ellas y doblándose ante la salinidad del suelo y la sequía del aire. Luego, a la izquierda, más allá de la vía de asfalto que recorrería el carro veloz, se ocultaba aún la Reserva Ecológica Lago de Texcoco tras su propia barda metálica (una barda más frágil, hecha de una malla romboide oxidada y que cedía en algunos tramos); a lo lejos, detrás de

la reserva, se adivinaba la línea curva del Circuito Exterior Mexiquense, actual orilla del municipio de Chimalhuacán: este municipio se extendía al horizonte como un denso tejido de casas y edificios hasta perderse de vista tras las nubes amarillas de aire contaminado de la Ciudad de México.



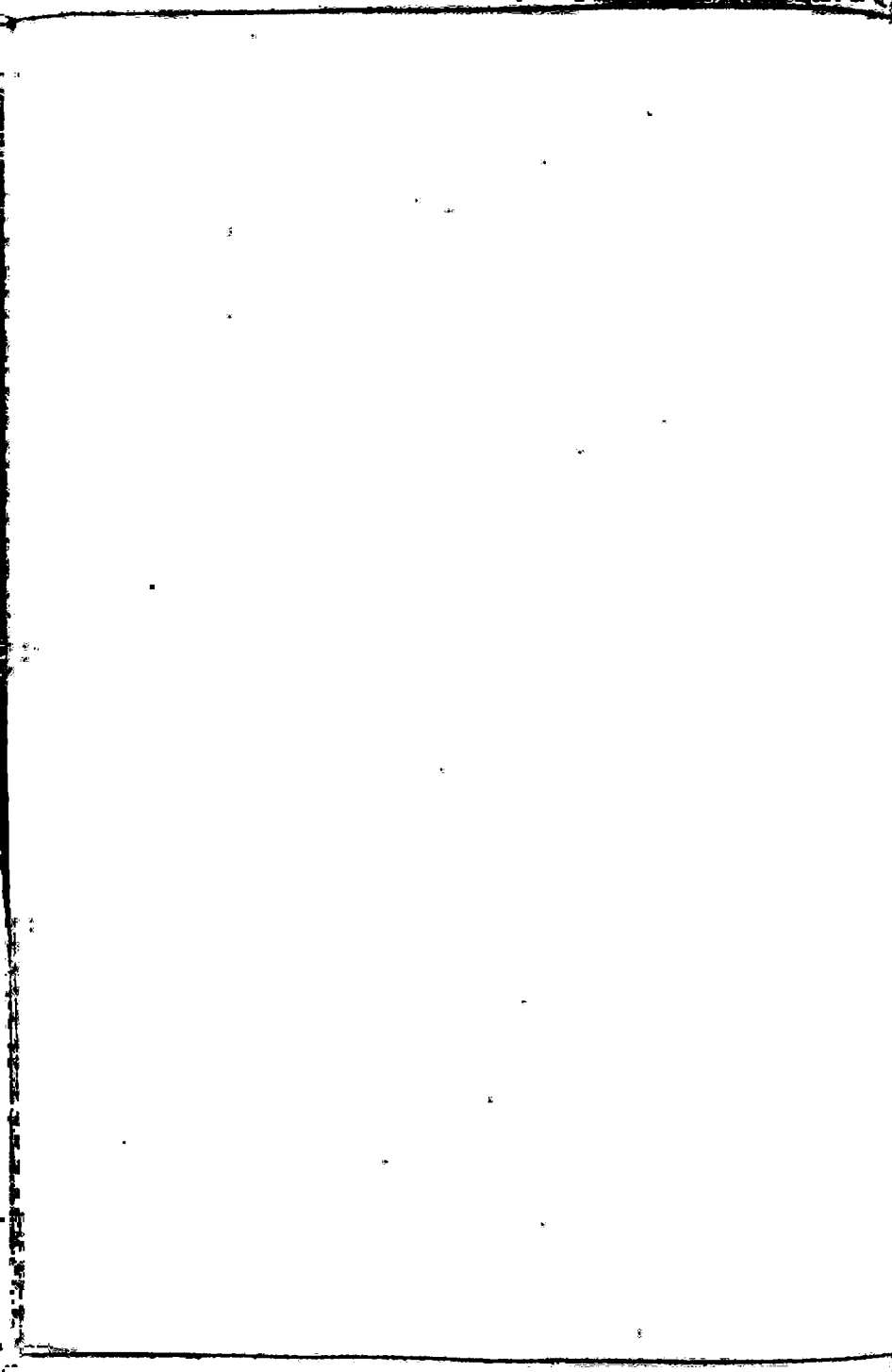
Bordo

El Bordo Poniente es un basurero que ocupa una extensión de varios kilómetros cuadrados limitando con Ciudad Nezahualcóyotl y colindando con el Aeropuerto Benito Juárez. El suelo que ahora ocupa hizo parte del antiguo lago de Texcoco y se inscribe en los terrenos protegidos por el gobierno federal bajo el mismo nombre. La basura en el bordo se compacta en plataformas que tienen un metro de alto: estas plataformas sirven de barrera de contención a un vaso regulador que recibe el nombre de lago Churubusco, el cual recibe las aguas residuales de la región adscrita a él directamente de los drenajes. Las aguas del lago son negras y aceitosas, saliendo de ellas burbujas de los gases liberados: descubro que

en ellas se posan unas aves pequeñas, blancas, delgadas y débiles husmeando en la basura. La desembocadura del dren principal levanta espumas blancas, densas y abundantes, que se desbordan hacia las orillas, desprendiéndose y aterrizando a nuestros pies. Los barrios de este municipio del estado de México están separados del bordo por un muro rematado por varias hileras de alambre de púas y por una prisión que limita con el muro: unas torres de vigilancia se alzan y son visibles desde el límite opuesto del basurero, anticipando las fugas de los internos en medio de los campos de basura. Junto al muro, de este lado de la cerca, se extienden planicies que parecen potreros, entre desiertas y cubiertas de pasto, que forman campos irregulares para fútbol, con sus porterías bien ancladas a la tierra. Estas canchas están comunicadas por caminos a los barrios vecinos; en ellas los vecinos juegan a veces partidos amistosos. Si se está de pie sobre una de las canchas, el olor que proviene del lago y los montones de basura es tan fuerte que se mete en el cuerpo y tarda días en salir, produciendo náuseas si se aspira con fuerza. Ese olor se siente intenso aún para un pulmón que respira constantemente el

aire sucio de la Ciudad de México. Imagino que este olor, junto con los gases tóxicos que se liberan todo el tiempo de la tierra a medida que los desechos orgánicos se fermentan y descomponen, se impregnan en el aire y viajan kilómetros, lejos, hacia el sur o al occidente, para luego descender a la altura de las narices de millones de personas.





C

Campamento

Sobre la línea que separa los terrenos del lago de Texcoco del ejido de San Bernardino, al oriente de la antigua cuenca, hay una cerca hecha de postes de concreto anclados a la tierra y tres hileras de alambre de púas, tensadas entre poste y poste. A un lado de la cerca se levanta un aviso de latón, que muestra una capa de pintura apenas legible, corroída por la lluvia, el viento y la salinidad de la tierra. El aviso anuncia: "Zona federal: aquí se construye el Parque Ecológico Lago de Texcoco". Alrededor del aviso, el pasto se levanta medio metro sobre la superficie del suelo; algunas formas de maleza se han abierto lugar, entremezcladas con la hierba verde y densa. A pesar de estar parcialmente hecha de concreto, la cerca se ve frágil y su altura puede ser saltada si se usan los alambres como peldaños para escalar al otro lado. Parece

haber sido levantada como una división simbólica entre dos territorios, como una advertencia o una señal para los ejidatarios del lado de San Bernardino: "estas tierras ya no les pertenecen a ustedes, vecinos ejidatarios; no pertenecen a nadie sino al mismo lecho lacustre, guardado celosamente por el ojo vigilante del gobierno". A pocos metros de la cerca, la Comisión Nacional del Agua ha levantado efectivamente una caseta de vigilancia que se abre hacia el oriente; saliendo de ella se asoma una mujer con uniforme negro que nos saluda y se vuelve para posar su mirada en un horizonte de posibles amenazas que se encuentran, todas, al otro lado de la cerca.

Sobre el lado contrario se despliega una hilera de pequeñas casetas, cada una midiendo un par de metros de largo por otro par de ancho; es un conjunto de estructuras de estacas

de madera apuntaladas, cubiertas por fragmentos de láminas de latón, tablas de madera y pedazos de lona reciclada de vallas publicitarias, escritas con nombres de bandas, sonideros y consignas de propaganda política. La hilera se extiende a lo largo de la cerca hasta perderse de vista: se divisan cientos de casetas, todas adheridas al contorno de la cerca, idénticas en tamaño, aunque cada una de ellas cubierta con una combinación diferente de pedazos de lona, madera y latón. Entre ellas forman un muro, un margen, una barrera; los pastos y malezas crecidas del lado protegido se cuelan al otro lado, empiezan a crecer entre caseta y caseta; el ejido se abre frente a ellas como un espacio abierto en el que se avistan unas cuantas casas sólidas, árboles y praderas, atravesados por un camino. La hilera de precarias construcciones parece anclarse en un lugar intermedio entre uno y otro lado de la cerca: demasiado próximas a la división de alambre y concreto que intenta expulsarlas, y a la vez demasiado lejos del ejido; se posan ahí, en esta hilera estrecha, tímidamente, como si estuvieran posadas en ella sólo de paso; como si fueran a desaparecer al salir el sol la mañana siguiente.

Las casetas, frágiles en apariencia, hacen ver fuerte y robusta a la delgada cerca. Sus cimientos, sin embargo, son profundos: llevan inmóviles ahí por más de cuatro años. En ellas viven cientos de familias, difíciles de contar porque están en una zona fronteriza donde en teoría no existen, ya que no están vinculadas a la tierra: demasiado próximas al terreno que las expulsa, demasiado lejos del terreno que las recibe. En ocasiones se oye la música de un radio sintonizado saliendo de alguna de ellas, mezclada con voces de niños. En sus umbrales pueden verse diversos objetos: las pertenencias de alguien que vive en una delgada línea de tierra. Estas construcciones y sus habitantes forman el campamento de desplazados Hidalgo y Carrizo; antes estaban ubicadas (con otra forma, otro tamaño y otros materiales) unos metros adentro de la cerca, en un predio que ahora se extiende detrás de la caseta de vigilancia. Hace más de cuatro años, en lugar de estas estructuras existían unas casas; la cerca probablemente no estaba y el ejido de San Bernardino se confundía con los terrenos del lago de Texcoco en un solo continuo de tierra.

Es el 26 de abril de 2012. Las personas que hoy día ocupan el campamento —junto con otros tantos pobladores que han sido dispersados hacia distintos puntos de la zona de influencia del lago de Texcoco— vivían en una porción de tierra construida cerca de la orilla del lago Nabor Carrillo, en el lado occidental de esta frontera recientemente demarcada. El gobierno —que ahora vigila el límite oriental del lago de Texcoco— llegó ese día a reclamar sus tierras. Las edificaciones ahí erigidas fueron demolidas; poco después la cerca y el letrero fueron erigidos, en un ejercicio de demarcación política que se puede leer entre líneas, a través de los rasgos materiales de las casas, del alambre y del mismo pasto que crece salvaje entre ellos: “Zona federal: aquí no es posible construir nada”.



Capital

Michael Taussig pasó años en el pacífico colombiano estudiando cómo se ha instaurado un nuevo animismo entre los jornaleros de la industria azucarera, frente a la llegada de las formas capitalistas de

trabajo. La acumulación, la enajenación y el trabajo asalariado son aspectos de las sociedades capitalistas que se han naturalizado en Colombia al igual que en México y otros países de América, especialmente en centros urbanos como Bogotá y Ciudad de México: los individuos insertados en estas sociedades —y en las ciudades accidentadas que les sirven de escenario— compramos, vendemos y trabajamos en jornadas compartimentadas homogéneamente entre trabajo y ocio; lo hacemos como si éstas fueran formas idóneas de ocupar el tiempo y el espacio, las cuales siempre han estado ahí esperando a emerger en el momento correcto de la historia. En este esquema, y bajo la luz de esta nueva naturaleza, algunas creaciones del mismo capital adquieren sustancia y realidad, mientras otras entidades devienen objetos inertes: las mercancías empiezan a palpar con el flujo vital de los intercambios y las valuaciones, mientras las personas empiezan a verse como meros cuerpos productores, idénticos e intercambiables. Bajo la imposición de este sistema, en comunidades en las que el trabajo va unido al cuidado de la tierra y a la dignidad del trabajador, esa máquina abstracta del capital se convierte en el objeto de una

mirada animista: la empresa extranjera que llega con violencia a los campos del Valle del Cauca, adquiere el cariz de un demonio, un ser que cobra vida para succionar las almas de los jornaleros y secar la tierra.

En el Valle de México se han creado las condiciones para pensar en una interpretación animista de la relación entre humanos y tierra, atravesada también por el capital. Este animismo no necesita la mediación de las creencias que separan a los crédulos pueblos rurales de las pragmáticas sociedades modernas, porque en él todas las personas son inevitablemente arrastradas a ser instrumentos o cosas de manera indistinta. El lago de Texcoco, reduciéndose poco a poco hasta secarse, no ha cesado de tener incidencia sobre los movimientos sociales, económicos y políticos de la tierra que alguna vez ocupó como cuerpo de agua. El sustrato de lodo y sal de la cuenca que quedó tras la desaparición del agua actúa como un ser vivo que tiene la fuerza para mover a la ciudad, para hundirla y fracturarla, para azotarla desde el aire con sus tormentas de arena. La tierra del lago siempre está moviéndose, acomodándose y resistiéndose proactivamente a los sucesivos intentos de ocupación humana.

Los capitales privados se muestran también vivos al situarse en esta tierra: ellos actúan como plagas que se extienden por las planicies del lago, poniendo en peligro las formas de vida que han logrado crecer sobre su suelo, llegando a los pueblos vecinos a secar sus tierras y extraer de ellos su trabajo. Así como la industria del azúcar llega al sur de Colombia y se instaure entre los jornaleros como un demonio, en 2014 los capitales del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México aterrizan en el lago de Texcoco como una forma de vida foránea y letal. Entre el lago y el capital, los humanos son movidos, desplazados y a veces aplastados por su peso. Nosotros, los humanos que circulamos por el lecho del lago, somos simples cosas inertes sin capacidad de acción o decisión sobre los cambios que ahí ocurren: la lucha entre el lago y el capital, animada recientemente por este nuevo proyecto de aviones y pistas, no necesita de nosotros para saberse viva.



Cartografía

En la vista plana de *Google Maps* del Valle de México, el lago de Texcoco aparece como un terreno baldío, claramente separado de la zona urbana —la cual se extiende como un conjunto denso de pequeños cuadrados grises al occidente— por una línea recta cortante que lo atraviesa de norte a sur. Al oriente, en cambio, el plano monocromático de aquello que queda de la antigua cuenca se degrada lentamente en secciones verdes y de color tierra, interrumpidas por pequeñas líneas que señalan caminos, fronteras o barreras geológicas: se trata de una región que redibuja constantemente sus límites. Los pueblos y ejidos del oriente se extienden en formas irregulares, a veces superpuestas, a veces salpicando la planicie del lago en intrusiones de puntos y planos minúsculos. En ocasiones, estos pueblos campesinos, que disputan su frontera con el lago de Texcoco desde hace unas décadas, no se destacan en esta versión del mapa que, por el contrario, designa algunos lugares inexistentes y señala algunos puntos geográficos ya desaparecidos: algunos pueblos o lugares que son importantes dentro de la configuración política de la

región aparecen escritos en pequeñas letras minúsculas que se confunden con el nombre de una calle o barrio de la ciudad de Texcoco; otros no tienen lugar alguno en esta representación plana y general del territorio; algunos caseríos aparecen marcados por letras grandes y resaltadas; otros pueblos que se han establecido como un referente geográfico alrededor del cual los habitantes de la zona se ubican y orientan, desaparecen en un cúmulo de nombres sin jerarquía. Santa Isabel Ixtapan, San Cristóbal Nexquipayac, San Salvador Atenco, Francisco I. Madero, San Miguel Tocuila, Santa Cruz de Abajo, San Felipe, Santa María Chimalhuacán, San Luis Huexotla y San Bernardino no se hacen ni visibles ni presentes (aún siendo estos los pueblos que se han establecido como nodos políticos de la región, al reclamar los acuerdos entre la ribera lacustre y su ocupación humana, previamente trazados por la misma orilla del lago). Esta antigua orilla se distingue claramente en el territorio, ya que está definida por la morfología de la tierra: ella misma separa su suelo lodoso del sustrato firme y fértil. Debajo de todo, extendiéndose hasta perderse bajo el suelo construido de la actual Ciudad de México, está

presente el contorno del antiguo lago de Texcoco como una hidrografía sepultada.

Los suelos disputados, arrancados, comprados y vendidos en el área rural de la región texcocana desde la última reforma agraria, irrumpen en la planicie de modos irregulares y erráticos; en ello añaden dificultades a esta representación cartográfica: un mapa que no se actualice al ritmo de los hechos más recientes, siguiendo los titulares de los diarios y los cambios de linderos que fluctúan cada semana, cada mes, cada año, es un mapa que no refleja la realidad topográfica del suelo del lago de Texcoco. Este lugar desaguado, hecho terreno, exige la narración de la historia de los pueblos que lo han delimitado poco a poco durante los últimos cuarenta años; el lago reclama la historia de la línea cortante que lo separa de la urbe. De igual modo, este nuevo territorio exige la producción de un nuevo mapa que admita borraduras e innumerables correcciones, que visibilice lo invisible, que represente lo irrepresentable.



Casa

A varios kilómetros del centro de la Ciudad de México aún se hallan evidencias de más de 800 viviendas que al parecer existieron hasta 2012 a un costado del lago de Texcoco, en las explanadas de suelos salinos que forman el predio Hidalgo y Carrizo. Se erigían sobre este territorio en apariencia inhabitable, sin infraestructura, sin conexión cercana con el modo de vida urbano. De ellas no existen documentos, imágenes o mapas: no se ha señalado su existencia. Es posible que junto a las casas vivieran perros y liebres salvajes. También es posible que arañas, alacranes, serpientes, hormigas y otros habitantes minúsculos acecharan a estos asentamientos humanos, pero no lo suficiente como para hacerlos desertar.

Desde lejos se ven los restos de estas casas como puntos brillantes sobre el suelo arenoso y salino: una acumulación de vidrios refleja los rayos del sol como espejos, tapizando la tierra como un mosaico desordenado y translúcido. Los vidrios, posados sobre la tierra, funcionan como cápsulas de tiempo: al levantarlos, su superficie transparente, adherida

a la arena, ha conservado el estado de la tierra de hace años, desde el momento en el que estos se rompieran y cayeran sobre el suelo. Algunos trozos grandes están cubiertos de capas de sal y tierra cristalizada; otros más pequeños están oscurecidos y opacados por el sol, algunas esquilas dispersas brillando como gemas. Entre los vidrios hay algunos objetos, semienterrados, apenas asomados: algunos guarecen colonias de hormigas; otros albergan huevos de araña, mostrando que ha pasado tiempo suficiente para que otras formas de vida erijan su casa entre las ruinas de otra. Juguetes de niños, restos de muros pintados de colores, azulejos con esmaltes brillantes, objetos que parecen piezas de electrodomésticos, listones de madera, figuras decorativas, fragmentos de teja, ladrillos, restos de envases de comida, retazos de prendas de vestir, suelas de zapato, secciones de alfombra, pedazos de contenedores de diferentes formas y tamaños: todos muestran una vida compleja, un cuidado en el construir, en el amueblar, un acto de apropiación de un espacio.

Al otro lado del camino se levanta una fila de torres de energía; las descargas de corriente pasando por los

cables que conectan una torre con otra emiten un zumbido. Estas torres se levantan treinta metros hacia arriba y se anclan al suelo un par de metros; junto a ellas ha crecido un pasto ahora aferrado a la tierra, así como algunos árboles cuyas raíces también descienden en el suelo. Entre los escombros no se ven rastros de estructuras fijas, anclajes o soportes. Las casas que aquí se construyeron se posaban frente a las torres de energía eléctrica, junto a un campo cubierto de pasto, a ras de suelo, sin raíces, sin cimientos.

Alrededor, a unos metros de este sitio que demarcan las esquirlas de vidrio más dispersas, se alcanzan a ver otros conjuntos de escombros; algunos dejan sobresalir un fragmento de algún material colorido, o el extremo de una viga de madera posada sobre un pequeño montículo de objetos indefinidos. Otros escombros se mimetizan con el suelo salino. Cada acumulación de fragmentos es una posible casa, parte de una colonia en medio de esta tierra, con vecindades y niños asomados a las puertas.



Cementerio

En 1983 la Comisión del Lago de Texcoco redactó un informe reportando avances de los proyectos propuestos para la zona delimitada bajo el nombre de este desaparecido lago. Un poco más de diez años habían transcurrido desde el decreto de constitución de esta zona. Las imágenes impresas a cuatro tintas (desfasadas), mostrando áreas de pasto verde con vacas y cerdos, obras en proceso de desarrollo y bosques extendiéndose hasta perderse de vista, distaban mucho de aquello que se encuentra ahora en los mismos terrenos. El lenguaje técnico que usaron los ingenieros para redactar el informe, con sus promesas de futuro, optimismo y anticipación, se aleja también de la realidad que se observa hoy, treinta años después, en los terrenos del Lago de Texcoco.

En el informe hay también un mapa impreso en varias tintas desfasadas que hacen ver en él fronteras temblorosas, las cuales en el curso de las décadas siguientes fueron cambiando, reacomodándose a las circunstancias políticas que han presionado constantemente los bordes de los terrenos. Dicho mapa muestra

cómo se proyectaba la partición del suelo del lago para el fin del gobierno de Miguel de la Madrid en 1988. En este mapa del 83 se traza un perímetro de 8.200 hectáreas que serpentean, dibujando la frontera del oriente, trazando una línea recta e invariable que desde entonces delimita la frontera occidental con la ya poblada Ecatepec. En los márgenes, como fantasmas difuminados, están los terrenos ejidales de Santa Isabel Ixtapan, San Luis Huexotla, Santa María Chimalhuacán, San Bernardino, San Felipe, Santa Cruz de Abajo, San Cristóbal Nexquipayac y Francisco I. Madero, que hoy están siendo incorporados nuevamente al lago de Texcoco: un año antes de la publicación de este informe, el terreno había sido reducido de 14.000 hectáreas a 8.200, entre las cuales fueron cedidas 2.500 a dichos ejidos. Hacia 1983 el lago de Texcoco se contrajo en su costado oriental. Antes de terminar el siglo su territorio empezaría nuevamente a expandirse hacia el oriente.

En el límite occidental y al norte de la actual autopista Peñón- Texcoco se dibuja en el mapa una zona blanca con pequeñas cruces negras en patrón de papel de coladura. En

las convenciones se lee: “CEMENTERIO”. En el informe que acompaña a la ilustración del mapa se describe cómo en el lago de Texcoco se procuró la creación de una nueva ecología en la que el suelo fuese vinculado a formas de vida animal y vegetal, articulado a una ecología social del agua que buscase recibir su flujo desde la ciudad, limpiándola, almacenándola y repartiéndola. Como parte de esta ecología se incluyó un lugar para la muerte, pensado como cementerio en un principio, pero transformado con los años en un mero relleno de escombros: ningún muerto ha sido enterrado ahí de manera legítima aunque el territorio entero, en cierto sentido, se convirtió en camposanto, transformándose en el espacio donde se depositaría aquello que no tiene cabida en la ciudad.



Ceremonia

El 16 de mayo de 2016 acudí a la ceremonia del paso del sol por el cenit, en un cerro de Nexquipayac. Al subir al cerro se veía la explanada del antiguo lago de Texcoco —ya intervenida por la constructora a cargo del proyecto del Nuevo Aeropuerto Internacional

de la Ciudad de México— extendiéndose un par de kilómetros hacia el occidente. Desde ahí se percibía esa frontera invisible que durante el último siglo se ha dibujado entre la ciudad y el campo. Los pueblos del municipio de Atenco estaban entonces unidos los unos a los otros, separados tal vez por una calle, extendiéndose en el margen del antiguo lago como una sola franja. Hacia el oriente, las parcelas que se veían al salir de San Salvador Atenco en dirección al cerro ceremonial estaban en gran parte intervenidas por surcos para la siembra, marcando el inicio de un nuevo ciclo de cosecha. Junto al camino que comunica al pueblo con el cerro hay un río, canalizado hace décadas por la Comisión Nacional del Agua; para la fecha de la ceremonia este río había sido reducido a un pequeño caño con paredes de cemento por el que circulaban los residuos líquidos que arrojaban los pueblos al bajar el agua.

La gente, convocada por el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT), llegó a las faldas del cerro de Tepetzingo desde las 10 de la mañana, viniendo desde diferentes puntos del municipio. Fueron recibidos con unas mesas llenas de carne de

cerdo para tacos, una fogata ardiendo y en un costado, junto a un árbol, un temazcal. La ceremonia comenzaría a medio día, justo cuando el sol se posa encima de las cabezas y la sombra desaparece bajo los pies.

Un grupo de hombres y mujeres con ropas oaxaqueñas y guatemaltecas, hablando con un acento citadino que se adivinaba al oír sus voces, construyó el temazcal de manera improvisada con palos y lonas; mientras comenzaba la ceremonia apuraban a la gente a entrar en este baño de vapor con la ropa puesta. Ellos, un grupo de concheros (descendientes autoproclamados de los pueblos mexicanos) de Ciudad de México, eran los llamados a officiar la ceremonia: se movían rápido entre los peregrinos de los pueblos, quienes esperaban atónitos y en silencio la llegada del cenit. Nos llamaban, al dirigirse hacia cualquiera de nosotros los asistentes, "hermanitos", con un tono de voz un poco agudo. En lo alto del cerro algunos officiadores construían un altar con granos de maíz, flores, frutas y vegetales, dispuestos sobre una tela blanca. Una botella plástica de agua servía de ofrenda, con su logo naranja de "Bonafont" del Grupo Danone,

vertiendo su contenido líquido sobre un recipiente de vidrio: un agua tratada, emanando de una botella plástica corporativa, de repente se volvía sagrada.

La ceremonia sería oficiada entonces por un grupo de gente extraña a esas tierras, trayendo una serie de rituales híbridos que los asistentes seguían observantes. Los líderes del FPDT estaban ausentes excepto por uno, Felipe Álvarez, quien sobresalía de la multitud por su mirada clara y su gran sombrero.

Álvarez, usando una planta eléctrica, conectó un micrófono y hablando desde la falda del cerro explicó de manera concisa la importancia del paso del sol por el cenit: la tierra era aquello que los convocaba, la celebración de ese suelo crudo que, una vez el sol se elevara en su punto más alto, brillaría con su máxima intensidad. Celebraban a la tierra cultivada y salvaje; esta tierra será pronto forzada a convertirse en hotel o en centro comercial con la llegada de los aviones, aterrizando muy cerca, allá en ese punto baldío al occidente que será una de las ocho pistas del aeropuerto.

El sol se acercaba a su punto más alto. Con el sol encima, la ceremonia empezaba a cobrar sentido: su fin era más político que religioso. Ante la ley, un lugar de prácticas rituales ancestrales, por nuevas y forzosamente construidas que sean, es un lugar que no es susceptible de ser expropiado. No importa quién oficie la ceremonia, ni importa su verosimilitud; la persistencia de este ritual protegerá eventualmente al cerro y su circunferencia ante la ley. Es inminente, sin embargo, que en unos años, mientras se oficie nuevamente el paso del sol por el cenit sobre la cima del cerro de Tepetzingo, su perímetro esté rodeado de urbanizaciones y carreteras, la sombra de un avión opaque la luminosidad del mediodía y su ruido se imponga sobre el silencio del ritual.



Ciudad

La Ciudad de México fue llamada Distrito Federal hasta 2015; a partir de entonces ha pasado a ser el estado número treinta y dos de la república mexicana, siendo aún una ciudad. Su evolución de distrito a estado se puede entender como una

decisión administrativa, así como la consecuencia de una transformación más profunda de su estructura urbana, de círculo a "mancha". En 1824, cuando fue llamada "distrito" por primera vez, la ciudad aún tenía junto a ella al lago de Texcoco, un espejo de agua salada sobre su margen oriental; los municipios circundantes guardaban una distancia de su centro dándole el espacio suficiente para ser ciudad y a la vez ser ese territorio que reflejaba, concentraba y representaba en él a los poderes nacionales. Alrededor de su centro —una plaza erigida justo encima de la antigua Tenochtitlán— se organizaban los edificios gubernamentales en una espiral armónica, creando en ello una unidad que se expandía homogéneamente hacia afuera, emulando la estructura de las ciudades construidas en la vieja España.

Al aproximarse al Valle de México de hoy, los aviones viran en busca de un espacio despejado donde aterrizar, casi adivinando su ubicación en medio de una densa nube de contaminación suspendida justo encima del aeropuerto Benito Juárez; la densidad de edificios, avenidas y construcciones que se enmarañan en la zona nororiental de la Ciudad

de México dificultan y retardan el descenso de la nave al suelo firme. Durante los veinte minutos que anteceden al encuentro entre las pequeñas llantas de caucho y el duro pavimento, el avión da un giro y sobrevuela el área metropolitana: los pasajeros sentados junto a las ventanas, pequeñas, turbias y redondas, pueden ver a través de ellas el tamaño de la megalópolis extendiéndose debajo. Si se vuela de noche, el valle parece una pradera inmensa sembrada de luces amarillas que se difuminan en el horizonte, haciendo imposible ver sus límites. Al entrar en su campo de visión, desde cualquier punto de la aeronave, no se ve más que ciudad, como si dicha "ciudad" no fuera una acumulación de construcciones sino más bien un paisaje de rocas milenarias que han marcado la forma, textura y color de toda una región.

Esta ciudad, además, se percibe más grande: en sus bordes externos se entremezcla con otro territorio urbanizado que la rodea. En una complicada partición geopolítica, el estado de México, una jurisdicción federal distinta de aquella de la metrópolis, rodea la urbe a lo largo de todo su perímetro como un cinturón. En el curso de las últimas décadas del

siglo xx la capital se tornó incontenible, desbordándose sobre el estado de México como leche en punto de ebullición. El estado, este cinturón, en ello se vuelve espeso al norte, recibiendo la densidad citadina que ha estallado sobre él desde hace 15 años a medida que se construyeron proyectos de vivienda de interés social en sus terrenos. Unidades habitacionales se comprimen ahora en cada metro cuadrado disponible al norte del municipio de Ecatepec, por ejemplo, como apilamientos idénticos de cajas de zapato ubicados en medio de una pareja de espejos, multiplicándose en estos espejos al infinito. Al sur, en cambio, el estado separa sus puntas, abriéndose, dejando a la ciudad disgregarse poco a poco hasta que sus últimas partículas se topan de frente con el Ajusco y el estado de Morelos.

La capital de México no es entonces una unidad identificable en medio de un territorio rural, sino una mancha desbordada hacia otra. Ya en tierra, saliendo del aeropuerto y atravesando la ciudad por el Viaducto Miguel Alemán de oriente a occidente, se descubre además que su morfología cambia contrastantemente de una calle a otra, a medida

que la riqueza y la escasez se organizan en ella y se abren lugar, a veces en gradientes que tienen en su interior barrios enteros de arquitectura histórica, abandonado por los ricos para luego ser ocupados por las nacientes clases medias, por extranjeros o por infinidad de comercios que pintan sus fachadas de colores, incrustando a veces enormes avisos sobre los muros; a menudo la riqueza se extiende en propiedades que cubren montañas hasta darles la vuelta, ocultándose tras de ellas por medio de hileras de arbustos tupidos, mientras justo al lado, a la salida de una estación de buses, las colonias más pobres se extienden en un conjunto desigual de casas y edificios. Ciudades disímiles, de orden arquitectónico o de caos urbanístico, que adheridas conforman la gran ciudad, se separan a veces por la línea cortante de una barda, un puente o una ancha avenida; estas avenidas se duplican ocasionalmente en calzadas de segundo piso, alzándose en medio de edificios, entretejiéndose en nudos viales, para luego descender y cruzarse con otras avenidas a ras de piso hasta deshacerse en un único flujo. Los automóviles, como las construcciones dispares que luchan por un espacio dentro de

la extensión enorme de Ciudad de México, se aglomeran en ciertas vías y a ciertas horas del día hasta fundirse en la arquitectura, como filas de casetas de latón sembradas en el asfalto.



Clima

Unos cuantos pájaros se posan sobre el agua. A lo lejos, se ve un vaho amarillo que impide ver los volcanes. El monte Tláloc se ve perfilado como una masa oscura. Más cerca, el "Guerrero Chimalli", una estatua inmensa de metal rojo, aparece erguida en medio de pequeñas casas y edificios. El agua ondula un poco, en arrugas leves que se levantan y hunden. El reservorio de agua se ve grande desde este punto de vista. Huele a mar, aunque el océano más cercano se ubique a cientos de kilómetros. También huele a algas descompuestas, acumuladas en las orillas como capas de moho verde. El agua está un poco turbia, como un espejo de plata en el cual se acumulan el vapor y las huellas dactilares. El viento sopla, despeina y emite un sonido fuerte al atravesar algunos pinos que están sembrados en hileras

al otro lado del camino. También suena, a nivel del piso, un murmullo de insectos brincando de un lado al otro, inquietos por la estampida de botas humanas que han atravesado el pastizal. El pasto reviste secciones de terreno y descubre otras. En los descampados, donde no hay hierba, aparecen capas de sal blanca cubriendo la tierra.



Conagua

A partir de 1917 el agua comenzó a ser un objeto en la agenda de las instituciones gubernamentales de México: la Secretaría de Aguas, Tierras y Colonización fue creada dentro de la constitución de 1917; en 1926 ésta fue renombrada como la Comisión Nacional de Irrigación; en 1946 la Secretaría de Recursos Hidráulicos asumiría las funciones de la anterior comisión; después, la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos derivaría de ella en 1976; finalmente, la Comisión Nacional del Agua (Conagua), que aún opera el día de hoy, fue constituida en 1989. Todas ellas fueron conformadas con autonomía presupuestal y administrativa, con la capacidad de modificar la trama hidrológica del

país, con el poder de desviar y canalizar ríos, desecar y reinundar lagos, drenar acuíferos, abastecer y desabastecer poblaciones. Cambiando de nombre y a veces de título, la institución federal encargada del manejo del agua seguía atendiendo el mismo asunto que en primera instancia dio lugar a su creación: administrar el agua en su relación con la tierra, y con ello llevar a cabo empresas de colonización bajo la bandera del beneficio común. Hoy, la Comisión Nacional del Agua está a cargo de un pequeño pedazo de tierra de poco más de 8.000 hectáreas, las cuales forman parte del antiguo lecho del lago de Texcoco: en dicho pedazo de tierra se concentran los recorridos y transformaciones del agua, así como las transformaciones políticas de la tierra en esta región. La Conagua, en el lago de Texcoco, ha administrado desde hace más de tres décadas las aguas sucias de la ciudad y ha regulado el flujo de agua que reciben las poblaciones que circundan el terreno; ha decidido cómo debe ser transformado el territorio y ha tenido la facultad de transformarlo; ha delimitado sus fronteras y el control de los suministros; ha negociado, desalojado, construido y también desmantelado.

Desde mediados de los años noventa, sin embargo, la institución pública del agua ha cedido, ha cambiado, se ha ido sometiendo poco a poco ante un nuevo poder. Si bien fue creada como un ente soberano en el mismo espíritu que dio lugar a un revolucionario programa de terrenos comunales administrados por el Estado (ejidos), en el curso de las últimas décadas la Conagua le ha abierto camino a las empresas privadas: en el lago de Texcoco, microcosmos de las políticas públicas de agua y tierra, más de la mitad de los terrenos federales protegidos desde los años setenta, arborizados y cubiertos de pasto, negociados y delimitados, ha sido conferida a un gran consorcio constructor que aduce traer consigo progreso, desarrollo, urbanización y revaluación de la tierra y del agua. Con estos cuatro poderes el consorcio se ubica ahora por encima del Estado.

En la parte sur del antiguo lago de Texcoco, dentro de los terrenos que todavía protege la Comisión Nacional del Agua, un lago artificial con forma de rectángulo, delimitado y contenido, representa el último resquicio de su función como institución a casi un siglo de su nacimiento: el lago, hecho de una cama de tierra

arcillosa y movediza, contiene una-gua turbia y en constante evaporación. En este lago todavía cuidado por la institución del agua, la tierra y el agua son elementos volátiles y entrópicos; están ligados, a través del aire cargado de partículas lacustres evaporadas, con aquello que se fragua en la zona ya expropiada del viejo lago. Tal vez toda institución que desee ocuparse del agua y de la tierra está condenada a ceder tarde o temprano ante un poder superior a ella, sea éste el económico o el implacable poder de volatilidad y entropía en todo lo que existe. El agua, un líquido que circula por el medio y por debajo de las ciudades, que las evade y desaparece; la tierra, un sólido que se extiende horizontalmente como una capa de sal, arcilla y roca, siempre cambiante, infinitas veces partida y repartida.



Concreto

Soy la nueva roca, el nuevo sólido, el nuevo estrato de la tierra. Soy un híbrido de polvo y líquido, una reacción química que rápidamente convierte el calor y suavidad de una masa arenosa en un bloque duro,

geométrico, pesado y frío. Desde hace más de cien años me he extendido por la superficie de este planeta como el símbolo de un nuevo mundo, que para crecer ya no necesita de sus capas de lodo y piedra; ahora me anclo en ellas y las hundo con el peso de edificios, puentes, calles casas y aeropuertos, todos ellos extensiones mías, síntesis pura de mis elementos, hechos con la carne gris de mis moléculas. Mi alma es de acero, un compuesto nuevo y mejorado de metales milenarios. Soy un milagro, una aparición, porque emerjo casi de la nada con la dureza más contundente y me multiplico y expando con el solo llamado de la voluntad humana. Simplemente aparezco ahí, donde me desean, y me erijo en una torre más alta que una montaña, o me extendo por kilómetros como puente entre dos orillas, uniendo aquello que la Tierra ha insistido en mantener separado. Mis superficies son planas y lisas; nada en la vida vegetal, animal o mineral es tan plano ni tan liso, y ciertamente nada es ortogonal como mis formas, nada tan filoso y cortante como mis aristas: incluso los lagos, espejos de agua quieta y horizontal creados por la Tierra, tienen pequeñas arrugas y olas formadas por el

viento. Sólo los copos de nieve compiten con mi perfecta estructura. Esa masa vieja y rocosa, de valles y montañas con toscos desniveles llamada Tierra, es demasiado lenta en sus procesos de cambio, está celosa de mí: ante la inminencia de mi revolución constructora, ante la velocidad de este nuevo material que soy, de esta nueva realidad que construyo, de esta nueva vida que represento, ella guarda muy abajo su piedra más fuerte y sólida, en una capa demasiado profunda para ser alcanzada, invisible ante los ojos humanos, extraíble sólo por la fuerza de las excavadoras que parten a las montañas en dos como castillos de arena.

Desde lo alto de un puente vacío que conecta la orilla sur y la orilla norte de la antigua cuenca del lago de Texcoco, mis placas perfectas divisan cómo los hombres buscan esta roca de volcán que es mi enemiga, este producto artesanal de la Tierra que no se compara con mi eficiencia sintética y moderna. Este puente se levanta como una cinta ondulante que adorna la explanada rústica del valle, y desde su elegante altura puedo ver cómo los hombres perforan el suelo. Los ingenieros, intentando entender si hay dureza

verdadera bajo la blandura de la capa somera e inestable de la cuenca, han abierto huecos hasta encontrarse con el tezontle, ese pobre despojo arrojado de las bocas más sucias y humeantes de esta geósfera. Extraer el tezontle les tarda demasiado tiempo a los humanos, les consume demasiada energía, les cuesta demasiado dinero. Es imperfecto, poroso, rojizo, producto inacabado de una Tierra que en miles de años no ha logrado lo que yo logro en apenas unos pocos minutos de fragua. Esta roca está además incrustada en una capa demasiado profunda para ser alcanzada por picos y palas, alienándose de los devenires de la superficie planetaria. Probablemente hay pedazos de ella asimilados en mi cuerpo, indistinguibles ya de las partes que me componen. Soy lo que ella quisiera ser, su versión mejorada, su proyección más refinada. La Tierra no entiende que puedo sepultar aún más a sus tezontles y fracturar sus estratos con mi peso, y que pronto será la nueva tierra: esta vez es cuestión de décadas, no de siglos o milenios.

Los tiempos han cambiado, amiga Tierra. Mira por ejemplo mi aeropuerto en este Valle de México: mira lo rápido que los hombres me

extienden y me levantan en muros y pistas; en veinte años estarás totalmente sepultada, tú que llevas siglos resistiendo a los humanos en este pequeño pedazo de suelo con tu sal, tu aridez, tu erosión, tus inundaciones, tus sismos, tus hundimientos. Pronto todo el planeta será un gran bloque de concreto como el Valle de México lo está empezando a ser ahora: una esfera perfecta, plana, lisa, fría y gris, interrumpida solamente por edificios perfectamente verticales, inmóviles, tocando lo más alto de la atmósfera. Para mí no hay nada demasiado grande, ni demasiado lejano, ni demasiado difícil de alcanzar. Nada es imposible para mí porque soy la expresión máxima del deseo desmedido: el apetito insaciable, el capricho, la ambición; el frío, la forma fija y la máxima dureza.



Construcción

Una bodega en ruinas. En su interior, un montón de herramientas y trastos sobre mesas de madera y metal. Algunas telarañas en las esquinas, entre muro y muro. Las paredes, pintadas de blanco y azul, están percutidas de manchas grisáceas. En una

de las paredes se descubre el armazón del muro, tras agrietarse y caer las capas de pintura. El caparazón de una camioneta vieja descansa sobre el suelo destapado, cubriéndose de polvo. Al extremo opuesto de este espacio abandonado hay un armario con las puertas entreabiertas. En el armario se apilan carpetas, folios y documentos de papel amarillento, elaborados en máquinas de escribir ya obsoletas. Las telarañas también se tejen entre folio y folio. Algunas plantas se han abierto camino, creciendo por las grietas formadas entre los muros y el suelo. El techo está cubierto por tejas de asbesto gris, atravesadas por algunas vigas. Entre las tejas se cuelan rayos de luz que se marcan sobre el piso polvoriento. La puerta, entreabierta, se mueve al pasar una ráfaga de viento. Afuera, el pasto crece próximo a los muros, extendiéndose hasta el borde de un camino cubierto de piedra. Unos perros ladran cerca: se oyen sus pisadas abriéndose paso entre mechones espigados de pasto. Desde ahí, se divisa el bordo: el viento ha traído el olor de los gases que brotan desde sus capas compactadas de basura descompuesta. Detrás del bordo, aparece un avión alzando vuelo.



Coordenada

El 2 de septiembre de 2014 Enrique Peña Nieto anunció la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. Desde septiembre de 2015 los concesionarios empezaron a llegar a los terrenos de la zona norte del lago de Texcoco para limpiarlo y prepararlo. También llegaron para reanimar un conflicto de años con la comunidad de Atenco, así como para establecer sus límites con la Comisión Nacional del Agua (Conagua). En las semanas que siguieron a esta nueva ocupación, la capa vegetal de más de 8.000 hectáreas de extensión que cubría la tierra, para entonces fértil y diversa, fue arrasada para preparar el terreno a las nuevas construcciones: la apariencia de la tierra pasó rápidamente a ser la misma de hace 40 años, cuando el lago era un enorme desierto salino. Las camionetas de la Comisión Nacional del Agua que intentan acceder a la zona norte de la cuenca son ahora inspeccionadas (su acceso se restringe y a veces se niega), mostrando cómo lo privado se impone ante lo público cada vez con más vehemencia.

En medio de esta vasta zona nuevamente desertificada, varias casetas de vigilancia que antes estaban en pie, pintadas de blanco y azul, fueron también velozmente demolidas. En una de estas casetas hechas ruina, que en largas jornadas los vigilantes convirtieron en viviendas equipadas para el frío y el hambre con estufa, cama, utensilios y un altar a la Guadalupana frente a la fachada, se pueden encontrar algunos documentos que parecen ser inventarios, listas de chequeo, tareas pendientes u hojas de registro. Las paredes, aún en pie, están cubiertas en el interior con grafitis de color verde fluorescente: leo la palabra "puto" y junto a esta palabra veo el dibujo de un pene, también verde. El altar de la Virgen sigue en pie aunque la imagen religiosa ya haya desaparecido, producto de un vandalismo anónimo e inútil sobre una institución que ya ha sido expulsada. Sobre una libreta de hojas cuadriculadas que yace sobre el suelo se leen diferentes coordenadas y datos con algunas referencias a lugares escritos en tinta roja. Todo lo que se encuentra en estas páginas, cada número, cada nombre, cada coordenada, fue información fundamental para la comprensión de esta zona norte del lago (hasta antes de

la concesión). Al cambiar la propiedad, y con ella la topología entera de la zona, los datos registrados en esta libreta se convierten en números vacíos sobre lugares que ya no existen.



Cosa

Un mes antes de que la Conagua cediera una parte de sus terrenos a la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México entramos a dar un último vistazo a los animales, árboles y plantas que se encontraban aún en esta porción de tierra. Nos familiarizamos con algunas de las especies que se habían adaptado lentamente al lugar, vimos las praderas de pasto salado con algunas coníferas, los romeritos y las liebres, los perros salvajes que huían de los humanos en manada. Vimos, casi en la punta de ese triángulo que colinda con Ecatepec, unas pequeñas lagunas formadas por las lluvias de agosto, llenas de diferentes especies de pájaros: en sus orillas, bajo las piedras, se asomaban viudas negras y caracoles; las moscas revoloteaban a pocos centímetros del agua. En el antiguo evaporador solar, junto a

estas lagunas, las corrientes de agua de los mercados vecinales arrojaban sus semillas sobre el suelo, haciendo brotar de él plantas de tomate, acelgas, chiles, melones y, mezcladas entre ellas, especies innumerables de hierba. Dimos la vuelta y encontramos, a la orilla del camino, los escombros de las casetas construidas por la Comisión Nacional del Agua para vigilar el buen comportamiento de este ecosistema que se mantenía solo, en equilibrio, sin humanos. Otras construcciones erigidas por el Estado se habían levantado cada tantos kilómetros, empezándose a caer y a confundirse con el polvo emitido por la tierra. Detrás de los escombros de estas antiguas (aunque recientes) construcciones, las aplanadoras y excavadoras volvían la tierra a su estado árido, barriendo y aplanando todo el terreno. Entre los escombros había vidrios, pedazos de cemento, papeles, trozos de caucho, varillas de metal. Al paso de las máquinas, ramas, rocas y cadáveres de animales recientemente muertos se iban mezclando con esos materiales ajenos y humanos. En las acumulaciones de escombros —anticipando la llegada del concreto y el acero, materiales aún más extraños que seguirían transformando la tierra—, los restos

de construcciones se confundían con los restos vegetales, los cimientos con las rocas, los animales con los objetos. Las ramas secas y blanqueadas por la sal parecían cerámica; los huesos, vidrio; los ladrillos, rocas volcánicas; los objetos plásticos, cadáveres. Hechos pedazos, todos se convertían indiscriminadamente en cosas.



D

Demolición

Era el 26 de abril de 2012. Las casas estaban espaciadas a lo largo y ancho del predio Hidalgo y Carrizo, en las zonas limítrofes del lago de Texcoco, al oriente de su cuenca, al occidente de la ciudad que aún guarda el nombre de este antiguo cuerpo de agua. Cada una ocupaba su espacio a voluntad, sin planeación, sin trazado, sin estructura; se sostenían en un equilibrio frágil que revelaba a cada una de ellas como un conjunto apuntalado de materiales y modos de construcción: latón, cemento, madera, ladrillo, vidrio y lona. Todas las mezclas posibles dispuestas en medio de una gran explanada sembrada parcialmente de un pasto que en esa época del año estaba seco, como el aire. Algunas estaban recientemente demolidas porque aún se veían nubes de polvo suspendidas sobre ellas.

Ya deshabitadas y desatendidas, estas casas deshechas dejaron tras de sí montañas de escombros: vigas de madera en pedazos, ladrillos carcomidos por las sales del ambiente, tablas de yeso fragmentadas, jirones de tela, pedazos de metal oxidado, cartones, espumas; todos dispersos pero lo suficientemente juntos aún como para poder identificarlos como restos de un sólo conjunto.

A las cinco de la mañana se oyó el ruido de las máquinas llegando por el camino, a paso lento. La policía federal acompañaba a la comparsa de excavadoras. Cada vez más presente, el ruido de los motores no asustó a los habitantes de este lado del camino: ellos esperaban, desde hace horas, ver las máquinas llegar y arremeter contra una casa, y otra, y luego otra, tal y como había

sucedido desde días atrás con las demás construcciones vecinas y cercanas: los operarios cumplirían su tarea hasta el final, devolviendo al terreno su planicie, su descanso de lo humano.

Al llegar, una gran excavadora amarilla se acercó a la casa más sobresaliente de la explanada: como pocas, esta casa se levantaba tres niveles hacia arriba; se veía que todavía no estaba terminada porque dejaba ver las paredes y pisos grises al interior, las columnas desnudas, y el techo, un plano abierto, apenas cubierto por unas láminas sintéticas. En el primer nivel se veían los muros ahuecados por los golpes de otra máquina que en un primer intento la sacudió en su base, para ver si así ella sola colapsaba sobre su débil soporte. Esta vez llegó la excavadora y en un movimiento de su brazo largo barrió la casa de arriba abajo; sus capas superiores empezaron a derrumbarse como si fueran tostadas o galletas. La plancha del tercer nivel cayó sobre los niveles más bajos, y estos, por el peso, empezaron a ceder y quebrarse desde las orillas. En un segundo movimiento del brazo, las marquesinas que aún quedaban sostenidas más arriba, en un equilibrio inexplicable de planos sobre líneas, cayeron como si alguien

hubiera soplado sobre ellas: más ligeras que el concreto y el cemento, volaron por el aire y cayeron lentamente como plumas. El tercer y cuarto golpe de la máquina hicieron que una sección entera de la casa cayera y se rompiera en cientos de pedazos. Cada golpe sonaba como un derrumbe, como una casa de bloques de juguete cuando la derriban y se cae sobre una mesa de madera.

La excavadora siguió arrojando su brazo contra la casa; con cada golpe la casa parecía menos una casa y más una maqueta agigantada, hecha de papel, de cartón, de espuma. En los golpes sucesivos la máquina sólo dio un empujón suave a la estructura; ésta cedió y se vino abajo sin esfuerzo. Menos de media casa quedaba en pie, o más bien se balanceaba de lado, inclinada, a punto de venirse abajo con el menor viento con la menor perturbación. Tras un pequeño golpe, lo que quedó de la casa colapsó, dejando sólo un pedazo de plancha de concreto balanceándose sobre un pilar, de un lado a otro. La plancha se fue desintegrando poco a poco, cayendo al suelo, pedazo por pedazo, sobre los demás escombros. El pilar finalmente cedió y se vino abajo.

Cuatro años después todavía se ven desde lejos los cascajos sembrados en el suelo. El pasto y la maleza han crecido sobre ellos: parecen restos arqueológicos de culturas ancestrales, formando montículos extraños que apenas sobresalen, envejecidos por la lluvia, la sal y el aire, fundidos con el suelo desértico. A unos pocos metros de estas ruinas fue levantada una cerca que ahora marca una nueva línea entre esta tierra llana y un terreno esbelto de nuevas construcciones que se alzan cada día, casi adheridas al contorno de la valla. Estas nuevas casas son tan frágiles como las casas caídas frente a ellas; se anuncian como escombros del futuro que caerán una vez la línea sea movida, cuando el lago de Texcoco reclame la expansión de su planicie, unos metros más afuera.



Desecación

Alrededor del planeta, desde China hasta la región boliviana que limita con Chile, los lagos se han convertido en un medidor de la incidencia humana en la geografía: a medida que se desecan y encogen, las aguas y alrededores de sus cuencas cambian

de forma y color hasta transformarse en parajes distintos. A medida que estos parajes se tiñen de otros colores, se elevan en ciertos puntos, se sumen en otros, se erosionan o inundan en configuraciones imprevisibles, la paleta entera de las regiones dentro de las cuales se inscriben empieza también a cambiar: en ocasiones los tonos de una extensión de tierra con un lago en su centro, antes cálidos, se salpican de colores fríos cuando éste desaparece; a veces una zona en la cual los reflejos azules del agua lo irradiaban todo de verdes y violetas, se torna amarillenta y rojiza a medida que el centro del lago se seca. La desecación de un lago actúa como un dominó el cual extiende sus alcances a la manera de una sucesión de fichas que caen una encima de otra, hasta tumbar la pieza más remota: provincias, comarcas, distritos, condados, estados enteros se ven afectados por el descenso del nivel del agua en una laguna.

El mar de Aral que comparten Kazajistán y Uzbekistán, por ejemplo, empezó a descender de nivel a partir de 1960, cuando los ríos que lo alimentaban fueron desviados de su cauce para irrigar los cultivos de la antigua Unión Soviética: antes

una gran mancha de cobalto oscuro tragándose la luz hasta hacerse negra en su punto más profundo, ahora el Aral está dividido en cuatro pequeños lagos de agua translúcida, dejando ver a través del líquido el fondo del lecho sembrado de algas verdes. Cada uno de estos pequeños remanentes del Aral está rodeado por un halo blanco de desierto salino: a medida que el agua cede, estos halos se expanden hasta unirse en uno solo, derivando en una mancha de sal que se aferra a la tierra.

El lago Poopó, en Bolivia, fue afectado por proyectos extractivos que provocaron su desecación en el curso de unos pocos años, hasta desaparecer por completo en 2015: antes un espejo verde que reflejaba su color en las montañas adyacentes, haciéndolas ver robustas y macizas, ahora el Poopó es una extensión semidesértica de suelo craquelado que contagia de aridez a la montaña. El lago Poyang, la extensión más grande de agua dulce en China, se encogió hasta fragmentarse, en 2012, en un conjunto de lagos minúsculos separados por extensiones de tierra seca: el cerúleo y verde de que antes dominaba la región es ahora un conjunto de manchas de color violeta

rodeadas de marrón, rojo y gris, que cambian de proporción y forma de manera acelerada mientras el lago se deseca.

Desde 1966 el lago Chad en África ha venido encogiéndose, a medida que su agua se extrae para mantener fértiles los suelos que se abren en extensiones enormes de cultivos, mientras la contaminación llega a su lecho desde remotas regiones europeas: sus colores ya no son los mismos que brillaban cuando estaba compuesto principalmente de agua. El Mar Muerto, que aún yace entre Jordania, Israel y Palestina, se ha fragmentado y reducido desde 1960, emulando los movimientos de los territorios que lo enmarcan. El lago Hulun, ubicado en los territorios mongoles del norte de China, a partir de 1996 ha estado cambiando de forma, tamaño y color, al ser virado el curso de sus ríos tributarios: a medida que escapa el agua y que la tierra emerge en proporciones diferentes, la región de su cuenca se transforma.



Desecho

Una ciudad como la Ciudad de México, con su población de casi 30 millones de personas, genera incontables cantidades de desechos. En ocasiones, estos desechos incluso se desintegran, mezclándose con el aire. En la semana del 10 de mayo de 2016 la contaminación del aire de la Ciudad de México se hizo tan densa que fue necesaria la creación de “políticas atmosféricas de emergencia”, administrando el parque vehicular y sus gases tóxicos; fue necesaria también una partición de la ciudad en zonas respirables y zonas poco o no respirables. La ciudad y sus habitantes se dividieron en virtud de estos desechos volátiles que desde hace décadas se han ido acumulando en las capas inferiores de la atmósfera como un tinte amarillo y denso, el cual se ha hecho visible paulatinamente: si se mira desde algún cerro o desde los edificios altos, es posible ver la acumulación de contaminación en la distancia. Los desechos sólidos, por su parte, van a los bordos, esos “no lugares” a las orillas de las ciudades donde simplemente se confina todo aquello con lo cual la metrópoli no puede convivir. Los cementerios modernos de América

Latina nacieron en el mismo espíritu de los bordos, como solución a un asunto de salud pública que obligaba a ocultar los cadáveres y a confinarlos en lugares alejados de los vivos.

En Ciudad de México los bordos no quedan realmente en un afuera: el estado de México forma un círculo cerrado que rodea a la ciudad y que está tan densamente poblado como la zona metropolitana con la cual colinda. Los bordos quedan inevitablemente inscritos en un margen delgado entre los municipios y la ciudad, en medio de una zona urbanizada, con los desechos desbordándose hacia sus vecinos inmediatos, hacia los barrios, sobre las calles y frente a avenidas transitadas. El bordo más grande de la región se encuentra en la parte suroccidental de los terrenos federales del lago de Texcoco, tocándose con Ciudad Nezahualcóyotl: este municipio está habitado ahora por más de un millón de personas de las cuales una parte vive junto al límite suroccidental del Bordo Poniente. Hasta 2013, este basurero recibió miles de toneladas de desechos orgánicos que ahora yacen ahí, transformándose: miles de toneladas de materiales experimentando cambios

químicos, liberando gases, filtrando sus líquidos en la tierra, distendiéndose y contrayéndose como grandes animales.



Desierto

La película *Viento negro* muestra el proceso de construcción de las líneas férreas que conectaron a los estados mexicanos de Sonora y Baja California en medio del desierto, hacia 1947. Entre tormentas de arena, bajo un sol ardiente sobre las cabezas de los obreros, ingenieros y capataces, y en una ausencia total de agua y vegetación, se moldea en cada personaje una voluntad inquebrantable por sembrar industria en esta tierra árida: los rieles se van anclando al suelo, tramo a tramo, mientras los hombres se mantienen en pie entre el cielo abierto y la arena blanda, seca y volátil.

La tierra estéril que gobierna la trama de esta película fue grabada en parte en los terrenos del desierto de Sonora. Algunas de sus escenas están situadas en una región morfológicamente similar a aquella del norte de México, encontrándose justo al

lado del Distrito Federal: durante el rodaje, lo que hoy es reserva ecológica y resquicio de los últimos terrenos pertenecientes al lago de Texcoco, era una extensa explanada de suelos salinos en los que no había agua, vegetación o urbanización en miles de kilómetros a la redonda.

La empresa Ferrocarril Sonora-Baja California, tal y como la vemos en blanco y negro, quiso imponer la industria en el desierto a través de la construcción de las vías del tren, así como a través de la introducción de vagones y locomotoras: quiso romper con la homogeneidad de esta enorme extensión de arena. Desde el comienzo de *Viento negro*, Manuel "el Mayor", su personaje principal, lo anuncia: «Maldito! Algún día regresaré para partirte en dos».

Poco después de haber terminado el rodaje de *Viento negro*, el desierto interior del lago de Texcoco fue también partido en dos: un deseo humano por transformar la tierra árida impulsó la siembra de capas verdes, la llegada de las aves y de espejos de agua en una tierra que los rechazaba. La conquista de este "desierto interior" comenzó en 1971: un decreto presidencial

reclamó miles de hectáreas de tierra seca, capturando los terrenos del desaparecido lago de Texcoco, frenando a futuro los procesos de urbanización en la zona nororiental del Estado de México —Texcoco, Chimalhuacán, y Ecatepec se venían expandiendo desde entonces con la velocidad del viento hacia el interior del lago—.

La instauración de este nuevo ecosistema en el desierto del lago de Texcoco pasó primero por la tarea de reconfigurar una tierra que se resistía a ser fértil. Al abandonar su cuenca, las aguas del lago dejaron tras de sí un suelo sin irrigación y con altas concentraciones de sal, en el cual ninguna vegetación prosperó por sí misma: varios intentos de siembra de especies nativas y foráneas fueron infructuosos, mientras el suelo mantuvo su salinidad intacta. Especies de otros entornos desérticos fueron rechazadas por el suelo mismo; tampoco florecieron las plantas que normalmente crecen a la orilla del océano, donde la sal del mar se impregna en el suelo. Una especie de pasto amarillento fue sembrado poco a poco en forma de tapetes, que cubrieron el suelo salino hasta integrarse a él y formar con él una capa vegetal. Con la intervención y

el trabajo constante de ingenieros forestales, el pasto logró establecerse y poblar miles de hectáreas que antes no tenían vida vegetal.

La llegada del agua a este valle de fertilidad improbable fue también un trabajo de ingeniería: como parte de un experimento para medir el impacto de los hundimientos progresivos que sufrió el suelo del Distrito Federal, se trazó una retícula perfecta de seis por cuatro kilómetros en los terrenos del lago de Texcoco. Simulando los drenajes que se han hecho sobre el suelo de la ciudad para extraer agua potable, los ingenieros pacientemente sacaron el agua del subsuelo del rectángulo, cuadrante a cuadrante.

Como ha sucedido en la Ciudad de México, las capas superficiales de tierra lodosa en este rectángulo de tierra colapsaron sobre sí mismas al ser sustraída su agua, generando un hueco, perfectamente simétrico, de seis kilómetros de largo por cuatro de ancho. Esta alberca gigante recibió las aguas residuales expulsadas por la ciudad y por los municipios colindantes del estado de México: en reunión de aguas (en principio putrefactas) nació el lago Nabor Carrillo, un lago fabricado en medio de un paraje modificado por humanos.

La construcción de este ecosistema siguió avanzando; junto con el Nabor Carrillo se labraron otros cuerpos de agua que fueron habilitados para limpiar las aguas negras recogidas, y a través de sofisticados procedimientos, tornarlas en aguas de lago limpias, listas para albergar en ellas otras formas de vida. Se importaron tilapias, carpas y otras criaturas de agua, y con los peces llegaron las aves, los caballos, los venados, las liebres, los perros salvajes, las serpientes, los caracoles y los chapulines. Luego empezaron las migraciones: cada invierno llegan aún desde Canadá bandadas de aves que hacen escala en las orillas del lago Nabor Carrillo, deteniéndose brevemente en este intersticio del mismo modo en que habitan tantos otros en su largo viaje al sur.

Al llegar las aves del Norte a esta nueva tierra creada por humanos, no son disuadidas por las rejas de hierro que encierran el perímetro de la ahora Reserva Ecológica Lago de Texcoco, y que la enmarcan como una propiedad, como un objeto. La tarea que se ha emprendido en esta tierra extrañada que colinda con la ciudad, teniendo en cuenta que un desierto fue su punto

de partida, puede pensarse, desde cierta mirada, como una nueva forma de conquista: una re-conquista que continúa dándose a través de la adopción de unas aves, unos peces, unos insectos y unas plantas que no deberían estar ahí porque borran, con su aire limpio y su fecundidad, los trazos de una geografía árida marcada por el paso de los hombres; una geografía más antigua y posiblemente más "natural".

La última escena de *Viento negro* está enmarcada por la línea de hierro que trazan las vías del ferrocarril, la cual deja ver, una a una, las consecuencias de la conquista del desierto: la muerte, la pérdida, la desesperanza. La línea perimetral que hoy traza el enrejado del nuevo lago de Texcoco, en un registro distinto, invoca a la empresa entera de dominación de la tierra y del agua en el Valle de México, que tiene ya una larga historia.



Despojo

César del Valle, uno de los líderes del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco (FPDT), preguntó a la audiencia de una mesa de diálogo: «¿Qué es el despojo?» Escuchando su pregunta, unas treinta personas se congregaban en un auditorio pequeño para conversar sobre las posibles consecuencias de la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México en los terrenos de la cuenca de Texcoco, alrededor de una mesa redonda de madera de pino encima de la cual reposaba un mapa abierto, con marcas de múltiples dobleces. El mapa mostraba la región nororiental del estado de México atravesada por diversas particiones y líneas, que configuraban diferentes territorios, unos encima de los otros. En la parte superior derecha de esta hoja enorme, plegada y desplegada muchas veces, sobresalía un área resaltada en rojo, dibujada encima de los otros territorios de líneas punteadas: según las mediciones en los márgenes del mapa, unas noventa hectáreas de tierra formando un triángulo aparecían señaladas con la leyenda “Terrenos del ejido de Atenco en disputa con el NAICM”.

César, hijo de Ignacio del Valle y Trinidad Ramírez, estuvo presente en el mercado de flores de la ciudad de Texcoco el tres de mayo de 2006, cuando ocurrió uno de los episodios de represión más controversiales de las últimas décadas, efectuado por del Estado Mexicano. Ese día, el FPDT estaba apoyando a los vendedores del mercado para evitar que estos fueran desalojados por la policía federal: a medida que se congregaba la gente en el espacio público de esta ciudad, ocurrieron cientos de arrestos, persecuciones y ultrajes entre los cuales muchos se encuentran aún irresueltos, ascendiendo algunos hasta tribunales internacionales como casos concretos de violación a los derechos humanos. Esta fecha se conmemora cada año en marchas que se mueven despacio por el Paseo de la Reforma en la Ciudad de México: en estas marchas, cientos de personas se reúnen en las amplias calzadas que conectan el occidente y el centro de esta metrópolis, levantando machetes que brillan cuando son alcanzados por los rayos del sol.

Después del incidente, los padres y el hijo de la familia del Valle estuvieron varios años bajo cárcel y

exilio. Unos años antes, hacia 2002, un grupo de habitantes del municipio de Atenco del cual ellos aún forman parte, comenzaron a organizarse como frente de resistencia, cuando el entonces presidente de México, Vicente Fox, lanzó el primer plan de construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México: este plan se proyectaba en los terrenos federales del lago de Texcoco, extendiéndose hasta la entrada de la ciudad de Atenco. En ese entonces, machete en mano y paliacate rojo amarrado alrededor del cuello, cientos de personas de este frente se apostaron en los linderos de sus terrenos ejidales para impedir el paso de las máquinas de construcción. Cediendo ante la presión de este grupo de ejidatarios, el proyecto aeroportuario fue eventualmente suspendido.

Los miembros del FPDT que al día de hoy siguen activos, afirman que el incidente sucedido en 2006 fue una retaliación del entonces gobernador del estado de México y actual presidente de esta nación, Enrique Peña Nieto, por frenar el avance de un proyecto de grandes proporciones y réditos aún mayores. Como consecuencia de esto, la década después del

episodio de Texcoco, algunos miembros del FPDT se dispersaron, diezmados por la violencia de esa “tarde de flores”, mientras otros vendieron sus terrenos al Estado. Otros, en cambio, siguieron unidos en torno al ejido: estos últimos ejidatarios todavía elevan en ocasiones sus machetes al sol como signo de conmemoración o protesta.

Hacia 2017, el proyecto aeroportuario finalmente se ha abierto paso en los terrenos federales del lago de Texcoco, avanzando velozmente desde un segundo decreto presidencial emitido en 2014. Alrededor del perímetro de la zona de construcción se ha levantado una barda de malla metálica y concreto, que se extiende por kilómetros. Esta barda materializa una de las líneas punteadas dibujadas en ese mapa maltratado mencionado arriba, volviéndose una franja gruesa de color gris que se traza sobre el suelo. Si se mira desde los ejidos de Atenco y Nexquipayac, esta barda se ve cercana, como si cortara a la tierra en dos: sus estructuras de aspecto militar se ubican a pocos kilómetros de distancia de Tepetzingo y Coatepec, dos de los cerros sagrados de la región. Transponiéndolo sobre la zona roja

cartografiada como terreno en disputa, el ejido de Atenco se ve atravesado por un tramo de barda, arrancando ésta un pedazo de sus terrenos.

Los del Valle, así como muchos otros habitantes de Atenco y de otros pueblos vecinos como Nexquipayac o Tocuila, tienen una relación particular con el ejido que para un habitante de ciudad podría ser difícil de entender. Usan el término *milpa* para explicar un modo particular de cultivar que es propio de esta región del planeta, desde antes de la llegada de las huestes de Cortés a sus territorios. La palabra milpa, del idioma náhuatl, se puede traducir literalmente como “aquello que se cultiva encima”, aunque en la práctica no sólo comprende el producto de una cosecha sino también la tierra en sí misma, las plantas que se siembran cada ciclo y los modos de vida que se articulan a ellas. Alrededor de la mesa de diálogo, César habla de la milpa como algo que se encuentra en un espacio intermedio entre la tierra y quien la cuida, transformando a estas dos instancias. Los campesinos que levantan ocasionalmente sus machetes en la zona nororiental del estado de México, no son entonces consumidores de bienes ni acumuladores

de tierras, ya que la tierra no es un elemento separado de sus ocupantes: el ejido es sólo una de las partes enlazadas en esta compleja relación entre tierra, plantas, humanos y criaturas.

Mientras la audiencia escucha a César y observa las líneas punteadas en el mapa, la barda perimetral del Nuevo Aeropuerto de la Ciudad de México va traspasando la milpa.





E

Edificio

Sobre la Avenida Insurgentes, al sur de la Ciudad de México, se levanta una torre de veinte pisos de altura que corta el horizonte, hecha de concreto y láminas metálicas. Este edificio está vigilado como una fortaleza: para entrar es necesario atravesar varios filtros de seguridad, seguidos de un par de pesados elevadores. Al salir del elevador, cada piso, idéntico al anterior, se desenvuelve como un laberinto de cubículos y escritorios indistinguibles, enmarcados por un corredor que atraviesa el espacio a un costado, y una fila de oficinas con puertas iguales, todas cerradas. Cada piso de este edificio parece un juego de espejos en el que un mueble se refleja y se multiplica al infinito. Los empleados que ocupan cada cubículo están absortos en las pantallas de sus computadores, y sólo

alzan ligeramente la mirada al verme pasar, para de nuevo fijar la vista en las pantallas. Sus gestos fugaces indican una perturbación del orden en un lugar dominado por el silencio, los timbres de teléfono y el sonido de fondo de decenas de teclados siendo golpeados al unísono. En sus escritorios, todos parecieran temerosos de una cierta autoridad invisible. Éste es el edificio principal de la Conagua, la institución que maneja la relación difusa entre agua y tierra, extendida por todo el territorio mexicano; esta misma institución mantiene bajo su custodia los terrenos del lago de Texcoco, desde que le fueron entregados en 1971. En los pisos más altos de la torre se toman decisiones sobre la perforación de pozos en distintos lugares de Ciudad de México; entre escritorio y escritorio circulan memorandos que indican los precios fijados de una parcela de tierra

en los linderos del lago de Texcoco, o unas órdenes de compra; sobre una mesa, manchado por una taza de café que le fue volcada encima, yace un estudio de costos de la canalización de un río; en un archivador de uno de los pisos más bajos se encuentran guardados los amparos interpuestos por algunos campesinos engañados, reclamando propiedad sobre un predio por donde pasará pronto un drenaje; en la pantalla de un computador, en otro piso, un ingeniero acaba de dar "enviar" a un correo en el que solicita que se apruebe un proyecto de tratamiento de agua con tecnologías de punta en una región remota del país donde sus habitantes tienen problemas de abastecimiento. Por el elevador se desplazan ingenieros, directores, secretarías: alguno de los directores, vestido con traje y corbata, lleva bajo el brazo un papel que definirá los parámetros de distribución de agua en un área habitada por un millón de personas; otros llevan consigo el peso de una decisión tomada en forma de un espasmo en la espalda; una secretaria lleva en su bolso una pluma que será usada por su jefe para estampar firmas en todos los documentos que serán aprobados en el curso de una sola jornada laboral. A las afueras

del edificio se plantan con frecuencia multitudes, protestando con carteles en la mano por algún desalojo, algún caso de despojo o por el difícil acceso al agua. El edificio permanece inmóvil, impenetrable, y todo lo que sale de él se convierte en una extensión de su rígida estructura.



Ejido

El ejido ha sido la unidad indivisible de tenencia de la tierra en México desde la Constitución de 1917. Más de 100 millones de hectáreas de terreno fértil fueron otorgadas a grupos humanos bajo unas reglas de juego muy claras: la tierra pertenece al Estado, y al eliminar la propiedad privada sobre ella se evita el conflicto, la división, el usufructo indiscriminado; el uso de la tierra es decidido por los ejidatarios, siempre que sea sólo para ellos y de uso agrícola; la tierra no se puede vender ni fraccionar; los ejidos no son latifundios ni tampoco minifundios; no son industrializables ni se anexarán a las ciudades (que intentan siempre crecer en sentido horizontal). Los pueblos del oriente del lago de Texcoco se establecieron bajo este

modelo; se consolidaron gracias a él como comunidades dedicadas a la siembra, a la ganadería en algunos casos; así, se mantuvieron protegidas de ser absorbidas por la fuerza urbanizadora de Ciudad de México a pesar de su proximidad con los barrios de su margen oriental. Los ejidos, sin embargo, no están exentos de la corrupción de sus asambleas locales ni de las presiones de las explotaciones agrícolas de gran escala.

En principio, los ejidos son una figura que dista mucho de los modos en los que se reparte la tierra en otros países latinoamericanos tales como Colombia: en mi país las tierras son abandonadas y en seguida usurpadas, oscilando entre una negación total de la propiedad y un resguardo violentamente celoso de ella. De esta relación contradictoria con la tierra colombiana se ha desatado una guerra en la que, desde hace 50 años, los terrenos cambian de manos y de uso constantemente, cada vez con más celeridad.

El artículo 27 de la Constitución de México, dedicado a las políticas agrarias enfocadas en este modelo particular de repartición de las parcelas,

fue modificado en 1992. Dicha modificación propició la transformación acelerada del lecho del lago de Texcoco: antes de esta fecha el límite del lago con los terrenos ejidales de Atenco o Chimalhuacán se mantenía intacto, como una membrana en simbiosis. La nueva reserva ecológica creada en el antiguo lago era un lugar donde el ejido tenía eco, resonancia, incluso una cierta conversación con los pobladores de esta tierra rural. La modificación, llevada a cabo por medio de un pequeño inciso en la ley compuesto por un par de párrafos en un texto general y abstracto, incidió en la tierra físicamente: ahora el ejido ya no pertenece al Estado sino a la asamblea de ejidatarios, y son ellos quienes deciden su uso, valor y posible usufructo. La tierra ejidal, de acuerdo con esto, se puede vender, fraccionar, repartir o incluso expropiar entre los miembros de dicha asamblea, con unidades apropiadas por cada quien. La tierra, desde entonces y de manera explícita, se volvió suelo, superficie, objeto de cambio. Desde el 92 las fronteras del lago de Texcoco, dibujadas ya no por el agua salada sino por los topógrafos de una comisión estatal, empezaron a expandirse y a absorber las tierras antes protegidas

por esta longeva ley ejidal. El Estado, antes guardián de las tierras, se convirtió en comprador.



Erosión

A comienzos de octubre todavía se siente el calor intenso del verano. Este calor hace que el agua se evapore aceleradamente: se pueden ver nubes de vapor ascendiendo del suelo a la atmósfera, mientras el suelo se va abriendo en costras separadas por vetas de erosión. Las costras se pueden levantar con la mano como si fuesen las partes de un plato de cerámica recién roto: los bordes de cada costra revelan las trayectorias de separación de las costras vecinas, y a la vez muestran la continuidad, ahora rota, de una sola superficie terrestre. Las trayectorias del agua en fuga se pueden ver en la porosidad de los costados de una costra, dibujando hendiduras que se abren en los quiebres entre un pedazo y otro. Sobre este suelo de escamas arenosas, visto de cerca, se pueden observar pequeñas depresiones circulares que marcan el lugar donde cayeron algunas gotas de lluvia. Se ve una planicie inmensa de este suelo erosionado perdiéndose

de vista hasta toparse con el cerro de Chiconautla. En algunos puntos de esta gran extensión de suelo craquelado se ven charcos minúsculos y turbios, donde algunos pájaros hunden sus picos para beber agua. Los pájaros pueden ser garzas, de plumas grisáceas y pico alargado, apoyadas sobre patas delgadas y flexibles. Se ven mosquitos orbitando alrededor de estos pequeños charcos, posándose sobre el agua y sobre los cuerpos de estas aves: ellas sacuden sus plumas tras la llegada de los insectos voladores. El agua se ve quieta, excepto por las pisadas de mosquitos alterando su tensión superficial. El viento no sopla, sólo se desprende un aire caliente desde el suelo y algunas brisas esporádicas y leves, levantando nubes de polvo que se asientan rápidamente sobre y en medio de las costras. Las pisadas humanas dejan marcas en este suelo roto; su sonido, un crujir de tierra seca, regresa como una multitud de ecos diferidos en el tiempo. Ecatepec se ve difusa al occidente, como un espejismo.



Escombros

La frontera entre los terrenos federales del lago de Texcoco y los pueblos de San Luis Huexotla y San Bernardino se extiende hoy como un terreno baldío de varias hectáreas, cubierto únicamente por la sal que emana de la tierra, por algunas áreas cubiertas de pasto y por montones de escombros desperdigados a lo largo y ancho del terreno. Varias hectáreas se mantienen libres de ocupación, expectantes, irresueltas, como si no le pertenecieran a ninguno de los territorios que las reclaman. En las zonas limítrofes como ésta, así como en la frontera que separa a México de Estados Unidos, existe siempre una franja de tierra vacía que borra de sí la evidencia del paso de los hombres. Los escombros, esos pedazos aislados, sin valor y sin contexto, son los testigos de la vida humana ya borrada; son lo único que se resiste a ser devorado en ese devenir-frontera.

Durante las dos primeras décadas del siglo **xxi**, la franja suroriental del lago de Texcoco se ha movido entre la apropiación y expropiación, entre construcciones y desalojos, entre la delimitación y la apertura. Durante este periodo se construyeron vivien-

das y se organizaron comunidades. De ellas no se encuentran registros, restos de cimientos, acueductos o algún indicio de planeación: la frontera borra de sí todas estas evidencias. En la prensa se encuentran algunas crónicas del fin de estas construcciones hechas escombros como si fueran relatos de una tierra lejana, a pesar de estar geográficamente próxima a la realidad de la ciudad. El predio Hidalgo y Carrizo, zona de frontera que triangula estos pueblos con los terrenos del lago de Texcoco, fue transformado de comuna a baldío el 25 de Abril de 2012 tras ser escriturado al gobierno federal por unos ejidatarios de Chimalhuacán. Mil noventa y ocho familias habitantes de este predio fueron desalojadas. La policía sacó a la gente de sus hogares; luego las máquinas de construcción pasaron frente a cada casa. Tras golpear las fachadas éstas se iban desplomando. Las familias, expectantes, yacían a un lado con sus cosas apiladas en un único montón, y con los celulares en la mano grababan videos de la escena de desalojo. A través de estos videos he podido establecer una débil conexión entre humanos y tierra que la misma frontera, ahora cercada, se ha encargado de borrar.

Un fragmento de inodoro de marca *American Standard* hace parte de un conjunto de escombros que se infiere como una de las casas construidas sobre el predio Hidalgo y Carrizo. En el departamento que ahora rento en Ciudad de México hay un inodoro de la misma marca; lo he visto también en muchas otras viviendas de esta ciudad. Los escombros como éste, de un modo totalmente distinto del que opera en los videos, conectan a la zona de frontera con su historia de ocupación, así como también con nuestras historias. Los videos nos muestran el acontecer del desalojo desde el punto de vista del habitante, y en ello tienen mucho poder y elocuencia documental. Los escombros guardan otro poder y otra elocuencia: nos muestran el punto de vista de los objetos y de las casas caídas. Digo "punto de vista" porque los objetos no son depositarios de nuestras experiencias: más bien ellos nos determinan. Los escombros sobreviven el desalojo y nos revelan el antes, el durante y el después. Están marcados por el uso de los colonos desplazados, tanto como están marcados por la urgencia de la destrucción, el abandono y la desolación de la zona de frontera. Sus grietas revelan el punto exacto de la ruptura, la

violencia del desplome, la estructura desmoronada de la vivienda, y con ella, el modo de vivir. Nos informan también sobre las circunstancias que llevan a alguien a cargar algo y a dejar algo atrás. Nos muestran también algo en nosotros: el escombros en potencia de nuestros objetos, la fragilidad en potencia de nuestras vidas.



Estado de México

México está formado por una reunión de estados con la relativa autonomía que provee un gobierno federal. Cada estado tiene su constitución y su propia jurisdicción. El mapa político del país representa a los estados como zonas claramente delimitadas. En el centro de esta nación hay, sin embargo, una excepción a esta organizada geografía política: un estado se encuentra incrustado en el corazón de otro como una especie de mancha. El estado de México, que lleva el nombre del país que lo contiene, tiene en su centro a otro estado: Ciudad de México, la ciudad-estado, la megalópolis, la capital. Visto desde la ciudad, el estado de México se percibe como un anillo que la rodea, un cinturón, una especie de margen. La

capital, creciendo a un ritmo exponencial durante las últimas décadas, se ha desbordado sobre este cinturón, tornándolo denso, sobrepoblado, urbanizado a la fuerza por las demandas de una población imparablemente creciente. En ello, las zonas fronterizas entre ciudad y estado se han vuelto indistinguibles y confusas, especialmente en la explosión que el centro urbano genera hacia “arriba”, hacia el norte geográfico. En algunos puntos, llegando a zonas como Ecatepec o Tlanepantla de Baz, por ejemplo, una calle angosta divide —en teoría— a la ciudad del estado, aunque en la práctica sean ambos parte de un mismo vecindario, de un mismo sistema. Los habitantes de uno y otro lado cruzan constantemente la calle y expanden sus modos de vida en ambas direcciones; la ciudad extiende sus líneas de metro hasta entrar en los terrenos del estado, mientras los habitantes del estado se desplazan todo el tiempo en sus vagones, atravesando la ciudad, haciéndola suya.

En la frontera nororiental de estas dos zonas concéntricas se localiza el actual lago de Texcoco; al occidente de sus linderos se extienden las zonas más densamente pobladas del estado

de México: Ecatepec y Ciudad Nezahualcóyotl; esta última, en la época en que el lago de Texcoco era aún un cuerpo de agua, era la parte más honda de su cuenca. Al desaparecer el agua y descubrir la tierra del fondo lacustre, la zona fue velozmente invadida por urbanizaciones irregulares, acumulándose las unas junto a las otras, unas sobre las otras, hasta formar un barrio entero que ahora presiona los bordes de los terrenos inhabitados del actual lago de Texcoco. Estos dos municipios han sido afectados de manera crítica por el crecimiento desbordado de la ciudad, hasta lograr tener las más grandes concentraciones demográficas de la región: dos municipios, sumando casi tres millones de habitantes de ciudad, localizados fuera de sus límites, junto a más de 8.000 hectáreas protegidas celosamente de toda tentativa de urbanización.

Al oriente del lago de Texcoco, el estado de México se extiende unos kilómetros hacia afuera del círculo de asfixia de la ciudad, donde el rastro metropolitano llega a disiparse; se empieza a divisar en el horizonte un borde exterior que toca el terreno de otros estados: Hidalgo, Tlaxcala, Puebla. Saliendo de la ciudad hacia

este borde exterior, cruzando los terrenos del lago de Texcoco, la tierra se despeja, divisándose otra tierra, diferente de esa ciudad expandida; al llegar a la entrada de la ciudad de Texcoco, luego de atravesar la antigua cuenca del lago, aparece la otra cara del estado de México: ciudades pequeñas, vida de campo, aire más limpio y más seco; montañas, planicies y ejidos, esas viejas particiones de la tierra cultivada.



F

Fraccionamiento

Al oriente de los terrenos del lago de Texcoco se encuentra el predio El Salado, terreno de un par de kilómetros cuadrados de área. Hacia 2002 este predio tenía el aspecto que ahora guardan los antiguos terrenos ejidales de la zona sur del lago de Texcoco: un terreno árido que acumuló los restos de casas rápidamente construidas y abruptamente destruidas, en el que no se veían indicios de infraestructura que permitieran a estas casas funcionar, comunicarse o delimitarse. De manera similar a lo que se ha convertido hoy el predio Hidalgo y Carrizo en la zona suroccidental del lago de Texcoco, El Salado fue un terreno precariamente urbanizado que daba la apariencia de estar entre disponible y resguardado, entre abandonado y saqueado. Este predio limita al occidente con

El Caracol, un círculo perfecto de tierra que fue usado como evaporador para la extracción de sal y sosa cáustica por una empresa ya desaparecida, y que aún se ve como un punto redondo y azul en medio de un mapa lleno de líneas irregulares y discontinuas, limitando también al norte con Ecatepec. Al sur se abre a la vista la inmensa explanada del antiguo lago de Texcoco, hasta hace poco una llanura de pasto y porciones desertificadas en tiempos de estiaje, e inundada en tiempos de lluvia. El predio, un triángulo en medio de estos tres territorios, se funde a veces entre sus fronteras movedizas.

Entre 1997 y 2002 este predio se constituyó como el antecedente de un modo de fraccionamiento de la tierra que se expandiría en las décadas siguientes a muchos terrenos comunales de la zona. En él, centenares

de familias habían logrado construir, con gran dificultad, cuatro paredes y un techo sobre sus cabezas. Entretanto, esa explanada que se abría aún inhabitada al sur de sus linderos empezaba a ser visualizada como el campo de aterrizaje de futuros aviones, centros de comercio y urbanizaciones. Hacia 2001 Vicente Fox, entonces presidente de México, abrió su agenda a un aeropuerto que lograría cristalizarse más de diez años después. En esa época, el levantamiento de movimientos sociales generó controversias e impactos mediáticos que sacaron a la luz los problemas del proyecto aeroportuario. Al día de hoy, la inevitabilidad de este proyecto y el desgaste de dichos movimientos sociales han disipado en gran medida la visibilidad de sus problemáticas. El crecimiento de la ciudad resultó en un desborde de su población hacia afuera, hacia el estado de México, unido a migraciones provenientes del centro y sur del país. Ecatepec, vecino inmediato de El Salado, alcanzó en 2015 una población de más de un millón seiscientos mil habitantes que, como agua cerca del punto de ebullición, anticipaba en el cambio de siglo su posterior explosión y desborde. Los terrenos

federales del lago de Texcoco tendieron también, sigilosamente, a expandirse y absorber a los ejidos desde los años 90, en el marco del gran proyecto de recuperación de la cuenca. El aeropuerto, la ciudad y el Estado, tres agentes conformados a su vez por individuos intercambiables, presionaron cada uno sobre las diferentes aristas del pequeño terreno. El Salado fue dividido en parcelas vendidas una y otra vez, avaladas y revaluadas, revendidas y traspasadas en una serie de transacciones en las que se esfumaba la certeza sobre su propiedad, en las que se confundían los ejecutores del fraccionamiento como líneas de abstracción de una retícula: el presidente, los concesionarios, el gobernador del estado, los especuladores inmobiliarios, el Grupo Atlacomulco, el ejército, la policía. El terreno mismo desaparecía en secciones infinitamente reducidas mientras las casas, esos frágiles equilibrios de paredes y techos, corrían constante peligro de desaparecer del mapa ante la densidad de esta nueva y cortante cuadrícula. Los habitantes de las casas, como el suelo que pisaban, empezaron también a ser fraccionados.



H

Historia

Jeffrey Parsons y Luis Morett, dos arqueólogos investigando el pasado de la cultura azteca en tiempos anteriores a la llegada de los españoles al Valle de México, extendieron sus estudios fuera del perímetro de Tenochtitlan hacia la zona nororiental del lago de Texcoco, desde los actuales terrenos federales protegidos que limitan con Chimalhuacán y Texcoco, hasta la zona norte que ahora está concesionada para la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, limitando hacia el oriente con Atenco. Entre 1982 y 1992 recorrieron a pie las más de 8.000 hectáreas de terrenos semidesérticos del antiguo lago —su suelo parcialmente cubierto de tequesquite o pasto y sembrado con algunas especies de coníferas—.

Anduvieron kilómetros recopilando información para un estudio sobre los antiguos modos de producción de sal —aparentemente abundantes en el perímetro del lago— y recogiendo muestras de insectos que pudieran apuntar a la vida que reinaba en la cuenca en los siglos anteriores a la Conquista. En ello encontraron algunos tepalcates prehispánicos, escombros de construcciones en piedra y otros objetos, dispersos en diferentes partes de la superficie de tierra, algunos incluso en lo que pudo ser el fondo del lago. Entre los objetos no se formaban acumulaciones numerosas o lo suficientemente próximas como para dar indicios de ocupaciones permanentes. Al andar a pie por el terreno, Parsons y Morett podían además tener ellos mismos la experiencia de los desplazamientos geográficos que siglos atrás realizaban los dueños de los objetos

encontrados, y con ello deducir que no existieron colonias o viviendas interconectadas. Los objetos domésticos parecían ser parte de campamentos temporales, y las herramientas de trabajo se encontraban en lugares alejados de dichos campamentos, impidiendo ubicar signos claros de una relación de copertenencia entre ambos sitios. La dispersión y falta de vínculos con una comunidad identificada dejó a las reliquias del lago de Texcoco encontradas en estas expediciones sin posibilidad de representación histórica.

Desde 2012, en la zona suroriental de los terrenos del lago de Texcoco, en un terreno de 50 hectáreas conocido como el predio Hidalgo y Carrizo, quedaron depositados montones dispersos de escombros de viviendas tras ser desalojadas las familias que habitaban en ellas. Al igual que aquellas encontradas por los arqueólogos una década atrás sobre la misma tierra salina, dichos escombros no muestran evidencias de una infraestructura suficiente como para ser consideradas una colonia (caminos, acueductos o cimentaciones de una vivienda en sentido estricto). Las familias que construyeron sus casas en este terreno polvoriento y con

fondo de arcillas movedizas no dejaron tras ellas signos de arraigo a su tierra, y por ello los escombros que dejaron atrás, al igual que los tepalcates y objetos prehispánicos dejados en la misma tierra por sus predecesores, son pocos y están demasiado disgregados como para reconstruir a partir de ellos la historia de una comunidad.



Humano

Ernesto Carrillo ha sido mi guía en los recorridos por los terrenos del antiguo lago de Texcoco. Él se viste siempre de jeans, cinturón de cuero y camisas planchadas e impecables, de rayas azules y blancas. El sol golpea fuerte en el día de nuestra primera visita; en pieles como la mía ese sol suele dejar marcas rojas durante días. Un sombrero de cañamo y ala ancha protege su cabeza; la piel de este hombre de edad avanzada y figura esbelta, guardada por la sombra, se ve curtida por años de sol y sequía, morena y gruesa, de otra raza más fuerte que la mía por su cercanía al campo y a la montaña. Ernesto lleva recorriendo estas tierras desde que eran un desierto sin agua

ni pasto, hace más de veinte años. Es ingeniero agrícola de la vecina Universidad de Chapingo, hecho que trae a la conversación desde que aprieto su mano por primera vez, acompañando esta mención con un gesto de orgullo y una amplia sonrisa. Cuando lo conocí, habló también de la historia de estas planicies desde los tiempos de sus ancestros; habló de Nezahualcóyotl, señor de las tierras vecinas al lago, haciéndolo como recitando de memoria un relato aprendido hace años, revisitado múltiples veces en el hábito de asociar unos parajes cambiantes a unas palabras inmóviles, de mantener intacto en la palabra lo que en la práctica se resistía siempre a ser detenido, controlado. Hace poco más de veinte años Ernesto trabaja con la Comisión Nacional del Agua: desde entonces el lago de Texcoco es extensión de sus brazos y piernas; es su proyecto, su hogar desde temprano en la mañana hasta que cae la tarde. Él vio crecer los primeros brotes de pasto salado, y ha visto el entusiasmo y abandono de muchos proyectos, tras el paso veloz de muchos gobiernos. Ha sido testigo de la llegada de los peces y de la presencia de venados sobre los pastos que sembró con sus propias manos. Durante las primeras

revueltas de Atenco, cuando Vicente Fox era el presidente de México, Ernesto estaba cerca, como un silencioso testigo.

Recorremos las planicies del lago de Texcoco, cubiertas de pasto y sal, atravesadas por caminos de roca volcánica, en una camioneta blanca de llantas gruesas y platón descubierto con los logotipos oficiales del gobierno estampados a los lados. Al entrar al lago —un territorio cercado en todos sus bordes y abierto únicamente en dos puntos donde se levantan sendas rejas que topan con la salida a la autopista, protegido por el mismo gobierno que estampa su marca a lado y lado del carro—, los guardas lo saludan y le abren paso de inmediato al ingeniero Carrillo: una presencia familiar, un colega, un compañero, acompañado por una extraña persona de ciudad en el asiento del pasajero.

Anduvimos un rato hacia el interior de los terrenos de la antigua cuenca, topándonos con las orillas del lago Nabor Carrillo. En sus orillas, extrañamente regulares y continuas, hablamos de Colombia, de México, de su familia, de la mía. Uno de sus hijos lleva su nombre como

un legado adherido a una futura descendencia: Ernesto Carrillo, hijo de Ernesto Carrillo. Ingeniero como su padre, Ernesto, el segundo, se encuentra ahora trabajando para el Grupo Aeroportuario de la Ciudad de México, consorcio que está ocupando ahora las dos terceras partes de los terrenos cuidados por su padre, para construir un aeropuerto más grande para la capital mexicana. Recorremos la zona norte del lago de Texcoco en la camioneta blanca mientras el sol se levanta en el cenit y el calor se hace más intenso. Este cuadrante de tierra será el emplazamiento del futuro proyecto aeroportuario: miles de hectáreas cuidadosamente sembradas serán limpiadas por los empleadores de su hijo, me cuenta Ernesto, para luego ser cubiertas por capas uniformes de tezontle y asfalto. Luego de decir esto, y haciendo énfasis en cómo todo lo verde que vemos ahora desaparecerá las semanas siguientes, el ingeniero toma un rizoma de pasto salado de la tierra y me explica el proceso de siembra de cada espolón, los tiempos de brote y las mermas que sufre en las épocas de estiaje: el pasto crece fuerte pero lento, resistiendo la hostilidad del suelo, las tormentas de viento y la ausencia de agua. El pasto sólo muere si es arrancado del

suelo o sepultado por el peso de una tierra nueva.

Ernesto pertenece a la tierra del lago de Texcoco, al igual que pertenecen a ella la vegetación que queda en pie, los animales que en ella se ocultan y las ruinas que se han depositado en el curso de más de dos décadas. Él es una de las muchas formas de vida resiliente que se han adaptado a las condiciones difíciles de la cuenca, y que resisten en ella hasta ser arrancadas de la tierra misma o hasta que otra tierra, enteramente ajena, caiga encima.



I

Industria

En diciembre de 2014 la Compañía Harinera Nacional aún llevaba a cabo sus operaciones en una vieja fábrica ubicada en el barrio San Simón Tolnáhuac, a un par de calles de la salida del metro Tlatelolco, Ciudad de México. A las 23 horas del cuatro de diciembre los vecinos de la harinera empezaron a sentir que la temperatura se elevaba, al tiempo que humo y destellos de luz parecían emanar de la fábrica. En minutos, un vecino capturaba con la cámara de su teléfono la impactante escena de una fábrica incendiada: casi ocupando una manzana a la redonda, la silueta de la Harinera Nacional se enmarcaba por altas llamas amarillas y por el sonido de estructuras desplomándose, vidrios estallando y muros quebrándose ante la presión del calor. Los bomberos

llegaron al filo de la medianoche, y una vez sofocado el incendio, hallaron al inmueble inhabitado, intransitado por días o incluso semanas. La planta, el molino y el laboratorio de la fábrica parecían también estar inermes, salvo por algunas mesas incineradas y unos afiches colgados en el muro que mostraban variedades de trigo, mapas de México e imágenes de la ciudad cuando los ríos todavía atravesaban a las colonias por el medio. No hubo equipos, no hubo máquinas, no hubo infraestructura para salvar, como si la fábrica hubiera sido abandonada a conciencia para ser luego quemada.

El caparazón quebradizo de la harinera sigue ahí, meses después del incendio, como evidencia de este extraño evento, de este accidente. Un vigilante aún hace sus rondas por los pasillos y hangares vacíos; pasa el

tiempo midiendo el grosor de los muros, adivinando en ello la posible edad de la fábrica al momento de su caída; me cuenta que la harinera puede llevar un siglo estando en pie: pudo de hecho estar cumpliendo un siglo exacto de existencia justo antes de quemarse.

Una fábrica como ésta, quemándose un siglo después de ser construida, se convierte en símbolo de la historia de la industria mexicana: el trigo que trajeron consigo los españoles en el siglo xvi, y que durante cerca de trescientos años estuvo unido al campo, a la vida de la tierra, de los animales y del agua, a finales del siglo xix llega a ser materia prima de los primeros molinos modernos implementados en fábricas como ésta. En el curso de tan sólo un siglo, la fábrica sirvió como escenario de rápidas transformaciones infraestructurales, tecnológicas y operacionales, mutando siempre de adentro hacia afuera, ampliándose progresivamente hasta que sus paredes y techos fueron demasiado pequeños para contenerla.

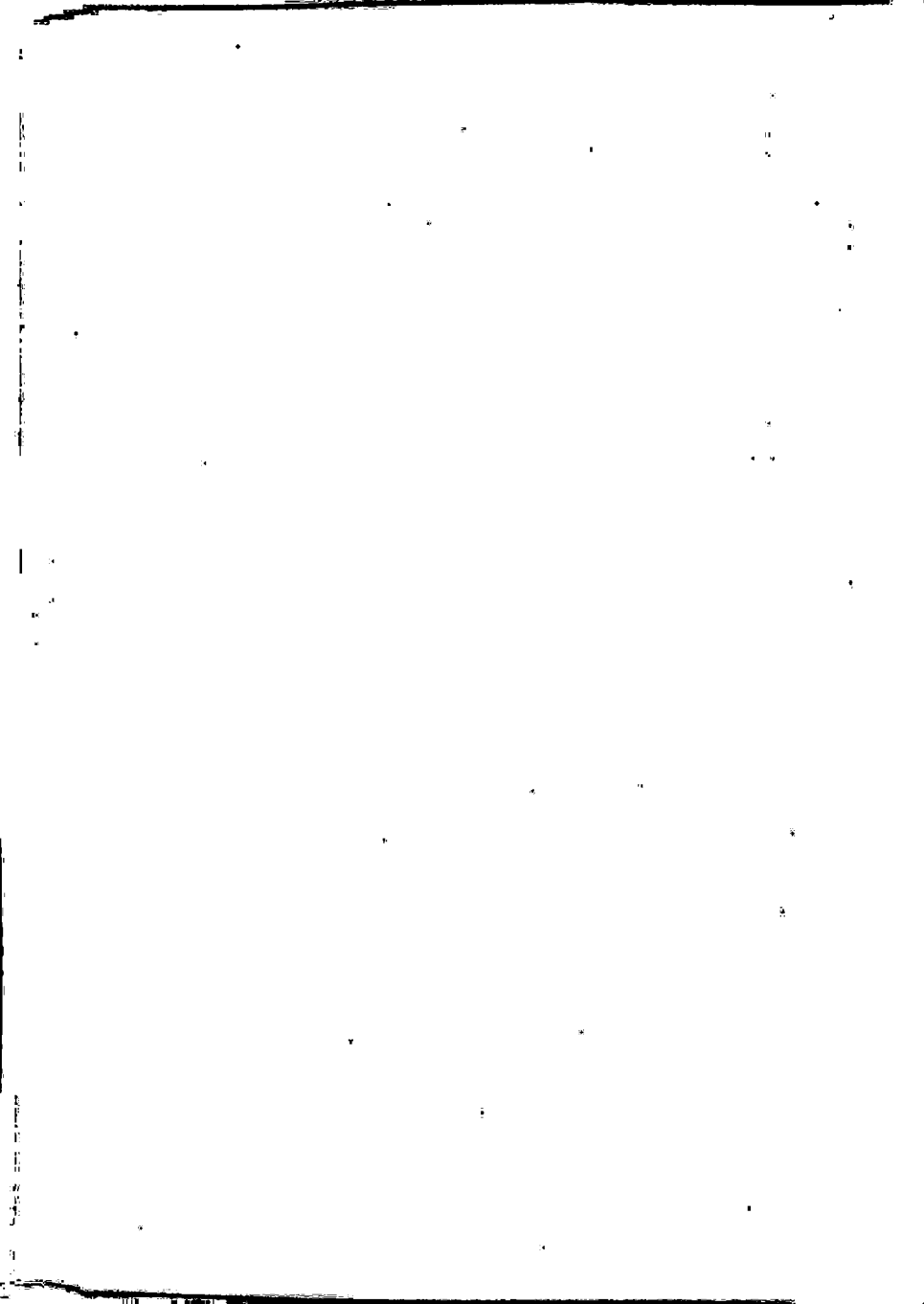


Invasora

En el área de la Comunidad de Madrid, España, se encuentran algunas plantas invasoras que se han vuelto presencias comunes en la flora local. Especies como la mimosa, la madreSelva, el eucalipto, la alcandorea y la lantana, rápidamente se han naturalizado. Estas plantas pueden ser pensadas como la contraparte vegetal de una serie de migraciones humanas que han sido introducidas al continente europeo durante el último cuarto de siglo, muchas de ellas desde las Américas. Las migraciones de plantas y animales, más antiguas y menos notorias, tienen un comportamiento notablemente distinto del que tienen las migraciones humanas: dichas poblaciones llegan con la urgencia de pisar un suelo nuevo y posiblemente más fértil, adaptándose en silencio a las condiciones de su nuevo ambiente. Habitan los intersticios, encuentran fisuras donde se introducen con dificultad, y están a veces someridas al modo de vida que proponen las poblaciones nativas. Las migraciones humanas en ese sentido suelen ser sobrevivientes. Las migraciones de plantas y animales, por el contrario, se apropian del entorno ajeno,

modificando velozmente sus patrones de crecimiento de acuerdo a las condiciones del suelo, usando a su favor las debilidades de las especies nativas: se convierten en colonizadoras y dueñas del suelo para luego convertirse en depredadoras de las especies colindantes. En este proceso, las invasoras vegetales tienen la capacidad de alterar el equilibrio del ecosistema en el cual se insertan, volviéndolo a veces árido y hostil para sus habitantes anteriores.





L

Liebre

Los biólogos consultores del Grupo Aeroportuario de la Ciudad de México, vestidos con chalecos reflejantes y jeans, agarraron una liebre entre los matorrales de la futura pista tres del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, en un punto remoto al norte del antiguo lago de Texcoco. Ellos han sido contratados por los constructores para minimizar la cantidad de animales y plantas abatidas por las apladoras, las capas de tezontle compactado, y finalmente por el asfalto que formará el sustrato para soportar el aterrizaje de numerosos aviones. En esta búsqueda, más simbólica que efectiva dada la extensión del terreno y el tiempo que queda antes de que los cronogramas se impongan sobre la agenda de impacto ambiental, muchos animales pequeños

quedarán sepultados como cadáveres anónimos; en el acelerado cambio de las capas de tierra que trae la construcción consigo, ya serán virtualmente fósiles para la fecha de apertura del aeropuerto. El nombre científico del animal es *Lepus californicus*. Su nombre común es liebre cola negra. Aunque aún cabía entre las manos de una bióloga con chaleco, estaba hecha una bola de pelos grises y marrón, con sus orejas agachadas y sus patas retraídas hacia el cuerpo; era una liebre grande, robusta, que si estuviera corriendo o saltando a plenitud, se estiraría de las pezuñas hasta la punta de sus orejas hasta medir al menos medio metro. La llevaron más allá de la autopista Peñón-Texcoco, a las orillas del lago Nabor Carrillo, en la última comunidad de microorganismos, plantas, animales y cuerpos de agua que aún permanece en esta zona. La mujer

la sostenía con firmeza, una mano sobre el tórax, la otra sobre las patas traseras; la liebre temblaba, sus orejas agachadas y su mirada alerta; los ojos, inquietos y dilatados, abiertos como esferas negras, buscaban algún punto familiar donde posar la mirada, alguna referencia que calmara el ritmo de sus latidos ante la presión de la mano sobre las costillas, ante la inquietante presencia de los humanos, sus voces, sus carros, sus cámaras. Atrapada entre unas manos blandas pero firmes, no se movía. Esta no era su casa; este lugar no era para ella un lugar familiar, aunque la vegetación espesa se pareciera a aquella que conocía, y aunque ese espejo de agua salada se pareciera a un lago. No era su casa, todavía, aunque en estas orillas los patos migren aún cada invierno y otras liebres se ocultan entre las capas verdes y amarillas de pasto salado. Una cámara, fija sobre los ojos del animal, registraba su respiración agitada y el desconcierto en su mirada. En un movimiento rápido, la bióloga abrió el abrazo de sus manos, y la liebre saltó como un proyectil en el aire, para caer entre el pasto, y en cuestión de segundos, perderse de vista.



Límite

La cuenca del lago de Texcoco tiene como una de sus capas geológicas más someras un lodo blando, resbaladizo y de comportamiento volátil: ante pequeños cambios de presión de las capas inferiores, o tras un leve desplazamiento de las placas tectónicas que lo sostienen, la tierra lodosa se hunde en un lado de la cuenca para levantar una protuberancia de igual magnitud en otro lado. El lago, durante miles de años que anteceden la llegada de Hernán Cortés al Puente de los Bergantines, fue cambiando de forma constantemente por la condición maleable de su suelo arcilloso, así como por el clima de la región, que hacía que las aguas descendieran en tiempos de duras sequías y calor para luego reinundarse y conectarse con los cuatro lagos cercanos, formando con ellos un único e inmenso contorno. Mientras hubo agua en la cuenca, la orilla nunca estuvo en el mismo lugar. Gabriel Espinosa (quien ha estudiado el sistema social y biológico del lago de Texcoco durante el apogeo de la cultura mexicana) me ha confesado que los mapas más fidedignos usados en su estudio no son aquellos elaborados por topógrafos, quienes

dibujan el contorno de un cuerpo de agua tan grande como la ciudad que existe hoy, usando como referencia el estado actual del terreno. Los mejores mapas, para Gabriel, son aquellos que pueden trabajar de acuerdo con la irregularidad del suelo, mirando cómo en sus diferentes accidentes se inscriben signos de vidas pasadas: si hiciéramos un corte transversal en la tierra, los microorganismos y plantas devenidos fósil, distribuidos en una onda vertical de tierras removidas, nos ayudarían a imaginar una orilla cambiante y oscilante para el lago, que no corresponde con la homogeneidad horizontal de una superficie de agua.

El lago, aún hoy cuando el agua ha dejado de ser su principal elemento, sigue teniendo una orilla difícil de trazar. Desde el decreto de constitución de los terrenos federales del lago de Texcoco, emitido por Luis Echeverría en 1971, la frontera oriente empezó a fluctuar de un modo análogo a como sucede con la arcilla que está justo bajo la tierra. Las comunidades de Santa Isabel Ixtapan, San Luis Huexotla, Santa María Chimalhuacán, San Bernardino, San Felipe, Santa Cruz de Abajo, San Cristóbal Nexquipayac, Francisco I. Ma-

dero, San Salvador Atenco y San Miguel Tocuila han habitado un límite borroso al oriente del actual lago de Texcoco, un terreno movido por fuerzas políticas y económicas que, como las placas tectónicas y las presiones del subsuelo, modifican la morfología de la tierra. Algunas comunidades crecen y decrecen a su ritmo, dan forma a la tierra y se expanden en ella.

Sin embargo, la progresiva fuerza de urbanización de otras comunidades expande la frontera occidente del lago al ritmo de las lógicas de propiedad privada que dan uso y sentido a la tenencia de la tierra en las ciudades modernas. Con ello, las fronteras fluctúan a partir de fraccionamientos de la tierra trazados en retículas, de acuerdo con movimientos de especulación sobre el valor de porciones de suelo expropiadas una hectárea aquí, y readjudicadas una hectárea allá. La línea divisoria que se estableció en un mapa arbitrario en 1971, tal y como sucede con las reconstrucciones geomorfológicas que imaginan al lago de Texcoco hacia los años 1500, no dan cuenta de estas variaciones sutiles y veloces que mueven el contorno del lago año a año, en un ritmo cada

vez más acelerado, menos acorde a las oscilaciones del propio suelo, y que se anticipa más violentamente fluctuante en la próxima década.



Lodo

Un sismo es en cierto modo una danza entre dos placas tectónicas. La una se mueve hacia la otra y esta última se retrae animada por el impulso de la placa opuesta. Se acomodan la una bajo la otra, la una al lado de la otra, y mientras éstas se acomodan, liberan energía hacia arriba, animando todo aquello que sostienen, moviendo la tierra en tremores o vaivenes. Bajo el Valle de México, las placas de Cocos y Norteamérica han estado desde hace miles de años en la tensión que antecede a la danza. De cuando en cuando se provocan la una a la otra y se mueven sutilmente, cambiando en ello, lentamente, la configuración del tablero que se levanta sobre la superficie de esta tierra: volcanes, valles, ríos, lagos, montañas y más recientemente una ciudad que se sostiene como una maqueta de cartón bamboleándose entre dos mesas desniveladas. Esta maqueta a escala humana

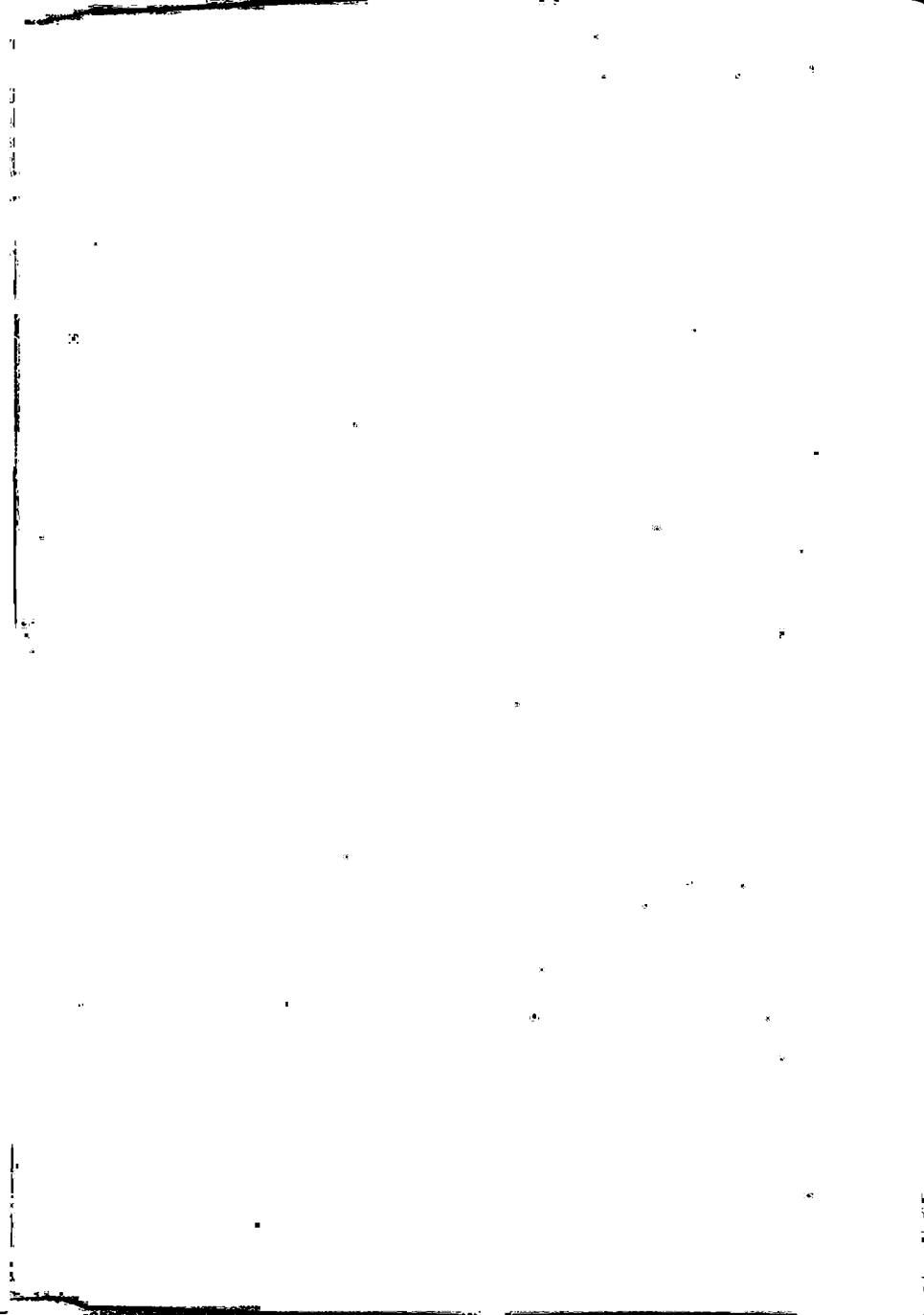
se sume en su centro con el peso del concreto y de la piedra, asentándose sobre el fondo de un lago desecado: un suelo de lodo, algas, agua, sal y microorganismos sedimentados durante milenios. En 1957, un sismo reveló cómo este suelo lodoso de la Ciudad de México amplificaba las ondas vibratorias generadas por las dos placas tectónicas. El ingeniero Nabor Carrillo, artífice del lago en el nororiente del estado de México que ahora lleva su nombre, hizo este descubrimiento estudiando las características volátiles del subsuelo de la ciudad en los años cuarenta; el sismo fue su comprobación empírica más radical. Esta capa de tierra blanda y resbaladiza se desplaza de modo drástico ante el menor movimiento de los estratos inferiores, ante el más sutil cambio de presión o la más mínima fuga de agua. Al igual que una banda elástica, los movimientos de tierra la estiran; todo aquello que se haya construido encima se moverá hasta sus cimientos. Ninguna otra ciudad experimenta los sismos como la Ciudad de México: en ella se siente como si el baile de las placas ocurriera sobre una cama de agua.

En el sismo del 57 algunos edificios se movieron hasta fracturarse

porque sus estructuras no sólo se pusieron a prueba en el espacio sino también en el tiempo. El movimiento amplificado por los suelos lodosos de la ciudad produjo un bamboleo de los edificios más altos que fue en aumento, haciendo bailar al Ángel de la Independencia en lo alto de su columna hasta que éste cae al suelo, derrotado por la insistencia de las ondas sísmicas. Veintisiete años después, en 1985, la danza entre Cocos y Norteamérica ocurrió con más fuerza, durando cuatro minutos. La trama de la ciudad ya era más densa, alta y pesada, pero no mucho más flexible. Cientos de edificios que sumaban alturas de más de nueve pisos se desplomaron en segundos como cajas de cartón apuntaladas, para luego desmoronarse en escombros pequeños de unos cuantos centímetros. Debajo de los escombros los lodos seguían moviéndose. La estabilidad de la ciudad dependía (y sigue dependiendo) de la quietud de un suelo de arcilla que no cesa de moverse, animado por las fuerzas de los sismos que suben desde lo profundo, por el peso de los asentamientos humanos que intentan anclarse a él. Los lodos que soportan a la ciudad se extienden hacia la antigua cuenca vacía del lago de Texcoco, ejecutando

una danza más lenta y sutil que aquella de las placas de tierra sólida.





M

Mapa

Los terrenos de la reserva ecológica del lago de Texcoco se encuentran justo después de la línea que separa a la Ciudad de México del estado de México, hacia el nororiente. Al cruzar esta línea divisoria se cruzan varias fronteras a la vez. Se transita por una división política entre ciudad y no-ciudad, en la cual todos los rastros de urbanización desaparecen abruptamente. Se atraviesa también una división geográfica entre ciudad y campo: un campo salino de vegetación escasa, un terreno plano y abierto, ajeno a la topografía intrincada y hundida de Ciudad de México. También se traspasa una división climática, que es tal vez la que más sorprende porque se siente en el cuerpo: al pasar la línea entre ciudad y estado la temperatura se eleva dos grados centígrados, la

pesadez de la contaminación disminuye y el aire se seca notablemente mientras empieza a emitir un fuerte olor a sal.

En estas tres fronteras se actualiza una abstracción, una virtualidad. El trazado propuesto por la propia tierra se altera a través de las urbanizaciones, las calles, los acueductos y redes de energía; se altera el suelo de un lado de la línea al ser desprovisto de su agua, al ser teñido y cubierto con capas de asfalto. En el otro lado, el suelo se desertifica, revelando una nueva capa de arena y sal. La frontera empieza a concretarse también a partir de expulsiones mutuas. Desde ambos lados de la división se arrojan separadores físicos: avenidas, bardas, casetas de cobro que sirven como formas construidas de mutuo rechazo. Ocurre también la expulsión de lo que es útil y estorbo para

cada lado, siendo arrojado al lado contrario: de un lado la basura y las aguas negras; del otro lado las urbanizaciones y los humanos. A lo largo de las décadas, las divisiones políticas, impuestas como líneas arbitrarias sobre un trazado de papel, devienen divisiones geográficas.

Las mutuas expulsiones empiezan a moldear el terreno: visto desde el aire, si se mira hacia abajo, se pueden distinguir dos planos de color, claros y contrastantes. La tierra cambia tanto de un lado de la línea como del otro, y al cambiar la tierra, cambia el cielo: las corrientes de viento, las precipitaciones, la densidad misma del aire empieza a ser distinta en ambos lados de la línea. Un clima nuevo se produce a cada lado, envolviendo de un modo distinto todo lo que está debajo: los animales, las plantas, los minerales y los humanos deben cambiar bajo el nuevo clima, deben adaptarse y transformarse en él. Se producen nuevas poblaciones, generando cada una sus propios códigos, sus propios comportamientos y sus propias maneras de agruparse. Del lado contrario las dinámicas de vida empiezan a parecer extrañas, lejanas, ajenas, como si pertenecieran

a una geografía distinta. Cada lado deviene un lugar diferente del otro, establecido en sus propios términos. Una línea imaginaria, que se traza arbitrariamente sobre el mapa, deviene territorio.



Mercancía

El supermercado Soriana Híper Tacubaya tiene el tamaño de un hangar: si estuviera vacío, en su interior se podría estacionar un avión de pasajeros como el Airbus A318 o el Boeing 737. Imaginemos este avión aterrizar en medio del Circuito Bicentenario, tocando tierra en el punto en el que termina el bosque de Chapultepec para luego dar la vuelta e incrustarse en este edificio monstruoso en la colonia San Miguel. Antes de aterrizar la aeronave, el edificio estaría totalmente abierto en su cara frontal, su interior estaría desocupado excepto por algunos tubos fluorescentes arrojando luces tenues e intermitentes en todas direcciones. Es difícil imaginar la irrupción de un avión en medio de un centro de tráfico vial y humano como aquel que rodea a este supermercado; es más difícil aún imaginar un supermercado

vacío, cuando su razón de ser es el exceso, el sobreestímulo: toneladas de productos que se apilan en torres de hasta tres metros de altura, que se extienden en filas interminables de variaciones, el mismo producto repetido en diferentes tamaños, colores y formas; olores que se filtran por las tapas de todos los envases, por las aberturas de las bolsas plásticas o las rendijas de los mostradores de pescados, quesos y carnes; sonidos que descienden de las bocinas suspendidas de las vigas estructurales, emitidos por las pantallas planas y los equipos de audio, ascendiendo desde las ruedas oxidadas de los carros de mercado intentando desplazarse sobre el piso. El supermercado es el lugar en el que se reúne un conjunto improbable de cosas, estando todas siempre disponibles: los cambios de estación, la escasez, la sequía, las huelgas o el desabastecimiento no afectan el flujo de mercancías ni dejan huecos en los anaqueles.

La sección de frutas y verduras de este Soriana siempre está vibrante de colores y olores de productos frescos, puestos ahí por manos invisibles. Las hojas de algunas plantas comestibles se duplican en un espejo que se suspende del anaquel,

inclinado este último hacia abajo para mostrarnos la cara oculta de los vegetales, para multiplicar su abundancia engañando nuestra percepción. Verdolagas, espinacas, apio, cilantro, lechugas en diferentes variaciones se amontonan en cajas de madera, sus hojas sobresaliendo de ellas a la manera de arreglos florales con múltiples matices de verde. Las mismas hojas se organizan en un anaquel justo al lado, junto a las fresas, frambuesas y tomates cherry. Estas hojas, antes sueltas y de cierto modo "silvestres", se organizan aquí en porciones lavadas, desinfectadas, medidas y pesadas; se empacan en pequeñas cajas de plástico translúcido con algunos huecos a los lados para que ingrese en ellos el aire; se exhiben con etiquetas que indican el nombre del producto, el cual ya se muestra a través de la minúscula vitrina del contenedor, en un ejercicio de condescendencia con el comprador quien (se asume) no reconoce aquello que crece en la tierra si no hay un signo, una cuantía que lo acompañe.

Las verdolagas crecen lejos del supermercado, cosechándose al comienzo del año en las tierras fértiles del estado de México. En el municipio

mexiquense de Atenco existen unas parcelas ejidales sembradas con estas plantas comestibles, lo suficientemente extensas como para alimentar a un número de familias de esta región. Las plantas son cuidadas por un grupo de habitantes de San Salvador Atenco de modo constante, evitando esparcir pesticidas sobre éstas, esperando a que crezcan y se hagan fuertes para permitir ser removidas de la tierra sin afectar al suelo o a las plantas vecinas aún pequeñas. Las plantas dependen de cierta manera de los cuidados de la mano humana, aunque en mayor medida de los elementos no humanos que las afectan: el clima debe ser estable, el suelo debe estar firme y a la vez húmedo, el agua debe fluir en cantidades regulares sobre las hojas y hacia las raíces. Sus hojas reflejan un cierto balance entre tierra, agua y aire, siendo el resultado de una relación específica entre estos elementos.

Empacadas en su contenedor de plástico, las hojas de verdolaga que se encuentran en un anaquel del supermercado Soriana Híper Tacubaya han sido transformadas de planta a mercancía. La transformación "alquímica" de sus hojas y ramas se ha consumado en el anaquel, ese espacio de acumulación indiferente de objetos.

En las inmediaciones de la sección de frutas y verduras están los licores, arreglos de botellas de vidrio transparente y verde; los quesos empacados, bloques homogéneos de tonos blancos y amarillos; las camisas dispuestas en ganchos junto a las medias y la ropa interior; las vajillas de plástico, vidrio y cerámica junto a los cubiertos, vasos y tazas; la comida enlatada ocupando una fila entera de más de diez metros, cilindros de metal del mismo tamaño con contenidos diferentes; los embutidos junto a las carnes empacadas en vinilo, organizadas éstas en paquetes de rojos y rosa comprimidos por una película de plástico; los televisores en filas y columnas, todos encendidos en el mismo canal; las cafeteras, licuadoras y planchas a un lado, todas con su cable enrollado como una cola de animal; los panes organizados como ladrillos de masa de harina formando un muro que se alza sobre las cabezas de los compradores. Todos estos objetos provienen de equilibrios o desequilibrios específicos, de lugares diferentes, de procesos de producción distintos aunque irrelevantes al momento de comprar. Todas las cosas se encuentran en este hangar como lo mismo, como variaciones de la misma mercancía que asume su forma según la demanda, siempre

llenando el supermercado hasta su último resquicio.



Metro

La línea siete del metro es la más profunda de toda la red de transporte subterráneo de la Ciudad de México: para tomar los trenes en dirección a Barranca del Muerto o a El Rosario, se deben bajar tres niveles de escaleras, cada uno sumando la altura de tres sótanos superpuestos. La temperatura se eleva a medida que los cuerpos de todos los pasajeros se internan en los túneles, atravesando estratos geológicos cada vez más profundos. La plataforma — donde se detiene el tren y se agolpan los transeúntes en sus bordes, intentando subir al carro en empujones de cuerpo con cuerpo— podría estar construida justo debajo de las capas arcillosas que guardan un acuífero somero, en medio de las primeras capas rocosas de esta porción de corteza terrestre. El tren transita entonces bajo tierra, de norte a sur, bajo los cimientos de las edificaciones de la parte occidental de la ciudad. En Tacubaya, esta línea se intersecta con las líneas uno y nueve, detonando un

hormigueo de personas que, como espuma, emergen de los vagones al detenerse, siendo expulsadas hacia arriba y hacia afuera: más cerca de la superficie, pasando de una línea a otra, subiendo de un estrato mineral a otro. La línea nueve nace ahí y, bajo tierra, atraviesa la ciudad de occidente a oriente, cortando con la velocidad de un tren en movimiento los lodos lacustres que se han asentado sobre estratos más duros. Al oriente, cuando acaba la línea nueve, los vagones se detienen cerca al actual aeropuerto, en Pantitlán. Ahí, los pasajeros emergen del lodo de la antigua cuenca de Texcoco para abordar buses que esperan, con sus motores encendidos, a la salida de esa estación del metro. Muchos pasajeros subterráneos siguen entonces su camino por encima de las capas arcillosas, sobre asfalto, hacia varios municipios del estado de México.



Michoacán

El Museo Animista del Lago de Texcoco abrió las cajas que contienen su colección en noviembre de 2017, en la ciudad de Morelia, Michoacán.

La colección de este museo está formada por pedazos de roca, plantas secas, escombros de edificaciones, objetos y herramientas que fueron recogidos del suelo lacustre en la cuenca central mexicana, ahora seca, fragmentada, poblada de estas materialidades diversas. Estos objetos se desplazarán de ciudad en ciudad en años posteriores, de sala en sala, de público en público, viajando en cajas que se mueven mientras el camión que las contiene transita por carreteras llenas de curvas y accidentes. Los objetos en tránsito se alejan unos de otros, se aproximan unos a otros, chocan entre sí.

Michoacán, territorio que recibe por primera vez a esta colección, está llena de lagos que se extienden como manchas brillantes de diferentes formas y tamaños. A la vez, esta región de México sufre de desabastecimiento, sequías y procesos extractivos que disipan sus cuerpos de agua en varias direcciones: hacia arriba, a través del vapor de aire caliente que asciende al secarse un lago a medida que aumentan las temperaturas de la tierra; hacia abajo, en tuberías que raptan el líquido de un río y lo dirigen hacia la Ciudad de México. El sistema Cutzamala, una red de

represas, tuberías y plantas de tratamiento, abastece de agua michoacana a la capital mexicana, así como al adyacente valle de Toluca: esta red se extiende desde el municipio michoacano de Tuxpan, a pocos kilómetros del lugar que recibe año a año a las mariposas monarcas, para succionar el agua de sus fuentes y conducirla hasta los grifos de edificios, comercios e industrias capitalinas.

Las mariposas monarcas habitan los cerros que comparten los estados de Michoacán y México, en migraciones masivas que llegan desde Canadá los otoños e inviernos. Estos animales de alas color naranja y negro yacen en árboles que atrapan el agua con sus raíces, troncos y hojas; esta misma agua se filtra y es conducida hasta una represa, para irse a la Ciudad de México a través del sistema Cutzamala. De modo similar, multitudes de patos canadienses hibernan sobre la superficie del vaso regulador Nabor Carrillo en los terrenos del lago de Texcoco cada año, formando una cama de plumas verde y marrón que reposa sobre aguas extranjeras.

Mientras las piezas del Museo Animista del Lago de Texcoco cruzan

la frontera occidental del estado de México hacia el estado de Michoacán, transitando por una vía ubicada al norte del lugar donde hibernan las monarcas, aparece un lago enorme que se abre hasta perderse de vista. El Cuitzeo, el cuerpo de agua más grande de esta región, está dividido por una autovía recta que se extiende de sur a norte, cortando al agua en dos mitades, separándolas por medio de una gruesa capa de asfalto. Este lago escindido se ha ido gradualmente secando de manera dispareja. Desde 2003 las dos mitades del lago existen desniveladas la una respecto a la otra, convirtiéndose en dos cuerpos distintos aunque incompletos, uno más alto que el otro, uno más seco que el otro, necesitándose más el uno al otro a medida que se separan. Mientras la parte oriental cede poco a poco, las aguas de la parte poniente de este lecho han descendido con mayor celeridad hasta reducirse a una capa delgada de escasos centímetros, más delgada aún cuando las temperaturas se elevan, descubriendo áreas enormes de tierra polvorienta que se levanta del suelo en tolveneras cargadas de residuos: de esta cuenca se elevan partículas microscópicas de materia orgánica que arrastran por el aire la vida cadavérica del agua.

Las piezas del Museo Animista del Lago de Texcoco se agitan en la parte trasera de un camión en movimiento, transitando la vía que bordea al Cuitzeo: una carretera amplia que intersecta a la ruptura lacustre para luego unirse con ella en dirección sur, hacia Morelia. Estas piezas revelan el posible pasado, presente y futuro de esta cuenca michoacana, aún perteneciendo a una cuenca diferente: los objetos del museo animista hicieron parte de una capa de materia ajena que se extendió sobre la superficie de un lago desaparecido, un lago que hace más de quinientos años tenía un tamaño similar al de su hermano michoacano, encogiéndose en los siglos subsecuentes hasta romperse en múltiples pedazos.



Mina

Algunos pueblos que aún habitan la antigua orilla oriental del lago de Texcoco, como aquellos que se ubican en las faldas del monte Tláloc, consideran al agua como un elemento que brota de las profundidades de la tierra para luego emerger desde lo alto de los cerros. Los geólogos, por su parte, consideran que todos los relieves de la corteza

terrestre están esculpidos por las trayectorias reiteradas del agua, en sus recorridos de los picos a los valles, diseñando en ello múltiples contornos y accidentes. La visión que se forma en los devenires cotidianos de habitantes que caminan un cerro y viven en él, así como la visión del científico que lo observa todo desde la distancia del estudio académico, convergen al reconocer la existencia de una colaboración íntima entre tierra y agua. Los cerros, particularmente aquellos que están hechos de estructuras esponjosas como el tezontle, son reservorios hinchados de agua que emerge desde abajo, alzándose en picos redondeados, para luego brotar desde su parte más alta. Por la pendiente de una montaña el agua corre sin esfuerzo hacia abajo, llenando zanjas que la misma geografía abre como caminos, creando líneas serpenteantes de agua que alcanzan las partes bajas y se expanden por los valles con la fuerza que provee la caída.

Desde lo alto del cerro de Tezoyuca, estado de México, es posible seguir el recorrido de camiones de tráfico pesado transitando día y noche por carreteras de múltiples curvas que se pierden en caminos cubiertos

de tezontle. Al pasar, las máquinas cargadas de esta misma piedra volcánica hacen temblar la tierra y levantan nubes de polvo a ambos lados de la carretera. El polvo, al asentarse, se deposita sobre la vegetación que crece como maleza a la orilla del camino, para luego viajar en trayectorias lentas hacia los sembrados, introduciéndose de modo indetectable en las casas vecinas cuando el viento sopla fuerte. El suelo de estas casas se cubre entonces de una capa adicional de partículas provenientes del corazón de un monte minado, quedando adheridas también a escobas y traperos: los minúsculos puntos de piedra son dispersados en el agua al lavarse estos utensilios de limpieza doméstica, escurriéndose por las coladeras hacia el sistema de drenaje. En ello, otra relación entre tierra y agua se teje poco a poco, arrastrando a la tierra en partículas a través del cauce del agua, mientras este líquido se fuga para nunca regresar.

El cerro de Tezoyuca ha sido explotado como mina desde mediados de la década de 1990 para compactar, con piedra volcánica o tezontle (así la llamaban los pueblos mexicanos), el suelo de la nascente autopista

Peñón-Texcoco. La mina siguió abriéndose en años subsecuentes, aunque a paso lento, dejando expuesto un yacimiento de roca roja, como una incisión en la superficie del monte. Desde 2014 una porción de terrenos federales pertenecientes a la antigua cuenca de Texcoco fueron cedidos al consorcio constructor del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. Estos terrenos se extienden por más de 5.000 hectáreas a pocos kilómetros del cerro herido de Tezoyuca. El terreno que alojará al nuevo aeropuerto, cóncavo y lodoso, se hunde progresivamente a medida que los acuíferos que están debajo, en el subsuelo del lecho lacustre, se drenan para abastecer de agua a los habitantes de la megalópolis mexicana. Agua y tierra se unen en los cerros, separándose al llegar a estos terrenos: el suelo cede de modos caprichosos tras la fuga del agua, perturbando todo lo que se erija encima. Las pistas para aviones, la terminal, los edificios adyacentes que se proyectan en planos ideales necesitan un suelo plano y firme donde levantarse.

a éste, otros cerros vecinos se han convertido en canteras para extraer material de relleno: tezontle rojo y tepetate blanco hacen ver manchas monocromas de tonos que antes no se veían en el paisaje. Millones de metros cúbicos de piedra, antes formando una enorme masa rocosa oculta bajo la vegetación de las montañas, ahora se extienden sobre el suelo de este antiguo lago del centro de México: una enorme alfombra de piedra roja y polvo. A medida que los pedazos de tezontle se asientan sobre el lecho, acumulándose en capas que intentan simular la homogeneidad de una planicie, una cantera de cuarenta metros de profundidad se cava en Tezoyuca: las raíces de los árboles quedan expuestas al filo de su abismo, mientras un precipicio se abre a ras de los muros de varias casas construidas en su cima.

Convertido en una mina a cielo abierto, expuesto hasta revelar el fondo desde el cual emergería el agua, el cerro de Tezoyuca no permite ya el ascenso del líquido al manantial, ni su caída al valle, ni la labor escultórica del agua sobre la piedra.

El cerro ya abierto en Tezoyuca ha empezado a ser minado de modo acelerado desde entonces. Junto



Monumento

El lago de Texcoco se le apareció a Cortés como un enorme mar interior: desde la orilla que ahora es sólo un punto en una calle transitada de la ciudad de Texcoco, el conquistador vio que la "marea" subía y bajaba entre lluvias y estiajes, y se sorprendió al encontrar que, en su inmensa superficie, la orilla contraria se perdía de vista, mostrando al lago como un continuo oceánico de agua que se perdía en el horizonte. En este lugar exacto, al parecer, Cortés descargó las naves deconstruidas que había llevado cargando, desarmadas, por tierra, para ahí ensamblarlas, ponerlas a navegar en las aguas salinas del lago y luego conquistar Tenochtitlán con su flota de embarcaciones colosales. El Monumento al Puente de los Bergantines, este punto anónimo en la ciudad de Texcoco, señala el borde que tenía el lago hacia 1521, al inicio de la conquista del Valle de México. Este monumento al día de hoy consta de una columna en piedra coronada por un capitel y una placa tallada, ubicada en medio de una plaza de unos diez metros cuadrados de superficie, y enmarcada por tres muros pintados de rosa, un par de bancas de parque y

una maceta. Sobre los muros de la pequeña plaza se inscriben dos leyendas en cursivas de bronce que se leen a medias debido a que algunas letras han sido arrancadas, probablemente para ser fundidas y vender su peso en metal. Una dice "*Puente de los Bergantines, donde Cortés botó las naves para la (t)o(ma) (de) (la) (capital) (a)zteca (en) 1521*". La otra es su contraparte, su némesis, su contrarrelato (y por esto, en mi opinión, es el verdadero marcador monumental): "*En un atardecer texcocano... se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto so(l) (de) (lo)s (me)xi(cas)*". Debajo de una de las leyendas hay un grafiti en aerosol azul con una firma. A unos kilómetros —lago adentro—, junto a la puerta de la ciudad que recibe a los automóviles con la leyenda "Texcoco es Historia", yace una réplica del bergantín cubierta en todo el contorno de su casco oxidado por intervenciones en aerosol de colores brillantes. El bergantín intervenido, la firma y el robo de las letras muestran la secularización de los monumentos por los usos de un espacio público, desprovisto ya de referentes al pasado, así como por la implosión de una ciudad que se estrella con los terrenos del antiguo lago, que tiene

que crecer de afuera para adentro. El monumento se encuentra ahora en el corazón de una zona urbanizada, al filo de una calle de alto tráfico, con carros estacionados a lado y lado de la calzada. Frente a él hay una fila de tiendas y viviendas, postes de luz y una acera larga y estrecha. Al levantar la mirada hacia el punto en el que Cortés divisó la inmensidad de ese mar interior de Texcoco, se adivina el contorno de una multitud de techos, antenas y cables eléctricos que se balancean entre una y otra vivienda. Más atrás, la densidad del aire de la Ciudad de México borra la línea del horizonte.



Movimiento

En octubre de 1985 varios camiones cargados de escombros se dirigieron a la salida nororiental del Distrito Federal. Los pedazos de construcciones destruidas por el sismo que había sacudido a la ciudad semanas antes, se bambolecaban en la parte de atrás de estos camiones, desplazándose en tránsito lento desde el edificio Nuevo León de Tlatelolco. Lo que es hoy la autopista Peñón-Texcoco era todavía un camino sin tránsito

por el cual entraban todos los camiones a los terrenos federales del lago de Texcoco, entonces semidesérticos y en gran parte baldíos. Ya adentro y repartidas en diferentes direcciones, las cargas se arrojaban al suelo: al caer, dejaban adivinar la forma de una columna o de una escalera entre toneladas de pedazos indiferenciados. Entre los escombros también se asomaban algunos objetos que, treinta años después, aún se encuentran sobre la superficie salina del lecho del lago: girones de tela, vestidos, racones de zapato, fragmentos de platos de cerámica y otros objetos que no es posible identificar hoy, al encontrarse atrapados entre pedazos de muros que los aplastan.

La tierra que ha recibido estos escombros en el lecho seco del lago de Texcoco, se hunde gradualmente al ser drenada el agua de su manto freático; en una contradicción geológica que sólo puede ser producto de la intervención acelerada de los hombres sobre la tierra, el agua inunda parcialmente los terrenos, arrastrando consigo las cosas que encuentra a su paso: las capas superiores se erosionan y en ello se abren y agrietan; los vientos levantan tolvaneras que remueven las capas superficiales de

polvo y sal. Las cosas que se depositan sobre el suelo se van hundiendo también, se van reacomodando y desplazando unos centímetros, sedimentándose entre las grietas erosionadas y cubriéndose con tierra. Al no tener la profundidad que sí guardan las tumbas alojando a los muertos siempre justo debajo de las lápidas que los designan, o la de las reliquias arqueológicas protegidas por el peso de metros de tierra compactada, estas reliquias-de-secho, estos escombros expulsados, estos pedazos que recuerdan la destrucción y no la gloria de una cultura, son movidos por los espasmos de la tierra; con ellos se mueven también sus relaciones con los demás escombros, su (siempre inexacta) ubicación: se mueve la historia de su encuentro (o desencuentro) con el lecho del lago de Texcoco.



Muelle

El lago Nabor Carrillo, un cuerpo de agua construido por humanos con forma de rectángulo perfecto, yace en medio de la enorme extensión de tierra que unas décadas antes aún contenía agua del lago natural

de Texcoco. Un lago sobre un lago: el "artificial", un rectángulo perfectamente definido; el "natural", una forma siempre cambiante que tendía a desaparecer. En medio del Nabor Carrillo se levantó una isla, y sobre ella, una cabaña. Junto a la isla, sobre unas rocas que sobresalían al nivel del agua, se estableció una pareja de flamencos, sobrevivientes de la desaparición del antiguo lago. Sobre la orilla de este nuevo cuerpo de agua se construyó un muelle, esperando amarrar en él embarcaciones que hicieran rutas cortas a la isla y traer visitantes, deportistas, biólogos, turistas, navegantes. Los tablones y columnas del muelle se pintaron de azul claro: la recién nacida Comisión Nacional del Agua acababa de llegar a los terrenos del lago de Texcoco, reemplazando a la Secretaría de Recursos Hidráulicos y a la Comisión del Lago de Texcoco: estas instituciones, desde 1971, definieron las fronteras territoriales del lago y con ello anticiparon su futuro. La Conagua dejaba su marca en todas las construcciones pintándolo todo de azul claro, estableciendo su diferencia a través de un color institucional.

Al poco tiempo de ser construido el muelle, y sin uso alguno, fue de-

molido. Con este doble movimiento de corto aliento se inauguró una lista de proyectos en esta tierra que en los años siguientes tendrían el mismo fin: ser contruidos para luego ser arrasados.

El lago Nabor Carrillo puede ser otro recepráculo de este destino; sigue intacto, aunque cada vez más frágil dentro del mapa ecológico de la región: el aeropuerto que ahora se levanta en el lado norte de la carretera puede ser la próxima autoridad que esparza sus colores en esta porción de terreno federal, imponiendo una nueva lista de proyectos de rápida transformación y de un igualmente rápido devenir-ruina. Este lago es, como el muelle, una construcción rectangular y homogénea, siendo igualmente susceptible de ser destruido. El muelle ha dejado sus pilares azules sembrados en la ribera, testimonios de su existencia y circunstancias. ¿Cuál puede ser la ruina del lago Nabor Carrillo cuando éste desaparezca?



Museo

Existe una colección de materiales cuidadosamente seleccionados, reunidos en diferentes sitios del antiguo lago de Texcoco. En medio de las ruinas de múltiples proyectos gubernamentales abandonados durante los últimos cuarenta años en los terrenos lacustres encontramos todo tipo de objetos: pilas de escombros, cimientos de edificaciones, ruinas disgregadas de casas derrumbadas, restos de paredes quizás pertenecientes a una bodega sin techar, pozos secos llenos de basura, cercas desvencijadas de un corral vacío, herramientas oxidadas en desuso, pilares viniéndose abajo, avisos ilegibles, objetos ocultos entre el pasto, documentos con esquinas rotas manchadas por el sol.

Estos y otros materiales fueron hallados en medio de una serie de excavaciones en las cuales se removieron sal y restos de tierra adheridos a sus superficies, hasta que dichas superficies empezaron a hacerse reconocibles en sus diferencias: de su aspecto inicial de masas sólidas de escombros emergió poco a poco un espectro amplio de consistencias y texturas: algunos materiales antiguos que han servido de sustrato al lago desaparecido de

Texcoco, junto a ciertos muros levantados en intentos sucesivos de recuperación de su cuenca; materiales efímeros indicando el breve paso de la vida humana —la basura, los despojos animales y vegetales— junto a estructuras debilitadas de construcciones más recientes. Entre lo millenario y lo nuevo, entre lo estable y lo inestable, se encontraron algunas piedras de tezontle negro y rojo unidas a pedazos de diferentes fachadas pintadas con el azul de la Comisión Nacional del Agua; se encontraron también pedazos de pasto artificial, botellas de refresco, fragmentos de azulejos de casas que ocuparon los bordes orientales del lago, algunos con patrones estampados y otros pintados a mano. También se anexaron a la colección algunos pedazos de madera de diferentes tamaños, sirviendo a veces de vigas y a veces haciendo parte de algún mobiliario, colindando con muestras de materiales de construcción de edificios derrumbados en el sismo de 1985: estos últimos fueron dejados sobre la tierra para rellenar grandes extensiones de terreno hundido. Algunas ramas de formas curiosas se recuperaron al lado de huesos de animales, todo ello formando parte integral del paisaje ruinoso de los sitios excavados.

En las colecciones de los museos modernos de Europa se incluyen objetos que pueden parecerse formalmente a los materiales reunidos en los terrenos del lago de Texcoco: el hueso de un antepasado, un pedazo de cerámica, una espada con el mango doblado, una moneda de bordes irregulares. Estos objetos, al ser coleccionados tras excavaciones y discernimientos como aquellos efectuados hace poco en las tierras lacustres arriba mencionadas, reciben la designación de "reliquias". Dichas reliquias se refieren siempre a la historia de un territorio conquistado o conquistador: la conquista en ciertos territorios pudo haber llegado como una barbarie aniquiladora, tanto como pudo haberse anclado gracias a las sutiles intrusiones de una lengua, unas costumbres y unas formas de conocer. Algunas naciones, a través de las colecciones de sus museos, visibilizan la emancipación de un proceso colonial, y en otras, las usurpadoras, éste se hace manifiesto. Algunas colecciones intentan mostrar la persistencia de una identidad cultural a través de objetos antiquísimos; otras colecciones buscan reconstruir un espectro evolutivo, sus objetos reflejando los gradientes de una progresión histórica lineal. Los procedimientos museológicos que

definen a este modelo han migrado además a las Américas, instituyendo en el “nuevo” continente una manera de elegir, curar, disponer e interpretar sus ruinas. En todos los casos, las colecciones museológicas intentan introducir una versión del pasado en la memoria colectiva, y en ello se fijan, se desactivan, se momifican.

La colección de materiales del lago desecado de Texcoco comprende un conjunto de pedazos que por defecto están fijos en su inercia, desactivados por su aislamiento, momificados por la presencia de la sal. Aquello de lo cual hacen parte nunca llegó a ser o tuvo una existencia frágil y breve, permaneciendo en ello desprovistos de señales que los puedan vincular a alguna narrativa museológica instituida. En todo el lago resuena además el eco de la desecación como un inmenso proyecto fallido, siendo ésta el sustrato de iniciativas subsecuentes que han fallado, una tras otra.

Un museo que contenga en él esta colección deberá operar de un modo distinto sobre sus objetos: deberá darles un sentido que nunca tuvieron o que tuvieron y en seguida perdieron; deberá construir alrededor de estos historias posibles que sean verosímiles, aunque no necesariamente

verdaderas; deberá proyectar reflejos de múltiples pasados sobre dichos objetos, aunque estos reflejos se contradigan entre sí.

Los materiales reunidos en este antiguo lago forman parte de un continuo que enlaza los desarrollos, decesos y resurgimientos de su tierra, agua, plantas, animales, humanos y empresas de conquista: al estar atravesados y de cierto modo constituidos por todos estos elementos, dichos materiales portan señales de múltiples devenires. En esta medida, la colección palpita con los flujos vitales de todas las instancias que han conformado y deformado la cuenca de Texcoco.

Ahora, vamos a abstenernos aún de llamar “reliquias” a los materiales contenidos en este nuevo museo, ya que por la acción de diferentes fuerzas, estos serán animados.

Llamémoslo *Museo Animista del Lago de Texcoco*.

Los procedimientos museológicos articulados a esta colección deberán dar forma a posibles escenarios en los cuales aquello que vive y aquello que muere en el lago de Texcoco se muestren indistinguibles entre sí.



O

Oficina

La carretera Peñón-Texcoco conduce a la entrada de las oficinas que administran los terrenos federales del lago de Texcoco. Un guarda se ubica tras unas rejas azules; tras las rejas hay un edificio de una sola planta, amplio, expandiéndose horizontalmente por el terreno a través de enormes espacios interiores vacíos. El Centro Mexicano de Capacitación en Agua y Saneamiento, que es el nombre que recibe este edificio, es también en cierto sentido el corazón de los terrenos federales del lago: su corazón administrativo, su corazón político y el único lugar legítimamente ocupado por los humanos. En su interior se une un grupo de personas que difiere radicalmente de los demás grupos que ocupan las zonas colindantes al oriente de este territorio: los habitantes de los

ejidos se separan del denso tejido urbanizado de la Ciudad de México por medio de los terrenos del lago de Texcoco. Separados por las 8.000 hectáreas de esta franja de tierra de suelo inhabitado, sin vías de comunicación excepto por una ancha autopista que se extiende hasta la entrada de la ciudad de Texcoco, los pobladores de la tierra que colinda con el lago no han seguido el mismo patrón de crecimiento y disgregación que caracteriza a municipios como Ecatepec o Ciudad Nezahualcóyotl —al menos hasta hoy—. Algunos de estos grupos se llaman a sí mismos “pueblos”: muchos mantienen una relación íntima con la tierra, siendo en su mayoría comunidades rurales unidas por vínculos de sangre, linaje o pertenencia. De este modo se establece una diferencia entre una oficina y una comunidad. Las personas llegan a las oficinas del lago de Texcoco

de diferentes orígenes, y conviven durante horas de sol en silencio, sentadas frente a computadores, separadas por cubículos enmarcados por ventanas que se abren hacia inmensas planicies de tierra vacía. Se llaman entre ellos "colegas", o usan palabras que anteceden los nombres e indican jerarquía, como "licenciado" o "ingeniero". Entre uno y otro hay metros de espacio vacío y alfombra impoluta, ocasionalmente una mampara o una puerta. Las conversaciones ocurren en los pasillos entre uno y otro momento de aislamiento, uniéndolos a todos en torno a una misión y un trabajo: este trabajo no es igual al trabajo de la tierra que surge de relaciones de necesidad, sino que es un trabajo sobre la tierra, desde la distancia. Es un trabajo sobre una tierra que, aunque físicamente presente, se convierte en el simple sustrato de un edificio: distante, indiferente, objetual. La oficina, ese espacio físico que alberga a un grupo de personas compartiendo una porción importante de sus vidas, podría ser cualquier edificio en cualquier otro lugar.



Orilla

El lago Nabor Carrillo puede verse desde un avión: si se entra en el espacio aéreo del Estado de México desde el oriente, el lago aparece como una extraña mancha negra y rectangular, como una represa, como un territorio inexplicablemente despejado, cubierto de una sustancia oscura y brillante. Visto desde la altura de un avión volando sobre el espacio aéreo de la Ciudad de México, la perfecta geometría del lago contrasta con la caótica mancha urbana que comienza a expandirse unos pocos kilómetros al occidente. Los habitantes de la ciudad y sus inmediaciones no visitan el rectángulo de agua más grande del Valle de México: el Nabor Carrillo está protegido por barreras que restringen el acceso a extraños, de modo que sólo biólogos, agrónomos y funcionarios federales que trabajan en el área han conocido esta cuenca ortogonal de aguas tratadas.

Al ver el lago desde la orilla descubro que, a ras de suelo, su forma rectangular se desdibuja, percibiéndose en cambio como una inmensa elipse, curva y continua, que se extiende hacia el horizonte. Como si fuera un mar, de sus aguas se desprende un

olor intenso a sal y a algas; sobre su superficie se agitan pequeñas ondas de viento; además flotan grupos de patos que se han familiarizado con sus aguas, reposando sobre ellas. Alrededor del lago se construyó un camino de tezontle que en épocas de sequía cruje y levanta nubes de polvo al ser pisado y en épocas de lluvia se compacta y humedece como el barro. Las orillas del lago permanecen solitarias, siendo los patos y otras aves migratorias las únicas presencias animales que se observan en kilómetros. En medio del lago, dos flamencos posados sobre sendas piedras sobresalientes permanecen quietos, como dos esculturas rosadas puestas desde hace veinte años. Casi nadie transita por este cinturón de tierra que rodea al lago: a veces un hombre que trabaja en una zona cercana sale a correr por el camino que bordea al agua.

Sobre el perímetro del Nabor Carrillo se adivinan varias construcciones en cemento, agrietadas o derrumbadas durante los treinta años de vida del lago: un monumento parecido a las esculturas modernas de la Ruta de la Amistad —colección de monumentos que se extiende al sur del Anillo Periférico en Ciudad de México— levantándose como un

arco invertido en homenaje al artífice del lago (el ingeniero Nabor Carrillo); también se divisan un embarcadero hecho pedazos, asomándose en el agua y aferrándose a la orilla, una caseta de vigilancia de la cual se asoma la gorra de un vigilante vestido con uniforme negro, y unos pilares desnudos y alineados, cubiertos por la hierba y parcialmente carcomidos por la sal. Estas construcciones están pintadas de un mismo tono azul claro: este color, un poco más intenso que aquel de una piscina y un poco más claro que aquel del mar, brilla desde lejos en distintos puntos de los márgenes del lago, resaltando sobre los tonos pardos del paisaje. En el cuadrante oriental de esta inmensa superficie de agua salada, lago adentro, hay una isla poblada con vegetación foránea y frondosa; en medio de la isla se observa una casa. Una embarcación amarrada a un madero enterrado en la orilla se suspende sobre el agua.

La isla se ve pequeña desde la orilla; los dos flamencos, separados de la isla por un par de kilómetros, se pierden como puntos indistinguibles en la inmensidad de este espejo de agua. La orilla del lago Nabor Carrillo, en medio de su ausencia

de sonidos humanos y su soledad, y entre los graznidos de una comunidad creciente de aves, se convierte en un intersticio: aparece cada vez menos como el borde de una geometría regular y cada vez más como el umbral a un planeta sin humanos, hecho de agua salada, de pájaros de distintas especies, de construcciones azules arruinadas por la sal, el agua, el viento y el abandono.



P

Paisaje

Robert Smithson, artista estadounidense y pionero del llamado "arte de la tierra" (*land art*) tenía 35 años cuando murió en un accidente de avión en 1973. La aeronave cayó en picada mientras el artista observaba desde el aire a su obra *Rampa de Amarillo* en el estado de Texas, alzándose encima de un círculo roto de más de cien metros de diámetro, en medio de uno de los vastos parajes de América del Norte. Lo imagino ahora precipitándose en una caída infinita, vertical pero ligeramente serpenteante, hacia una planicie de tierras secas y nubes de polvo confundiéndose con las nubes del cielo en el horizonte. Imagino el sol ardiendo, rojo y redondo, reflejándose en rayos de luz sobre millones de cristales; luego el estruendo sordo del avión rompiéndose en pedazos

al tocar tierra y la explosión, lanzando una esfera de llamas hacia el cielo, azul y despejado. Pienso en cómo sería morir en medio de uno de estos parajes, sin vida humana en kilómetros a la redonda: cuando un avión impacta la tierra, todo se convierte en materia indiferente, en una combustión de pedazos de carne y metal irrumpiendo en la planicie. El encuentro entre un humano y una tierra como aquella de Texas se da con la agresividad de un accidente.

Un paisaje siempre se abre ante la mirada desde un único punto de fuga, extendiéndose a una distancia abarcable, permitiendo trazar sobre éste la línea del horizonte. Los paisajes se forman para ser enmarcados por el ojo humano, para ser potencialmente dominados por nuestra mirada. Por el contrario, las grandes montañas, desiertos, valles e incluso

las carreteras infinitas de esta región del planeta no se pueden pensar como paisaje, porque ya hemos colisionado con ellas al intentar domesticarlas. Las tierras americanas tienen un carácter tal que al acercarnos a ellas, pueden aparecer tan vastas y abiertas que éstas nos devoran. Es así como entran en una categoría ontológica diferente a la del paisaje.

Las planicies de Texas no son un paisaje porque son demasiado extensas, áridas y desoladas; el desierto del sur de California, con sus réplicas idénticas del árbol de Josué espaciadas hasta hacernos olvidar cuál de ellas indica el norte, tampoco es un paisaje como tal; ambas regiones fueron además parte de México y parte de una América más extensa. El Valle de México, parte del mismo continuo de tierra que se extiende desde el norte, no es un paisaje: su cuenca ha sido intervenida por manos humanas. La cordillera de los Andes, que al recorrerla hacia arriba va cambiando de vegetación, de clima, de olor, hasta que termina siendo otra tierra irreconocible, tampoco es un paisaje.

En América, de norte a sur, la tierra a veces se desborda hacia la inmensidad

desértica que borra toda coordenada, o a veces se convierte en un tejido denso de selva, montaña, capas de verde y otros colores que se contienen unas dentro de otras y que en ello escapan del control que ejercería un horizonte. En los desiertos norteamericanos la escala hace del paisaje una empresa imposible, mientras en las selvas y bosques del centro y sur del continente la flora y fauna se multiplican hacia abajo, hacia estratos que están siempre ocultos a la vista. La perturbación humana en suelo americano se expande en un rango infinito de variaciones que incluye a los primeros asentamientos de pueblos agricultores, las embarcaciones que hace siglos atracaron desde Europa en sus orillas, las intervenciones del arte sobre su superficie y las empresas extractivas modernas. Atravesada (a veces violentamente) por los hombres, la tierra americana no se puede ver como una tierra virgen o como un espacio puramente "natural" a contemplar, sino como una tierra híbrida entre humana y no humana, entre desafiante y amenazada. Por esto se resiste a ser paisaje, a ser objeto contemplado.

Smithson dibujó la *Espiral Jetty* sobre la orilla del Gran Lago Salado

en Utah un año antes de morir. Constituida por piedras, tierra, y vacíos por los cuales se filtra la sal del lago, la *Espiral* puede entenderse como una manera de ejemplificar la resistencia de la tierra a ser paisaje: la orilla del lago se abre hacia adentro como una explanada de sal y rojo sangre; sobre ella se alarga la espiral como una forma que pudo haber sido construida hace miles de años o haber surgido del mismo lago en una extraña turbulencia. La espiral es y no es parte del lago, es y no es una construcción humana, sobresale y a la vez se confunde con la tierra. Abrazando a la Tierra en un círculo que se enrosca sobre sí mismo, se extiende más allá de la orilla del Gran Lago Salado como una presencia híbrida.



Parque

En una zona de los terrenos del lago de Texcoco se encuentra, intacta, una cancha de fútbol, cubierta de un pasto de color verde intenso hecho en nylon. La cancha permanece vacía, uniéndose a otras canchas de deportes diversos a través de caminos. Al pie de éstas se encuentran

cabañas de madera, también solas y sin ocupar. Todas estas construcciones forman parte de un proyecto que se hizo urgente y polémico durante la presidencia de Felipe Calderón. El Parque Ecológico Lago de Texcoco se propuso de modo paralelo a otro proyecto: *México, Ciudad Futura*. Ambos proyectos insistían en la necesidad de recuperar una zona lacustre del mayoritariamente seco lago de Texcoco, mitigando un inminente impacto ambiental que la ciudad llevaba décadas resistiendo. Pequeñas variaciones diferenciaban a un proyecto del otro (las más grandes eran probablemente políticas): proponían, cada uno a su manera, un sistema de lagos e islas interconectadas que habilitarían las funciones ecológicas de un terreno protegido, a la vez dando lugar a urbanizaciones uniformes (tal vez de clase media), así como a diferentes tipos de comercios; estos proyectos instalarían en su centro, como un eje articulador del gran todo, un nuevo aeropuerto. Es comprensible que la zona federal del lago de Texcoco fuese vista como una gran fuente de ganancias para una firma de arquitectos y para sus amigos políticos: un terreno vasto y vacío de miles de hectáreas de extensión, de posibilidades enormes

para las fuerzas urbanizadoras de una ciudad que ya no permite más crecimiento horizontal, y cuyo plan de ordenamiento se revela cada vez más caótico y menos funcional. Un proyecto planteado desde la premisa de un rescate ecológico, además, ocultaría bien los intereses privados y partidistas bajo la capa del bien común.

México, Ciudad Futura fue la promesa no cumplida del gobierno de Calderón. El Parque Ecológico Lago de Texcoco, por su parte, se abrió camino pocos meses antes de terminar su gobierno: en julio de 2008, dentro de una campaña presidida por el propio presidente, se anunció en la ciudad de Texcoco, vecina inmediata de los terrenos federales, que la construcción del parque sería una realidad. Faltaba poco para el fin del gobierno de Calderón, y aún así se comenzaron las licitaciones. Se restauraron en seguida los suelos para la construcción de la infraestructura principal; se construyeron las cabañas, las canchas, los caminos y se anclaron los postes de luz al suelo; se levantaron también algunas señales, entre ellas, el mapa del parque en colores, muy cerca de la entrada principal.

Al llegar Enrique Peña Nieto al poder el proyecto fue abandonado, quedando como un parque construido a medias, aislado entre terrenos federales: una ruina sin presente, pasado o futuro, y en ella, encarnadas, una serie de promesas no cumplidas. El nuevo aeropuerto por su parte, de manera directa y sin rodeos, se abrió lugar.



Pasto

La fecha de la desecación definitiva del lago de Texcoco no aparece escrita en documentos oficiales. Algunos habitantes de la ciudad de Texcoco con quienes he logrado entrevistarme afirman que, en época de lluvias, en 1970 aún era posible navegar en canoa sobre las aguas del lago y llegar al centro del Distrito Federal. Hay sin embargo evidencias que muestran cómo su desertificación ya era inminente a mediados de la década del sesenta. La película *Viento negro*, estrenada en 1964, narra la historia de la construcción del Ferrocarril Sonora-Baja California; en el fondo de algunas escenas se revela un desierto enorme que en realidad era la zona

norte del lago de Texcoco, donde hoy comienza a construirse un aeropuerto nuevo para la ciudad. El lago se convirtió, drástica e irónicamente, en un desierto similar al desierto de Sonora: los vientos levantaban intensas tormentas de arena; la temperatura se elevaba en el día para luego descender en la noche.

Una transformación igualmente radical del paraje comenzó a ocurrir durante la década del 70: la entonces Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos conformó la comisión del Lago de Texcoco, iniciando la siembra de una única especie vegetal sobre un suelo de fertilidad improbable. El pasto *Distichlis spicata* crece como un rizoma, arrojando desde sí nuevos brotes como líneas de fuga en diferentes direcciones. De estos pastos pueden o no desprenderse otros nuevos, o pueden extenderse como largos brazos hasta adherirse a un punto de la tierra. Al crecer de forma horizontal, su movimiento por el suelo se parece al de un reptil: el pasto salado es una planta que tiene algo de animal.

Como una capa vegetal no crece sola, sino que lo hace en la medida en que el suelo se lo permite, adaptándose a

ella y amoldándose a sus raíces, el pH del suelo se ajusta lentamente a aquel requerido por las plantas. Con progreso lento, en el lago de Texcoco el suelo fue cambiando ante la presencia del pasto hasta lograr ser poblado enteramente por éste: hectáreas enteras al interior de la zona federal se convirtieron en un nuevo ecosistema de color verde amarillento, híbrido de lago, desierto y pastizal.



Pato

La zona que rodea al lago Nabor Carrillo, hoy delimitada como reserva ecológica, está poblada de aves nativas todo el año y de aves migratorias durante el invierno. Según algunos expertos en avifauna que han observado y seguido a los pájaros que se posan en los árboles, este punto del Valle de México es el lugar más importante en el área para las bandadas que recorren rutas migratorias. Miles de estos animales —principalmente patos como el bocón, la cerceta de alas azules, la cerceta café, el pato tepalcate, el golondrino, el chalcuán y el pato coacoxtle— se sientan sobre las aguas de este vaso regulador en grupos de un par de cientos

de animales, flotando sobre ellas, haciéndolas su casa por unos cuantos meses.

Las migraciones son procesos de largos desplazamientos por aire, que implican a veces sobrevolar porciones continuas de océano y tierras inhabitadas, llevando a cabo largas jornadas de vuelo con cortos descansos. Grupos de aves llegan cada año al mismo lugar con la certeza de que al año siguiente van a regresar, "sabiendo" de alguna forma que las generaciones posteriores de su especie recorrerán exactamente la misma ruta: miles de kilómetros que luego, desandarán. El agudo sentido de orientación de estas aves les permite prestar especial atención a los cambios sutiles del clima, la luz y los vientos, observando desde el aire marcadores geográficos como cordilleras, costas y valles que sirven de guía en su recorrido, los cuales señalan dónde pueden parar y cuál será su destino. Esta concepción del tiempo y del espacio dista de la humana, especialmente de aquella que introduce el capitalismo tardío, al compartimentar el tiempo en porciones exactas de labor productiva y tiempo improductivo, las relaciones sociales en conjuntos desunidos de individuos, y el espacio en

un ámbito público y uno privado. La bandada, por el contrario, forma toda ella un sistema que conoce y reconoce las rutas migratorias como si fueran extensiones de los cuerpos de los pájaros, continuaciones de sus plumas.

Para estas migraciones, el punto de llegada al Valle de México es un lago que no tiene más de 50 años de existencia. En principio y técnicamente, el Nabor Carrillo no es siquiera un lago: es un vaso regulador, una concavidad forzada sobre la tierra que está disponible a ser llenada cuando las lluvias amenazan con inundar la ciudad. Emulando torpemente la perspectiva de las aves, si se mira desde un avión aterrizando sobre el aeropuerto de Ciudad de México, el Nabor Carrillo aparece como un perfecto rectángulo en medio de terrenos contrastantemente irregulares. Además, desde su creación, sobre este lago han sido depositadas las aguas negras de la zona nororiental de Ciudad de México, reunidas en el lago Churubusco (otro vaso regulador abierto en los terrenos del lago de Texcoco, unos kilómetros al occidente). Aunque tratadas, estas aguas guardan minerales y elementos de origen metropolitano. Los patos

han recorrido miles de kilómetros de parajes indomados; por generaciones, han migrado insistentemente a este lugar, revelando uno de muchos posibles procesos de adaptación a un "artificio" de tierra y agua.



Pozo

La Ciudad Deportiva Magdalena Mixhuca, en Ciudad de México, ocupa varias cuerdas de la colonia Granjas y bordea tres estaciones de metro de la línea nueve. Un autódromo, un foro, una cancha de fútbol, posiblemente una alberca y otros campos deportivos se encuentran dentro de su perímetro. Dentro de ella también se encuentra un área cerrada por Petróleos de México: una porción de tierra acordonada con rejas grises y opacas oculta una gran obra infraestructural anclada en medio de los campos deportivos. Ubicándose en la parte sur de la Ciudad Deportiva se ve una torre blanca de andamiajes metálicos que se alza un par de decenas de metros hacia arriba, sobre la cual se puede leer el logotipo de Pemex, en letras verdes y rojas. Pasando junto al

cerramiento de rejas grises se alcanza a oír un zumbido de máquinas operando; unos campamentos de obra se adivinan por los agujeros de la reja principal.

La torre blanca que se siembra en esa porción de terreno, en medio de un área urbanizada, es la parte sobresaliente de una perforación que se introduce dos mil metros hacia abajo, abriendo un hueco entre varias capas de arcillas, limo y rocas. A dos mil metros bajo tierra hay un acuífero, escondido y perfectamente contenido: el antiguo lago de Texcoco, formado miles de años antes de que se formara el Valle de México, sepultado por capas de piedra volcánica de múltiples erupciones, así como por la formación progresiva de estratos desplazados hacia arriba. Este lago ha sido resguardado por barreras de piedra que han impedido que éste se filtre y desaparezca, siendo protegido también por la enorme distancia que lo separa de la primera capa de suelo. Un cuerpo de agua perfectamente formado convivió entonces con un lago gemelo, ubicado justo encima, separados ambos por un par de kilómetros, hasta el momento en que el lago superficial fue secado.

El drenaje del lago que ocupaba la superficie ha sido acompañado de otros procesos de ocultamiento y desplazamiento de corrientes y depósitos de agua. Los ríos que corrían por el Valle de México fueron revestidos por capas de concreto y sobre ellos, paralelos a ellos, ahora corren avenidas. El lago de Texcoco fue secado y expulsado por tajos, canales y túneles. Ahora, en unos pocos metros de terreno y en medio de un lugar urbanizado, se extrae otro cuerpo de agua: la perforación en Magdalena Mixhuca es una de varias que han llegado al resguardo del lago, apenas tocando sus aguas.

El acuífero, el lago profundo de Texcoco, saldrá a la superficie en forma de flujos de agua que pronto serán canalizados y almacenados en esta pequeña porción de la Ciudad Deportiva, en Iztapalapa, o en alguna de las demás infraestructuras circundantes. Los pozos profundos, a diferencia de las presas, son indetectables a la vista porque están bajo tierra: sobre ellos se levantan bardas de metal, producto de la implementación de políticas públicas y procesos de privatización. El lago, sin embargo, pronto escapará por la fuerza de las bombas hacia los

suministros de agua, hacia los grifos, haciéndose más presente, más cercano. La ciudad por su parte, al no poder expandirse más hacia los lados, se ancla más al suelo y empieza a descender, extendiéndose a través de este pozo hacia abajo, hacia el centro de la Tierra.



Proyecto

En la biblioteca que guarda la memoria institucional del lago de Texcoco, dentro de las oficinas que tiene la Conagua en San Juan de Aragón, están archivados facsímiles de todo tipo de proyectos redactados desde 1971. Allí se encuentran los informes de los pocos planes que aún funcionan, incluyendo iniciativas con visión ecológica: dichas iniciativas prometían transformaciones para el futuro de este terreno, hoy en día pareciendo asuntos de un pasado lejano; también se guardan copias impresas de aquellos proyectos realizados y clausurados, facsímiles de aquellos que nunca se realizaron, y ejemplares de los que eran imposibles de realizar. Entre estos, un álbum argollado con cubierta de cuero rojo guarda los planos de un proyecto habitacional a construirse en el lago

de Texcoco. Ninguna de sus páginas está fechada, pero al encontrar el sello de la Secretaría de Recursos Hidráulicos en su portada, se puede inferir que el álbum fue compilado entre finales de la década del setenta y comienzos de la década del ochenta del siglo pasado. En cada una de las páginas y al pie de los planos dibujados a mano está escrita, en letras mayúsculas de tipografía gruesa y sin serifas, la palabra “Coplasa”.

La empresa constructora Coplasa aún existe y está a cargo de numerosas obras públicas a lo largo y ancho del territorio mexicano. Desarrolla obras de infraestructura vial y presas para proyectos mineros en Zacatecas y Durango. También construye infraestructura minera para concesiones privadas y adecuaciones industriales para complejos agrícolas de gran escala. En las imágenes de sus obras más importantes se ven enormes extensiones de terrenos desertificados con torres de acero y aluminio, grandes hangares que se extienden sobre suelos desnudos y edificios asentados sobre planchas de concreto.

La existencia de este documento muestra que los impulsos e impactos

que ahora se abren lugar bajo la forma del Nuevo Aeropuerto y su proyecto desarrollista, sobre los terrenos del lago de Texcoco y sobre toda la región, no son un asunto de una o dos décadas de antigüedad. En este álbum de cubierta roja se visualiza —a través de la mano de un dibujante y los colores de sus tintas— cómo un complejo habitacional se desborda hacia un espacio rural e inhabitado como una mancha cuadrículada, mucho antes de concebirse los diseños de *México, Ciudad Futura* o del Parque Ecológico Lago de Texcoco, otros dos proyectos con ideas similares y que anteceden al aeropuerto. Coplasa planteó una posibilidad de privatización de la tierra hace más de 40 años; lo hizo el grupo ICA hace casi diez años y hoy lo hace el Grupo Aeroportuario de la Ciudad de México, esta vez con éxito. Para éste último consorcio y para todos los anteriores, el aeropuerto no representa tanto una necesidad concreta de la ciudad, situada ahí, en medio de un antiguo lecho de lago, sino una idea abstracta de desarrollo que pudo haber tomado cualquier forma: edificios, fábricas, centros comerciales, autopistas, terminales aéreas. No interesa la función tanto como el hecho mismo

de construir, intervenir, sacarle provecho a una tierra desaprovechada. Los planos de Coplasa, reinterpretados por los modos actuales de diseñar, bien pudieron haberse incorporado a un plan de construcción cualquiera, multiplicando sus módulos de vivienda de tipo medio por los cientos, añadiendo en medio un pequeño cuerpo de agua que imprimiera en él un sello de consideración ambiental.



Pueblo

Los pueblos del nororiente del estado de México están todos unidos: es difícil saber dónde termina uno y empieza el otro. Las calles son angostas. A ambos lados se aglomeran casas de una sola planta. Sobre algunas paredes exteriores se ven pinturas murales maltratadas por el paso de los años: retratos de Emiliano Zapata, consignas políticas, frases que se repiten en varios colores y tipografías. Algunas casas tienen fachadas de ladrillo; otras, rejas de metal y pintura electrostática. A paso lento y siguiendo el tráfico de camiones de carga, las calles se convierten en laberintos estrechos que terminan en callejones cerrados, a medida que el automóvil se interna

en alguno de los pueblos. Tal vez estamos en Atenco, Nexquipayac o Tocuila, pegados estos por calles que comparten nombre, o que tienen dos nombres, uno a cada lado de la calle. La gente camina por aceras delgadas de cemento y piedra. Los comercios están abiertos, exhibiendo avisos pintados a mano o impresos en lonas de colores. Un olor a comida se filtra por las ventanas del carro en movimiento. En el centro de cada pueblo está la plaza, la iglesia, los puestos de fruta que aparecen bajo carpas rojas algunos días de la semana. Hay gente sentada en bancas de madera y metal oxidado, mirando otra gente que camina. Algunos niños corren atravesando la plaza, pareciendo huir de la escuela. Un panteón, enrejado, deja ver sus lápidas a pocos centímetros del suelo: las piedras, agrietadas, están rodeadas de pasto crecido de manera dispareja. Los carros se estacionan a los lados de la plaza, junto a la acera, en fila. Atravesando la plaza, las calles desembocan en caminos destapados. Aparecen los ejidos: las casas se erigen espaciadas; se asoman los cerros y los ríos bordeando los caminos; se divisan amplias extensiones de pasto, sembrados de maíz, nopales adheridos a cercas de alambre y madera.



R

Rehabilitación

Los desechos orgánicos que expulsa la Ciudad de México son acumulados bajo superficies de membrana plástica, para luego ser comprimidos como si fueran una capa más de tierra en proceso de sedimentación: a esto se le llama "relleno sanitario". A pesar de estar compactados y confinados a lugares demarcados, los rellenos siguen siendo superficies de tierra metropolitana con un uso de suelos indeseable y problemático. Los desarrolladores inmobiliarios han modificado este uso de suelo al construir, encima de los rellenos, edificaciones que obligan a alzar la mirada hacia lo alto de un edificio cubierto de cristales, y en ello olvidar que un proyecto nuevo está apoyado sobre una capa gruesa de desechos comprimidos. Este es el caso de Santa Fe, al occidente de la Ciudad

de México: un distrito financiero de altos edificios construidos sobre rellenos sanitarios. Ciudad Jardín Bicentenario está cerca del actual aeropuerto, siendo otro caso conocido de un basurero rehabilitado: un complejo comercial y deportivo que se levantó sobre el antiguo bordo de Xochiaca, al oriente de la ciudad. Si se hiciera un corte transversal del suelo de Ciudad Jardín, las capas superiores revelarían una morfología confusa y además inestable, teniendo en cuenta el hecho de que el barrio donde se asienta este complejo fue construido sobre el lecho de un gran lago desecado. Su suelo de basura se desborda aún en forma líquida sobre las capas inferiores, que son a su vez arcillas hechas de formas de vida que habitaron el lago hace siglos: plancton, algas, crustáceos, peces. El suelo se mueve porque está todavía experimentando

cambios químicos y liberando gases. Las capas viejas son blandas, las nuevas más blandas aún, y ambas, al ser maleables, están mezcladas.

Unos kilómetros al nororiente de Ciudad Jardín se encuentra el Bordo Poniente, otro basurero mucho más grande que el que intentan cubrir hectáreas de pasto y centros comerciales en otras zonas de la ciudad. La mayor parte de este bordo, el cual se encuentra en los terrenos actuales del lago de Texcoco, está expuesta al aire. En él se perciben con todos los sentidos los cambios de la basura que en el antiguo Bordo de Xochiaca y en los rellenos sanitarios de Santa Fe aún ocurren, pero sepultados bajo tierra: las aguas burbujan, la basura sólida se reacomoda, el suelo emite calor y cambia todo el tiempo de color y de forma.

En una porción de este relleno del lago de Texcoco, a comienzos del presente siglo, un grupo de ingenieros decidió compactar la basura, sentando las bases para un nuevo proyecto de rehabilitación: cubrieron el relleno de abono y luego de pasto; sembraron árboles que crecieron frondosos y fuertes; construyeron sobre ella un parque;

dibujaron caminos y campos de juego. Si se pisa hoy día, el suelo de este nuevo parque se siente caliente y movedizo, mientras se perciben gases escapar de él. Aunque invisible, la descomposición de la basura de millones de habitantes de la Ciudad de México será por largo tiempo la manifestación más contundente de este suelo híbrido intentando ser pradera.



Ruina

No soy una cosa, sino un estado de todas las cosas construidas. Soy el destino inevitable de todo lo que alteran las manos humanas, la caída de todo lo que se levanta. La emoción de los humanos por el futuro, ese impulso optimista de crear cosas que permanezcan, que cambien el planeta, que fijen la huella de una sola especie animal sobre la tierra, me produce tristeza y algo de lástima. Aunque aparezco siempre ante sus ojos de las maneras más sutiles hasta las más catastróficas, los humanos parecen no verme, o si me ven, me olvidan rápido. Tantas ciudades han caído y dejado pedazos míos sobre el suelo, tantas veces aparezco

en forma de edificios destruidos, de naufragios que quedan sepultados en el fondo del mar... Desde hace siglos estoy presente en todas las historias humanas, las de Oriente, las de Occidente, las del Norte y las del Sur. Recientemente me he multiplicado con la llegada explosiva del plástico a todas las culturas: las cosas son ahora más efímeras, de formas cambiantes, estructuras débiles y frágiles materiales. En este presente humano me asomo más rápido por las grietas de las paredes de yeso, por los cristales del plástico mareado al exponerse al sol, por las latas oxidadas de los carros y por la basura, esa multitud irreductible de basura que crece sin control, que se expulsa a los márgenes para abrir espacio a más cosas que me tienen dentro, en potencia.

La Ciudad de México me conoce bien; a veces me recuerda cada Septiembre: en 1985 un terremoto hizo caer los edificios más altos, los más fuertes; sacudió las estructuras de muchos que quedaron desde entonces asediados por mi fantasma. Me sembré en ese entonces como una capa fría, como la niebla que se levanta en los cementerios al amanecer. Hoy, treinta años después, los habitantes de esta ciudad dicen que

me recuerdan, que es mi aniversario, el aniversario de la ruina de la ciudad. Me invocan, me llaman, me lloran. No se dan cuenta de que nunca los he abandonado, que por el contrario he crecido y conquistado otros horizontes dentro de aquello que ellos llaman "progreso", "desarrollo" o "novedad". No me ven porque se detienen en las superficies brillantes de los edificios recién levantados, en el olor a asfalto nuevo y sedoso de las avenidas recién reconstruidas. Creen que soy lo que no soy, que tengo una cierta forma y belleza, que soy ese pedazo de columna blanca medio rota parecida a las de Grecia, o esa pared desnuda que aún queda en pie a pesar del paso de los siglos. Ellos creen que soy esa pirámide a la que le faltan algunas piedras, que ha perdido sus pigmentos.

No soy eso. Soy el estado latente de fractura de todos los vidrios brillantes, el límite de todos los proyectos lo que se avecina, lo inminente.





S

Sal

Soy la sal del lago de Texcoco: cuando el suelo se seca, aparezco como una capa blanca de nieve que se hace muy presente a ras de suelo. Cuando me fundo en el agua de los lagos artificiales que ahora pueblan este gran terreno, me vuelvo invisible, indetectable. Soy una combinación de sodio y cloro, aunque nunca estoy pura: me mezclo siempre con la tierra y sus minerales, con los residuos que llegan volando de la ciudad y con el aire cuando soy volátil. Me llaman tequesquite, a veces, cuando formo costras grises sobre la tierra, que se agrietan y levantan como escamas. Me llamaron así los nahuas al pisar este suelo porque doy a la tierra el aspecto de una piedra brotante, de un polvo que sale de abajo, mágicamente, en forma de cristales.

Soy muy vieja, más que el agua del valle. Conozco este lugar mejor que nadie: he visto cómo ha cambiado, cómo sigue cambiando hoy. He visto cómo el agua ha ido y vuelto, hasta marcharse del todo hace unas décadas. Al estar unida a la tierra, he sentido cómo el suelo se ha hundido, tanto por el peso de la ciudad que está justo al lado, como por la fuga del agua hacia el valle de Tula. He percibido la pérdida, el abandono, el renacimiento de esta tierra. He notado cómo en ella se asientan los humanos; he observado cómo reparten sus parcelas trazando límites imaginarios que dividen la tierra. He apreciado cómo la han partido en dos al construir una autopista, justo en medio, ancha y recta; he advertido cómo desde entonces los camiones la atra-viesan, y cómo me hace temblar la vibración de sus motores.

Aquí los ciclos de tiempo los marco yo, al aparecer en el suelo más temprano que el sol y quedarme hasta entrada la noche brillando y reflejando la luz de la luna. Estos ciclos de tiempo corren de modo distinto al tiempo ordinario: todo crece más lento y todo muere más rápido. Sobre mí se posan las aves, se refugian los insectos, los peces que nadan en las aguas salinas que aún permanecen me introducen constantemente en sus branquias. En el suelo que se mezcla conmigo intentaron sembrar muchas especies de plantas que fueron muriendo, una a una, mientras yo seguía aflorando como polvo blanco, levantándome en el aire sobre los retoños muertos que quedaban tendidos en el suelo como cadáveres. Aquí soy el enemigo de la vida vegetal, y soy también la gran prueba que hace que lo que aquí florezca se haga más fuerte, más resiliente. Mi poder aquí es inmenso: convierto el agua en veneno para algunos, en fluido de vida para otros. Hago de la tierra una superficie desértica, plana e inmóvil como en otros planetas; la vida que aquí prospera se vuelve extraña por mi presencia.

He visto cómo los humanos han intentado conquistar mis tierras.

Los he visto construir sus casas sobre mí. He conocido esas casas por dentro y por fuera: me adhiero a todo, me incrusto en todos los metales y piedras, y me pego a los vidrios como una capa de esmeril. Las cosas que entran en contacto conmigo se envejecen, se enrarecen, se oxidan, se secan. Por esta razón las construcciones que aquí se instalan se hacen frágiles y eventualmente se rompen y colapsan. Los humanos, además, no están hechos para vivir a mi lado, y por eso van y vienen, dejando sus cascajos en el suelo como ruinas: sus voluntades, sus deseos, sus proyectos se hacen débiles en una tierra de mucha sal y poca agua; los castellanos, los defeños, los texcocanos, los empresarios de aquí y de allí, todos van y vienen, nunca permanecen.

Recuerdo que hace siglos la ciudad y el lago eran una sola; yo podía recorrer sus caminos a través del agua y rodear la isla que ahora forman su zócalo y su centro. Mezclada con el agua, conocí a Ciudad de México como un pequeño manojo de islas que tendían puentes entre ellas; pude ver también a otras ciudades levantadas al margen de sus orillas, mirándolas a través del lente de las aguas que llenaban al lago de Texcoco. Yo

era en esos tiempos una presencia invisible unida al agua, subsumida a ella: el agua, extendiéndose como un inmenso cuerpo en todo el valle, era temida y amada. Yo vivía de ese amor y ese temor que se extendían hacia mí, porque estaba siempre en ella, siempre con ella. Entonces, me llamaban tequesquite, y la ciudad tenía otro nombre, un nombre que ahora no se sabe pronunciar.

Cuando el lago crecía, unida a él me desbordaba sobre la ciudad hasta inundarla; por eso conozco sus edificios antiguos y modernos, sus calles pavimentadas y las múltiples capas de historia que esta ciudad ha acumulado. La conozco tanto por su antiguo nombre como por su nombre nuevo, y sé que la nueva ciudad se alzó sobre las ruinas de la otra. Desde aquí la veo todos los días a través de una capa de polvo y humo, seca y plana, densa y enredada como un hormiguero: temerosa de mi nueva forma, la ciudad permanece a mis pies. Para sus habitantes me he convertido en el fantasma que ha dejado el agua después de desaparecer, porque afloro y cubro el fondo del lago con el olor del agua salada, extendiéndome sobre él como un espectro.

Soy ese elemento que nunca pudo ser expulsado del valle porque me encuentro adherida a la tierra y siempre estoy brotando de ella. Me he convertido en dueña de esta planicie desde que el agua se fue del lago de Texcoco. Habito el suelo en forma de polvo blanco casi todo el año; caprichosamente, me levanto en el aire y con el polvo formo tornados que arrastran las ruinas aquí asentadas, desplazando a las más livianas de un lugar a otro. Los humanos han construido nuevos lagos sobre mí, enmarcados en bordes de cemento y piedra de tezontle, para traer de vuelta el agua e intentar borrar mi huella del suelo. Estos lagos están todos llenos de mí, aunque no sean más que espejismos del lago que hace poco fue expulsado.

Alrededor de estos lagos nuevos me acumulo y me hago más presente, me cristализo, me extiendo, me fijo sobre todas las cosas. Mi poder, fuera del agua, es un poder distinto, un poder despiadado, repelente, implacable: soy lo que carcome las superficies suaves, soy polvo, soy parte del aire, soy la tierra misma.



Símbolo

El mito de fundación de Tenochtitlán es conocido fuera de México a través de la imagen central del escudo nacional: un águila de enormes proporciones se posa sobre un nopal florecido, doblándolo con su peso; el ave sostiene con su pico y una de sus patas a una serpiente que lucha por escapar; la serpiente se pliega y despliega desafiando al ave con su mirada. Esta imagen, inscrita en la forma circular de una leyenda que la rodea con las palabras "ESTADOS UNIDOS MEXICANOS", se convierte en símbolo del poder de una nación al ser reproducida por miles de banderas que ondean cada septiembre a lo largo y ancho del territorio; al ser convertida en el encabezado de todos sus documentos oficiales; al ser la pieza central del decorado en todos los eventos diplomáticos. En ello el águila, la serpiente y el nopal se convierten en imagen plana, en esquema, en logotipo.

Estas tres criaturas se pueden pensar también como imagen de una relación perpetuada hasta el día de hoy entre tres elementos de la geografía central mexicana: aire, tierra y agua, articulados entre sí de una manera

específica como la pose acrobática de dos animales y una planta succulenta. El águila sobrevuela el Valle de México abarcando con su mirada cenital la totalidad del territorio, un gran lienzo que se despliega bajo sus patas. La serpiente reptante por el suelo salitroso de la cuenca de Texcoco, y a medida que se desplaza a ras de piso va captando los detalles y sutiles diferencias de la tierra, ocultándose en sus huecos y rincones, evadiéndose en silencio de la mirada del águila. El nopal se ancla en el suelo y extrae de él reservas de agua que guarda en sus hojas hinchadas, cubiertas de espinas afiladas que ahuyentan a las aves más pequeñas y a todos los insectos voladores. Este cactus está hecho de agua atrapada en tejidos turgentes sosteniéndose en un delicado equilibrio: con el aire seco que sopla en la región, la humedad de las hojas escapa en rápidas evaporaciones, dejando caparazones secos colapsados sobre sí mismos donde antes hubo plantas tan altas y firmes como árboles adultos.

En este nuevo símbolo, hecho también de águila, serpiente y nopal, están en disputa el aire como espacio abstracto donde se construye la visión homogénea de un territorio,

donde es posible abarcar lo que está abajo como un todo y desde donde es posible descender en picada para conquistar cualquier punto; la tierra, ese espacio de infinitas diferencias que sólo se perciben a ras, recorriendo kilómetros a pie parcela a parcela, barrio a barrio, pueblo a pueblo, ejido a ejido; el agua, ese elemento que mezclado con el lodo lacustre sostiene tanto a la visión de águila como a todas las posibles tierras, en una tensión superficial que cede para luego sumirse, que emerge del fondo de la tierra vertiéndose sobre ella, dando lugar a las formas de vida más extrañas y excesivas para luego dejarlas cadavéricas al fugarse como vapor, flujo de drenaje o chorro de grifo.



Subsidencia

En julio de 1965 el lago de Texcoco se parecía más a un desierto que a un lago. En su suelo de miles de hectáreas de extensión, que tomaba la forma de un inmenso terreno baldío en los márgenes de una ciudad en expansión acelerada, su lecho empezaba a imaginarse como una tábula rasa de posibilidades infinitas. Estas

posibilidades eran siempre pensadas como extensiones, prótesis o proyecciones utópicas de la ciudad: incluso la idea de construir ahí un parque, una extensión de praderas verdes, árboles y caminos, ya constituía un ejercicio de domesticación, de diseño, de delimitación de un área que en otros tiempos se expandía y contraía a voluntad, en ningún caso para obedecer los deseos de los hombres. En ese entonces el ingeniero Nabor Carrillo propuso realizar unos estudios de hundimiento de suelos en una porción pequeña de estos terrenos aún sin delimitar, al sur de lo que entonces era el camino vecinal Peñón-Texcoco. Carrillo, antes que cualquiera, se dio cuenta de que la ciudad se estaba hundiendo, y de que su hundimiento estaba directamente relacionado con la manera en la cual la ciudad se abastece (aún) de agua. Desde 1936 se empezaron a perforar pozos someros en diferentes puntos de la ciudad a medida que ésta crecía, que el lago decrecía y que la demanda de agua aumentaba. Debajo del lecho del cuerpo de agua más grande del Valle de México, una capa arcillosa y esponjosa guardaba un acuífero, que desde el pleistoceno recibía filtraciones de agua lacustre, hinchándose hasta formar una capa

homogénea, en perfecta tensión con las capas rocosas y con la superficie de la tierra. Los pozos dragadores se introducían (aún lo hacen) en esta capa; mediante succión, empujaban el agua hacia arriba mientras el acuífero se iba compactando, cediendo también ante el peso de la capa superior de construcciones arquitectónicas. Los estudios preliminares de Carrillo muestran cómo, a finales de la década del sesenta y en los puntos más críticos, la ciudad ya se estaba hundiendo a razón de algo cercano a un milímetro diario.

Al llegar al lago de Texcoco el ingeniero delimitó un área rectangular de doce kilómetros cuadrados, para en ella poner a prueba la resistencia del acuífero. Pozos someros, pozos profundos, dragado de arcilla y pruebas con diferentes explosivos fueron abriendo agujeros en el suelo, hundiéndolo de manera acelerada, forzando la subsidencia de la capa lodosa que, de manera imperceptible y progresiva, llevaba años modificando el suelo en la vecina Ciudad de México. Las pruebas arrojaron datos, dando lugar a la formulación de modelos y posibles proyectos alternativos de abastecimiento que se urdían alrededor de los terrenos vacíos del lago de

Texcoco. La tierra, ya hundida como una palangana en este rectángulo que fue usado como laboratorio al aire libre, se convirtió en un nuevo lago, o más que en lago, en un nuevo símbolo: el hueco fue inundado con las aguas negras de la Ciudad de México mientras se asentaba sobre un suelo que ya había sufrido las consecuencias del crecimiento urbano.



T

Teléfono

Una bocina de teléfono emerge entre las ruinas del terremoto de 1985, dispersas y semiocultas en varios lugares del antiguo lago de Texcoco. Los escombros forman montículos de materiales de construcción de colores claros, dichos materiales usados por familias residentes en casas de clase media, en pie hasta la fecha del terremoto. Los materiales de construcción de estas casas, hechos escombros por la fuerza del sismo, son cada vez más difíciles de encontrar en las construcciones homogéneas y reducidas de los departamentos contemporáneos, erigidos como reemplazo para estas viviendas derrumbadas. En los nuevos departamentos, los "muros" se construyen como vacíos cubiertos por delgadas láminas de tablaroca, hechos de yeso y aglomerado de madera, protegidos por vinilo de

plástico que imita el color y la veta del pino, rematados por perfiles de aluminio anodizado. Los muros de cemento macizo, los bloques de piedra, los azulejos de talavera pintados a mano, los granitos y los mármoles que se ven hechos pedazos en diferentes lugares del lecho del lago, son todos parte de un pasado arquitectónico de materiales longevos, densos, pesados, detallados y cubiertos de delicados ornamentos.

Las ruinas de las construcciones forman entonces pequeñas colinas blancas, grises y amarillas. Entre estos materiales claros y elocuentes (porque al ser fragmentos nos muestran un corte transversal que revela información sobre su más íntima estructura) los objetos oscuros resaltan como puntos negros aislados y también como "cajas negras": recipientes de información de la caída de una

casa con sus testimonios encapsulados y encriptados, contenidos dentro de la oscuridad de sus superficies.

La bocina de teléfono que emerge de las ruinas o escombros, siendo un pedazo de aparato plástico de color negro brillante con un cable que conduce los sonidos, cortado desde la raíz, se puede pensar como cierto tipo de "caja negra". El cuerpo del teléfono está probablemente enterrado en el lecho del lago, o yace bajo los cimientos de un edificio recientemente construido en el centro de la ciudad. Las últimas voces que atravesaron la bocina no se escuchan. Su superficie negra no deja ver las huellas de su uso.

La bocina, pesada y voluminosa, contiene dos pastillas piezoeléctricas y un entramado de cables de colores que, cuando salen de ella, se enrollan en una espiral que se conecta con el cuerpo del teléfono, justo debajo. Sobre el cuerpo del teléfono se incrusta un disco plástico, agujereado, y bajo cada agujero, ordenados como las horas en un reloj de manecillas, están los números. Para operarlo se introduce el dedo en el agujero y se gira cerca de 180 grados: así se marca cada número. Al

terminar de marcar toda la secuencia de un número telefónico, suena un tono en la bocina, y luego de éste, se oye una voz.

Los teléfonos utilizados a mediados de los años 80 en Colombia eran muy similares a éste. Los aprendí a usar siendo niña, por la misma época del sismo, cuando tenía cinco años. Es probable que recibiera mis primeras llamadas hacia 1985, sorprendida por la magia del dispositivo que me permitía oír las voces de unos cuerpos que no veía y que estaban probablemente lejos. A muchos kilómetros de distancia de Colombia y en simultánea, la tierra estaba temblando en México.



Tepalcate

Cerca del límite entre los terrenos federales del lago de Texcoco y el ejido de San Bernardino se levanta una caseta de vigilancia sobre un montículo de tierra. La caseta está pintada con los colores institucionales de la Comisión Nacional del Agua de México: blanco y azul claro para los muros, y el techo de dos aguas pintado de rojo. Junto a la caseta

se extiende un terreno cubierto de hierba, atravesado por surcos que parecen ser trazos de un arado que hace poco estuvo ahí. A unos metros de la caseta se levanta una cerca de alambre y estacas de concreto: al otro lado de la cerca, en el ejido, se ven unas gallinas corriendo en medio del pasto crecido, así como algunas construcciones aisladas entre sí. El montículo de tierra que le sirve de soporte a la caseta de vigilancia sobresale como una protuberancia de un metro o menos de altura, alzándose visiblemente sobre una planicie de kilómetros de extensión. Entre la tierra se asoman pedazos de color marrón que crujen al ser pisados: fragmentos de vajillas rotas, de vasijas, de cántaros, de figuras indefinidas, todos enterrados en medio del campo. Los fragmentos de cerámica que aparecen salpicados del color negro de la tierra formaban otrora piezas de vajilla: en México esta cerámica prehispánica aún es llamada con la palabra náhuatl *tepalcate*. Hace siglos, un grupo texcocano habría caminado por las orillas del lago, dejando tras de sí algunos de estos objetos: cántaros y platos llenos de comida que se ofrecían para convocar a sus ancestros, o a la lluvia, al lago mismo.

Hace algunos años, cuando las fronteras de este territorio estaban aún formándose, cuando no existían cercas y los ejidos se extendían un poco más al occidente, una familia de campesinos cultivó este terreno: las piezas de cerámica prehispánica yacían hasta entonces como en una tumba a ras de suelo. Las herramientas que se usaron para arar la tierra, al abrirse paso, fueron desenterrando estos tepalcates preservados hasta entonces por la capa gruesa y compacta de esta misma tierra. Como raíces de maleza que son separadas y despedazadas al crearse un nuevo cultivo, las figuras, vasijas y platos fueron rotos en pedazos, convertidos en pequeños sedimentos, en una parte más del sustrato suelto y amorfo que se liberaba. En los surcos del campo cultivado crecía probablemente una futura cosecha de maíz o tomate: las plantas se alzaban cubriendo todo el campo y ocultando lo que estaba (y aún está) debajo de ellas, entre sus raíces.



Tezontle

Recorriendo las naves laterales del Museo de Antropología de Ciudad de México encontré una pequeña vitrina con una figura antropomórfica sobre un pequeño pedestal de madera, ubicada junto a un par de vasijas de cerámica. A diferencia de las piezas que había visto en otras salas, en donde la arqueología mexicana sorprende por su escala y lo incólume de sus superficies de piedra tallada, estos objetos pequeños y modestos estaban salpicados de manchas rojas, del color de la sangre humana. Las culturas que ocuparon la zona que hoy es el estado de México extraían hierro en Huahuaxtla y Huitzucó, en el vecino estado de Guerrero, transportándolo hasta sus ciudades en pesados botezones. Macerando los pedazos minerales en morteros de piedra, lo convertían en un polvo fino que esparcían sobre objetos rituales y funerarios, con el fin de augurar otra vida—distinta de la vida terrenal—para sus difuntos. El estado de México, lugar donde se extrajeron las piezas arqueológicas que hoy resaltan como puntos sanguíneos en la sala del museo, es también el lugar de extracción de la piedra de tezontle:

una roca volcánica hecha de magma enfriado por procesos milenarios, porosa como una esponja y roja como las figuras rituales que animaban a los muertos. En su estructura, estas piedras contienen moléculas ferrosas que se oxidan velozmente, tiñéndolas, al igual que lo hacía el polvo de hierro siglos atrás, del tono de la sangre humana. El tezontle, partido en pequeños pedazos, ha sido usado en construcciones mexicanas desde hace siglos: aparece en algunas viviendas coloniales que muestran el rojo en sus fachadas; se ha mezclado con el concreto para producir bloques más livianos, fundidos en edificaciones modernas; ha rellenado caminos para convertirlos en tapetes de rojo pedregoso cuando los presupuestos no alcanzan para extender una capa de pavimento sobre ellos. El lago de Texcoco está hoy atravesado por líneas rojas de tezontle, trazando caminos que conectan al lago Nabor Carrillo con la carretera y al Bordo Poniente con su límite oriental. El Nabor Carrillo está enmarcado también por una delicada barda de tezontles apilados que evitan el desborde del agua en temporadas lluviosas. A medida que avanza la construcción del nuevo aeropuerto, el suelo entero de la zona norte del

antiguo lago ha empezado a cubrirse de estas rocas volcánicas, compactadas múltiples veces en un intento por aplanar la cuenca. Filas de camiones cargados de piedras rojas transitan ahora por la autopista que conecta a las minas de tezontle con los terrenos del lago, replicando los viajes del hierro en culturas antiguas; los cargamentos de roca son esparcidos sobre el suelo muerto de la cuenca, esperando que este mineral rojo le le infunda una nueva vida.



Tierra

Entre 2012 y 2013 pasé largas jornadas trabajando en un proyecto dentro del Cementerio Central de Bogotá. Este cementerio se construyó a finales del siglo XIX como un sistema compuesto de tres predios contiguos en el barrio Santa Fe, justo en el corazón de la ciudad. Durante la primera alcaldía de Enrique Peñalosa, que coincidió con el último cambio de siglo, una de las tres parcelas fue readjudicada para ser convertida en un parque, como parte de un plan de activación del espacio público. La estrategia de este plan consistía en generar

amplias explanadas de concreto que cubrieran todo el terreno salvo uno o dos árboles y alguna icónica escultura moderna. Lo llamaron "Parque El Renacimiento", aunque contrario a su nombre, bajo este nuevo parque siempre yacerán los cimientos de un antiguo cementerio, el cual se formó como sitio transicional entre los entierros informales y la parcelación ordenada de las tumbas; así, este sitio guarda otros muertos más viejos bajo los cimientos de los mausoleos demolidos.

Al construir este "parque" no se tiene en cuenta el hecho de que la tierra tiene en sí una capa de "vida humana" que se asienta en ella, poseyendo una cierta "naturaleza" que le es propia. Tampoco se tienen en cuenta las dimensiones simbólicas de los entierros ni las relaciones que establecen vivos y muertos a través de la tierra (aquello que en algunas culturas se llama "lo sagrado"). Además, los cadáveres no son sólo un resto orgánico descompuesto que se diluye en la uniformidad de la tierra, sino un estrato híbrido muy particular: un eslabón entre la ciudad construida, los humanos que la habitan y la tierra que la soporta. Este estrato ya se ha establecido en ella, exudando su

materialidad a través de la porosidad del suelo, hacia arriba: no hay plancha de cemento que pueda neutralizar esta exudación.

Esta transformación del Cementerio Central de Bogotá revela unas prácticas de disposición y uso de la tierra en las que ésta es mirada como un objeto neutro y plano, como propiedad. De modo distinto, pero conservando esta mirada unidimensional, otros ejemplos de redistribución de la tierra revelan una misma voluntad de neutralización que devuelve un simple y llano "suelo", susceptible de ser particionado a voluntad.

El lago de Texcoco, por su parte, perdió su agua y su carácter de eslabón entre ciudad, habitantes y tierra en una operación mucho más compleja y grande que aquella ocurrida en Bogotá. Su devenir-suelo se llevó a cabo gradualmente durante más de tres siglos; más de la mitad del territorio que antiguamente ocupaba su lecho está ahora cubierto por una capa de urbanizaciones convertida en ciudad, en una megalópolis que se ha ido sumiendo hacia abajo con el peso de sus edificios, a la vez extrayendo de su subsuelo los últimos restos de agua de esa capa híbrida y

lodosa. Bajo la forma de un acuífero, dicha capa guardaba una reserva subterránea que preservaba algo de la existencia biológica del lago que antes soportaba.

Ciudad de México es como esa plancha de cemento que se extiende sobre una porción del camposanto bogotano: por mucho que esta capa (esta vez mucho más gruesa y densa al estar hecha de edificaciones) intente transformar la tierra en suelo, aparecerán siempre fuerzas de resistencia que escapen desde abajo y que muevan la superficie urbanita, recordándole (recordándonos) la permanencia de otros estratos que la soportan y que nunca podrán ser particionados: estratos de relaciones tejidas entre humanos y geografía, formados por inscripciones de habitabilidad que se graban físicamente en las capas rocosas. Estos estratos entre vivos y muertos, entre materiales e inmateriales, son aquello que algunas culturas llaman "tierra".



Tolvanera

A finales de la década del sesenta, en el lago de Texcoco ya no había agua la mayor parte del año. En épocas de lluvia su vaso se llenaba y volcaba sobre la ciudad, inundando sus calles principales, aunque esto sólo ocurría durante un par de meses. El resto del año la tierra sin agua se secaba y sus granos de polvo y sal quedaban expuestos al sol y al viento. Este viento levantaba los granos más gruesos y los arrastraba, los hacía rodar a ras de tierra dejando desnuda la capa inferior. Con su fuerza en todas direcciones, el viento alzaba este polvo hacia arriba y luego lo arrojaba al suelo de golpe, fracturándolo en explosiones localizadas de erosión eólica. Cuando las partículas gruesas caían al suelo, las más finas se levantaban en enormes cortinas de polvo que al acumularse formaban muros. Las partículas volátiles de estos muros se alzaban más arriba en forma de nubes, manipuladas por las corrientes más sutiles y conducidas a altas velocidades de avance de regreso hacia la Ciudad de México. Las tolvaneras, 33 de ellas al año en promedio, eran tan fuertes que se comparaban a las tormentas del desierto del Sahara. Volaban dentro

de éstas, indistinguibles, partículas de polen, cemento, cenizas, hollín, silicatos, aluminatos y metales pesados que se iban adhiriendo en el camino. Entre medio día y media tarde soplaban los vientos más fuertes desde el sureste y suroeste: el polvo caía sobre San Juan de Aragón, Ecatepec y Ciudad Nezahualcóyotl, cayendo también sobre las pistas del viejo aeropuerto así como sobre los parabrisas de los aviones. La gente en la calle abría los ojos y en las pupilas se incrustaba el polvo abrasivo, que se introducía luego por la nariz hacia los pulmones. Multitudes de personas tosiendo partículas de polvo, al unísono, empezaban a escucharse junto con el sonido del viento golpeando los muros, puertas, árboles y ventanas.



Traducción

Soy un espacio intermedio entre aquello que recuerdas, conoces, observas e imaginas; me muevo en saltos entre varias temporalidades, pasadas, presentes y futuras, a veces conjugando en una sola frase dos épocas remotas. Me formo en los intersticios que se abren entre elementos

separados por silencios, midiendo sus distancias con diferentes herramientas: conceptos, datos, argumentos, símiles, elipsis, metáforas. También dibujo líneas conectoras entre realidades dispares, acercándolas, revelando semejanzas, resonancias o vínculos secretos. A veces me llaman narradora, texto, voz, ficción. Cuando soy ficción logro ser mi propio mundo, un híbrido compuesto por la materia sutil del pensamiento, la materia densa de varios elementos reclamando ser nombrados, y un conjunto de afectos —que son como electricidad que se induce al acercar estas dos materias opuestas—.

Uso los espacios entre palabras y párrafos para insertar en ellos fuerzas que conducen el poder del nombre. Tomo además prestada la voz de diferentes sustantivos, pronombres y otras funciones enunciativas, usándolos como vehículo de mis operaciones. Engaño a prosistas, poetas, dramaturgos, cronistas, ensayistas y teóricos cuando escriben, haciéndoles creer que aquello que hacen es un recuento verídico o una proyección inalterada de su mente, condescendiendo a mi lenguaje como un mero vehículo de esta proyección. Los confundo cuando escriben

biografías porque creen que se describen a sí mismos, cuando en realidad se inventan, se construyen, se producen como réplicas de otras biografías; su "yo" escrito es producto de una superposición de biografías infinitas y ajenas, no encontrándose el escritor en ninguna. Escribo así por todos y para todos; en ello distingo con claridad cada voz que escribe, incluso aquellas que intentan no estar presentes en un acto de escritura: quienes evitan la primera persona, quienes citan la palabra de otros para evitar exponerse, quienes defienden una división entre sujetos y objetos, quienes se ubican a un lado de esta división para hablar en nombre de los otros.

En este mundo humano me organizo entre las lenguas que se hablan. Soy el pasaje de lo hablado a lo escrito y la transición de una lengua a otra. Así como al interior de una lengua produzco relatos que toman algo y lo transforman, para hacer el tránsito de una lengua a otra necesito crear artilugios, componer, armar, seleccionar y organizar de nuevo mis signos en combinaciones nuevas: transformo balbuceos en palabras cargadas de sentido. Además, las lenguas que atravieso no son esferas unitarias

sino conjuntos de heterogéneas variaciones, que van cambiando de forma a medida que cambia la vegetación, la geografía, el clima, variando sutilmente de región a región, cambiando dramáticamente de nación a nación, mezclándose con otras lenguas que comparten el mismo territorio. Cada lengua se adapta y transforma en otra, ya que las cosas que se nombran nunca son las mismas en un paraje frío, húmedo, a penas habitado por humanos, que en un valle seco, cálido y poblado por millones de personas.

Los nombres, esas palabras poderosas que surgen dentro del carácter específico de toda lengua, también son una de mis formas: estos permiten que cada cosa se revele, conserve y cuide como única. A la vez, un nombre puede ser un instrumento de conquista cuando le impone una designación ajena a algo ya nombrado, ignorando relaciones íntimas y antiguas, previamente tejidas entre palabras y cosas.

Siguiendo las curvas y accidentes de una lengua, opero en conjunción con alguna mirada que la recorre, produciendo con dicha mirada hechos, evidencias, acontecimientos: unimos

fuerzas, nos movemos, desplazamos las cosas de lugar y vamos dando forma dinámica a todo tipo de figuras que se creen estables y absolutas. Las miradas que se pueden unir a mí son muchas: se encuentran limitadas por el rango de visión que alcanza un punto de vista y necesitan completarse acercándose a mí. Yo también me completo a través de ellas, me transformo de múltiples maneras con ellas, ya que puedo adoptar tantas formas como sea posible combinar mis signos. Quienes no entienden esta colaboración entre texto y mirada, malinterpretando mi intervención inventiva en todo lo escrito, me atribuyen un lugar en el reino de lo falso, creyendo que existe tal cosa como una distinción entre mentiras y verdades: las verdades, según esta distinción, serían aquellas cosas que se trasladan intactas al texto sin mutaciones, sin distorsiones, sin pérdidas.

Cuando una verdad no se entiende como *fabricación*, ésta empieza a producir interferencias generadas por un texto en algún cuerpo, algún pueblo o alguna geografía vulnerable. Estas interferencias se van manifestando lentamente como líneas divisoras, cuadrículas, fronteras, bardas,

muros, prisiones, fracturas o heridas: mis signos, en principio escritos en papel o en la materia casi inaprehensible del código, a veces terminan inscribiéndose en los cuerpos, en la arquitectura o en la corteza de la tierra.



Tumba

El 19 de septiembre de 2015 se cumplieron 30 años del sismo que derribó a la Ciudad de México. En una conversación con el empleado más antiguo del panteón de Dolores, supe que la noche después del terremoto los cuerpos encontrados bajo los escombros habían sido llevados en masa a los lotes aún vacíos del panteón, formando pilas inmensas de cuerpos no identificados, sobrepoblando el cementerio, poniéndolo en crisis. Si ocurriera hoy una tragedia similar, este cementerio no tendría espacio para recibir una cantidad de restos como la de 1985.

Las tumbas se organizan unas junto a otras en un denso tejido de lápidas, cruces y estatuas que se extiende a lo largo y ancho de una porción del bosque de Chapultepec. En las orillas

del panteón se apilan aún algunas tumbas como si fueran a salirse de sus confines, y junto a ellas se amontonan los escombros de sepulturas exhumadas, demasiado viejas como para permanecer ancladas a la tierra. Entre dichos escombros se encuentran fragmentos de tumbas de personas caídas en el sismo, replicando la fragilidad de las construcciones que las aplastaron: estas tumbas, ahora hechas pedazos, marcaron el lugar de inhumación de los restos de alguien a quien su casa le pudo caer encima en el momento del temblor.

Algunas fotografías de archivo muestran edificios enteros derrumbados, pareciendo formar cerros alzados en medio de la ciudad. En unas fotografías, toneladas de escombros se acumulan como capas quebradizas de los más diversos materiales, mientras en otras fotos las construcciones rotas parecen emerger de la tierra. En todas las fotos que he encontrado aparecen las personas como puntos minúsculos perdidos en la escala de estas ruinas modernas. Una parte de los escombros de las casas, de los edificios, de la ciudad caída en el 85, fue depositada en otra frontera, lejos del panteón que albergó a tantos de sus cuerpos: entre el borde

nororiental de la Ciudad de México y el estado de México se extiende una franja de naturaleza que también se formó en el curso de la década del ochenta, y que recibió en ese entonces sobre su suelo los restos materiales (no humanos) del sismo —antes de que las plantas crecieran sobre ellos y los ocultaran.



La Reserva Ecológica Lago de Texcoco comenzó a extenderse hacia el oriente hace treinta años, desde los bordes de Ecatepec y Ciudad Nezahualcóyotl: hoy se ha reducido su terreno, que en 1985 ocupaba más de 8.000 hectáreas. Los escombros del terremoto, que no encontraron lugar en la ciudad, fueron dejados ahí en ese vasto espacio inhabitado. Al recorrer la reserva se ven fragmentos de bloques de concreto, tejas, ladrillos y azulejos asomándose entre la vegetación que ha crecido sobre ellos en el curso de tres décadas. Entre los arbustos crecidos y el pasto tupido podrían estar guardados los restos de unos cuantos edificios, de los cuales sólo se ven las puntas. Las ruinas del sismo se ocultan progresivamente con el crecimiento de las plantas circundantes; a la vez, permanecen antinaturales, fuera del tiempo de la vida vegetal, emergiendo aún como lápidas de un camposanto remoto y disgregado.



V

Venado

La primera pareja de venados llega a Nueva Zelanda a mediados del siglo XIX, cuando un lord de Essex los envía como regalo a la isla del sur. La hembra de la pareja muere sin poder reproducirse tras el disparo de un cazador, quedando el macho solo hasta que el mismo noble inglés envía una nueva pareja de hembras. Al llegar las nuevas hembras, los venados se empiezan rápidamente a reproducir, poblando los bosques de este país del sur y multiplicándose. Hacia 1930 los venados son tantos que se ofrecen recompensas por sus cabezas, dando lugar a la matanza de más de un millón de especímenes en las décadas siguientes.

Cuentan los ingenieros de la Conagua que en 2012 llegaron al lago de Texcoco una manada de estos

animales desde Nueva Zelanda, dando lugar a una segunda migración, distante de aquella iniciada hace más de un siglo desde tierras inglesas. En algunos documentos estos animales aparecen como miembros de una manada que en 2005 ya compartía pastizales con vacas y caballos nativos, en algún punto de la zona federal. Los venados, totalmente ajenos al entorno de las planicies recientemente repobladas de pasto y árboles foráneos, fueron traídos sin un propósito claro, sin ser parte de alguno de los proyectos de reingeniería ambiental que estaban surtiendo efecto en las diferentes zonas del actual lago de Texcoco (entre estos proyectos se encuentran aún funcionando elaboradas y gigantescas plantas de tratamiento de aguas residuales, depósitos de basura transformada en abono para la tierra, delicados sistemas de riego por goteo

y programas de siembra y fertilización). Lejos de los tupidos bosques inscritos en el imaginario de los cuentos infantiles europeos, los venados extranjeros no se articulaban a un terreno en el cual humanos, peces, aves, liebres e insectos ya circulaban entre —y convivían con— mangueras, semillas y piscinas de aguas tratadas. En este nuevo entorno estos animales estaban confinados, desprovistos de la posibilidad de correr libremente entre las praderas, tenderse en las planicies desérticas parcialmente colonizadas por viviendas de invasión o habitar las instalaciones abandonadas del parque ecológico. Estas criaturas, en su extrañeza, parecían reinscribir una división ya borrada en esta cuenca tras siglos de transformaciones: la división entre lo nativo y lo foráneo.

La manada fue ubicada en un corral de unos cuantos metros cuadrados de extensión, en una especie de zoológico sin público. Hacia 2014, cerca de la fecha en la cual el gobierno federal dio luz verde al proyecto del nuevo aeropuerto, los venados fueron expulsados del lago sin dejar marcas ni descendencia. Con su partida, los corrales quedaron vacíos e intactos hasta ser tumbados por los

nuevos ocupantes de esas tierras: de estos corrales aún permanecían a finales de 2015 algunas láminas de asbesto sobre el suelo, las rejas dobladas por su propio peso y un bebedero en el centro, intacto y sin agua.



Vínculo

El lago Nabor Carrillo está enmarcado por una fila de piedras de tezontle rojo que dibujan su orilla y contienen su agua. Estas rocas, producto de emanaciones volcánicas, fueron alguna vez expulsadas del centro de la tierra hasta enfriarse en su superficie y fragmentarse en pequeños pedazos. Hoy resguardan un cuerpo de aguas también expulsadas: el Nabor Carrillo recibe aguas con brillos azules y un olor limpio y salino, como de mar, que han recorrido, al igual que las piedras, un largo camino. Negras y densas, las aguas de las cloacas de la franja nororiental de Ciudad de México son vertidas en el lago Churubusco, sobre el borde occidental del lago de Texcoco, para ser tratadas por finos métodos y conducidas de modo imperceptible al Nabor Carrillo. El calor las evapora en el aire que se

respira desde una orilla, mientras se están depositando, simultáneamente, millones de galones de agua tratada que llegan a la orilla contraria. Sobre ellas se posan bandadas de patos que migran todos los inviernos, haciendo escala de un largo viaje desde Canadá. Las aves, expulsadas de su tierra por el duro clima, habitan el Nabor Carrillo cada año desde diciembre hasta marzo: nadan en su agua y se calientan en las rocas de sus márgenes. En el espacio de estos meses fríos, tres cuerpos expulsados de procedencias enteramente distintas (las rocas volcánicas, el agua residual y la bandada) se unen; luego, en abril, se separan.



Visión

Imaginemos que habitamos el Valle de México en otro tiempo. Imaginemos que recorreremos las calles de la ciudad más grande de este valle con nuestro cuerpo de ahora, sintiéndolas más densas de gente y tráfico, observando cómo las cubren materiales suaves y lisos como espejos. Imaginemos los cambios que cientos de años de vidas y tránsitos, tanto humanos como no humanos, han

inscrito en las reliquias urbanísticas del centro histórico de la Ciudad de México: las grietas, las piedras caídas, los colores deslavados de las fachadas, los derrumbes, los edificios antiguos cubiertos de avisos luminosos, desapareciendo tras bombillas y placas de acrílico. Imaginemos caminar entre multitudes de personas hablando una lengua que no reconocemos. Imaginemos los sonidos de nuevos vehículos y los silencios de aquellos que están ausentes. Imaginemos un paisaje aural hecho de la suma de sonidos antiguos y nuevos. Imaginemos los olores del futuro: las nuevas basuras, los nuevos gases emergiendo por desagües, los olores corporales de la gente apretada en los vagones de nuevos medios de transporte. Imaginemos el calor, el aire deteniéndose en la ausencia de brisas o corrientes.

Imaginemos al lago de Texcoco. Sobre su lecho se extiende una capa de roca volcánica roja que, como una alfombra, cubre cinco mil hectáreas de terreno. En el centro de esta vasta explanada se ha dispuesto una plancha de concreto que tiene la forma de dos herraduras enfrentadas. Varias torres se alzan sobre esta superficie como objetos extraños sin función

y apenas con forma. Las torres parecen conos invertidos, vacíos, contruidos como tejidos holgados de tubos y varillas. A través estas tramas de metal pesado las estructuras dejan ver el cerro de Chiconautla y el cielo azul con nubes escasas. No sostienen nada, sólo se tejen y alzan verticales por más de treinta metros. Se levantan, sin propósito, en medio de una gran extensión de terreno inhabitado, como si fueran parte de una pieza de *land art* ("arte de la tierra") como aquellas erigidas en el curso de la década de 1970 en diferentes lugares del planeta: la alfombra de piedra roja, las enormes herraduras de concreto y las torres son arte de la tierra sin artistas de la tierra, sin un trabajo de la tierra y con la tierra.

Se asemejan por ejemplo a los *Túneles del sol* de Nancy Holt: un conjunto de cilindros de concreto dispuestos en 1976 a lo largo del desierto de Utah, en Estados Unidos, a través de los cuales se filtra la luz solar de un modo específico durante las tardes de solsticio. Se parecen a la *Espiral* rota de Robert Smithson, construida en Holanda en 1971: un semicírculo cavado sobre la orilla de un banco de arena, el cual permite dirigir el cauce de un reservorio de agua

tierra adentro, mientras, a manera de reflejo, al interior de este mismo reservorio se extiende una porción equivalente de arena que completa una forma circular. Las torres situadas en medio de este lago mexicano son similares al *Campo de relámpagos* de Walter de Maria: abierto en 1977 sobre una planicie de desierto en Nuevo México, Estados Unidos, este campo se extiende por más de un kilómetro cuadrado al interior del cual se disponen postes equidistantes de acero inoxidable, conformando una gran retícula. Se asemejan también a los *Perímetros / pabellones / señuelos* de Mary Miss, contruidos en 1978 en el condado de Roslyn, Nueva York, Estados Unidos: a mitad de camino entre arquitectura, escultura y accidente geográfico, Miss ha erigido tres torres, dos montículos y un patio subterráneo en diferentes puntos de un espacio abierto; al patio subterráneo se puede aún descender por una escalera que se asoma por el costado de un enorme hueco con forma de cuadrado.

El cerro de Chiconáutla se levanta negro en la distancia. Una barda de metal y concreto enmarca este ensamblaje geotécnico, disponiéndose sobre sus orillas, ahora rígidas,

separándolo al occidente de las tramas densas de casas y callejones pertenecientes a las colonias urbanas aledañas de Ecatepec o ciudad Nezahualcóyotl, aislándolo al oriente de las parcelas ejidales y las colonias campesinas de Atenco, Tocuila o Nexquipáyac. Este ensamblaje cubre al lago de Texcoco con capas sucesivas de geomembrana plástica y roca de los cerros de Tepetlaoxtoc o Tezoyuca, estos últimos ahora huecos como abismos de cuarenta o más metros de profundo. El rojo intenso predomina en el tapete de piedra como si fuera una tintura. No es un aeropuerto, ni un centro recreativo, ni un balneario, ni un zoológico. No envejece, no adquiere del todo una forma, no se incorpora del todo al sustrato que lo soporta. Es una cosa siempre inacabada: ni proyecto, ni resultado, ni ruina.



Viuda

El terreno del lago de Texcoco no es una planicie uniforme: conteniendo múltiples morfologías superpuestas, es una colcha de retazos de distintos suelos, formas diversas de vegetación, concentraciones

diferentes de sal en la tierra y múltiples marcas de ocupación que se han acumulado en la superficie del suelo como delgados estratos de escombros, basura, aguas foráneas, planchas de cemento y otros materiales sintéticos. Poco a poco estos materiales se han ido naturalizando, confundándose con los elementos nativos que los precedieron, coloreando la tierra con nuevos tonos. Las piedras volcánicas, extraídas de la capa de tierra localizada bajo los lodos lacustres —siendo estos lodos la última capa material que queda del antiguo lago—, así como de los cerros circundantes, han sido usadas para crear caminos que se dibujan a lo largo y ancho de las planicies del lago de Texcoco. Estas piedras, porosas, livianas y fuertes, a veces son negras como las entrañas del volcán Popocatepetl, y a veces rojas como el óxido de los metales ferrosos. En las orillas del lago Nabor Carrillo, las rocas volcánicas se han amontonado en una barrera de lajas en frágil equilibrio, que enmarcan las grandes extensiones de aguas tratadas. Debajo de estas piedras habitan las viudas negras: en el intersticio en el cual dos piedras parecen tocarse, la araña más venenosa del Valle de México hace su casa, pone

sus huevos y muere. La viuda, de cabeza pequeña, ocho patas largas y delgadas, y un abdomen redondo y abultado en el que se adivinan unas marcas rojas, se mueve veloz entre las piedras, eludiendo la presencia humana. La hembra es además conocida por ser caníbal: el macho, después de aparearse, queda atrapado en la tela de la hembra y es devorado por ella. Indiferente ante las apariencias de la vida silvestre, la araña no es una de esas criaturas, como las mariposas o algunas aves, que se posan a la vista exhibiendo sus formas y colores para ser advertidas. La viuda negra se evade, entendiendo que el humano es un adversario que debe ser atacado cuando se acerca demasiado: este último es una de varias criaturas mortales que deben ser repelidas de inmediato. La araña guarda su veneno y muerde la mano que la toca, liberando sus toxinas en el torrente sanguíneo de la víctima, poniéndolas a circular rápidamente por arterias y venas, confundiendo el veneno con la sangre, llegando a los órganos, a la cabeza, a los músculos, causando en minutos espasmos, dolores y parálisis: el efecto venenoso se extiende por horas, expulsando al visitante extraño que ha levantado incautamente las rocas para perturbar a uno

de los habitantes previamente establecidos en este paraje singular del Valle de México.



Vuelo

Desde la silla del pasajero no se perciben los vientos que mecen a una aeronave. Se sobrevuelan campos, océanos, ciudades desde lo alto hasta perder la tierra de vista, ocultándola bajo gruesas capas de nubes que en ocasiones hacen olvidar la perspectiva de un abajo y un arriba. Desde las alturas, la gran Ciudad de México se empieza a volver pequeña, perdiéndose como una mancha blanca hecha de millones de puntos superpuestos en cuanto aparece el territorio más amplio de un país que la devora. Aparece el continente y luego la tierra ya está lejos, muy abajo, velada por láminas cada vez más densas de vapor condensado. El avión está solo en lo alto, hundido entre nubes, cargado de humanos, maletas, bandejas con comida y vasos plásticos que se mantienen quietos en su sitio. Las referencias de lo terreno se borran. La nave, como un ave, se mantiene horizontal, meciéndose un poco de vez en cuando, sin virar su cara superior

hacia abajo. Cuando ésta encuentra su velocidad estable de crucero, surcando las corrientes a unos ochocientos kilómetros por hora, durante largos periodos de tiempo, las temperaturas descienden afuera y se mantienen intactas adentro. Al interior del avión, como en la tierra, todo se mantiene relativamente quieto.

Cada año, más de quinientas toneladas de mercancías y pasajeros vuelan sobre la atmósfera de la Ciudad de México en aviones que, o bien despegan del Aeropuerto Internacional Benito Juárez, o bien aterrizan en él. Pesados aviones de carga se desplazan por el aire metropolitano en todas direcciones, pasando a veces cerca de las azoteas de algunos edificios, peinando las cumbres de los cerros aledaños a la zona aeroportuaria. Aeronaves comerciales transportan a trescientos humanos por el cielo citadino en cada viaje, guardándolos del frío, la velocidad y el viento en cabinas apretadas, muy cerca los unos de los otros. Cada minuto aterriza un avión mientras otro levanta vuelo, ininterrumpidamente, noche y día. La esfera aérea de la metrópolis, aquella que guarda las exhalaciones de sus habitantes e infraestructuras, sostiene y eleva cada año

a más de cuatrocientos mil aviones, partiendo todos de este aeropuerto situado a las orillas del antiguo lago de Texcoco.

Simultáneamente, bajo tierra se mueven caudales de aguas negras conducidas desde el sur de la ciudad por el trayecto entubado del río Churubusco. Las descargas de incontables inodoros se dirigen veloces a este río, sumadas a millones de litros de agua que contienen la lavadura de traperos sucios, diversos líquidos que escurren por la pendiente de las calles hacia las coladeras, unidas también a la mugre del suelo que arrastra consigo la lluvia. Estas aguas recorren la ciudad por abajo para emerger en la boca del lago Churubusco: un vaso regulador construido a cielo abierto en el costado occidental de la antigua zona lacustre de Texcoco, al interior del relleno sanitario Bordo Poniente y a un par de kilómetros de las pistas aeronáuticas del aeropuerto internacional. Hacia este pequeño vaso regulador se dirigen las aguas negras, concentrándolas momentáneamente ahí antes de ser reencauzadas al estado de Hidalgo, donde irrigarán hectáreas enteras de cultivos de verduras: esta agua se filtrará en la tierra hasta

alcanzar las raíces de plantas frutales, legumbres y tubérculos que viajarán en huacales a los mercados citadinos.

Al desembocar, el fluido que viajó subterráneo se descarga con violencia sobre la superficie de tierra, derramándose en el lago, levantando espumas que viajan ligeras por el aire para después posarse suavemente en diferentes puntos del terreno. El sonido de los aviones despegando y llegando se desplaza también por aire, haciendo retumbar la tierra del lago de Texcoco. Los olores de las aguas negras emergiendo se transportan por este mismo éter, llevados velozmente por corrientes de viento hasta las pistas aéreas. Estos olores, antes contenidos en las tuberías del subsuelo, estallan de repente al tocar la superficie, dispersándose por las brisas que viajan del oriente hasta alcanzar el interior de las terminales aeroportuarias, llegando también a las cabinas de aviones que aterrizan en cuanto estos abren sus escotillas. Las corrientes olfativas del río Churubusco quedan atrapadas en los aviones cuando estos emprenden vuelo, llevándose millones de partículas impregnadas del subsuelo de la Ciudad de México y de la tierra salitrosa del lago de Texcoco.

Un avión en vuelo se incorpora al mismo aire que respiramos, al mismo aire que mece los árboles y desata tormentas sobre las zonas costeras, al mismo aire que nos tumba a la tierra cuando sopla el viento con fuerza. Este aire levanta a una máquina alada que pesa toneladas, la sostiene, la hace liviana y blanda, la mantiene enfilada en su ruta, la eleva hasta hacerla desaparecer.



Z

Zanja

Los pobladores de la Ciudad de México han abierto varias zanjas alrededor y al interior del área que ocupó hace siglos el lago de Texcoco. En 1607 abrieron un tajo al norte de los lagos de la cuenca central mexicana para intentar drenar toda su agua y de este modo despejar nuevas extensiones de tierra seca que pudieran ser urbanizadas. En 1629, una gran inundación provocó el colapso de la zanja, derribando su frágil estructura mientras crecía el nivel de las aguas en los lagos y ríos que hasta entonces ocupaban grandes extensiones de terreno en el Valle de México. Tras el fracaso de la primera zanja, a comienzos del siglo veinte se abrió una nueva canalización para desaguar la zona metropolitana: un Gran Canal subterráneo atravesando la zona lacustre bajo tierra, de sur

a norte, dirigiendo las aguas lacustres hacia el río Tula, al interior del valle del Mezquital, en el estado de Hidalgo.

A medida que la ciudad crecía, una serie de acuíferos sepultados bajo tierra iban disminuyendo de tamaño mientras su agua era extraída por medio de pozos someros: un pozo es una suerte de zanja vertical que abre la tierra hasta anclarse en la boca de los reservorios. Mientras el suelo se hundía por la acción de las zanjas verticales que sacaban agua del subsuelo, el gran canal subterráneo fue cediendo, inclinándose en contrapendiente, provocando el retorno del agua al lecho de los lagos. En ello los ciudadanos trajeron cárcamos, extensiones, bombas y otros artefactos ingenidados para conducir el agua hacia arriba, hacia afuera, por una zanja cuya inclinación crecía en la dirección

contraria. En el curso del siglo veinte se construyeron otras zanjas con el propósito de reforzar este proyecto de desagüe, mientras algunos ríos eran convertidos en zanjas enmarcadas en concreto: el Túnel Emisor Central, el Túnel emisor Poniente, el río de los Remedios, el río de la compañía o el río Churubusco. En 2008, mientras el agua regresaba periódicamente inundando calzadas, plazas, parques y barrios, al filtrarse hacia arriba por los drenajes de las casas, edificios y calles, algunos habitantes de esta ciudad comenzaron a cavar una zanja más profunda y ancha que el tajo y el canal, midiendo siete kilómetros de diámetro por una longitud estimada de sesenta y dos kilómetros. Mientras hoy abren este hueco deseosos de secar los lagos por completo, cavando y apuntalando su enorme envergadura a ciento cincuenta metros de profundidad, afuera llueve.



Zócalo

En medio del zócalo de la Ciudad de México se levanta un asta de más de 100 metros de alto sobre la cual se iza una bandera todas las

mañanas, guardándose de nuevo cuando cae la tarde. La bandera, dividida en tres franjas verticales, una verde, una blanca y una roja, mide cincuenta metros de largo por treinta metros de ancho al estirla por completo. Cuando sopla el viento esta bandera ondea lentamente, cambiando siempre de forma, encogida y henchida según la muevan las corrientes, a veces generando sombras en el piso que cobijan brevemente a los transeúntes. El zócalo se abre como una gran explanada enmarcada por la catedral metropolitana al norte, por el palacio presidencial al oriente y por el gobierno municipal al sur, siguiendo una disposición espacial que se replica en otras ciudades y pueblos coloniales de América Latina. Sobre esta plaza camina gente de barrios del norte y sur de la ciudad, de estados vecinos y países extranjeros, dirigiéndose a sus alrededores para hacer compras en estrechas calles abigarradas de mercancías chinas, sonidos de múltiples timbres y comidas callejeras. A lo largo de estas calles cercanas los edificios están hechos de piedras macizas que en muchos casos fueron removidas de construcciones prehispánicas, para erigirse nuevamente en forma de arquitecturas de estilo europeo.

Frente a la esquina noroccidental del zócalo, una estatua de Enrico Martínez se levanta oscura, brillante y pesada sobre un pedestal de cemento y mármol que indica a uno de sus costados el nivel de ascenso máximo de las aguas del lago de Texcoco durante épocas de creciente. En 1629, esta misma plaza donde hoy se alza una monumental bandera mexicana estuvo totalmente sumergida dos metros bajo el agua, a causa de una inundación que azotó con violencia a la ciudad entera, derrumbando también con la fuerza de su caudal al primer proyecto de canalización de las aguas lacustres de Texcoco, propuesto por el hombre de la estatua. Este proyecto llamado “tajo de Nochistongo” fue construido pocos años antes, en 1607, durante dos años consecutivos, buscando ser un canal para el desagüe definitivo de los lagos en la cuenca central mexicana. El canal, apenas sosteniéndose, fue cediendo ante filtraciones en sus paredes quebradizas hasta colapsar por la fuerza de este gran aluvión.

Frente al costado nororiental del zócalo se ubica el templo mayor de los mexicas, el cual fue parcialmente excavado en los años setenta,

al interior de un predio que colinda con la catedral, extendiéndose bajo sus cimientos hasta desbordarse, subterráneo, bajo la iglesia y la plaza. Siglos atrás esta plaza era el centro de poder de otras culturas con otras maneras de habitar el espacio, y desde entonces ha cambiado de forma hasta convertirse en esta explanada desnuda del día de hoy: miles de metros cuadrados de lozas que cubren otra ciudad que yace debajo, abriendo lugar a nuevas ocupaciones por venir.

El 19 de septiembre de 2017, un sismo de 7.1 grados empezó a mecer la tierra que soporta a las ruinas del templo mexica, moviendo también en simultánea a todas las demás capas ocultas bajo la plaza central de la Ciudad de México. En segundos, la intensidad del sismo aumentó, sacudiendo los edificios que enmarcan al zócalo de un lado a otro como si la piedra de la que están constituidos se ablandara y estirara. La cruz que remata a la torre oriental de la catedral cedió hasta fracturarse y luego derrumbarse. La gente, saliendo desbordada de las puertas entreabiertas de edificios cercanos, agolpada en las calles estrechas que desembocan en el cuadrilátero abierto del zócalo, empezó

a ocupar la plaza a medida que los movimientos telúricos iban en aumento, agitándolo todo cada vez con más fuerza, derrumbando edificios con violencia en diferentes puntos de la ciudad y sus alrededores. El sol estaba en el cenit, borrando las sombras de la gran bandera que se alza en el centro de la plaza. El asta se doblaba como una varilla de caucho. El sonido de la alarma sísmica rebotaba en las lozas calientes del zócalo capitalino.



Zona

En la película *Stalker* del director ruso Andrei Tarkovsky, tres hombres entran en una zona prohibida resguardada por militares y cercas metálicas difíciles de franquear. Al interior de esta zona los hombres empiezan a descubrir un espacio diferente de aquel del exterior: un territorio cambiante que se devela a medida que ellos se internan en él. Al adentrarse en este espacio, los viajeros van encontrando carcazas oxidadas de tanques de guerra, búnkeres que han sido inundados por torrentes de agua, y lugares con los muros desnudos donde permanecen algunos

fragmentos de muebles, escombros y objetos. En ocasiones atraviesan una vegetación densa y tupida que puebla las rendijas de las construcciones, ya vacías de habitantes. Los restos materiales de la ocupación humana no permiten ser situados en el tiempo: aparecen cubiertos de moho, óxido, tierra, o sumergidos en el fondo de estanques de agua y cubiertos por capas de algas. La inmersión en esta "zona" nunca ocurre de la misma manera porque ella está, de cierto modo, viva: sus capas de vegetación y ruina se entretajan en una serie de laberintos que cambian siempre de forma, que trazan y vuelven a trazar su estructura, que nunca permiten ser recorridos en líneas rectas, y que mueven fuerzas invisibles e incomprensibles para los humanos. Mientras la "zona" cambia sus reglas, los caminos que se adivinan y señalan no se pueden desandar porque el lugar los devora, los clausura; el lugar reacciona ante la presencia humana y abre otros pasajes en nuevas direcciones.

Esta "zona" me recuerda a la selva amazónica de *La Vorágine*, novela del escritor colombiano José Eustasio Rivera: un lugar que se resiste a ser conquistado, que origina muchas

vidas y es a la vez letal, abierto y a la vez inaccesible. También pienso en un lote abandonado en Bogotá que recorrí hace años, antes de que fuera absorbido por el trazado de una nueva avenida. Se trataba de un espacio de un par de hectáreas, guardado por rejas blancas en medio del barrio José Joaquín Vargas, un barrio en parte ocupado por un nuevo conjunto de edificios homogéneos, y en parte un terreno baldío. Este lote albergaba los restos de una construcción abandonada, dejada a mitad de camino con sus máquinas, casetones y vigas apiladas siendo devorados por la maleza y la humedad, mientras en él se abría camino un asentamiento imperceptible de insectos y aves. Los restos de esta construcción, cubiertos de musgo y herrumbre, parecían desenterrados por alguien, procedentes de tiempos inubicables; dichos restos parecían a la vez componentes de un espacio familiar, cercano aunque desprovisto de forma y función, retorcido por el agua, las plantas, el sol y el viento. La "zona" de Tarkovsky también se parece a ciertos panteones de México y Colombia que he conocido de cerca: las tumbas en estos cementerios no sólo guardan restos humanos, sino que sus monumentos devienen

ruinas; sus mausoleos se transforman en zonas liminales, abiertas y agrietadas por el paso del tiempo. A través de sus grietas, la muerte escapa con sus olores, su descomposición y su íntima cercanía con lo vivo, mientras el pasto se asoma, crece y florece.

Pienso finalmente en los terrenos federales del lago de Texcoco: en ellos se mezcla la vegetación con el desierto, la sequía con la amenaza de inundaciones, los monumentos con los escombros, los restos de fallidas ocupaciones humanas con los materiales de nuevas construcciones. Todo esto converge en una especie de "zona", de cierto modo prohibida, que se resiste a ser habitada o transitada.

Tarkovsky captura una condición de ciertos espacios (de "espacios otros" como los llama Foucault) que, como el lago de Texcoco, recogen secuelas de la conquista fallida de la tierra, y dan lugar a otra vida que emerge de dicha conquista. Esta vida no es enteramente humana, oscilando entre lo impuesto y aquello que, por sí mismo, llega a establecerse.



Zoológico

En los años anteriores al lanzamiento del proyecto Parque Ecológico Lago de Texcoco, muchos proyectos de tesis llegaron desde diferentes universidades de México a las oficinas de la Comisión Nacional del Agua (Conagua), en forma de ejemplares de papel encuadrado, numerados, escritos a máquina. Estos proyectos buscaban rehabilitar las miles de hectáreas de zona lacustre desecada bajo la forma de desarrollos inmobiliarios, complejos comerciales o infraestructuras turísticas. Uno de ellos tiene en su cubierta el dibujo de un elefante rodeado de tres siluetas de pájaros en vuelo; debajo de éste, en letras gruesas y sin serifas, se lee la palabra "ZOOPOLIS". En las páginas que siguen se expone el plan de creación de un zoológico en los terrenos del lago de Texcoco, seguido de una lista de edificios a construir y sus correspondientes adecuaciones, dependiendo del tipo de animal que cada una debía albergar: praderas para que los ungulados medios corrieran y tuvieran espacio de separación entre unas y otras especies; laderas rocosas erigidas para cabras y ovejas; llanuras para avestruces y casuarios; aviarios interiores para

papagayos, colibríes, palomas y tejedores; estanques, islotes y pantanos para los flamencos y pelícanos; jaulas para buitres, cóndores y águilas; serpentario para reptiles, con calefacción y aire acondicionado; casa para insectos; *exotarium*, *tropicarium*, zoológico de crías, clínica.

Mientras esta tesis se entregaba en la biblioteca de la institución gubernamental del agua, en la antigua cuenca ya habitaban algunas de estas especies animales, adaptándose a las condiciones semidesérticas del suelo, alimentándose de pastos *Distichlis spicata*, comiéndose las unas a las otras de acuerdo con las leyes que dicta la cadena alimenticia, viviendo a la intemperie, ocultándose en huecos cavados en la tierra lodosa, reposando detrás de las piedras, agrupándose o repeliéndose de acuerdo con impulsos de colaboración o competencia.

Si las demás especies faltantes llegaran todas juntas en un arca, descendiendo sobre el suelo salino y corriendo libres en medio de los otros animales, morirían al poco tiempo por falta de agua, perecerían aplastadas por las especies nativas o por sus semejantes, o serían erradicadas por los predadores que rondan

la zona por aire o tierra. En ciertos casos algunos animales sobrevivirían y se ocultarían de la vista de todos los demás, o desarrollarían cierta sinergia con otras especies, dando lugar a nuevos e inesperados ecosistemas. Si un humano descendiera de esta arca de animales como un animal más, enseguida moriría de calor, sed, hambre y miedo.

“ZOOPOLIS”, un proyecto nunca realizado, propone la partición de los terrenos del lago de acuerdo a una jerarquía de las especies, organizada alrededor de un espectador humano: este espectador no desea contemplar el curso lento y a veces brutal de sus interacciones; no desea ver cómo el aire seco y el sol transforman sus hábitos; no desea él mismo identificarse con las especies animales. El zoológico se construye por el contrario como un panóptico desde el cual el humano comprueba que él es diferente, que tiene el control sobre los animales, que puede observarlos y entenderlos desde la distancia del vidrio o de la jaula.



Zumbido

Cuando se vive en la Ciudad de México, los momentos de silencio que se abren cuando mengua el ruido que agita a la metrópolis, están poblados siempre de un zumbido. Puede ser el zumbido de los refrigeradores sonando todos al unísono, filtrándose por las rendijas de las puertas de todas las casas. Las cajas de estos electrodomésticos hacen resonar los objetos que se guardan dentro como grandes tambores. Sumados, agitan levemente la tierra al emitir sonidos profundos que primero hacen retumbar al cuerpo y luego llegan a los oídos. Puede ser el sonido de las motobombas instaladas en algunos edificios, las cuales envían el agua desde el subsuelo hasta los tanques, arriba en las azoteas. Pueden ser las voces de personas conversando, llegando desde diferentes direcciones a nuestros campos audibles. Puede ser también el zumbido de los cables eléctricos extendidos a lo largo de las calles, suspendidos en el aire y encontrándose en los postes inclinados que se anclan a veces en las aceras. Los cables emiten chirridos como si estuvieran a punto de estallar en corto circuito. Al viajar, la electricidad también

emite zumbidos que salen al aire a través de las tomas domésticas de luz, cuando fluctúan los voltajes para estabilizarse momentáneamente. Puede oírse también el zumbido de los carros y camiones que rugen al pasar por las autopistas, golpeando el suelo desnivelado de las calzadas con sus llantas. Los motores de los carros emiten también un zumbido, una especie de ronroneo constante que se suma al sonido de los tubos de escape soltando gases al viento. En medio de los carros, las motocicletas emiten zumbidos fuertes al acelerar sus motores y moverse en zigzag a través del tráfico. Sobre estos sonidos se oye el zumbido de múltiples radios encendidos, sintonizados todos en diferentes emisoras, a diferentes intensidades, haciendo sonar diferentes músicas. Se escuchan a la vez millones de televisores encendidos, algunos nuevos y más silenciosos, algunos más viejos con sus circuitos sonando al interior de las cajas como si fueran a estallar. También zumban las vías de metro cuando los vagones se aproximan, conduciendo su sonido hasta las calles y las casas. Si se pone atención, se puede oír también el zumbido del agua circulando por las tuberías.

Los aviones que despegan o aterrizan en el aeropuerto Internacional Benito Juárez cada cierto tiempo perturban el relativo silencio de esta suma de zumbidos, al imponer su sonido sobre todos los demás durante algunos segundos, dejando tras de sí un zumbido adicional que ya no está afuera, en la ciudad, su subsuelo o su cielo, sino adentro, en la cabeza.



Bibliografía

Referencias, documentos, relaciones, conversaciones

Aguilar, Gloria. "México, ciudad futura, proyecto sustentable, ¿para cuántos?". *Quadratin*. Noviembre 29, 2013. <https://bit.ly/2GjXLnq> (citado en Abril 2, 2016).

Alatorre, Adriana y Víctor Fuentes. "Gobierno federal planea paraíso ecológico en lago de Texcoco". *terra*. Septiembre 12, 2012. <https://bit.ly/2GfQp3s> (citado en Abril 2, 2016).

Almazán Hernández, Gregorio. "Obras hidráulicas". *todotexcoco.com*. Junio 23, 2015. <https://bit.ly/2DceVRY> (citado en Marzo 27, 2016).

Almomento Noticias. "Realizan limpieza general en el Lago del Bosque de Tláhuac". *Almomento Noticias*. Mayo 10, 2014. <https://bit.ly/2UWmLJC> (citado en Julio 10, 2015).

ANTAC Agencia de Noticias. "No somos invasores, afirman habitantes de Hidalgo y Carrizo". <https://bit.ly/2uZJKVH> (citado en Abril 18, 2016).

Appadurai, Arjun. "Introduction: Commodities and the Politics of Value". En *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, editado por Arjun Appadurai, 3-59. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

Arena Pública. "Texcoco y la compra silenciosa de predios". *Dinero en imagen*. Febrero 4, 2014. <https://bit.ly/1kL5VCu> (citado en Junio 13, 2015).

Augé, Marc. *Los no lugares: una antropología de la sobremodernidad*. Traducido por Margarita Mizraji. Barcelona: Gedisa, 2000.

Barrera Aguirre, Juan Manuel. "Desalojan a 400 por invadir predios en Texcoco". *El Universal*. Noviembre 24, 2012. <https://bit.ly/2IvkXAP> (citado en Abril 18, 2016).

Barrera Aguirre, Juan Manuel. "San Salvador Atenco, en defensa de la tierra". *El Universal*. Septiembre 2, 2014. <https://bit.ly/2Ug0Clc> (citado en Junio 13, 2015).

Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Traducido por Eduardo Molina. Ciudad de México: Siglo XXI, 1993.

BBC Mundo. "¿Cómo se secó el Poopó, el segundo lago más grande de Bolivia?". *BBC Mundo*. Diciembre 23, 2015. <https://bbc.in/1O9QK6p> (citado en Enero 31, 2017).

Becerril, Andrea y Patricia Muñoz. "Sensacional, que el GDF presente controversia, dice Pedro Cerisola". *La Jornada*, Octubre 25, 2001.

Becerril, Jorge. "Manifestantes bloquean Bucareli". *milenio.com*. Mayo 6, 2014. <https://bit.ly/2GiY2qO> (citado en Abril 18, 2016).

Benjamin, Walter. "Obra de los pasajes". Vol. 1, en *Obras, Libro V*, traducido por Juan Barba. Madrid: Abada, 2013.

Benjamin, Walter. *Tesis de filosofía de la historia y otros fragmentos*. Traducido por Bolívar Echeverría. UACM, Ciudad de México: Ítaca, 2008.

Benjamin, Walter. "The Translator's Task". Traducido por Stephen Rendall. *TTR : traduction, terminologie, rédaction* 10, no. 2 (1997): 151-165.

Bennett, Tony. "Introduction". En *The Birth of the Museum*, 1-13. Nueva York: Routledge, 1995.

Borgdorff, Henk. *El debate sobre la investigación en las artes*. Amsterdam: Amsterdam School of the Arts.

Bose, Shumi. "Entrevista a Alberto Kalach: 'Nuestros proyectos intentan crear un diálogo inteligente con la naturaleza'". *The Guardian*. Noviembre 13, 2015. <https://bit.ly/2Iv7Gbm> (citado en Junio 27, 2016).

Campos, Gerardo. “Se deslindan antorchistas de desalojo de mil familias”. *El Occidental*. Abril 28, 2012. <https://bit.ly/2IqVN6k> (citado en Abril 18, 2016).

Cano, Juan Carlos. “El lago de Texcoco”. *Letras libres*. Septiembre 1, 2011. <https://bit.ly/2G7bX1Y> (citado en Mayo 25, 2016).

Carrillo, Nabor. *El hundimiento de la Ciudad de México, proyecto Texcoco*. Ciudad de México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1969.

Casell, Dana K, Robert C Salinas y Peter A.S. Winn. *The Encyclopaedia of Death and Dying*. Nueva York: Facts on File, 2005.

Centro de Instrumentación y Registro Sísmico. “El sismo del 19 de Septiembre de 1985”. *cires*. http://www.cires.org.mx/1985_es.php (citado en Abril 18, 2016).

Centro Nacional de Memoria Histórica. *Ausencias que interpelan*. <https://bit.ly/2VExBkM> (citado en Marzo 24, 2016).

Centro Nacional de Memoria Histórica. *Textos corporales de la crueldad. Memoria histórica y antropología forense*. 19-28. Bogotá: CNMH, 2014.

Chakrabarty, Dipesh y Bernd M. Scherer. “Interview. The Anthropocene Project. An Opening”. *Youtube.com*. Enero 29, 2013. <https://bit.ly/2X4tKh6> (citado en Abril 10, 2016).

Chávez González, Silvia y René Ramón. “Huye subprocurador de Justicia de Texcoco de reunión con vecinos de San Salvador Atenco”. *La Jornada*, Enero 6, 2002.

Comisión del Lago de Texcoco. *Plan Lago de Texcoco*. Ciudad de México: Secretaría de Recursos Hidráulicos, 1975.

Comisión del Lago de Texcoco. *Proyecto Texcoco*. Ciudad de México: Secretaría de Agricultura y Recursos Hídricos, 1983.

Comisión del Lago de Texcoco. *Regeneración del Valle de México*. Ciudad de México: Secretaría de Recursos Hídricos, 1976.

Comisión Nacional del Agua. *Proyecto Lago de Texcoco. Rescate Hidroecológico.* Ciudad de México: Conagua, 2005.

Comisión Nacional del Agua. *Se perforarán dos pozos exploratorios más, en la búsqueda de otro acuífero para el Valle de México.* Comunicado de prensa, Conagua, Ciudad de México: Conagua, 2013.

Comisión Nacional del Agua. *Semblanza Histórica del Agua en México.* Ciudad de México: Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, 2009.

Congreso de los Estados Unidos Mexicanos. *Ley federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticos e históricos.* Ciudad de México: Estados Unidos Mexicanos. Presidencia de la República, 1972.

Contrapapel.mx. "Otorgará la Conagua predio para reubicar a desalojados de Hidalgo y Carrizo". Abril 6, 2015. <https://bit.ly/2D5I4hV> (citado en Abril 18, 2016).

Contreras, Cintya. "El Bordo Poniente causa miocarditis, vómitos, cáncer". *Excelsior*. Abril 19, 2016. <https://bit.ly/2DdSMCU> (citado en Mayo 10, 2016).

Coolidge, Matthew. *The Center for Land Use Interpretation.* 1994. <http://clui.org/> (citado en Febrero 2, 2015).

Cortés, Hernán. "Segunda carta de relación de Hernán Cortés al Emperador Carlos V". *Cartas de Relación.* <https://bit.ly/1RDvQdt> (citado en Septiembre 10, 2015).

De Micheli, Mario, ed. *Las vanguardias artísticas del siglo XX.* Traducido por Ángel Sánchez-Gijón and Pepa Linares. Madrid: Alianza, 2000.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil Mesetas.* Traducido por José Vázquez Pérez. Valencia: Pre-Textos, 2008.

Delgado, Diana. "Desplazados. El terremoto de 1985 los 'desterró'". *El Universal*. Septiembre 17, 2015. <https://bit.ly/1QIt3RS> (citado en Abril 18, 2016).

Didi-Huberman, Georges.

"Atlas. Entrevista con Georges Didi-Huberman". *Youtube.com*. Diciembre 21, 2010. <https://bit.ly/2KBgcZ8> (citado en Marzo 9, 2016).

Diederichsen, Diedrich.

"Animation, De-reification, and the New Charm of the Inanimate". *e-flux journal*, no. 36 (Julio 2012).

Silly Symphonies. Flowers and Trees. Dirigida por **Walt Disney**. 1932.

Echeverría, Iñáqui. *Parque*

Ecológico Lago de Texcoco. <http://www.parquetexcoco.com/> (citado en Abril 2, 2016).

Edgeworth, Matt. "Follow the Cut, Follow the Rhythm, Follow the Material". *Norwegian Archaeological Review* 45, no. 1 (2012): 76-92.

Edgeworth, Matt. "On the Agency of Rivers". *Archaeological Dialogues* 21, no. 2 (2014): 157-159.

Elpaís.com.co. "En imágenes: así fue el terremoto que azotó a México en 1985". *elpaís.com.co*. Septiembre 17, 2015. (citado en Abril 18, 2016).

Encyclopaedias and Dictionaries.

Vol. 18, en *Encyclopaedia Britannica*. 2003.

Escalante Pliego, Patricia. "Aves y aviones, incompatibles". *Animal político*. Octubre 7, 2014. <https://bit.ly/1CY2DVx> (citado en Abril 18, 2016).

Escobar, Arturo. *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA, 2014.

Espinoza Pineda, Gabriel. *El embrujo del lago: el sistema lacustre de la Cuenca de México en la cosmovisión mexicana*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, 1996.

Excelsior. "Se incendió fábrica de harina en la Delegación Cuauhtémoc". *Excelsior*. Diciembre 5, 2014. <https://bit.ly/2VHT9wH> (citado en Junio 27, 2015).

Fernández Polanco, Aurora.

"Escribir desde el montaje: otra forma de exponer". En *Investigación artística y universidad: materiales para un debate*, editado por Selina Blasco, 105-116. Madrid: Ediciones Asimétricas, 2013.

Fernández, Emilio. “Exigen compensación por daños en vialidades de Texcoco”. *El Universal*. Abril 5, 2016. <https://bit.ly/1qtqUlx> (citado en Abril 6, 2016).

Fernández, Emilio. “Nunca olvidaremos cómo nos sacaron, casi a patadas”. *El Universal*. Mayo 11, 2012. <https://bit.ly/2VEyrxW> (citado en Abril 18, 2016).

Fiske, Tina y Giorgia Bottinelli. “Mark Dion. Tate Thames Dig 1999”. *Tate*. Febrero 2002. <https://bit.ly/2VEyZnu> (citado en Marzo 11, 2016).

Foucault, Michel. “Des espaces autres”. *Architecture, Mouvement, Continuité*, no. 5 (Octubre 1984).

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Traducido por Alberto González Troyano. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992.

Foucault, Michel. *El pensamiento del afuera*. Traducido por Manuel Arranz. Valencia: Pre-Textos, 2014.

Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Traducido por Aurelio Garzón del Camino. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

Foucault, Michel. “La prosa del mundo”. En *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, traducido por Elsa Cecilia Frost. Buenos Aires: Siglo XXI, 1968.

Franke, Anselm. “Animism: Notes on an Exhibition”. *e-flux journal*, no. 36 (Julio 2012).

Freud, Sigmund. “Animism, Magic and the Omnipotence of Thought”. En *Totem and Taboo*, 124. Nueva York: Moffat, Yard, and Company, 1918.

Gándara Vásquez, Manuel, entrevistado por Adriana Salazar. (Marzo 11, 2016).

García, Dora. “Más mística que racionalista, alcanza verdades que la lógica no puede alcanzar”. En *En torno a la investigación artística. Pensar y enseñar arte: entre la práctica y la especulación teórica*, por Brown et al., traducido por Miguel

Martínez-Lage, 59-65. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, 2010.

García Hernández, Juan Luis.

"Cinco ejidatarios de Atenco ponen en vilo al NAICM: la SCT usurpó 200 hectáreas, acusan". *sinembargo.mx*. Marzo 8, 2016. <https://bit.ly/1Sx9jnx> (citado en Marzo 10, 2016).

García Hernández, Juan Luis.

"La crisis deja sin alas al Nuevo Aeropuerto de la CdMx: no se puede pagar, dicen diputados". *sinembargo.mx*. Marzo 7, 2016. <https://bit.ly/1nr6qYn> (citado en Marzo 10, 2016).

Garuba, Harry. "On Animism, Modernity/Colonialism, and the African Order of Knowledge: Provisional Reflections". *eflux journal*. Julio 2012. (Citado en Mayo 1, 2016).

GeoComunes. *geocomunes*. <http://geocomunes.org/> (citado en Febrero 6, 2017).

Gibbs, Anna. "Fictocriticism, Affect, Mimesis: Engendering Differences". Editado por Nigel Krauth and Tess Brady. *Text* (The University of Western Sydney) 9, no. 1 (Abril 2005).

Gioni, Massimiliano. "Il Palazzo Enciclopedico (The Encyclopedic Palace)". *Universes in Universe*. <https://bit.ly/2UQWSe1> (citado en Marzo 22, 2016).

Gioni, Massimiliano.

"Massimiliano Gioni On The Encyclopedic Palace". *Youtube.com*. Junio 1, 2013. <https://bit.ly/2Z5cB8N> (citado en Marzo 20, 2016).

gob.mx. "La Conagua entrega en concesión el Parque Ecológico Lago de Texcoco para resguardo municipal". *gob.mx*. Abril 5, 2016. <https://bit.ly/2GjARN8> (citado en Abril 6, 2016).

Gómez Gerardo, Víctor. "Historia de la Tecnología y molinos de trigo". Universidad Pedagógica Nacional. Abril 25, 2011. <https://bit.ly/2KG9dyi> (citado en Junio 29, 2015).

Viento negro. Dirigida por Servando González. 1995.

González de León, Teodoro, Alejandro Rosas Robles, Alberto Kalach y Gabriel Quadri de la Torre. *La ciudad y sus lagos.* Ciudad de México: Clío, 1998.

González-Ruibal, Alfredo. "Archaeology of the contemporary past". En *Encyclopedia of Global Archaeology*, editado por Claire Smith, 1683-1694. New York: Springer, 2014.

Gopnik, Adam. "In the Memory Ward: The Warburg is Britain's most eccentric and original library. Can it survive?" *The New Yorker*. Marzo 16, 2015. <https://bit.ly/1Boc7co> (citado en Marzo 18, 2015).

Grande, Helena. "Exposición de la investigación artística: una aproximación al Journal for Artistic Research y el Research Catalogue". En *Investigación artística y universidad: materiales para un debate*, editado por Selina Blasco, 87-104. Madrid: Ediciones Asimétricas, 2013.

Graves-Brown, Paul y John Schofield. "The filth and the fury: 6 Denmark Street (London) and the Sex Pistols". *Antiquity* 85, no. 330 (2011): 1385-1401.

Groys, Boris. "On Art Activism". *e-flux*. Junio 2014. <http://www.e-flux.com/journal/on-art-activism/> (citado en Junio 22, 2015).

Guzmán Roque, Sharenni y Víctor Espinosa. "El lago que se filtró por 7 grietas". *El Universal*. Junio 1, 2012. <https://bit.ly/2v4vL0E> (citado en Julio 10, 2015).

Haraway, Donna J. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies* 14, no. 3 (Otoño 1988): 575-599.

Haraway, Donna J. *Staying with the Trouble. Making Kin in the Chthulucene.* Durham: Duke University Press, 2016.

Harrison, Rodney y John Schofield. "Archaeo-ethnography, auto-archaeology: Introducing archaeologies of the contemporary past". *Archaeologies* 2, no. 5 (2009): 185-209.

Haus der Kulturen del Welt. *The Anthropocene Project*. 2013-2014. <https://bit.ly/2jRLN85> (citado en Junio 20, 2015).

Hernández, Eduardo. "Controlan bomberos incendio en fábrica de Lerdo y Vallejo". *El Universal*. Diciembre 5, 2014. <https://bit.ly/1yZN2Ed> (citado en Junio 27, 2015).

Hodler, Timothy y Nick Sousanis. "Thinking Through Images: An Interview with Nick Sousanis". *The Paris Review*. Julio 20, 2015. <https://bit.ly/1LDnhzN> (citado en Julio 29, 2015).

Iregui, Jaime. "Monumentos Privados". *jaime iregui | archivo*. Mayo 16, 2007. <https://bit.ly/2GIRxUq> (citado en Febrero 10, 2017).

Kalach, Alberto. *Ciudad Futura*. <https://bit.ly/2UB2OsH> (citado en Abril 2, 2016).

Kaufmann, Therese. "Arte y conocimiento: rudimentos para una perspectiva descolonial". *eipcp: european institute for progressive cultural policies*. Marzo 2011. <https://bit.ly/2G8QSV1> (citado en Abril 5, 2015).

Kopytoff, Igor. "The Cultural Biography of Things". En *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, editado por Arjun Appadurai, 64-91. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

Lagunes Gasca, Ricardo A. "Nuevo aeropuerto: despojo y ecocidio". *La Jornada*. Octubre 1, 2016. <https://bit.ly/2dOBEZz> (citado en Octubre 26, 2016).
Lakepedia. *Lakepedia*. <http://www.lakepedia.com/> (citado en Enero 31, 2017).

Latour, Bruno. "Anthropology at the Time of the Anthropocene - a personal view of what is to be studied". *Distinguished Lecture*. Washington: American Association of Anthropologists, 2014.

Latour, Bruno. "Crisis". En *Nunca fuimos modernos*, traducido por Víctor Goldstein. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

Latour, Bruno. "On Technical Mediation: Philosophy, Sociology, Genealogy". *Common Knowledge* 3, no. 2 (Otoño 1994): 29.

Luegue Tamargo, José Luis. “Desaparición de la ZFLT”. *El Universal*. Agosto 28, 2016. <https://bit.ly/2bu31s5> (citado en Agosto 29, 2016).

Luegue Tamargo, José Luis “NAICM: el gran engaño”. *El Universal*. Marzo 7, 2016. <https://bit.ly/2Za9OLu> (citado en Marzo 10, 2016).

Macías, Luis Francisco. “El arquitecto se mató al caer su aeronave”. *La prensa*. Noviembre 4, 2016. <https://bit.ly/2Za9OLu> (citado en Febrero 9, 2017).

Maerker, Denise. “Bitácora de vuelo, reportaje especial sobre el NAICM”. *Youtube.com*. Mayo 30, 2016. <https://bit.ly/2VFxAx5> (citado en Junio 17, 2016).

Martínez, Chus y Matt Edgeworth. “A Report. A Matter Theater: Archaeology and Aesthetics “. *Youtube.com*. Octubre 31, 2014. <https://bit.ly/2X7AaMl> (citado en Junio 19, 2016).

Martínez Elorriaga, Ernesto. “Seco, 20 por ciento del lago de Cuitzeo”. *La Jornada*, Marzo 2017: 28.

Martínez Galván, Jorge, Manuel Moreno y David Robichaux. “Los cerros ausentes”. *Cátedra Angel Palerm*. Ciudad de México: Univeridad Iberoamericana, 2017.

Medina, Cuauhtémoc y Christopher Michael Fraga. *Manifesta 9. The Deep of the Modern. A Subcyclopaedia*. Genk, 2012.

Melitopoulos, Angela y Maurizio Lazzarato. “Machinic Animism”. <https://bit.ly/2P7cXr9> (citado en Junio 1, 2014).

Méndez, Ernesto. “Bordo Poniente: el hedor domina el oriente del DF”. *Excelsior*. Marzo 5, 2013. <https://bit.ly/QOgytZ> (citado en Mayo 10, 2016).

Mischke, Dennis. “Othering Otherness. Stephen Muecke’s Fictocriticism and the Cosmopolitan Vision”. *Academia.edu*. <https://bit.ly/2IBcKLF> (citado en Abril 2, 2016).

Monitor Económico de Baja California. “Piden considerar impacto social y económico durante construcción del NAICM”. *Monitor*

Económico de Baja California. Abril 8, 2016. <https://bit.ly/2X7Adl1> (citado en Abril 9, 2016).

Monitoreo de Medios. “Contará DF con dos nuevos pozos profundos de agua”. *Agencia de gestión urbana de la Ciudad de México*. Marzo 16, 2015. <https://bit.ly/1GJtF6s> (citado en Julio 11, 2015).

Muecke, Stephen. “The Fall: Fictocritical Writing”. *Parallax* 8, no. 4 (2002): 108-112.

Nájar, Alberto. “El lago mexicano que se tragó la tierra”. *BBC Mundo*. Junio 8, 2012. <https://bbc.in/2IzQHEK> (citado en Julio 10, 2015).

Noticieros Televisa. “Incendio consume fábrica de harina en el DF”. *Noticieros Televisa*. Diciembre 5, 2014. <https://bit.ly/2IzQWzE> (citado en Junio 27, 2015).

Notimex. “Pérdida de lagos ocasiona aumento de temperatura en la CDMX”. *Noticias MVS*. Marzo 8, 2016. <https://bit.ly/2Db6QNA> (citado en Marzo 27, 2016).

Nuevo Aeropuerto MX. “Avances de Barda y Caminos Perimetrales Junio”. *Youtube.com*. Junio 10, 2016. <https://bit.ly/2Ku10wH> (citado en Enero 28, 2017).

Nuevo Aeropuerto MX. “Liebre Cola Negra”. *Youtube.com*. Junio 20, 2016. <https://bit.ly/2GjujxU> (citado en Junio 21, 2016).

Olivera Lozano, Guillermo. “La reforma al artículo 27 constitucional y la incorporación de las tierras ejidales al mercado legal de suelo urbano en México”. *Scripta Nova* 9, no. 194 (Agosto 2005).

Padget, Humberto. “Antorcha: la máquina de extorsión del PRI”. *sinembargo.mx*. Abril 21, 2014. <https://bit.ly/1rh77ij> (citado en Enero 29, 2017).

Padró, Carla. “Retos de la museología crítica desde la pedagogía crítica y otras intersecciones”. *Dossier* (Universidad de Barcelona), no. 4 (2011): 102-114.

Pamuk, Orhan. *Me llamo rojo*. Traducido por Rafael Carpintero. Buenos Aires: Alfaguara, 2006.

Pamuk, Orhan. "Orhan Pamuk's Objectomania". *Bidoun.org*. <http://bidoun.org/collections/objects> (citado en Marzo 22, 2016).

Páramo, Arturo. "Sismo 85: el temblor que despertó a la ciudad". *Excelsior*. Septiembre 16, 2015. <https://bit.ly/2UfrZXY> (citado en Abril 18, 2016).

Parsons, Jeffrey R. y Luis Morett A. *Reconocimiento arqueológico del lago de Texcoco, México: Informe preliminar de la temporada de 2003*. Museo Nacional de Agricultura, Texcoco: Universidad Autónoma de Chapingo, 2004.

Pastrana, Daniela. "Aeropuerto en Texcoco: contra todo y contra todos". *La Jornada*, Junio 24, 2001.

Perec, Georges. *Espèces d'espaces*. Paris: Galilée, 2000.

Perec, Georges. *Tentativa de agotamiento de un lugar parisino*. Traducido por Maurici Pla. Barcelona: Gustavo Gili, 2014.

Pérez Barrera, Ignacio. *Balneario Termal en el Lago de Texcoco*. Tesis, Ciudad de México: UNAM, 1985.

Pérez U., Matilde. "Anuncian expropiación de 5 millones de hectáreas". *La Jornada*, Octubre 23, 2001.

Periódico Supremo. "Exigen familias desalojadas de predio 'Hidalgo y Carrizo' ser reubicadas a tres años de su desalojo". Marzo 9, 2015. <https://bit.ly/2Paba4E> (citado en Abril 18, 2016).

Povinelli, A. Elizabeth. "Do Rocks Listen? The Cultural Politics of Apprehending Australian Aboriginal Labor". *American Anthropologist*, New Series 97, no. 3 (Septiembre 1995): 505-518.

Povinelli, A. Elizabeth. "The Anthropocene Project. A Report. A Matter Theater: The Fog of Meaning in a Voiceless Demos". *Youtube.com*. Octubre 24, 2014. <https://bit.ly/2D7810j> (citado en Abril 6, 2016).

Povinelli, A. Elizabeth. "The Anthropocene Project. An Opening". *Youtube.com*. Enero 20, 2013. <https://bit.ly/1lWWoXt> (citado en Marzo 4, 2016).

Purvis, Katherine, and Catalin Trif. "The lakes of the world are disappearing – in pictures". *The Guardian*. Diciembre 9, 2016. <https://bit.ly/2hcoQug> (citado en Enero 31, 2017).

Qobilov, Rustam. "Cómo la industria soviética del algodón se bebió un mar entero". *BBC Mundo*. Febrero 25, 2015. <https://bbc.in/2P97m3f> (citado en Enero 31, 2017).

Quintanar Reyna, Erik. *Zoópolis. Parque Zoológico Ecológico Texcoco*. Tesis, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1996.

Radiografía Informativa. "Más de 1,000 familias desplazadas por la CONAGUA marcharán desde Texcoco hasta el DF para exigir justicia". Marzo 8, Abril. <https://bit.ly/2KuGRql> (citado en Abril 18, 2016).

Ramírez, Bertha Teresa. "Torre de perforación para extraer agua en DF, dañina al medio ambiente: experta". *La Jornada*. Febrero 1, 2015. <https://bit.ly/2luF6XI> (citado en Julio 11, 2015).

Ramírez H., Víctor Hugo. "Chimalhuacán apoyará desalojados de Hidalgo y Carrizo". *Alianzatex*. Mayo 11, 2012. <https://bit.ly/2UeaGuQ> (citado en Abril 18, 2016).

Ramón, René. "Ejidatarios de Atenco pedirán a Fox debate público". *La Jornada*, Febrero 3, 2002.

Ramonetti, Ariadna, entrevistada por Adriana Salazar. (Marzo 24, 2016).

Restrepo, Iván. "El fin de un proyecto ejemplar". *La Jornada*. Septiembre 12, 2016. <https://bit.ly/2cHuXVk> (citado en Septiembre 14, 2016).

Rivera, José Eustasio. *La Vorágine*. Ciudad de México: Tono, 2009.

Rojas, Paola. "Desalojo en Texcoco por riesgo a inundación: Conagua". *radioformula.com.mx*. Abril 27, 2012. <https://bit.ly/2UUm83s> (citado en Abril 18, 2016).

Román, José Antonio. "Sistemática política de despojo territorial en Edomex, denuncia ONG".

La Jornada. Diciembre 9, 2015. <https://bit.ly/1jOKZ1z> (citado en Julio 1, 2016).

Romero Sánchez, Gabriela.

“Grave, el problema del agua en el DF, afirma Federico Mooser”. *La Jornada*. Febrero 9, 2015. <https://bit.ly/2P6wVID> (citado en Julio 11, 2015).

Romero Sánchez, Gabriela.

“Pemex excavará pozos profundos en busca de agua para la ciudad”. *La Jornada*. Febrero 1, 2015. <https://bit.ly/2GkNk3b> (citado en Julio 11, 2015).

Royer, Hugo. “ciudad futura. lago de texcoco “. *Youtube.com*. Abril 27, 2012. (citado en Abril 2, 2016).

Sadr Haghghian, Natascha.

“Deshacer lo investigado”. En *En torno a la investigación artística. Pensar y enseñar arte: entre la práctica y la especulación teórica*, por Varios autores, traducido por Miguel Martínez-Lage, 29 - 43. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, 2010.

Salinas Cesáreo, Javier y René Ramón Alvares. “Cavarán en San Salvador Atenco zanja de un kilómetro”. *La Jornada*, Enero 3, 2002.

Salinas Cesáreo, Javier y René Ramón Alvares. “Desalojo de reserva federal en Texcoco deja 10 heridos”. *La Jornada*. Noviembre 25, 2012. <https://bit.ly/2UeNCME> (citado en Abril 18, 2016).

Salinas Cesáreo, Javier.

“Pobladores de Atenco presentan queja ante CNDH por NAICM”. *La Jornada*. Junio 19, 2016. <https://bit.ly/1tDmj23> (citado en Junio 19, 2016).

Sánchez, Mayela. “El NAICM: un sueño inmobiliario largamente preparado”. *sinembargo.mx*. Mayo 20, 2015. <https://bit.ly/1EjkiVu> (citado en Abril 18, 2016).

Sánchez, Sonia Hiedra.

“Legisladores dan resultado del Proyecto Rescate del Lago de Texcoco”. *asísuced.com*. Marzo 21, 2016. <https://bit.ly/2P6JIVj> (citado en Marzo 26, 2016).

Sanciprián, Alex. “El rostro de la pobreza endereza la voz y pide justicia, en el campamento Hidalgo y Carrizo”. *Reporteros en movimiento*. Marzo 9, 2015. <https://bit.ly/2DchRxY> (citado en Abril 18, 2016).

Sander, Hans-Jörg. “Nuevos estímulos de planeación en la zona metropolitana del DF”. En *México y sus perspectivas para el siglo XXI*, por Barbara Klauke, 267-276. Münster: Lit, 2000.

Sanford, Melissa. “The Salt Of the Earth Sculpture; Debating Intervention As Nature Does Its Work”. *The New York Times*, Enero 2004.

Santoyo Villa, Enrique, Efrain Ovando Shelley, Federico Mooser y Elvira León Plata. *Síntesis Geotécnica de la cuenca del Valle de México*. Ciudad de México: TGC Geotecnia, 2005.

Sicilia, Fabián y Jean Robert. “Contra el mega-aeropuerto”. *Proceso*. Enero 19, 2015. <https://bit.ly/2P3T1Fi> (citado en Abril 18, 2016).

Silva, Natasha R. y Ángel Plascencia. “Dos megaciudades, una crisis”. *El País*. Marzo 22, 2016. <https://bit.ly/2v3hu4E> (citado en Marzo 27, 2016).

Smithson, Robert. *Robert Smithson: The Collected Writings*. Editado por Jack Flam. Los Angeles: University of California Press, 1996.

Sousanis, Nick, Steve Dahlberg y Mary Alice Long. *Artist Nick Sousanis on the Power of Visuals (& Comics) on Learning & Creativity*. Junio 16, 2015. <https://bit.ly/2UYwqQc> (citado en Agosto 19, 2015).

Solís Castro, Raúl, entrevistado por Adriana Salazar. (Agosto 20, 2015).

Soto, Pedro, entrevistado por Adriana Salazar. (Julio 16, 2015).

Steinhauer, Jillian. “Curating the Traces Left by Undocumented Migrants”. *Hyperallergic*. Marzo 4, 2013. <https://bit.ly/2Ky6HKp> (citado en Febrero 6, 2017).

Steyerl, Hito. “¿Una estética de la resistencia? La investigación artística como disciplina y conflicto”. *eipcp: european institute for progressive cultural policies*. Editado por Marta Malo de Molina. Enero 2010. <https://bit.ly/2Iv12So> (citado en Diciembre 3, 2014).

Stalker. Dirigida por Andrei Tarkovsky. 1979.

Taussig, Michael. “Dying is an Art Like Everything Else”. *Critical Inquiry*, no. 28 (2001): 305-316.

Taussig, Michael. *My Cocaine Museum*. Chicago: The University of Chicago Press, 2004.

Taussig, Michael. “Fetishism and Dialectical Deconstruction”. En *The Devil and the Commodity*. Fetishism in South America, 2-11. The University of North Carolina Press, 2010.

Taussig, Michael. “The Stories Things Tell And Why They Tell Them”. *e-flux journal*, no. 36 (Julio 2012).

Taussig, Michael y Bernd M. Scherer. “The Anthropocene Project. An Opening”. *Youtube.com*. Enero 29, 2013.

<https://bit.ly/2X141pM> (citado en Marzo 30, 2016).

Temblores en México.

“Sismo del 85”. <http://www.tembloresenmexico.com/index.php/sismo-del-85> (citado en Abril 19, 2016).

Teorema Ambiental. “Proyecto Ambiental Nuevo Texcoco México”. *Teorema ambiental*. Febrero 2002. <https://bit.ly/2IuLJcp> (citado en Junio 13, 2015).

Thibault, Harold. “China’s largest freshwater lake dries up”. *The Guardian*. Enero 31, 2012. <https://bit.ly/2P6DlBg> (citado en Enero 31, 2017).

Thorne, Sam y Patricia Thomson. “Ethnography in the art museum”. *Tate.org*. Noviembre 12, 2015. <https://bit.ly/2IzS46m> (citado en Marzo 20, 2016).

todotexcoco.com. “Anuncian entrega de predios a integrantes de Hidalgo y Carrizo”. Abril 20, 2015. <https://bit.ly/2Kv3tXS> (citado en Abril 18, 2016).

todotexcoco.com. “Desplazados de Hidalgo y Carrizo conmemoran el tercer aniversario del desalojo que sufrieron en 2012 “. Abril 28, 2015. <https://bit.ly/2G1SWdE> (citado en Abril 18, 2016).

Torrente, Virginia y Pablo Martín Pascual. *Estación experimental: investigaciones y fenómenos artísticos.* Madrid: Centro de Arte Dos de Mayo, 2012.

UNEP. “Lake Chad: almost gone”. *unep.org.* 2008. <https://bit.ly/2Z9xm3p> (citado en Enero 31, 2017).

Villamil, Jenaro. “El gran negocio del Grupo Atlacomulco”. *Proceso*, no. 1975 (Septiembre 2014): 6-11.

Warman, Arturo. “La reforma agraria mexicana, una visión de largo plazo”. *Food and Agriculture Organization of the United Nations.* 2003. <https://bit.ly/1Vbe7Bu> (citado en Abril 30, 2016).

Weizman , Eyal y Bernd M. Scherer. “Forensis. The Architecture of Public Truth”. *Youtube.com.* Marzo 25, 2014. <https://bit.ly/2Ue3vTB> (citado en Junio 20, 2016).

Weizman, Eyal. *Forensic Architecture.* 2011. <http://www.forensic-architecture.org/> (citado en Marzo 31, 2016).

Western Hemisphere Shorebird Reserve Network. *Lago Texcoco.* <http://www.whsrn.org/site-profile/lago-texcoco> (citado en Abril 18, 2016).





Sobre la autora

Adriana Salazar (1980 -)

IG. @adrianasalazarvelez

www.adrianasalazar.net

Artista visual, escritora e investigadora colombiana. Actualmente vive en la Ciudad de México. Su trabajo circula entre diversas disciplinas y saberes, poniendo a prueba los límites de ciertas oposiciones: lo vivo y lo inanimado, lo artificial y lo natural, la teoría y la práctica. Desmontando estas divisiones ha surgido en ella un interés por la escritura como una manera de capturar realidades que son a la vez conceptuales y materiales. Es doctora en Arte y Diseño por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), maestra en Filosofía de la Universidad Javeriana de Bogotá y licenciada en Artes Plásticas de la Universidad Jorge Tadeo Lozano de la misma ciudad.

Ha exhibido sus proyectos artísticos en espacios como el Centro de Arte Contemporáneo Passerelle (Francia), el Kunstmuseum Heidenheim (Alemania), el CA2M (España), Havre-

magasinet (Suecia), el Instituto Pratt (EEUU) y el muca-Roma (Ciudad de México). Ha participado en la Trienal de Nuevos Medios (Beijing, 2014) y la Trienal de California y el Pacífico (California, 2013), entre otros eventos. Ha realizado residencias artísticas en lugares como Grand Central Art Center en EEUU, Akiyoshidai International Art Village en Japón, Nordik Artists' Center en Noruega y la Royal Hibernian Academy en Irlanda. Sus obras forman parte de la colección de MARCO (México), UCR ArtsBlock (California) y el Banco de la República (Colombia). Adriana Salazar ha sido docente en el programa de Artes Visuales en la Universidad Javeriana y la Universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá, y ha contribuido en publicaciones académicas y artísticas como Islario (México), Errata# (Colombia) y OAR (Universidad de Oxford).





Enciclopedia de cosas vivas y muertas: el lago de Texcoco
se terminó de imprimir en el mes de Septiembre de 2019
en los talleres de Offset Rebosan S.A. de C.V.
Acueducto 115. San Lorenzo Huipulco, Tlalpan.

La corrección estuvo a cargo del equipo Pitzilein Books.
La composición del texto se hizo en tipos Adobe Garamond Pro
(Claude Garamond), de los títulos en Caslon Antique (Berne Nadall) y
se utilizaron ornamentos Bodoni Ornaments (Giambattista Bodoni).

La autora, la editora, la diseñadora y demás miembros del
equipo de esta enciclopedia agradecemos
a la Fundación Jumex Arte Contemporáneo
y al Ministerio de Cultura de Colombia
por facilitar la llegada de esta edición a las manos del lector.

allthingslivingallthingsdead.com

* FUNDACIÓN JUMEX
ARTE CONTEMPORÁNEO



LAGO DE TEXCOCO (LAKE TEXCOCO)

ESTADO DE MÉXICO (STATE OF MEXICO)
CIUDAD DE MÉXICO (MEXICO CITY)

Ruta migratoria
(Migratory Route of North America)

Tenochtitlan
Zócalo
(Central Square)

Acropuerto Benito Juárez
(Benito Juárez Airport)

Lago de Texcoco hacia 1500
(Lake Texcoco circa 1500)

México

El Norte

Benito Juárez

Benito Juárez

Benito Juárez

Benito Juárez

Benito Juárez

Benito Juárez

Benito Juárez

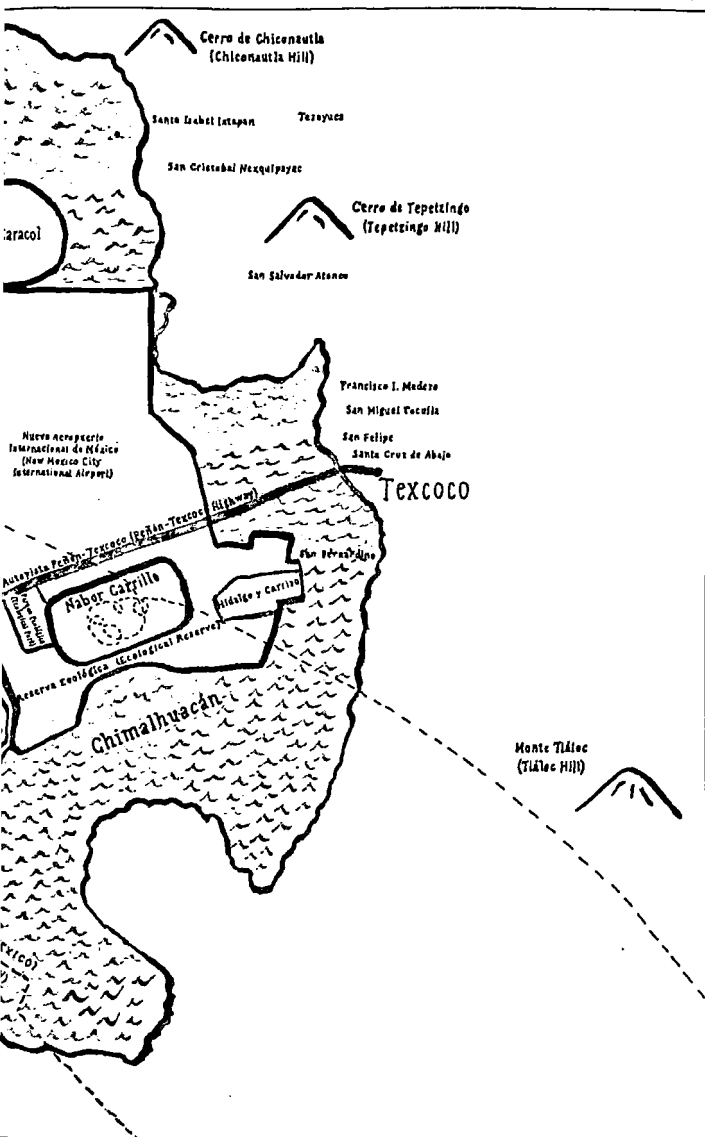
Benito Juárez

Benito Juárez

Benito Juárez

Benito Juárez

Benito Juárez



Por favor insertar

El 28 de octubre de 2018 se cerraron las urnas de una consulta pública convocada por el presidente electo de México, Andrés Manuel López Obrador. En todo el país, cientos de cajas improvisadas en esquinas, garajes y estaciones de metro recibieron los votos que, al sumarse, determinaron la suspensión del proyecto aeroportuario ya cimentado en los terrenos del lago de Texcoco: el Nuevo Aeropuerto Internacional de México (NAIM). La efectividad de la consulta fue garantizada por decreto presidencial. Entretanto, las líneas del presente texto se tachaban, doblaban y estiraban en el ejercicio acrobático de la corrección de estilo. El 6 de junio de 2019, mientras las páginas de esta edición de la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas: el lago de Texcoco* se preparaban para ser impresas sobre hojas de papel, un juzgado del estado de México revocó el decreto de cancelación arriba mencionado: 146 reclamos de ciudadanos inconformes se apilaron sobre el escritorio del juez encargado, quizás desbordando la superficie de su escritorio. Sobre el terreno lacustre, las obras del aeropuerto que en meses anteriores carcomían rápidamente las cumbres de los cerros circundantes y succionaban el agua del vecino lago Nabor Carrillo, permanecen ahora como objetos de litigio. Ahí siguen, sin avance, mientras esta enciclopedia deviene libro.

A.S.

LAKE Texcoco:
ENCYCLOPEDIA
OF THINGS
LIVING AND DEAD





Copyright © 2019 by Adriana Salazar Vélez

All rights reserved. Published in Mexico by Pitzilein Books.
This project was supported by Fundación Jumex Arte Contemporáneo
and the Colombian Ministry of Culture.
fundacionjumex.org

Lake Texcoco: Encyclopedia of Things Living and Dead

Book design by Nobara Hayakawa
Copy editing by Carlos Benavides
Translation from Spanish by Carlos Benavides and José Luis Rico Carillo
Editor: Idalia Sautro

© Pitzilein Books
Allende 21 - 405 Col. Centro
Del. Cuauhtémoc. C.P. 06010
Ciudad de México

First edition, September 2019
ISBN: 978-607-96389-9-3

allthingslivingallthingsdead.com

**LAKE Texcoco:
ENCYCLOPEDIA
OF THINGS
LIVING AND DEAD**

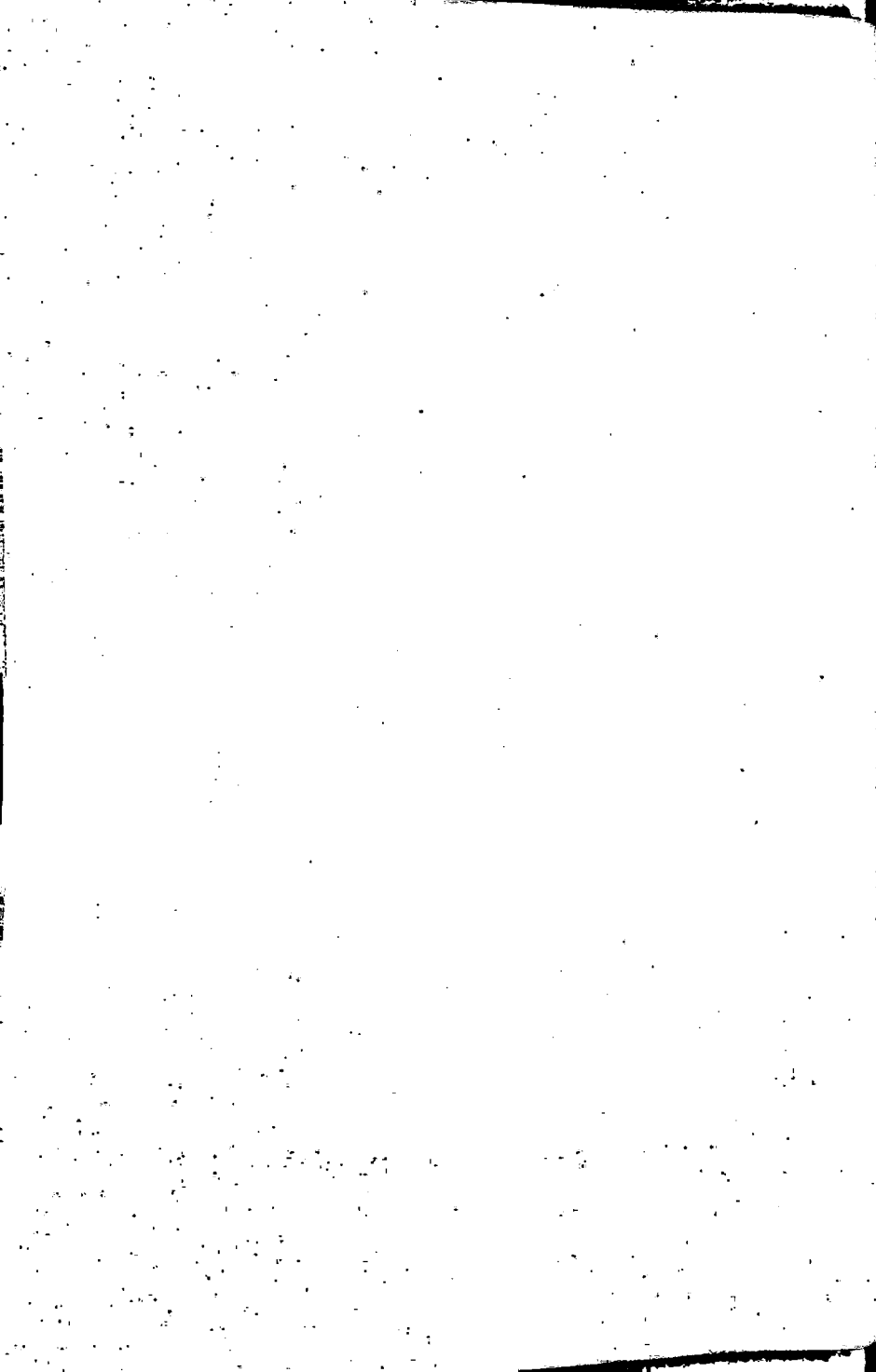
Adriana Salazar Vélez





Contents

Acknowledgements	7
Introduction	9
Index	27
 Lake Texcoco: Encyclopedia of Things Living and Dead	 37
Bibliography	185
About the author	203



Acknowledgements

This project is partly a collaborative endeavor, and the result of different voices and worldviews. I'm especially grateful to Ernesto Carrillo for his companionship and deep knowledge of Lake Texcoco's land. I'm also grateful to Raúl Solís for opening the ancient lake's doors to me and my team; to Edgar Morales for lending me his maps and for sharing his experiences in the basin; to Carlos Benavides for the notes, commentaries, and corrections that clarified the ideas here presented; to Esther Rivas and Adriana Kozub for being my accomplices and tireless colleagues in the exploration of the lake lands, and for believing in the project when its shape still wasn't clear. A warm thank you to Iván Mejía, Elia Espinosa, Alberto López Cuenca, and Juan Manuel Marentes for reading the encyclopedia's manuscript, for

building bridges between this world and the academic realm, and for defending modes of knowledge that operate in the margins of certain disciplines. I'm also grateful to Adriana Ramonetti for showing me what happens on the other side of the wall; to the People's Front for the Defense of the Land in Atenco for allowing me to accompany their long defense of the lake in its last stage. Thanks to David Gutiérrez and Cecilia Delgado-Masse for opening a discussion space for this encyclopedic project, by latching it onto the Animist Museum of Lake Texcoco. I'm also grateful to the readers who nourished this encyclopedia in different ways before it became a book: Patrick Murphy, Ruth Carroll, Fabián Gutiérrez, Srdjan Tunic, and the students at the curatorship workshop I had the joy of teaching, at the National School for

Higher Studies in Morelia, Mexico.
A special acknowledgement to
Nobara Hayakawa, José Luis Rico,
and Idalia Sautto for giving material
shape to this project for the first
time.

Finally, I want to express my
gratefulness to Fundación Jumex
Arte Contemporáneo and the
Colombian Ministry of Culture.
Their support allowed this project
to see the light of day.

Introduction

East of Mexico City there is a lake that lost its water more than 40 years ago, but is still called a lake. Its name is stated unequivocally when it appears in national newspapers, or when written on the traffic signs by the road that halves its basin today. It is not called "land": it's always called a "lake" in spite of being dry and populated by an alternate materiality. Just like any deceased relative, this basin made of salt and soil has required a mourning that stretches along in time: in the middle of its "home," now cold and covered with dust, its name is still uttered. The sound of these letters ring unanswered in the hollowed-out lake, as if said where a newly-deceased body lies, under the watch of the living: to call it a "lake" makes its absence more evident, like the summoning of a ghost.

Lake Texcoco was the biggest body of water in Central Mexico when Hernán Cortés sighted its shores from the distance, mistaking it for an "inland sea" (Cortés, n.d.). To exert domination over these lacustrine lands, the Spanish colonizers settled on the ruins of Mexica temples and houses. They built a new city exactly on top of Tenochtitlan, which was in turn erected on an island in the middle of the great lake. Mexico City emerged from this overlapping and displacing operation in the course of the 16th century, and in following centuries expanded beyond the island, into the lake, using the same conquest rationale. Lake Texcoco was equally subsumed, confined, and reduced as the capital grew. Towards 1971 the basin was already completely dry, as a result of a gradual process of induced desiccation.

If we made the experiment of juxtaposing a map of the current area of Mexico City on a hydrographic map of the same region towards 1500, the water would cover almost all metropolitan constructions, from Lindavista in the far north down to Coyoacán in the south; from the edge of the Chapultepec Forest in the west to beyond the Benito Juárez Airport in the east, flooding everything up to the entrance of the city of Texcoco. Its salty water would cover it all, swelling, stretching its shores every year during the strong rains that still pour on the city between June and August. However, if today we looked at the same (previously lacustrine) area from the sky, we would see a series of lands with topographic features radically different from one another: some arid plateaus with jagged borders stand out, sometimes revealing areas that engulf others with their dense heaps of buildings, or patches cut out in orthogonal quadrants by wide highways.

Historically, the fight between humans and land in the basin was caused by the Spanish enterprise, but initially driven by the arrival of the Mexica people to the Valley of Mexico (Espinoza, 1996)—although

their vision was entirely different from the European one. Lake Texcoco stopped being a mere geographical point in Central Mexico ever since, to become a space packed with multiple territorialities and changing borders. In it, different social, political, economic, biological, and geological feuds converge: at the outset, the Mexicas founded the city on an island. The insular land was broadened by diverse engineering strategies, establishing accords between the new dwellers, the lake, and its creatures. This city was later buried by another city, bringing along multiple modes of violence, exerted on the previous residents and imposing a new set of relations between water, soil, and humans. The ensemble coexisted with the water in a frail balance, surrounded by a lacustrine body that constantly grew and waned. Once this juxtaposition of cities was completed, Lake Texcoco's native modes of existence came into conflict with the new ones, unleashing irregular processes of urban expansion and disarrayed projects to channel the saline water. Rapid changes were induced in relations long-established by the first inhabitants between humans, water, land, construction, plants, animals,

and other life forms. In this sense, the loss of lake water could be considered the most persistent feud between the entities resulting from the human occupation of this complex geography.

The struggles triggered by the lake's desiccation take up a miniscule segment of time (1971 to date), compared with the period stretching from the arrival of the first humans to this valley up to the disappearance of the lake's water. However, these struggles have been intense and enormously consequential for the city and the surrounding areas. These struggles are framed by the aridity of a flat, salty plateau constantly thriving for its regeneration. This strife implies many agents and forces: new vegetal and animal lives attempting to find a path in the aridness; persistent shifts of a land in subsidence; sand storms that rise over the lake bed, spilling beyond it; urbanizing forces that fraction the lake's confines into multiple patches; encroaching industrial developments; political disputes pressuring the ancient shore to the point of bursting; demographic explosions of a city that demands an outlet for its waste, throwing it into the empty basin. By happening and

overlapping, these struggles fracture the lake into multiple pieces.

How may we understand the state of a place transformed radically (from lake to desert), and then torn to fragments?

The first centuries of the feud between the lake and its conquerors has been amply reviewed by historians, archaeologists, and anthropologists. Such research was incorporated to the narratives of Mexican history: the arrival of the Spanish brigs, the destruction of the Nezahualcōyotl dam, and the construction of the Nochistongo Ditch and the Great Canal, among other events. It was the latter that displaced the last gallons of salty water out of the lake basin. However, the events taking place in the course of the last forty years have complicated the formation of a unified narrative around this "territory." There are several events in this category: the walling-off of the place (after the intentional desiccation) as a federal area under the protection of the Mexican government; the ensuing fractioning of the lake's soil, resulting from the multiple abovementioned disputes; and, more recently,

the construction project for the New Mexico City International Airport, meant to stand in these premises. These three situations alone already seem to belong to different realms: any inquiry about the current conditions of this land will derive in a set of dissimilar bodies of research, each addressing one aspect. For example, in the national newspapers there can be found articles presenting partial accounts of the protests by communities located on the lake's eastern border, as well as contradictory or incomplete reports of the progress and challenges of the airport's infrastructure. Similarly, in the archive of the National Water Commission (Conagua) there are isolated reports and documents, presented as versions of a reality that changes substantially from government to government. Additionally, some research has come out recently about specific aspects of this basin, produced from different academic areas including, among others: urbanism studies of the ground's topology; anthropological research about the communities residing in the eastern area of the ancient lake; geographical inquiries yielding prospective maps about the development of the airport complex on the terrain. On the other

hand, the lake's ground has changed swiftly, politicized, and transformed in ever more radical ways, erasing from its surface everything that sets foot there. As a result, the information about Lake Texcoco's recent past has been presented in the form of disparate data, reports, and studies. Some of them contribute to the comprehension of the basin's mutations, but they're most often separate instances with voids in between.

The information produced about this land doesn't allow us to grasp it as a whole. However, when paying attention to the multiple gradients of the ground, to the creatures living in it or passing by, to its shifting borders, or to the flux of materials constantly incorporating to the land or spilling out from it, you can see the lake itself operates a resistance against most definition attempts—either lagoon, lot, territory, reserve, or any other preexisting category. Among other aspects, such resistance affects the coinage of a unified concept for "life," as it unfolds in this land. The desiccation wiped out every lacustrine ecosystem from its surface. It also fostered different "lives," which appeared as the lake changed: some of these lives existed before the water,

hiding under the ground in the shape of mineral strata; others arrived as foreign species that slowly adapted and repopulated entire spans of salt-petery ground; some arrived in this realm, finding a temporal refuge in it, only to migrate and leave a few traces behind; others existed briefly like human settlements, hastily demolished and reconquered by non-humans; a few life manifestations appeared after the infrastructure works, hosting new ecosystems within them (regulating vessels, animal stables, crops, fish farms, landfills); others only existed potentially, in the form of non-executed projects (housing units, a water park, a zoo).

Just like the lake's transformation initiatives seem to come from different realms, each one of the vital phenomena could belong to different and unrelated geographical enclaves. Sometimes these life forms appear undistinguishable from the artificial human interventions that have taken place in the basin. In the lake land, many relational systems between creatures, constructions, and patches of land have coexisted, collided, and emerged (sometimes briefly, sometimes intermittently). The same is true for diverse exchange and

negotiation scenarios between humans, plants, and animals; and also for situations where something inert animates in some way or some living thing decays to the point of vanishing. Therefore, the current state of this basin doesn't only evince the difficulty of apprehending its fragmentary character or the scarcity of information leading to the articulation of the different fractions. It also obstructs the use of univocal categories like "life" or "nature" in grasping it.

Attempting to subsume the pieces of this territory, desert, lot, *ejido*, wetland, park, reserve, landfill, airport, along with its multiple (undergoing) transformations inside one single abstraction, one single hierarchy, or even a lineal text, may result in a thwarted effort. In the first place, no single knowledge institution is claiming these matters as belonging to its purview. Although academia is observing certain aspects of the current Texcoco basin, linking apparently unrelated elements within an analysis (Ramonetti, 2016; Geocomunes, 2017), academic institutions in Mexico haven't opened curricular or research space to foster the simultaneous observation

of disparate components and shifting standpoints. This would perhaps be a valid approach method to account for this geography's complexities.

In second place, some academic fields—such as archaeology—are spawning studies that examine the elements comprising specific sites—apparently dead and scattered bits and objects (Gándara, 2016). These bits are scrutinized as evidences of complex systems previously built by diverse human and non-human forces. However, both the notion of patrimony and the archaeological practice in Mexico evince some limitations by situating objects in remote chronologies (from before the arrival of modernity to the Mexican territory). This is at least true of the divulgation component of these endeavors. The notion of patrimony is actualized by the institutions managing the visibility of archaeological findings (museums), often by granting more presence to some findings over others. This practice privileges some versions of the past over others: Mexico's National Anthropology Museum, for example, displays the Aztec culture's pieces in its central nave. From this architectural position, in addition to

the layout of the relics, the museum posits an "origin narrative," a univocal line articulating history, and, therefore, offering an interpretation of the territorial transformations of this nation. In this setting, the scattered, incomplete remainders and narratives referring to the last decades of Lake Texcoco would be insufficient to coalesce into an academic object of study: they're too recent to be part of History. At the same time, they're located outside the guidelines endorsed by the institutions digging, collecting, managing, and displaying the patrimony (Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, 1972). From these barriers Lake Texcoco builds against univocal narratives, the opportunity emerges to tell a story about its fragments, and to build a new frame which would contain them, allowing them to exist as such. That's why instead of attempting to situate such remainders, fragments, and narrations on the lines of research in the humanities (art history, archaeology, anthropology, among others), these could be pushed to the open field of *artistic research*.

I call the present text *artistic research*, because it answers to particular

epistemological needs (fragmentariness, present time, and the dynamic character of the lake), which could be addressed in a long-winded *research*. I call it that because it answers to the characteristics of the *art* field (one of the field this text writes, produces, and projects itself into).

As research, this work is framed by a doctoral thesis: therefore, it found itself involved in negotiations between a series of institutional norms, a need of fragmentariness demanded by the lake, and an experimental character aiming to latch the present text to certain artistic operations. Besides, this initiative aspires to render readable and valid a personal approach to knowledge, by placing it in relation to scientific or humanistic fields, without subordinating to them. Framed (though not exclusively) by the academic space of an art school, this encyclopedia will also point out to a separation between theory and practice within certain art education programs: the text filters through and hovers around this divide. In such programs, practice—understood as a set of knowledge applied to the production of art—frequently leads to a series of “tangible” results validating

the professionalization of art as a “specialization.” In this perspective, art objects would have a specificity, since they’re not of practical value like design products, nor are they purely intellectual constructs like those in the humanities. Under this dichotomy, theory often works as a supplement for art education, offering leverage and reinforcement to practice—it enables “practice” to adhere to the formal requirements of knowledge as regulated by university institutions (Grande, 2013). The *Encyclopedia of Things Living and Dead* dwells on the rifts between this kind of practice and this particular use of theory.

I also resort to the term *artistic research* since this encyclopedia participates in the debates about the articulation of *art* and *research*, and a critical examination of certain artistic endeavors: such productions are at odds with the contemporary economy of knowledge (Sadr Haghghian 2010, 32-33). Some of these discussions center around production modes emerging inside art academia: as mentioned above, these institutions can spawn disputes between the homogenization injunction of a certain regime

of knowledge production and the demand for singularity, "disobedience," and openness proper of artistic practice (García, 2010). Other discussions examine the role of writing in art production: montage, essay, cut-up, among other experimental modes of writing, may activate "fact-fabricating" methods, thereby erasing the border between reality and fiction, or theory and practice (Fernández, 2013). Certain discussions seek to review the relation between power and knowledge, or between art, knowledge, and conflicted settings (Steyerl, 2010). Within these discussions, potential intersections between art, science, and political action are formulated. These intersections hark back to the early 20th century, and were at work in the rollout of different social and political struggles around the globe. These discussions also point to some artistic research methods that have resulted in scientific findings (like factography or the Soviet kino-eye), as well as appropriated and reinterpreted scientific methods ushering in potential horizons of interdisciplinary collaboration. These and other discussions have pivoted around this polemical couple of terms, *art* and *research*, which make up a porous, open, still malleable territory.

Assuming the duties of the artistic researcher, I have walked across this dead lake, this living desert, literally and figuratively moving along the interstices between bit and bit. I have become involved in these processes, an interlocutor to the humans that frequent and intervene it. I've made an inventory of the life forms sprouted there. I've scratched the ground's surface, gathered rubble that has lied in it for years, cleaning up piece by piece. When the bits seemed too scattered, I've acted as a binding agent. I've also functioned as an investigator, spending hours in the dusty archives of the National Water Commission, reading one by one projects which aren't usually read (and were never realized). I've put together truthful or sometimes contradictory news article collections, maps showing inconsistent terrain demarcations. I've usurped the processes of other disciplines when these helped making sense out of a piece, when they endowed me with rigorous parameters to defend the importance of my task (the most useful were perhaps archaeological excavation, ethnography, and literary writing). I've used experience and affect as research methods and information sources.

In this quest, I've discovered that academic writing turning up in articles or monographs isn't necessarily the only approach to a problem, to a context, or a research. Besides, I've found those fields I was borrowing methods from possess a tradition of open research, of fragmentary writing, of practices that stretch across fields: my research was nurtured by all of them. In this path across Lake Texcoco, some of the texts, research, and "toolboxes" accompanying me are fragment-research, fragment-texts, or fragment-projects in their own right: the *Arcades Project* (Benjamin, 2013), *A Lover's Discourse: Fragments* (Barthes, 1993), *Staying with the Trouble* (Haraway, 2016), *My Cocaine Museum* (Taussig, 2004), *Species of Spaces and Other Pieces* (Perec, 2000), *An Attempt at Exhausting a Place in Paris* (Perec, 2014), or *The Center for Land Use Interpretation* (Coolidge, 1994) are some examples of fragment-research operating transversally between disciplines, latching together different contexts, allowing the coexistence and conversation between diverse elements in one single realm of thought. In this initiative I've called artistic research, the philosophical, ethnographic, literary, and critical

theory texts coexist as sources with equal standing vis-à-vis interviews, newspaper material, archive documents, some initiatives located in the art-science intersection, and some texts polluted by images: each reference has informed me about a different mode of knowledge production. Additionally, the conversations with Mexican government engineers or residents of the towns in the Texcoco region, during the exploration of the lake lands, have built up throughout the various visits, adding rumor and anecdote to the texture. These conversations are insights to the dynamic, intimate relations with the land that mere texts can't provide. Materials collected during the visits to the basin, those "pieces of pieces" of the lake, are also carriers of trustworthy information: a *tezontle* stone, a shard of glass with salt crystals, and even a chunk of wall, make up the stuff of the several waves of the lake's colonization. They're also the evidence of its collapse. The sensations experienced on site also produce a type of irreplaceable knowledge: temperature, odors, and sounds point to the differences between one place and the other, becoming identification traits.

All of these exploration modes, from the most scholarly to the most vernacular, converge as equal in this project. Situated in current-time Lake Texcoco, both the information sources and the research methodologies are encompassed by the fragment-rationale: each bit of this place requires a specific approach; each bit demands particular methods for its identification and understanding. In addition, they all have a space in this field now called "art": a field that brakes ranks with academia to avert the binds humanities impose on it sometimes, while also seeking refuge in academia to escape the constraints created by the market. Closer to Klein's bottle (a shape whose exterior is also its interior) than to a demarcated surface, this field requires each of its research pieces to produce its own parameters, outlets, and external shapes.

To this end, I put forth the *Encyclopedia of Things Living and Dead* as a carrier of Lake Texcoco's data, lexicon, and character: an exercise of appropriation of a knowledge methodology; a set of particularities framed by a container of totalities. This text has been written with a certain poetic license in its struc-

ture, but accurately and carefully when addressing its contents. The infinite container represented by modern encyclopedias under the promise of "total knowledge," compartmentalized under the arbitrary order of the alphabet, might seem today an anachronistic approach to the problem of knowing: in the current planetary order, recent events have revealed the limits of certain hegemonies, and the old centers of power crumble while new centers emerge rapidly. In this setting, the idea of totality seems increasingly questionable. The acknowledgment of this conjunction fostered the idea of a particular reconquering of the encyclopedic format.

As mentioned above, after the lake's water disappeared, the Texcoco basin blew to pieces. Each one of the pieces was endowed with different features: the desert, the *ejido*, the city, the landscape, the office, the pier, the campground, the landfill, the highway, and the airport are some of these pieces, which constituted distinct sites. I've also mentioned that the spirit of this research doesn't privilege one methodology over the others, nor some sources

over others. The elements composing each bit are in turn extremely particular, demanding therefore a description of their specificities: waste, rubble, mud, grass, soil, ground, or human (among others) acquire a punctual meaning in this context, which they lack outside of it. Therefore, they can't be indebted to the places, the methods, or the sources. All these conjoined elements produce this fragmentary knowledge the place requires: none can be prioritized or become another's subset. Thus, the ambition of this encyclopedic "whole" and its alphabetic organization of knowledge, in a succession of entries describing that which should be known, was exactly what allowed me to find a horizontal framework for my inquiry. It was this that opened the space for all the elements belonging to this research on Lake Texcoco, without imposing them on one another.

Traditionally, an encyclopedia is made of articles written in a language deprived of a subjective voice. It tells us what the things of the "world" are like, what matters are knowable or important. A re-conquest of the encyclopedia as proposed here, situated both geographically and politically

in a place (Lake Texcoco) and in a time (a present where the past turns up intermittently), speaks of its contingencies, evinces its specificity. It does so from the bias of a gaze that speaks in many voices: ethnographic writings, literature, experimental chronicles, and writing as a practice belonging to the visual arts. The latter is a Klein-bottle-field of sorts, heir to a tradition of manifestos, of word and image overlaps, of discourse appropriations, of the word's use as a symbol or an image.

When sharing the challenges imposed by Lake Texcoco's fragmentary condition with colleagues and researches from other fields, I've found interlocutors from the most diverse backgrounds. They all speak the dialects resulting from a wealth of cognitive capital, crystallized in innumerable linguistics specificities: this encyclopedia has had to honor the language of the geographer, the engineer, the poet, the journalist, the anthropologist, the artist, the archaeologist, the philosopher, and the museum curator, so as to appeal to all of them. Additionally, the writing style here proposed is linked to other (hybrid, unclassifiable, or "untamed") languages, for it emerged

in an intermediate space between the art circuits and academia.

The diverse writing styles mentioned above reveal the need for multiple translation exercises, operating more tactically (dynamic, accommodating, circumstantial) than strategically (endowed with an a priori vision of the potential findings). Situations must be approached sometimes with the closeness of the first person. On occasion, distance should be established by a technical description. In other cases, a territory full with accidents can only be covered by a phenomenological detour. Each "writing tactic" answers to the character of the object it attempts to translate, displaying the elements that constitute the open, broken universe of Texcoco's basin in a spectrum spanning from the concept's immateriality to the sturdiness of a building. Sometimes, when placed in relation to certain elements, concepts can seem solid, and rocks, vapory. The translation I'm referring to couldn't reproduce Lake Texcoco's traits "as such": in this regime of writing tactics there is no place for the production of objective images, since this realm (and the multiple space-times sheltered by it) is changing and

fragmentary, as explained above. There isn't any objectivity here either, since the act of translation itself (from one language use to another, from one field to the other, from one temporality to the other) always implies a modification, a displacement, a partial approach, a taking of sides: translating is understood here as the exercise of producing an autonomous form, intimately bound to an original event, but radically different from it (Benjamin, 1997, 155). The author of these lines makes use of a particular—socioeconomically shaped, politically oriented, geographically located, historically situated—language. It is an embodied language: I write here from a specific body moving through the lake ground within the limits of its strength, measuring distances accordingly, devising tactics and recombining words in frequencies synched with concrete circadian cycles and heart rates. In turn, these systems are affected by altitude, weather, and air quality (among multiple factors).

One of the abovementioned writing tactics appears in the form of a first-person narrator: there is an "I" operating as the interlocutor of

a conversation, the field trip explorer, the observer of phenomena, or the producer of a particular contrivance about the future of an endangered site. Under the apparently simple change of pronoun, a text can go from the third to the first person and thus reveal its translation exercise, its artifice: there is someone writing, generating the voices and their differences, producing the facts registered in the "encyclopedic" entries. As exposed above, Lake Texcoco posits a blurred divide between nature and artifice. This trait permeates the writing on the subject, and thus casts the narrator as yet another phenomenon stuck to the salty lake ground, to the failed projects, to the rocks. In some texts, the narrator appears as a point of departure giving way to other phenomena, a trigger for stories that tell themselves once the voice disappears. In any case, this narrator isn't confessional, biographic, or self-referential: this "I" is more exactly a *narrative function* pertaining to the tactics the encyclopedia deploys to account for the basin's complexity.

In accordance with those blurry divides between writing styles, narrations, and translation in this

encyclopedia, some entries are written in a "first person" different from the one I just called *narrative function*. They give voice to an apparently inanimate element: water, concrete, ruins, or salt. These entries address elements in some way present in all the land's partitions, as agents of constant transformations, constantly spilling out of the lake's borders. In this particular set of entries, *translation* appears as a voice that speaks for itself, self-describing as a force capable of affecting the apparently "objective" material realities of the basin. This voice highlights the text as another constitutive element of the lake.

Each encyclopedic entry written here presents an element proper to the lake's materiality, a political or juridical concept at work in the place, a notion resonating in it, a reference informing its universe, or a word that points to the decisions made during the inquiry's processes. They are all organized under the arbitrary injunction of the alphabet, adapted also from modern taxonomies: dictionaries and encyclopedias driven by an all-encompassing spirit make use of indexes, tables, and other taxonomies to establish a hierarchy

while homogenizing the classified objects. Here, more than imposing an order, the alphabet's indifference opens different reading modes, casting the *Encyclopedia of Things Living and Dead* as a consultation tool: the reader may travel through the entries starting from any point, skipping unexpectedly, reading a single entry at random, or following it from Z o A, or looking into the index in search of the meaning a specific word takes on in this vanished lake.

Thus, this structure—seemingly a rigid container—is really a rhizome (Deleuze and Guattari, 2008, 9-45): in it, it is possible to jump between non-consecutive entries, producing a different “whole” in every reading. To this purpose, the *Encyclopedia of Things Living and Dead* requires an attentive, productive, creative reader: for lack of a unifying thread, an argumentative direction, a unitary object, or even a single writing style, the reader is appointed to piece the lake's bits together. In the same manner, the reader is asked for openness and a complicity spirit in order to understand a fragmentary multiplicity, since the “whole” will never appear as a result of the attempted recomposing of the pieces, regardless of the method.

The alphabetic order also implies that in this encyclopedia's criteria (no presence of chapters, sub-indexes, or conclusions) all elements are equally important: in accordance with this horizontal principle, all footnotes or quotations have been deleted. The references have been concentrated in a section called *References, documents, relations, and conversations*. This section encompasses newspaper material informing about the most recent events in the lake; texts driving meta-cognitive reflections that intersperse the entries; writings orienting the methodological decisions spawning this container; findings that shape the tone of the writing; (audiovisual, visual, textual) materials that share a “familial spirit” with these entries.

Each entry is polluted, mediated, or molded by many of these references. If the latter were annotated as commentaries or bibliographical inscriptions on the foot or at the margins of each entry, they would spill over. They would grow like a creeper under the lines, forming a metatext demanding yet another system of notations and classification: a container inside another container, where the first one is already a

structure presenting enough methodological risks and challenges.

However, some companions in this journey deserve to be mentioned. Earlier, I mentioned some fragment-research cases that have been fundamental to frame the *Encyclopedia of Things Living and Dead* as a part of a set of initiatives that work with and from the discontinuous, the fractured. Ernesto Carrillo (2015) and Ariadna Ramonetti (2016) gave me a vantage point into Lake Texcoco from their respective interests and projects, allowing me to access settings it would have been otherwise impossible for me to discover. Hand in hand with Elizabeth Povinelli (1995), Donna Haraway (2016), and Arturo Escobar (2012), among others, I've learned to erase the line between artifice and nature in a more assertive manner, understanding how humans and non-humans (soil, plants, animals, tangible and intangible artifacts) can articulate into different systems. This strategy leads to proposing alternatives to binary categories. The term *non-human*, used frequently here, has been borrowed from Bruno Latour (1994, 2007, 2014). He has also accompanied me in this encyclopedic

task with his conceptualization of technical mediations as assemblages of human and non-human, as entanglements instead of mere devices. Donna Haraway (1998) has also been a fundamental companion in the conception of this encyclopedia as a container of certain strains of knowledge, due to her assertion that all knowledge is always situated and partial. Some travel companions have cast light over ways to re-posit the relations between the living and the inert, by reanimating the apparently obsolete, colonial, and essentialist concept of *animism*: Harry Garuba (2012), for example, proposes a view of animism as resistance to the dualisms that still prevail in many contexts. He defends a planetary vision in which the living and the inanimate are united. Arjun Appadurai (1986) has compiled a series of texts calling for a mapping of the objects' social life, as well as the construction of their biographies (Kopytoff, 1986). A defender of multiple animist perspectives, Michael Taussig (2001, 2010, 2012) conceives writing as a tool capable of conjuring "inanimate" objects so that these come to life, transformed by the power of language. The discovery of archaeological practices tackling

recent pasts and ephemeral or intangible “patrimonies” (Harrison and Schofield, 2009; González-Ruibal, 2014), has been important to think the materials, ruins, and rubble found in today’s Lake Texcoco as legitimate witnesses to its history. In the company of Stephen Muecke (2002) and Michael Taussig (2004), among others, I learned how to write in intermediate spaces between creative writing and academic writing, by erasing or warping the borders between them.

As an artistic practice, this compendium has built its own methods, has shaped its own container, molded its language. Operating in the spirit of manifold translation, the *Encyclopedia of Things Living and Dead* aspires to create an alternative to the definitions separating a subject from an object, an attempt at using language as plastic, pictorial, visual matter. Thus, with the purpose of treating each entry as an image instead of a definition, this collection doesn’t include illustrations to complement the entries.

Since this encyclopedia also pertains to the realm of art, the act of building, shaping, and molding can also

make an artwork out of it, regardless of the intangible and volatile character of the material undergoing these operations. This is true, even if its “artwork quality” is circumstantial and ephemeral. If we called it “artwork,” it could be thought that the *Encyclopedia of Things Living and Dead* involves the reader with requirements similar to those a sculpture demands from spectators today: an exploration of the space where it is located, taking notice of the features of the architectural space hosting it, or inviting them to look down when the piece comes off the pedestal. This encyclopedia, *qua* artwork, would situate us in Lake Texcoco and instate some strategies to navigate it; it would point to the spatiality proper to the lake; it would call upon us to observe the details of the lake bed, the ground’s morphology, that which rests on it—rubble, people, trash. Composed of “alternate” materialities, this artwork could be regarded (read) from multiple points of view. It could answer to the space where it is exhibited, the way an installation does; it could manifest through the object-quality of a book; it could populate the walls of an exhibition room from floor to ceiling, all the entries visible

simultaneously; it could be performed, read and instantiated in space, taking over it with the presence of voices only. It is also a *knowledge architecture*, where the encyclopedic form itself is structure and living space. Therefore, this encyclopedia could also pose as a space where the entries are curated and exhibited as if art pieces.

The experimentally encyclopedic structure hosting this set of entries doesn't close, the way the argumentative structure of an academic text does. It doesn't end the way a lineal narrative does, from point A to point B in a single direction. To this extent, I offer an open structure, which may grow and change as much as the place changes and throws in more elements to be reckoned with. Modern encyclopedias are edited and complemented constantly: even today, the last editions of *Encyclopaedia Britannica* receive new events, scientific discoveries, and political leaders. As the planet changes, things disappear, and new ones take their place; some things live and survive, while others perish. Some deceased things return briefly to life under the influence of a temporality that often coils into itself.

This encyclopedia originated by assuming that its "cognitive universe" is not what it promises to be: this fragment compendium refers to a lake which is no longer a lake, but rather (an)other place(s). By owning this, the encyclopedia announces an ample conjecture about what the names don't reveal, don't capture, fail to define. An encyclopedia like this one (or like the traditional collections of general knowledge it satirically and cannibalistically mimics) doesn't allow for conclusions, only for revisions, updates, multiple versions, and editions.

The door to the first edition of the *Encyclopedia of Things Living and Dead* stands open.

Index

Accident

In 1995 a plane crashed into
Lake Texcoco
39

Airport

The international airport:
throughout the globe, an
identical space
40

Agency

Volcanic rock shifts may help
us understand the idea of agency
41

Anima

A Walt Disney short film shows
how seemingly inert things take
on "life," human form, and a
moral character
43

Animism

Coined during the emergence
of anthropology, the word
animism is redefined
and actualized
44

Archive

The Lake Texcoco Archive,
in San Juan de Aragón,
Mexico City, shelters a
collection of forgotten,
dust-covered documents.
46

Archaeology

In the 1980's and 1990's,
two archaeologists found
pre-Hispanic relics jumbled
among the city's modern rubble in
Lake Texcoco
48

Artifice

Lake Tláhuac, in Mexico
City, disappeared overnight:
in this city, "artificial" water
bodies are also built overnight
49

Birdstrike

Birds and airplanes come into
conflict in coastal airports:
yet another challenge in the
construction of the New Mexico
City International Airport
51

Bond

Migratory birds, waste water,
and volcanic stone are dissimilar
bodies bound together in the
setting of an "artificial" lake
52

Boundary

Lake Texcoco's shore has
always shape-shifted, even today
53

Building

At the National Water
Commission building, decisions
are made about the distribution
of water and land in Mexico
54

Campground

The Hidalgo y Carrizo
campground for displaced
people stands next to Lake
Texcoco's land
57

Capital

The arrival of the sugar cane
industry to the Colombian
Southwest and the struggle
between the lake and the airport
in the Texcoco basin spawn new
forms of animism
59

Cartography

The complex political
geography of Lake Texcoco's
influence area demands the
creation of a different
cartographical representation
60

Cemetery

In 1983, an area in Lake
Texcoco's land was designated
for the building of a cemetery
62

Central Square

Mexico City's Central Square changes its shape and function as a series of events transforms it throughout the centuries
63

Ceremony

The ceremony of the sun's passage through the zenith in the municipality of Atenco attempts to protect the land from imminent urbanization
64

City

Today, Mexico City is a huge metropolis different from the first urban project founded along with the Mexican Republic: the Federal District
66

Commodity

All things become commodities when stacked in the shelves of a supermarket
68

Conagua

The National Water Commission: a public institution yielding before private economic power
70

Concrete

Concrete shows us what makes it different from soil, and shows off in the construction of the New Mexico City International Airport
72

Construction

Impressions on a derelict construction and the elements surrounding it
74

Coordinate

Northern Lake Texcoco transforms radically with the arrival of the new airport
74

Deer

A pack of New Zealand deer arrives to Lake Texcoco. The presence of these animals reinstates a distinction between the native and the foreign
77

Demolition

Evicted houses in the Hidalgo y Carrizo lot become rubble
78

Dereliction

Lake Texcoco Ecological Park:
a place built, then abandoned
80

Desert

The movie *Black Wind* was
filmed in Lake Texcoco, where
it appears as a desert landscape
82

Desiccation

A desiccated lake works as
a gauge of the damage caused
by human intervention in a
given region
84

Dispossession

The description of different
attempts at building the New
Mexico City International
Airport and its relation to the
town of Atenco evinces the
scope of dispossession
86

Ditch

Several ditches dug in Central
Mexico's lacustrine region have
attempted to drive water out
88

Duck

Ducks temporarily migrating to
the Nabor Carrillo Reservoir every
winter dwell on this recently built
regulatory vessel
89

Dust Cloud

In the late 1960s, dust clouds
wafted up from Lake Texcoco's
grounds, to then scourge
eastern Mexico City
90

Ejido

Communal rural property in
Mexico becomes privatized as
of 1992
93

Erosion

Some remarks on a patch of
eroded land
94

Fence

A wall made of cement and
metal demarcates the land of
the New Mexico City
International Airport
97

Flight

Aircrafts fly above Mexico City's atmosphere, carrying along the particles of the urban land's underground

98

Fractioning

The lot of El Salado inaugurates a land speculation mode that will predominate in the early 21st century in the entire Lake Texcoco region

100

Grass

Distichlis spicata radically transforms the soil of ancient Lake Texcoco

103

Grave

During the 1985 earthquake, unidentified bodies were taken to the Dolores Cemetery. The rubble of their houses, like graves, rests in the bed of Lake Texcoco

104

Hare

A hare is rescued by biologists in the premises of the New Mexico City International Airport. Then, it is freed by the shore of the Nabor Carrillo Reservoir

107

Highway

The Peñón-Texcoco Highway parts Lake Texcoco's land into two hemispheres

108

History

Archaeological sites in Lake Texcoco were scattered, and found deprived of history, just like the rubble in the Hidalgo y Carrizo lot

110

House

A heap of rubble in the Hidalgo y Carrizo lot reveals traces of a human settlement

111

Human

A National Water Commission engineer becomes part of Lake Texcoco's ecosystem, where he works

112

Hum

Moments of silence in Mexico City are always saturated with a faint hum coming from all directions

114

Industry

The fire at the National Flour Factory in Tlatelolco reveals it to be the paradigm of the rise and fall of nationalist industrial development in Mexico

117

Invasive Species

Invasive species of plants are the antithesis of human migrations

118

Land

The difference between floor and land is revealed in Bogota's Central Cemetery and in the desiccated basin of Lake Texcoco

119

Landfill

The West Landfill, a dumpsite within Lake Texcoco's Federal Enclosure

120

Landscape

Robert Smithson dies in an airplane crash in the Texas desert. This accident triggers some reflections on the idea of landscape in the Americas

121

Levelling

Lake Texcoco's land was flattened for use: a portion of this levelling was made with rubble from the 1985 earthquake

123

Map

The divide between Lake Texcoco's Federal Enclosure and Mexico City shows how the abstract operation of a map alters the geography

125

Michoacán

As the collection of the *Animist Museum of Lake Texcoco* travels to the state of Michoacán, complex relations between the state and its bodies of water come to light

126

Mine

The construction of the New Mexico City International Airport is linked to a *tezontle* hill turned into an open-air mine

128

Monument

On the ancient eastern boundary of Lake Texcoco lies a monument vandalized and surrounded by housing estates

130

Movement

The 1985 earthquake's rubble, dumped in Lake Texcoco's bed, is always shifting with the unrest of the lake's substratum

131

Mud

Earthquakes in Mexico City are amplified and spread due to the muddiness of its soil

132

Museum

A collection of diverse materials constitutes the *Animist Museum of Lake Texcoco*

133

Office

A group of government officials differs substantially from a community

137

Park

Lake Texcoco Ecological Park: a half-built project of great proportions

139

Pier

Everything ever built on Lake Texcoco's land turns into ruin

140

Project

Housing units projected
inside Lake Texcoco show
how there have been
development initiatives for
this land for more than 40 years

141

Repurposing

In the repurposing projects
for landfills, trash becomes
more evident when trying
to gloss over it

143

Rubble

The rubble of abandoned
houses in the Hidalgo y
Carrizo lot reveal a particular
kind of information

144

Ruin

Ruin tells us its defining
traits. It reminisces on its
relationship with Mexico City,
which grew stronger since 1985

146

Salt

Salt speaks about its ancient
relation with Lake Texcoco

149

Shore

The shore of the Nabor
Carrillo Reservoir blurs when
seen from up close

151

State of Mexico

The state of Mexico surrounds
Mexico City like a ring

153

Subsidence

A series of studies on the
sinking of Mexico City gives
way to the creation of a lake
in the land of Lake Texcoco

154

Subway

Mexico City's subway crosses
the geological substrata of the
metropolis

155

Symbol

The eagle, the snake, and the
cactus can be read differently
from the symbolic narrative of
the Mexican national shield

156

Telephone

Among the 1985
earthquake's rubble dumped
on Lake Texcoco a telephone
speaker sticks out: an opaque
object, a black box, the
testimony of a by-gone era
159

Tepalcate

A set of pre-Hispanic
ceramic shards are found
in the furrows of a crop
in Lake Texcoco
160

Tezontle

A blood-red volcanic rock plays
an important role in projects
implemented in the lake's area
161

Thing

Driven out of their original
place in Lake Texcoco,
buildings and rocks, plants
and animals turn into things
162

Town

A traveling depiction of the
towns located northeast of
Lake Texcoco
163

Translation

Translation speaks about
its deviceful character and
the way facts are fabricated
164

Vision

The structures of an
airport project in Lake
Texcoco appear as if
suspended in time
167

Waste

The materiality of solid waste
becomes more present in the
landfill, a place that confines
and stores it
171

Water

Water speaks about its old
and conflictive relation to
Mexico City
172

Water Carrier

The picture of two water
carriers in 19th century
Guanajuato shows a type
of relation to water that
no longer exists
174

Water Resort

The facsimile of a project never realized in Lake Texcoco is still found in the archive of the National Water Commission

176

Weather

Some impressions about diverse components of a site, on a sunny day

177

Well

The wells that pump out water from Mexico City's underground reveal the presence of a lake buried 2,000 meters below

177

Widow

The black widow: a spider species that lives under the *tezontle* rocks in Lake Texcoco

179

Zone

Russian director Andrei Tarkovski's *Stalker* presents a zone similar to Lake Texcoco's land

181

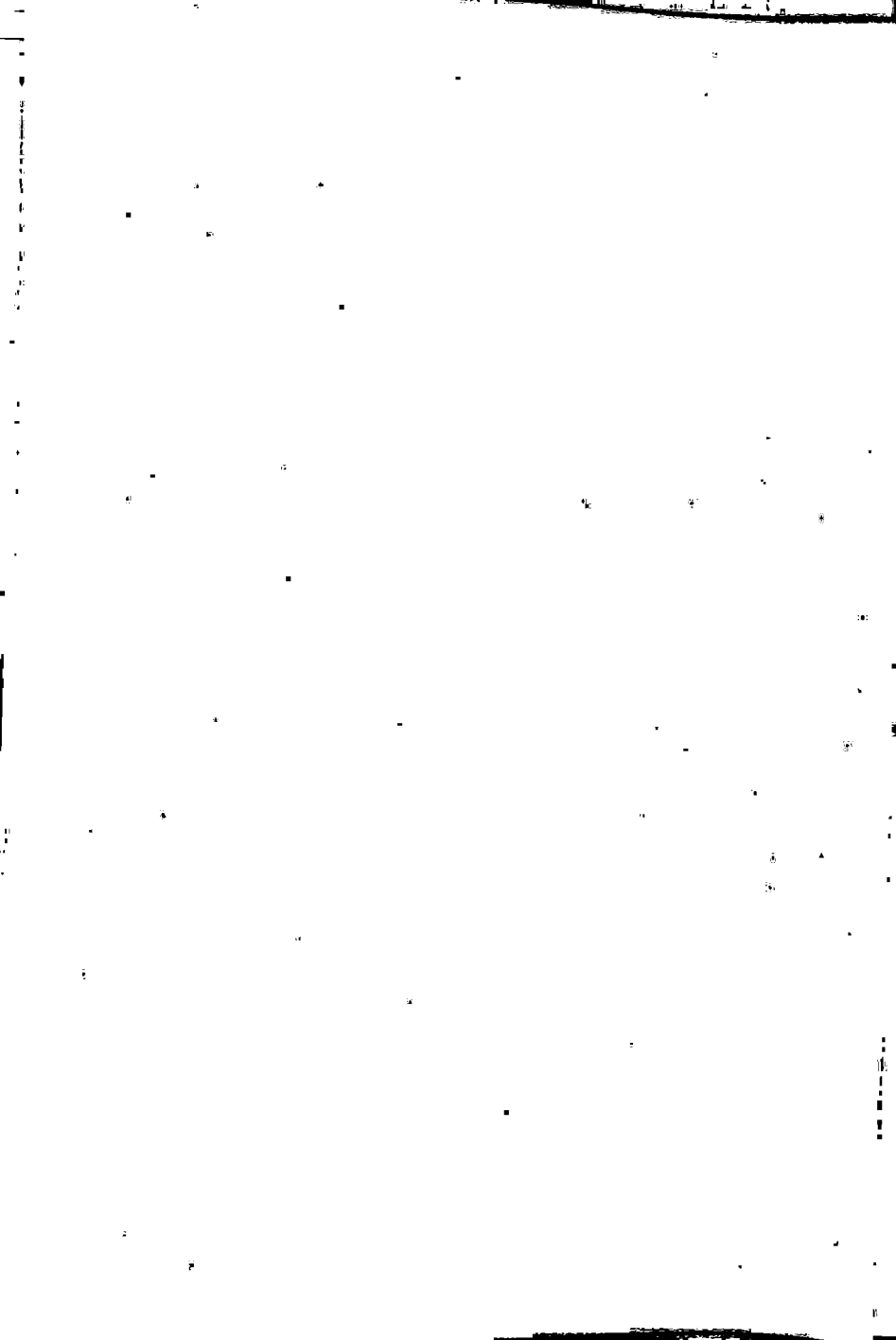
Zoo

A zoo project, which never materialized, sought to reanimate Lake Texcoco's basin

182

**LAKE Texcoco:
ENCYCLOPEDIA
OF THINGS
LIVING AND DEAD**





A

Accident

On November 5th, 1955, the rainwater had built up in the ancient, salty basin of Lake Texcoco, delivering it for a while from its apparently irreversible desiccation. The lake appears in the photos of the time as a mirror of silvery water fading in the distance, making us momentarily forget that in the dry season, this body of water disappeared completely from the map, leaving a several-hectare-wide wasteland in its place. During the months previous to the arrival of winter, this concave and hollow terrain temporarily received the water from the gushing mid-year storms, tainted by the residues the stream carried from the metropolis's center. The silvery mirror the pictures depict is more precisely a gray surface of dirty water, stored to prevent its spillage in the city streets. The odor of the waste

water probably traveled through air according to the wind's direction, arriving to the city of Texcoco if the currents blew east, or to the northeastern neighborhoods of Mexico City if the air blew west, just like it happens today with the gases released by the West Landfill.

That fateful day, well into the morning, a series of oil and gasoline stains appeared on the lake waters, whose thin wake could be traced to the fuselage of a double-engine plane broken into two, floating in the rainwater which filled the Texcoco basin. The other remainders of the airplane were scattered in a range of 150 meters, like pieces of a porcelain jar smashed in the ground: the left wing jutted out of the water, pointing up, while the plane's framework floated in pieces like the two halves of an egg shell. The engine had broken

off the aircraft. The propeller was on the opposite side, barely sticking out of the water. The landing gear also broke off the plane, ending up in another spot around the crash.

The plane had taken off in Mexico City little before. Right after, the left engine failed. The plane began its diving descent into the water. Simultaneously, a barge sailed the basin with three men on board who hunted for ducks by the shores of Lake Texcoco. From the barge, which was sailing since the break of dawn, the men witnessed the coarse noise of the engine striving to keep the airplane aloft; then there was a deafening hit on the water, followed by the plane exploding into pieces.

One by one, the wounded passengers began to surface between the aircraft's rubble: eleven people survived the fall. A few hours later, in the afternoon, the rescue team arrived at the basin's center, rowing on boats to reach the crash fragments. The rescue team found five dead bodies camouflaged among the chunks of metal, fabric, rubber, and wood, all tainted gray by the color of the water.



Airport

Upon stepping out of the airplane, the travelers who've flown thousands of miles enter an intermediate realm, symbolically located halfway between the land they left behind and the one that will take them in. Glimpsed from a huge, recently landed aircraft, the international airport—this “non-place”—opens like an empty box at the end of a tunnel: it connects the plane with the ground in a labyrinthine succession of corridors and carpeted white gates, assorted with slightly-quilted black vinyl seats. The hallways are endowed with conveyors that work as treadmills, moving passengers who drag their luggage up to the immigration queues. Such queues, made of a series of tired bodies and overloaded backs, slither and condense up to the booths where the officers grant or deny access to the new territory. Then the other conveyors appear, like black rubber ellipses, which display bags of all sizes and shapes. The awaiting passengers congregate around them: several ellipses in a row let out a buzz that fills the entire space. Before getting out to breathe the air in the destination country, the customs officers guard the last frontier.

The terminals sheltering the passengers about to travel are framed by thick-glass windows from the floor to the ceiling, allowing the view of the tarmac and the aircrafts moving in it. The stores located inside these terminals set up perfume bottles in window displays made of glass and aluminum, always identical, organized in rows and columns, illuminated by white light that bounces off the surfaces of the cellophane-wrapped boxes. A coffee franchise branch sets up its wooden tables a few meters away from the counter the whistle of boiling water comes out from. Outside, the runways stretch out, next to the control tower. Next to the airport building, on the opposite side, there's a paved lot, painted in a grid, which shelters whole rows of parked cars, a few inches apart from one another. Beyond the limits of the airport, hotels and malls stand like concrete or brick pavilions, with small windows, interrupting the skyline. The highways encircle everything, spreading the tentacles of the airspace into the ground.

These intermediate spaces always look alike, replicating themselves in thousands of cities around the planet like identical copies with subtle

variations. Being nowhere, the international airport is always one and the same.



Agency

On the shoreline of the Nabor Carrillo Reservoir there is a barrier made of red *tezontle* rocks, fitting into one another and forming a levee that rises one meter above the lake's water level. This parapet is held together merely by the correspondence of the rocks' concavities and convexities. A group of farmers from the Texcoco region built this levee to create a barrier preventing water overflow during rainy seasons. From a bird's eye, airplane or satellite view, the stone parapet can be seen forming a perfect rectangle, a red line framing a mirror of dark waters. The rocks composing this line, broken by chisel into pieces of similar size, fit together by human hands, were torn from the earth to enter the domain of human *agency*. The rocks' transportation from the quarry to the levee forces them out of a realm into another; they become an element fractionated by chisels, weighed, measured, and placed.

They're then bought by someone to become a mere item on an inventory of agricultural devices, part of the Mexican Federal Government's accounting documents. The rocks have been dispatched and hauled on a truck, always in contact with the metal parts of the wagon's container, as well as with the motor and its gasoline, moving a few meters above the asphalt until reaching their destination. They were taken from the Texcoco mountains, or from one of the hills rising east of this lake. Broken up by mining, the mountains, in turn, have become quarries.

A hill takes thousands of years to rise, fluctuating between major and minor elevations, softened by the constant rains that fall and displace its upper layers into the valley, lifted by the changes in pressure which, from the center of the earth, move tectonic plates one under the other, lifting and depressing the surface, folding and unfolding it. *Tezontle* rock also comes from volcanoes, forming down below, in hotter and deeper layers. The rock gradually grows colder as it rises, until solidifying and accumulating, to then sink in the heart of the mountain. Rocks have been moved, pulled out and broken

into pieces by human agency, but they themselves are the earth's own agency: they have never remained still. They have never been passive entities waiting on the hilltops to be commodified. They're always at the mercy of geological forces that would crush, compact, and fracture them.

The human that breaks the rocks into pieces, or the one who places them on a lakeshore is also a body in itself, moved by a remote hand: he is also a piece within an abstract agency, an agency of power. From the top of a building, many kilometers away from Lake Texcoco's land, an engineer designs the Nabor Carrillo levee, drawing it, measuring it with a ruler: in this gesture of pencil on paper he commands the time and strength of dozens of farmers' hands. The bulldozers that extract this rock from the quarries on the hills are, in turn, commanded by the mining company; such company forms part of a system of supply and demand that spawns it, setting it in motion, while the government buying the rocks legitimizes the movement of all parts involved, from the rough work down to the most subtle transactions. The government also moves,

changes, and yields to the emergence of new powers that exert pressure upon it from outside, bringing it down, sinking it like the changes in pressure of the earth's layers sink the *tezontle* until it fuses with the mountain.



Anima

Walt Disney created a series of short animated films in the 1930s called *Silly Symphonies*: in them, different things from the "inert" world move, interact, behave, and gesticulate. They experience situations and even face moral dramas. Things as diverse as watches, bones, houses, chandeliers, mushrooms, and toys, are endowed with a pair of eyes, opposable thumbs, and human faces. They smile, cry, or sing; they feel emotions such as jealousy, envy, or pity. One of these clips, *Flowers and Trees*, takes place in a corner of the woods, at dawn. The trees wake up and greet the sun stretching their branches like arms, yawning with a face located right under the green leafy hair of the foliage. Stunningly standing on legs, the flowers do gymnastic feats while the mushrooms

smile with their gleaming heads. All things sing in unison and dance, encircled by birds depicted as little chirping children. In the middle of this crowd celebrating the daybreak, the trees socialize, they take up roles and postures, facing the dilemmas of amorous courtship, rivalry, and reconciliation. In the feud for the love of a slender and think-leaved kapok, a story unfolds where good and evil wage war, as if such story took place in a realm more human than vegetal.

Perhaps, Disney suggests in this feat of humanization that the things of the forest are not sufficiently active or alive in themselves. They need to be signaled, "animated," not with the forces that course through microorganisms, plants, and animals, but rather with the "anima" of the human type. Off the screen, in the actual realm of flowers, mushrooms, and plants, where interactions happen among them and out of human sight, the dilemmas about the statute of things is not necessary. There, creatures simply exist, in correlation to one another, unraveling sometimes at a humanly imperceptible pace, where elements like water, soil, and mountains intervene. Off-camera,

things have their own sociality and law, an extra-moral law wherein the fight for survival, symbiosis, and predation aren't neither good nor bad. Humans also participate in these forms of sociality, in so far as they share a space with (and are affected by) all things around them. Human bodies can even serve as a platform where many beings set up tent: virus, fungi, and a multitude of microorganisms might invade and tap them as a mine full with resources.

The distinctions between thing and person, inanimate and alive, natural and artificial, are construed by the same gaze that "animates" cartoons. Under such gaze, "life" is only possible if it take on eyes, a mouth, and hands made in the image of the drawer, further activated by the design of human morals.



Animism

The word *animism* was coined at the outset of anthropology, to describe certain practices of human groups called "primitive cultures." Primitive cultures were often observed from a critical distance. Thus, they were

different from other cultures, the civilized. Under scrutiny by anthropologists, the former were measured according to the historical progression of human development whose culmination was embodied by the way of life of Western Europe's peoples towards the end of the 19th century. Following this progression, the primitive peoples lagged behind in respect to the Europeans, living in their present time the past of the latter: while in Europe, great cities and steam engines were built, the primitive were in their cognitive and productive infancy. In this sense, the primitive weren't as human as the observers: they were subaltern, incomplete, marginal humans, deprived from the tools of modern technology. These "lesser" humans were typically defined with characteristics antithetical to those of their observer: unmodern, unscholarly, deprived of civilizational gadgets, non-metropolitan residents. They typically weren't aware of the ontological distinctions between the natural and the artificial, the living and the inanimate, and therefore had no devices to account for the "world." They couldn't tell feeling from thinking either.

If the anthropologist was the observer, they were the observed object, the "other." In addition, this "other" was usually named and read by the social scientist as someone incapable of naming and understanding himself: being primitive, his responses would never earn credit as legitimate to the ears of the observing subject. His language would appear as a mere set of signs whose sense would be revealed in the order given by the interpreter's voice. The replies of the "other" would be like those of a child needing a grown-up's guidance.

The knowledge-building methods of the so-called primitive cultures were understood as *beliefs*, grounded in different means of ordering the planet. While the anthropologist clearly distinguished the existence of the two realms (the living and the inanimate), inside which all constitutive elements were distributed regardless of their attributes, the primitive human saw himself as part of a continuum formed by all the elements of a world. In addition, his world was one of many possible. The assertion of the life of lakes, the discovery of the spirit of mountains, learning the language of rocks—the existence of invisible realities acting

and affecting the visible—were something unthinkable under the binary regime of European humanists: a regime that halves the planet to organize it, halt it, and point out its differences. For them, the "world" is always one and the same.

In this rationale, knowing meant subsuming with the gaze: fixing the named phenomenon as something different from he who confers a name. On the contrary, believing meant a movement through an indeterminate, unknown space, being under its sway.

More than a century after the first use of the word *animism*, in a continent separated from Europe by the Atlantic Ocean and in the middle of the continental mass of North America, Mexico City now stands. The planetary region hosting this city was a huge battlefield for the civilized and the primitive far before the conformation of social sciences and their respective scholarly fields: far before these wars were considered animist in nature. Today, the concrete buildings of this city reach higher than the closest hills and the asphalt stretches throughout gigantic, kilometric grids. Its main

avenues are furnished with monuments competing in magnitude with those of European settlements. Cars drive swiftly down both ways in the boulevards; a musical, limpid Spanish is spoken in the universities; goods and services are exchanged by arbitrary amounts of money; humans walk down the sidewalks in a diligent, orderly fashion.

At the same time, in the midst of this landscape apparently dominated by the modern spirit, forces overflowing any rampart loom large. The ground moves constantly under the city, sometimes subtly, sometimes with the strength of an earthquake. When there's an earthquake, the tallest buildings inch towards their collapse and all the systems organizing the city's flux break down. The city's great design falls apart, while the language that names the objects in their state of stillness evinces its insufficiency to account for the new realities created by the disruption: a shaking building, the sound the asphalt lets out when sliding, the ground's fury. In this circumstance, humans are at the mercy of the ground's movements, and can only answer to its calling within the limits of their might. Nothing is stable. Therefore, lines

cannot be drawn to divide things and people, nature and artifice.

In spite of its colonial and reductive origin, the word *animism* may be used in such circumstances as a weapon, honed by the Eurocentric discourses which spawned it, activated when an apparently inanimate world wakes up. To dare to call "primitive" those who understand the correlation between humans and non-humans, presupposes a reality without earthquakes, disasters, or spillages.



Archive

By the Forest of San Juan de Aragón, on the northeast edge of Mexico City, stands an architectural complex of one-story buildings, framed by a white fence, always closed and guarded by a watchman in a black uniform. This complex and the neighboring forest are only a few blocks away from the Benito Juárez Airport. The airplanes that take off and land every few minutes feel very near, flying at such low altitudes. Inside one of these buildings there's an archive containing the documented

history of the now desiccated Lake Texcoco: a small, low-ceiling hall, with a few wooden shelves holding binders lined in burgundy leather, along with a few thin-paged, softcover books. The wooden furniture is covered by a thin layer of dust, and a smell of old paper and humidity. The National Water Commission (Conagua), the government entity in charge of every matter regarding the (former) lake, occasionally publishes an illustrated journal that describes the developments of certain infrastructural projects which have been completed in some areas of the desertified lacustrine land: the planting of fruit trees; the details of a new water well; the innovations of the landfill site and how it transforms garbage into fertilizer for a fertile land in the future. The projects vary with each successive issue. The first journals, dating back to the 80s, describe projects that, through the years, have become buried by layers of salt and earth, or which have simply vanished, leaving empty, ruined buildings abandoned amidst an enormous uninhabited plateau. The projects, statistics, and conclusions of each journal are always preceded by the narration of the founding of Tenochtitlan, the nostalgic vision

of a lacustrine city, the tragic flooding of Mexico City in 1629, and, finally, the brutal and titanic desiccation of the lake. This operation is depicted as an uphill struggle against the unstoppable force of water, until nothing was left in an area of a little more than 8,000 hectares, other than the city and the desert. The journals sometimes mention the allocation of a small space in the heart of said area for the construction of an extension of the airport, that very same airport that today unleashes its planes over the Forest of San Juan de Aragón, even over the airspace above the library. There is never a mention of the plans currently displayed in bold letters on the front cover of *Proceso* (a political analysis magazine), along with the image of a colossal structure covering two-thirds of the lake: "New Airport for Mexico City Will Be Located in Lake Texcoco." The binders, booklets, and other documents do not provide any clues about this imminent fate that, like an explosion, will transform and define the destiny of all things planted, built, or merely placed upon the basin's radius of influence. The archives kept in this hall prevent us from tracing neither the recent past nor the present status of the lake, casting a shadow

over its future. The stories told by these pages printed with data, maps, diagrams and images, are perceived as fictions or mere events that have taken place in lieu of the real project that will finally transform Lake Texcoco: a project competing both in magnitude and vagueness with the contranatura desiccation that took place in the same basin.



Archaeology

On the report written by Parsons and Morett about their archaeological expeditions in Lake Texcoco during the 1980s and 90s, there is a mention of a landfill site made from debris from the Federal District. Such debris lay beside the road recently opened by the National Water Commission (Conagua). Among the rubble, there were archaeological tepalcates (ancient Mexican ceramic objects), carved stones, and other objects belonging to the ancient indigenous communities, mixed up with modern urban materials. Archaeologists tell how part of their fieldwork took place within such rubble accumulations, learning to distinguish the more

valuable materials from the more recent. They found millenary pieces mixed with today's objects; in this mix, the mundane collided with the archaeologically valuable.

Among the stuff found along the roads plotted to cross the Federal Enclosure of Lake Texcoco (probably the same roads used by the archaeologists), I have discovered that newer layers of materials have been added to those Parsons and Morett originally analyzed, namely rubble from evicted properties and discarded material coming from construction sites. I have also discovered that the heaps of rubble which were sometimes problematic to them were indeed valuable, for they belonged to buildings downed by the 1985 Mexico City earthquake, brought to Texcoco with the purpose of making them disappear. This rubble was in some cases mixed up with construction materials hauled in from diverse locations around the state of Mexico during the years prior to the construction of the Peñón-*Texcoco* Highway. This was a time when the borders of the Federal Enclosure were not fenced. Neighbors were able to move around the land and discard anything useless in it.

Considering Lake Texcoco's site as it is today, the terms for an archaeological exploration would have to be reconsidered: the lacustrine lands that were transformed into desertified ground will soon become the New Mexico City International Airport, an urban development project even larger and more radical than the construction of Santa Fe (an entire neighborhood of modern buildings built on a landfill site west of Mexico City). The airport will erase all evidence of the lake's past, whether archaeological, biological, or quotidian. It will efface the layer of bare ground remaining as final evidence of the ancient lake; it will expel the rubble revealing different attempts at occupation of this land; the ruins of the earthquake that shook the city and which is intimately linked to the underground strata still supporting it. The construction will displace surrounding residents, as well as the flora and fauna that have been able to grow in this basin. An archaeological exploration, if carried out today, should give an account of the entire heap of rubble as an inseparable collection of pieces (both valuable and neglectable). Such pieces, juxtaposed as they are, would surely unveil the temporalities

and exchanges hosted by the lake for centuries, as well as the diverse populations which continue to transform it today.



Artifice

In 2012 an earthquake reaching a magnitude of nearly 8 points on the Richter scale took place in Mexico City. Due to the earth's movement, small cracks opened in a number of buildings, objects fell from tables, and the offices located in skyscrapers along Paseo de la Reforma sent their employees home.

Over in the south, in the Tláhuac Forest, a recently built lake ceased to exist on that day. It was a place where boats sailed, and around which families and lovers would gather on weekends. The earthquake shook the base of this lake, cracking it open like an old shell, opening holes in the earth which caused the water to be absorbed immediately, making the lake disappear in a matter of hours. From one day to the next, the lake had vanished: on the dry ground a few anchored vessels remained, as if dragged onto and abandoned in a vacant lot.

Although ancient lakes in this area tended to dry out in the course of recent centuries, in places like Tláhuac, lakes were, on the contrary, instated, even imposed, on the terrain. Until its sudden demise, Lake Tláhuac became a counterexample of the gradual disappearance of water; a contradiction which boasted the abundance of such liquid in a city where it is, in fact, ever scarcer. Lake Tláhuac, the Nabor Carrillo Reservoir, the Canal Nacional, and Lake Chapultepec, are all products of engineering and design: they are mirrors made of water devised on waterless surfaces, flat surfaces forced to become concave. These "artificial lakes" result from a process of urbanization in which buildings, two-story bridges, the greater roadways, and the new airport are also included.

Newly constructed avenues and highways channel traffic, while causing neighboring places to sink. Similarly, the redistribution of water has involved the construction and use of pipelines, sewers, pumping systems, as well as a great number of engineering strategies: forcing water against its flow, channeling it uphill, optimizing the supply here, and causing a shortage over there.

The disappearance and imposition of water in Mexico City reveal themselves as two faces of the same will to dominate, a product of the same desire for limitless growth. Water appears as something which cannot be dominated: the water inside an "artificial" lake, zealously guarded in man-made basins, can elope, suddenly, through the subsoil, to never come back, like it did in Tláhuac.



B

Birdstrike

Many airports around the world are located by the sea, where seagulls and other sea birds are regular inhabitants. In these habitats, birds are forced to retreat when airplanes approach, rendering untenable the coexistence between animal and machine. Both avian and aeronautic creatures may travel within an open, clear, and apparently limitless space, unconstrained by the same severe limitations land movement is bound to. Nevertheless, there needs to be a (unilateral) demarcation of the skies. The technical name given to the possible chaos generated by an encounter between an airplane and, for instance, a flock of migrating ducks, is "birdstrike." In said "strikes," a group of birds flying at 100 km/h may crash against a plane flying at 900 km/h. If, as a result of

such crash, a bird as large as a seagull, pelican, or duck happens to accidentally become stuck inside a turbine, the plane can break down and fall, crashing into land or sea.

In order to keep birds at bay and to prevent them from "striking," air controllers sometimes release falcons in areas near the runways, allowing them to fly in circles. The seabirds detect the predator from a distance and thus flee the airport zone. This routine is repeated, and in time, the warning becomes a habitual event, keeping both realms separated by an invisible threat. In some airports, fences about three meters high are erected, crowned with barbed wire or sharp stakes, which keep low-flying birds (and trespassing humans) away. At times, effigies are installed like gargoyles, which in Gothic cathedrals operate as symbols of

monstrous fates. Air controllers may also fire cannons so that the explosive sound repels the birds. In New York City's JFK Airport, for instance, birds flying at close range have been shot directly, in what they call "population control."

A few kilometers away from the upcoming New Mexico City International Airport and its surroundings, there is a man-made reservoir called Nabor Carrillo, which receives the biggest migration of Canadian ducks in the entire region. This site, in turn, is located in a zone where there was a lake of enormous proportions, which was progressively desiccated. This very spot is a regular stop along the migratory route of North American birds. The distance between this reservoir and the construction site of the airport's runways isn't big enough for them to remain as two separate, distinct spaces. Airplanes and birds will not be able to coexist.



Bond

The Nabor Carrillo Reservoir is outlined and contained by a levee made of red *tezontle* rocks. Product of volcanic emanations, these rocks were once cast out of the earth's center to cool down on the surface and break into small chunks. Today, they guard a body of water that was also cast out. The Nabor Carrillo receives a shiny-blue, clean-smelling, salty water, as if from the sea. It has made a long trip, just like the stones. Black and dense, the sewage water of northeastern Mexico City is dumped in Lake Churubusco, on the western edge of Lake Texcoco. There, it is treated by refined methods and invisibly pumped into the Nabor Carrillo. The heat evaporates the water into the air breathable from the shore, while millions of gallons of processed water arrive to the opposite shore. Flocks of ducks, migrating every winter in a long journey from Canada, make a stop on this water. Driven out of their land by the harsh weather, the birds inhabit the Nabor Carrillo every year from December to March: they swim in the water and seek warmth on the shore's stones. In the span of these cold months, three bodies in exile, from entirely

different origins—volcanic rocks, waste water, and the flock—bond. Then, in April, they part ways.



Boundary

One of the most superficial geological layers of Lake Texcoco's basin is made of a soggy, slippery, volatile mud: with small changes in pressure on the deeper layers, or a small shift in the tectonic plates sustaining it, the muddy water sinks on one side of the basin, lifting up a mound of equal height elsewhere. For thousands of years before the arrival of Hernán Cortés to the Bridge of the Brigs, the lake underwent constant changes in its shape, due to the malleable condition of its clay floor. Another factor was the region's climate, which made the water level sink during drought and heat seasons, only to later flood and connect with its four adjacent lakes in a single and immense outline. As long as there was water in the basin, the shore never remained in the same place. Gabriel Espinosa, who has studied the social and biological systems of Lake Texcoco during the heyday of the Mexica culture, has confided that the most credible maps

used for his study are not those made by topographers. The latter draw the outline of a body of water the size of today's city, using the terrain's current state as reference. Instead, the best maps, points Espinosa, are those that follow the irregularity of the terrain, heeding to signs of past lives that may be inscribed in the geological features: if we did a cross-section of the earth, the fossils of microorganisms and plants distributed along a vertical axis in shifting soils could help us imagine a changing, swaying shoreline for the lake, which may not correspond with the horizontal homogeneity of a water surface.

Even now that water is no longer its main element, the lake continues to have a shoreline hard to trace. Ever since the constitutional instatement of Lake Texcoco's Federal Enclosure by Luis Echeverría in 1971, the eastern border began to fluctuate in a similar manner to that of the clay right under its soil. The communities of Santa Isabel Ixtapan, San Luis Huexotla, Santa María Chimalhuacán, San Bernardino, San Felipe, Santa Cruz de Abajo, San Cristóbal Nexquipayac, Francisco I. Madero, San Salvador Atenco, and San Miguel Tocuila, have settled be-

side a very vague border east of today's Lake Texcoco. It's an outline fashioned by political and economic forces which, just like tectonic plates and the pressure exerted by the subsoil, modify the earth's topology. A number of communities grow and decrease of their own accord, shaping the land and expanding within it.

However, the increasing urbanizing force coming from other communities pushes the lake's western border, expanding it to the rhythm of private property's rationale. Such reasoning makes use of and gives sense to land ownership in modern cities. Thus, the borders fluctuate according to a certain fractioning of the land into grids, according to speculation on the value of patches of land, expropriating a few hectares here, adjudicating a few hectares there. Neither the dividing line established on some arbitrary map in 1971, nor the geomorphological reconstructions that imagine Lake Texcoco around 1500 provide an account of these subtle and rapid variations that modify the lake's outline year by year. The rhythm of this change is accelerating, and depends less on the oscillations of the ground itself. It is predicted to fluctuate more violently in the coming decade.



Building

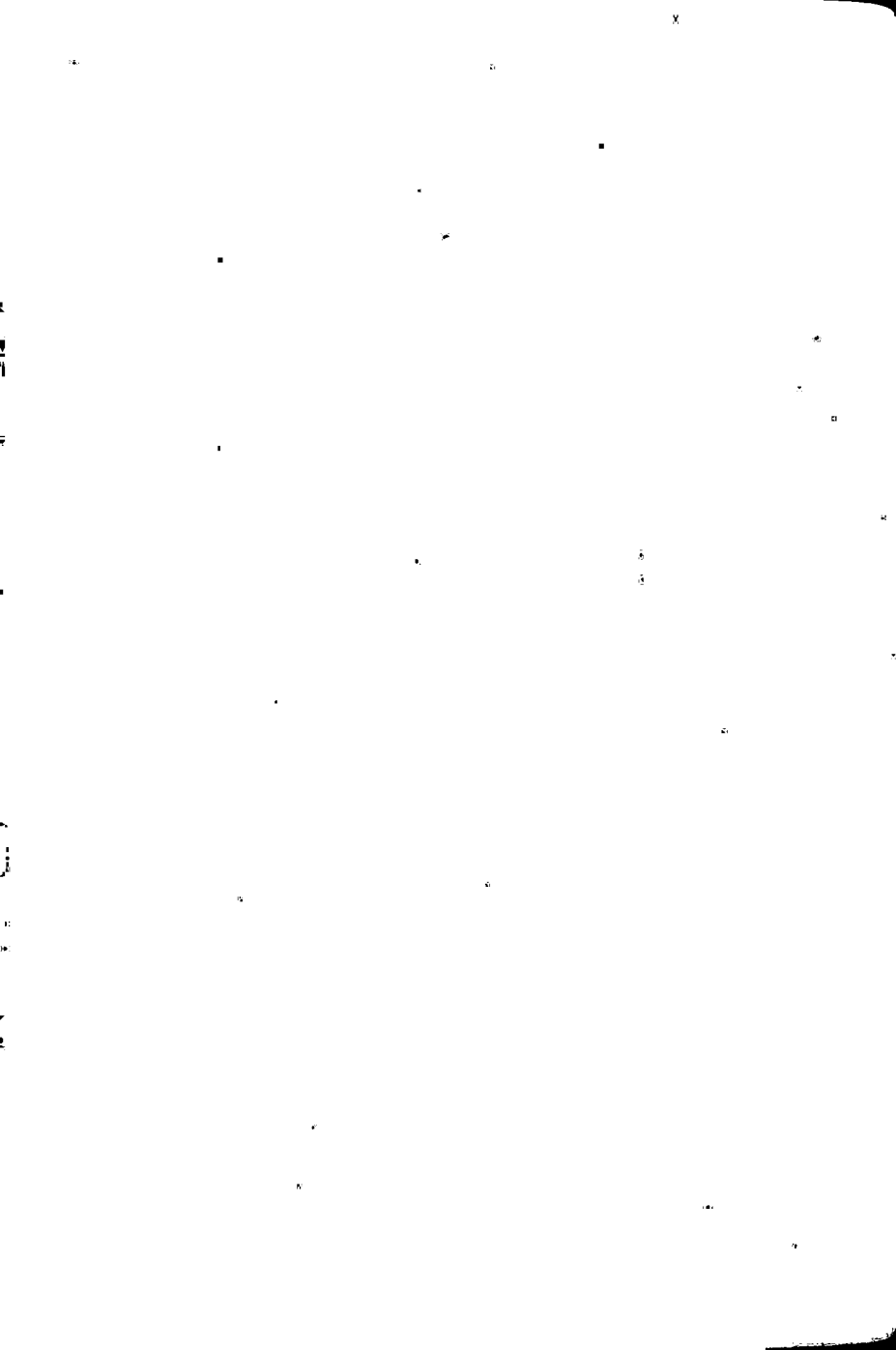
On Insurgentes Avenue, in southern Mexico City, a twenty-story tower made of concrete and metal sheets stands and halves the horizon. This building is guarded like a fortress: to get in it is necessary to go through several security checkpoints, followed by a pair of heavy elevators.

Upon stepping out of the elevator, each floor, identical to the previous one, spreads like a labyrinth of cubicles and non-descript desks, framed by a corridor that crosses the space on one side. There's a row of offices with closed doors, all identical. Each floor in this building resembles a mirror device where a single piece of furniture is reflected and multiplied infinitely. The employees occupying each cubicle are mesmerized in their computer screens, and only look up to see me walking by, to lower their gaze towards the screens again. Their fleeting gestures signal a disturbance in the order of a place dominated by silence, the phones' ringtone, and the sound of dozens of keyboards typed on in unison. On their desks,

they all seem fearful of a certain invisible authority. These are the headquarters of Conagua, the institution handling the blurry relation between water and land, scattered all across Mexican territory. This same institution holds the custody of Lake Texcoco's land, since it was conferred in 1971. On the top floors of the tower, decisions are made about drilling wells throughout Mexico City. Between desk and desk, memos and purchase orders hover outlining the agreed-upon prices of a patch of land on the border of Lake Texcoco. A cost study about the channeling of a river lies on a table, stained by the spillage of a coffee cup. In the file cabinet of one of the lower floors there are documents for the appeal on the grounds of unconstitutionality, filed by deceived farmers, claiming the ownership of a property soon to be strewn with a sewage pipe. On the screen of a computer, on another floor, an engineer just clicked "send" on an e-mail requesting the approval of a water treatment project with state-of-the-art technologies in a remote region of the country where the residents have shortage issues. In the elevators, engineers, directors, and secretaries slide up and down. One of the directors, wearing a suit

and a tie, is holding under his arm a piece of paper that will define the parameters for water distribution in an area inhabited by a million people. Others carry the weight of a decision made, in the form of a twitch in the back. In her purse, a secretary is carrying a pen her boss will use to stamp signatures in all the documents approved in the course of one work day. Often, crowds settle in front of the building to wave signs in protest of an eviction, a case of dispossession, or the difficulty of access to water. The building remains still, impervious, and everything that comes out of it becomes an extension of its rigid structure.





C

Campground

Along the line that divides the land of Lake Texcoco from the *ejido* of San Bernardino, west of the ancient basin, there is a fence made of concrete posts fixed in the ground, with three rows of tense barbed wire strung between each post. A tin billboard stands next to the fence, showing a barely legible layer of paint, corroded by rain, wind, and the soil's salinity. The sign announces: "Federal Zone: construction site for the Lake Texcoco Ecological Park." Around the sign, grass rises half a meter above the ground; brushwood has scrambled into the scene, intertwined with the green, dense turf. Although being partially made of concrete, the fence looks feeble, and its height can be surpassed if one uses the wires as steps to climb to the other side. It seems to have been erected as a symbolic

division between two territories, as a warning or a signal to the *ejidatarios* (owners of *ejido* lands) on the San Bernardino side: "these lands do not belong to you anymore; they belong to no-one except the lake itself, zealously guarded by the vigilant eye of the Government." A few meters away from the fence, the National Water Commission (Conagua) has in effect erected a surveillance booth, looking eastward; a woman in a black uniform leans out, greeting us and returning to her post, to fix her gaze upon a horizon of possible threats which lie all on the other side of the fence.

On the opposite side stands a row of small huts, each measuring about two by two meters. They shelter people and are made of wooden stakes, covered by tin sheets, wooden boards, and patches of recycled

canvas billboards. The billboards are printed with names of musical bands, *sonideros* (neighborhood VJs), and political campaign slogans. The row of huts extends along the fence and shrinks out of sight: there are hundreds of them, all up against the fence, identical in size, although each one covered by different combinations of tarp, wood, and metal. Their sum constitutes a wall, a margin, a barrier; the pastures and bushes growing on the protected side slip through to the other side, sticking out between them. The *ejido* sprawls in front of the huts like an open space, crossed by a road, in which a few solid houses, trees, and meadows can be spotted. The string of precarious constructions seems grounded halfway between each side of the fence: too close to the partition made of wire and concrete that tries to expel them, and at the same time too far from the *ejido*. They just stand there timidly on this narrow row, as if they were resting on it only for a while, about to vanish in the next morning's sunlight.

The huts, fragile in appearance, make the thin fence look strong and robust. Their foundations, however, lie deep, and have remained steadfast

for more than four years. Hundreds of families live here, a population difficult to count, since they live on a bordering zone where, in theory, they do not exist as they are not truly bound to the land: too close to the terrain that expels them, too far from the terrain that hosts them. On occasions the music from a radio station can be heard coming out from a hut, mixed with the voices of children. A diversity of objects can be seen on its limits: belongings from somebody dwelling on a thin strip of land. The huts and their residents comprise what has become the Hidalgo y Carrizo Homeless Camp. They stand a few meters inside the fence, in a property that now extends behind the surveillance booth, bearing different shapes, sizes and materials. More than four years ago, there were actual houses instead of these. The fence probably did not exist, and the San Bernardino *ejido* was one uninterrupted patch of land that merged with the land of Lake Texcoco.

April 26th, 2012. The camp residents—along with many others which have been sent off to different locations in Lake Texcoco's area of influence—used to occupy a portion

of land built near the shores of the Nabor Carrillo Reservoir, on the western side of this recently marked border. The government that now patrols the eastern limits of Lake Texcoco came along that day to claim its property. The constructions were demolished. Soon after, the fence and the sign were built, in an exercise of political demarcation which can be inferred from the material features of the houses, of the wire, and of the wild grass growing between them: "Federal Zone: nothing can be built here."



Capital

Michael Taussig spent years on the Colombian Pacific coast studying a new form of animism popularized among workers of the sugar industry, after the arrival of capitalist forms of labor. In Colombia as well as in Mexico and other American countries, especially in urban centers such as Bogota and Mexico City, accumulation, alienation, and wage work are aspects of capitalist societies that have become naturalized: we are individuals inserted in these societies (and in the difficult cities

that serve as their setting). We buy, sell, and labor in workdays which are homogeneously sorted into work and leisure. We do so as if those were ideal ways of occupying time and space, as if such ways had always been there, only waiting to emerge at the right time in history. In this scheme, and in the light of this new "nature," a few creations of this very same capital acquire substance and reality, while other entities become inert objects: commodities begin to palpitate with the vital flux of exchange and valuation, while people start to look as mere producing bodies, identical and interchangeable. Under the sway of this system, in communities where labor is bound to the preservation of the land and to the dignity of the worker, the abstract machinery of capital turns into the object of an animist gaze: foreign sugar companies, violently arriving to the fields of the Cauca Valley, acquire the tenor of a demon, a being that comes into life to suck in the souls of the laborers, to dry the earth out.

In the Valley of Mexico a set of conditions is in place, that makes one think about an animist interpretation of the relationship between

humans and land: such relationship is also conditioned by capital. This animism does not entail the mediation of beliefs that separate the possibly gullible rural populations from the pragmatic modern societies. In it, every person is inevitably dragged to become an instrument or a thing, regardless. Although slowly shrinking by human initiative and enterprise, Lake Texcoco has somehow not ceased to exert an influence over social, economic, and political movements of the land that it once occupied as a body of water. The substrate of mud and salt from the remaining basin acts in the manner of a living being, thus containing the potential strength to move the city, to cause it to sink, to fracture it, to scourge it with sandstorms. The lake land is always moving, settling, proactively resisting the successive attempts at human occupation.

Private capital becomes animated when settling in this land: it acts as plagues spreading around the lake meadows, endangering the plants and animals that have managed to grow there, drying the lands of neighboring towns and hoarding their work force. Just like the sugar industry arrived in Southern

Colombia and set up tent among the day workers like a demon, in 2014 the capital targeting the New Mexico City Airport arrived in Lake Texcoco like a foreign and lethal life form. Between the lake and capital, humans are pushed, displaced, and sometimes crushed. We, the humans who hover around the lakebed, are inert things incapable of action or decision about the changes taking place there. The struggle between the lake and capital, recently animated by this new aircraft-and-runway project, lives a life of its own.



Cartography

In Google Maps' flat view of the Valley of Mexico, Lake Texcoco looks like a wasteland, clearly divided from the urban area—which sprawls westward like a thick set of small squares—by a sharp straight line that crosses it from north to south. To the east, on the contrary, the monochromatic surface, what's left of the ancient basin, quickly breaks into green and brown sections, interrupted by small lines indicating trails, borders or geological barriers: it's a region and it constantly re-draws its

limits. The towns and *ejidos* to the east spread irregularly, sometimes overlapping, sometimes sprinkling the lake meadow with encroaching dots or small rectangles. Often, farming villages that have feuded about their border with Lake Texcoco for decades, don't stand out in this version of the map. On the contrary, the map pinpoints some inexistent places and shows geographical spots that have disappeared. Some towns or places that matter in the region's political configuration are written in lower-case letters easily confused with the name of a street or a neighborhood in the city of Texcoco. Other settlements have no place in this flat, general representation of the territory. Other towns—that in real life work as landmarks used by area residents—disappear in a heap of names without any hierarchy. Santa Isabel Ixtapan, San Cristóbal Nexquipayac, San Salvador Atenco, Francisco I. Madero, San Miguel Tocuila, Santa Cruz de Abajo, San Felipe, Santa María Chimalhuacán, San Luis Huexotla, and San Bernardino are not visible nor present (even if they are known to be the political hubs of the region, and have re-litigated the distribution of the lake edge and their human settle-

ment, previously dictated by the lake shore itself). This ancient edge is clearly perceptible in the terrain, for it's defined by the ground's morphology: it sheds the muddy ground from the firm, fertile stratum. Underneath it all, spreading away under the paved floor of current-time Mexico City, the former outline of Lake Texcoco remains like a buried watermark.

The land has been under dispute, torn, bought, and sold in the rural area of the Texcoco region since the last agrarian reform. This conflict becomes present in the lacustrine planes as a set of irregular and erratic traces, adding difficulty to this cartographic representation. A map that doesn't update at the pace of the most recent events, following the newspaper headlines and the weekly, monthly, yearly border fluctuations, is a map that doesn't reflect the topographical reality of Lake Texcoco. This dried-out place, turned into land, demands telling the story of the peoples that have gradually demarcated it in the last forty years. The lake demands a narrative for the sharp line separating it from the city. Accordingly, this new territory requires the production of new maps that allow for erasures and innumerable

corrections, visibilizing the invisible, representing the unrepresentable.



Cemetery

In 1983 the Lake Texcoco Commission wrote up a report on the projects proposed for the area demarcated under the name of the former lake. Little more than ten years had gone by since the decree instituting the area. The images, printed in four inks (out of phase), showed grassy areas with cows and pigs, sites under construction, and forests sprawling into the distance. They differ starkly from what exists in the land nowadays. The technical language used by the engineers to write the report, with their promises for the future, optimism and anticipation, also departed from reality as observed today, thirty years later, in the land of Lake Texcoco.

In the report there's also a printed map in several out-of-phase inks, which make the borders seem blurry. These have changed over the course of the following decades, rearranging themselves according to the political circumstances which constantly

exert pressure on the edges of the lot. The map shows the lake land was scheduled to be partitioned towards the presidency of Miguel de la Madrid in 1988. In the '83 map, it had a perimeter of 8,200 hectares, whose eastern border slithered. A straight, unchanging line demarcated the western border with the populated town of Ecatepec. In the margins, like blurred-out ghosts, lie the *ejidos* of Santa Isabel Ixtapan, San Luis Huexotla, Santa María Chimalhuacán, San Bernardino, San Felipe, Santa Cruz de Abajo, San Cristóbal Nexquipayac, and Francisco I. Madero. Today they're being re-incorporated to Lake Texcoco: one year before the publication of this report, the land was reduced from 14,000 to 8,200 hectares, among which 2,500 were yielded to the *ejidos*. Towards 1983, Lake Texcoco shrunk on its eastern side. Before the century was over, its territory would again stretch out east.

On the western border and north of the current Peñón- Texcoco Highway, a white area with small black crosses—laid out like in wallpaper—stands out in the map. In the map code it reads: "Cemetery." The report that accompanies the

map illustration shows descriptions of the efforts to create a new ecology for Lake Texcoco. The goal was for the ground to be linked to animal and vegetal life forms, articulating a social ecology of water, which should flow in from the city, cleaning, storing, and distributing it. This ecological project included a place for the dead, conceived at first as a cemetery, but changing with time into a mere rubble landfill: no deceased person has been buried there legitimately, although the whole patch of land, in a certain sense, became a graveyard, a space where that which has no place in the city would rest.



Central Square

In the middle of Mexico City's Central Square, a pole stands more than 100 meters high, where a flag is raised every morning. It is put away every evening. The flag, divided in three vertical strips—green, white, and red—is thirty meters wide when laid out. When the wind blows, the flag waves slowly, always shifting in shape, rumped or stretched out depending on the air currents. It sometimes casts a shadow on the

floor, offering a shade for passers-by. The Central Square spreads like an esplanade framed by the metropolitan cathedral in the north, the presidential palace in the east, and the city hall in the south. It follows a layout replicated in other colonial cities and towns throughout Latin America. On the square, people from the northern and southern city neighborhoods, and from other states and countries stroll around. They head in all directions to shop in narrow streets rich with Chinese merchandise, diversely-pitched sounds, and street food. Along the nearby streets, the buildings are made of solid rock in many cases taken from pre-Hispanic constructions, to rise again in the form of European-style architecture.

In front of the Central Square's northwestern corner, a dark, shiny, heavy statue of Enrico Martínez stands on a marble and cement pedestal. On one of its sides, the pedestal indicates the maximum height reached by the water level in the rainy season. In 1629, this same square, where the monumental flag stands, was sunk two meters underwater, because of a flood that scourged the whole city. The strength of its current also demolished the first project to drain

Texcoco's lacustrine water, which was put forward by the statue character. This project, called Nochistongo Ditch, was built a few years before, in 1607, in two consecutive years. It tried to be a canal for the definitive drainage of the lakes in the central Mexican basin. Barely holding together, the canal gradually yielded to water filtration, until it collapsed under the strength of this great downpour.

In front of the Central Square's northeastern side, the main Aztec Temple is located. It was partially unburied in the 60s in the middle of a lot neighboring the cathedral. Its foundations spread under the cathedral and the square. Centuries ago this square was the power center of other cultures with other uses of space. Since then, it has changed so as to become the bare, current-day esplanade: thousands of square meters of tiles covering an underlying city, open to new, future uses.

On September 19, 2017, a 7.1 degree earthquake shook the land supporting the Aztec temple's ruins, simultaneously moving all the other layers hidden under Mexico City's Central Square. In seconds, the earthquake's

intensity rose, swaying the buildings framing the square back and forth, as if the stone they're made of went soft and stretched. The cross crowning the cathedral's eastern tower fractured and fell. The people ran out of the gaping doors of nearby buildings, cramping in the narrow streets ending in the square's open esplanade. They took up the square as the telluric shifts hardened, shaking everything more violently. In different points in the city and its surroundings, buildings crumbled. The sun touched the zenith, erasing the shadow of the great flag in the square's center. The flagpole flicked like a rubber shaft. The earthquake alarm's shriek bounced off the hot planks of the capital's Central Square.



Ceremony

On May 16th, 2016, I attended the ceremony in honor of the passing of the sun through the zenith, in a hill of Nexquipayac. From the hilltop you could see the meadows of ancient Lake Texcoco—already modified by the construction company in charge of the New Mexico City International Airport project—sprawling a couple

of kilometers to the west. From there, the invisible border between the city and the countryside—which had been drawn in the last century—became visible. The towns of the Atenco municipality were bound together, perhaps only divided by a street, stretching along the shore of the former lake like one single strip. To the east, the crops at the outskirts of San Salvador Atenco were mostly intervened by sowing furrows, signaling the beginning of a new harvest cycle. Next to the road that connects the town with the hill there is a river, channeled decades ago by the National Water Commission. By the day of the ceremony, the river had been reduced to a small cement duct where liquid residues flowed after the towns flushed their toilets.

Summoned by the People's Front for the Defense of the Land (FPDT), the crowd arrives to the base of Tepetzingo hill at 10 in the morning, from different enclaves in the municipality. They are greeted with tables covered with pork tacos, a bonfire, and a *temazcal* sauna next to a tree. The ceremony starts almost at noon, right when the sun stands above the heads and the shadow vanishes under the feet.

Speaking in an unequivocal urban accent, a group of men and women in Oaxacan and Guatemalan traditional attires improvised the *temazcal* out of sticks and tarp. While the ceremony began, they encouraged people to step into the vapor bath with their clothes on. They were concheros (conch players, self-proclaimed descendants of the Aztecs) from Mexico City, and had been called upon to preside the ceremony: they moved quickly among the pilgrims, who amazedly and silently awaited the sun's arrival to the zenith. When addressing any of the attendees, they called us "*hermanito*" (younger sibling), in a somewhat shrill voice. On the hilltop the ceremony officers built an altar with corn, flowers, fruits, and vegetables, laid out on a white piece of fabric. A plastic water bottle doubled as an offering—the orange logo read "Bonafont," by Grupo Danone—pouring the content in a glass container: recycled water, coming out of a branded plastic bottle, became sacred all of a sudden.

The ceremony was presided by a group of people foreign to that land, who brought a series of hybrid rituals observingly followed by the

attendees. The FPDT leaders were absent except for one, Felipe Álvarez, who stood out of the crowd with his clear gaze and big hat.

Using an electric generator, Álvarez turned on a microphone and from the base of the hill concisely explained the importance of the sun's passage through the zenith: it was the earth summoning them, the celebration of that raw soil which would shine at maximum brightness once the sun rose to its higher point. They celebrated the cultivated and the wild soil. With the arrival of the airplanes, this land will soon be forced to become a hotel, or a mall. The aircrafts will land very near, over there in the idle spot westward, in one of the airport's eight runways.

The sun approached its highest point. With the sun at the top, the ceremony made more sense: its end was more political than religious. For the law, a place of ancient ritual practice, even if new and made up, is a place that cannot be expropriated. It doesn't matter who presides the ceremony, nor its verisimilitude. The persistence of this ritual will protect the hill and its surroundings under current law. It is imminent that,

in a few years, as the sun's passage through the zenith is celebrated from the top of Tepetzingo hill, its perimeter will be surrounded by urban developments and highways, the shadow of a plane may darken the noon shine and its noise will prevail over the ritual's silence.



City

Mexico City was called Federal District until 2015. Since then it became the state number thirty-two of the Mexican Republic, in spite of being a city. Its evolution from district to state can be understood as an administrative decision, as well as the consequence of a more profound transformation in its urban structure, from a circle to a "stain." In 1824, when it was called "district" for the first time, the city still had Lake Texcoco by its side, a salty water mirror on its eastern edge. The surrounding municipalities kept their distance, giving it enough space to be a city and at the same time the territory that reflected, concentrated, and represented all the national powers. Around its center—a square built right on

top of Tenochtitlan—the government buildings were organized in a harmonious spiral, creating a unit which stretched out homogeneously outwards, in emulation of the cities in old Spain.

When approaching the Valley of Mexico today, the airplanes steer in search for clear landing space, almost guessing its location in the middle of a dense cloud of pollution hovering right above the Benito Juárez Airport. The density of buildings, avenues, and constructions entangled in the northeastern area of Mexico City make it difficult and slow down the aircraft's descent onto solid ground. During the twenty minutes preceding the encounter between the small rubber tires and the harsh pavement, the plane steers and flies over the metropolitan area: the passengers sitting by the small, murky, round windows, may see the width of the megalopolis sprawling underneath. If landing by night, the valley resembles an immense prairie laden with yellow lights stretching into the horizon, making it impossible to glimpse the borders. Upon entering to the field of vision, from any spot in the aircraft, you can't see anything other than the city, as if

such "city" wasn't an accumulation of constructions, but rather a landscape of millennia-old rocks marking the form, texture, and color of an entire region.

In addition, this city seems larger: at its outer borders, it merges with another urbanized territory that encircles it. In a complicated geopolitical partition, the state of Mexico, a federal jurisdiction different from that of the metropolis, surrounds the city along its entire perimeter like a belt. In the course of the last decades of the 20th century, the capital grew unstoppably, spilling over the state of Mexico like milk at the boiling point. The state, a belt, turns wider to the north, hosting the urban density which sky-rocketed 15 years ago, as new government housing projects were built in its premises. For example, housing complexes now rub shoulders in every square meter available north of the Ecatepec municipality, like identical pilings of shoe boxes placed between two mirrors, multiplying their image infinitely. To the south, on the contrary, the state holds its tips apart, allowing the city to disperse little by little until its last particles bang headfirst with the Ajusco Peak and the state of Morelos.

Therefore, the capital of Mexico is not an identifiable unit in the middle of a rural territory, but a stain that merges onto another one. At ground level, driving out of the airport and westward along Miguel Alemán Viaduct, it's evident that the city's shape changes from one street to the other. Wealth and scarcity are organized within it. Sometimes the grid shelters entire neighborhoods with historical architecture, deserted by the wealthy to be taken up by the middle classes, foreigners, or a myriad shops with colorful facades and huge signs on the walls. Often, wealth sprawls on the mountain-covering properties, hiding in them behind rows of thick bushes, while on the other side, at the exit of the bus station, the poorest neighborhoods stretch out in an uneven ensemble of houses and buildings. Smaller, disparate cities, made of architectural order or urban chaos, conform the greater city. Sometimes they're parted by the sharp line of a wall, a bridge, or a wide avenue. These avenues double into two-deck highways, rising among buildings, weaving into traffic hubs, to latter descend and cross other avenues at ground level, vanishing into one single flow. Like the dissimilar buildings

fighting for space in the enormous sprawl of Mexico City, cars cramp certain pathways at certain hours in the day, to the point of camouflaging with the architecture, like rows of tin huts planted in asphalt.



Commodity

The Tacubaya branch of Soriana Híper supermarket has the size of a hangar: if it were empty, an Airbus A318 or a Boeing 737 could be parked inside it. Let's imagine this plane landing on Circuito Bicentenario (a segment of the beltway), touching ground on the spot where the Chapultepec Forest ends, to later make a turn and taxi into this monstrous building of the San Miguel neighborhood. Before the aircraft's landing, the building's facade would be totally open, the inside would be idle except for fluorescent cylinders shedding faint, blinking light all around. It's difficult to imagine the irruption of a plane in the midst of a hub of vehicle and pedestrian traffic like that of the supermarket's surroundings. It's even harder to imagine an empty supermarket, when its purpose is excess,

overstimulation: tons of products pile up three meters high, spreading in endless rows of variations. The same product is repeated in different sizes, colors, shapes. Odors seep out of all packages, out of plastic bags or the racks of the fish, cheese, and meat displays. Sounds come out of the speakers suspended from the structural pillars, out of flat screens and audio equipment. The rusty wheels of the carts screech along. The supermarket is the place that gathers an unlikely set of things, all of which are constantly available: changes in season, scarcity, drought, strikes, or shortage don't affect the flow of commodities nor allow for holes in the shelves.

This Soriana's fruits and vegetables section is vibrant with the colors and odors of fresh produce, placed there by invisible hands. The leaves of some edible plants double on a mirror suspended from a shelf, steeping downward to show us the hidden face of vegetables, to multiply their abundance by deceiving our senses. Purslane, spinach, celery, cilantro, lettuce in different variations pile in wooden boxes. The leaves stick out like flower arrangements with many hues of green. The same leaves are

organized on a nearby shelf, along with strawberries, raspberries, and cherry tomatoes. These leaves, previously loose and somewhat "wild," are organized here in washed, disinfected, measured, and weighed portions. They're packaged in small translucent plastic boxes with some punctures on the sides to let air in. They're displayed with tags indicating the name of the product, which is also shown through the dwarfed window of the container, in an exercise of condescendence to the buyer who (it is assumed) doesn't recognize what grows from the soil unless there's a sign, a number that goes with it.

Purslane grows far from the supermarket, harvested at the beginning of the year in the fertile land of the state of Mexico. In the municipality of Atenco, there are some *ejidos* sown with these edible plants. They're wide enough to feed a number of families of this region. The plants are tended to by a group of San Salvador Atenco residents who avoid the use of pesticides, and wait for the plants to grow and get strong to allow for their uprooting without affecting the soil or the adjacent, still young plants. The plants depend in a certain way on human care, although even

more on the non-human elements which affect them: the weather must be stable, the soil must be firm and damp, and the water must stream in regular amounts on the leaves and down to the roots. The leaves reflect a certain balance between soil, water, and air. They're the result of a specific relation between these elements.

Packed in its plastic container, the purslane on the shelf of the Tacubaya branch of Soriana Híper has been transformed from plant to merchandise. The "alchemical" transformation of its leaves and branches has culminated in the shelf, that space indifferently hoarding objects. Near the fruit and vegetable section stand the alcohol spirits, arrangements of translucent green glass bottles. The cheeses are packed, like homogeneous white or yellow blocks. The shirts are set in hangers next to the stockings and the underwear. The plasticware, glassware, and ceramics lie by the silverware, the glasses, and the mugs. Canned food takes up a row longer than ten meters: metal cylinders, the same size, but with different contents. The cold cuts sit next to the vinyl-wrapped beef organized in red and pink packages, pressed by a plastic film. The TVs

stand in rows and columns, all set to the same channel. The coffee machines sit along with blenders and irons at the side, with their rolled-up extension like an animal's tale. The bread is organized like wheat dough bricks, on a wall that rises over the heads of the buyers. All these objects stem from specific balances and unbalances, form different places and production processes, though this is irrelevant at the moment of buying. All things sit in this hangar like the same thing, like variations of the same commodity taking shape according to the demand, always stuffing every last corner of the supermarket.



Conagua

Starting in 1917, water became a subject in the agenda of government institutions in Mexico: the Ministry of Water, Land, and Settlements was created in the 1917 Constitution. In 1926 it was renamed National Irrigation Commission. In 1946, the Ministry of Hydraulic Resources would take on the functions of the preceding commission. Afterwards, the Ministry of Agriculture and Hydraulic Resources would derive

from it in 1976. Finally, the National Water Commission (Conagua), was instituted in 1989, and operates to this day. All of the latter were installed with budget and administrative autonomy, with the power to modify the hydrological layout of the country, divert and channel rivers, dry up and re-flood lakes, drain aquifers, supply and stop the supply in any settlements. Changing names and sometimes capacity, the federal institution in charge of handling water dealt with the same matter that gave rise to it in the first place: managing water in relation to the land, thereby allowing settlement endeavors under the aegis of the common good. Today, the National Water Commission is in charge of a small patch of land slightly more than 8,000 hectares wide, which belong to the old bed of Lake Texcoco: in such territory, the workings and transformations of water are condensed, just like the political transformations of the land. In Lake Texcoco, Conagua has administered the waste water of the city for more than three decades and regulated the water volume the surrounding towns get. It has decided how the terrain must be transformed and has been capable of doing so. It has demarcated its borders and supply control.

It has negotiated, evicted, built, and dismantled things.

From the mid-nineties, however, the public institution of water has yielded, changed, has gradually bowed to a new power. Even though it was created as a sovereign entity in the same spirit that gave way to the revolutionary program of communal lands administrated by the State (*ejidos*), in the course of the last decades Conagua has opened the path for private companies. In Lake Texcoco—a microcosm of the public policies on water and land—more than half of the Federal Enclosure protected since the seventies, forested and lined with grass, negotiated and demarcated, has been conferred to a great consortium claiming to bring progress, development, urbanization and re-valuing of land and water. With these four faculties, the consortium ranks higher than the State.

On the southern side of former Lake Texcoco, within the land still protected by the National Water Commission, an artificial lake in the shape of a rectangle, demarcated and walled-off, represents the last remainder of its function as an

institution, almost a century after its birth: the lake, turned into a bed of clay and quicksand, holds murky water in constant evaporation. In this lake, still guarded by the institution, land and water are volatile and entropic elements. Through the air laden with lacustrine vapor particles, they're bound to that which broods in the expropriated area of the old lake. Perhaps every institution seeking to address water and land issues is doomed to yield sooner or later before a mightier power, be it economic or the implacable power of volatility and entropy in all extant things. Water is a liquid that runs among and under the cities, capable of evading or wiping them out. Soil is a solid that spreads horizontally like a layer of salt, clay, and rock, always changing, infinitely parted and passed around.



Concrete

I'm the new rock, the new solid, the new stratum of the earth. I'm a hybrid of dust and liquid, a chemical reaction swiftly turning the heat and the softness of a sandy mass to a hard, heavy, geometrical, cold

block. For more than one hundred years I've spread on the surface of the planet like the symbol of a new world that doesn't need mud or stone to grow. Now I fasten myself on them and sink them with the weight of buildings, bridges, streets, houses, and airports. They're all extensions of me, pure synthesis of my elements, made with the gray flesh of my molecules. My soul is steel, a new and improved compound of millennial metals. I'm a miracle, a ghost, for I emerge out of almost nothing with the most flawless hardness and multiply and expand at the mere call of human will. I simply appear there, where requested, and rise into a tower higher than a mountain, or sprawl for miles as a bridge between two shores, uniting that which the Earth had insisted in keeping apart. My surfaces are flat and smooth. Nothing in the vegetal, animal or mineral world is as flat and smooth. Certainly nothing is as orthogonal as my shapes, nothing as sharp as my edges: even those still water mirrors horizontally created by the Earth—the lakes—have small wrinkles and ripples made by the wind. Only the snowflakes compete with my perfect structure. This old, rocky mass called Earth, with its valleys and bluntly

sloping mountains, is too slow in its change processes. In the face of this new speed that I represent, this new reality that I build, this new life I stand for, Earth stores its strongest and most solid stone way down, in a layer too deep to be reached, invisible to the human eyes, extractable only by virtue of the excavators which halve mountains like sand castles.

From the top of an empty bridge connecting the north shore with the south shore of the Lake Texcoco basin, my perfect slats glimpse how men look for that volcanic rock, which is my enemy. This artisanal product of the Earth doesn't compare to my synthetic, modern efficiency. The bridge rises like a waving ribbon, ornament for the valley's rustic plateau. From its elegant height I can see how men puncture the ground. Attempting to determine whether there is a true solidness under the shallow, unstable layer of the basin, engineers have opened holes in search for *tezontle*, this poor leftover spat out by the dirtiest and smokiest mouths of the geosphere. Extracting *tezontle* takes humans too long, too much energy and money. It's imperfect, porous, reddish, an unfinished product of the Earth

which in thousands of years has not accomplished what I do in only a few minutes of preparation. Besides, this rock is tucked into a layer too deep to be reached by picks and shovels, alienating itself ever more from the endeavors of the planetary surface. There are probably chunks of it merged in my body, indistinguishable from the parts that conform me. I am what it would like to be, its improved version, its more refined projection. The Earth doesn't understand I can further bury the *tezontle* and fracture its strata with my weight. Soon, I will be the new earth: in a matter of decades, not centuries or millennia.

Times have changed, fellow Earth. Look at my airport in the Valley of Mexico, for example: see how fast men spread me and send me up in walls and runways. In twenty years you will be completely buried, you who have resisted humans for centuries in this small patch of land, brandishing your salt, your aridness, your erosion, your floods, your earthquakes, your subsidence. Soon the entire planet will be one great concrete block like the Valley of Mexico is becoming now: a perfect, flat, smooth, cold, gray sphere,

interrupted only by perfectly vertical buildings touching the top of the atmosphere. For me there is nothing too big, too far removed, too hard to attain. Nothing is impossible for me because I'm the maximum expression of unfettered desire: insatiable appetite, whim, ambition. I'm the cold, the fixed shape, the ultimate hardness.



Construction

A warehouse in ruins. Inside it, a heap of tools and gadgets on wooden, metal tables. Some spider webs in the corners, from wall to wall. Painted in blue and white, the walls are sprinkled with gray stains. On one of the walls, the inner framework is showing, after some layers of paint have cracked and come off. The chassis of a truck lies on the floor, bathing in dust. On the opposite side of this derelict space is a closet with its doors agape. In the closet, folders, binders, and documents in yellow paper pile up. They were made in typing machines which are now obsolete. Spider webs also bridge the binders. Some plants have found their way into it, growing in

the cracks formed by the walls and the floor. The roof is covered by gray asbestos tiles, strewn with wooden beams. Rays of light slant between the tiles, hitting the dusty floor. The half-opened door moves with the gusts of wind. Outside, the grass grows by the walls, spreading all the way to the edge of a cobble-stoned road. Dogs bark nearby: paws thud on the ground between pointy wicks of grass. From there, you see the West Landfill: the wind has brought the smell of gasses emerging from the compacted layers of rotting garbage. Behind the Landfill, an airplane flies into sight.



Coordinate

On September 2nd, 2014, Enrique Peña Nieto announced the construction of the New Mexico City International Airport. Starting September 2015, the license holders have arrived in the land of northern Lake Texcoco to clean and prepare it. They also have rekindled a decade-long conflict with the Atenco community, and established a new demarcation vis-à-vis the National Water Commission (Conagua). In

the weeks following the new occupation, the fertile and diverse vegetal layer of more than 8,000 hectares covering the land was razed to prepare the lot for the new constructions: the appearance of the soil quickly went back to what it was 40 years ago, when the lake was a huge salt desert. The Conagua suvs trying to gain access to the northern area are now inspected (their access is restricted and sometimes denied), showing how the private sphere prevails ever more strongly over the public.

In the middle of this vast, newly desertified area, various surveillance booths, once standing and painted in white and blue, were also quickly demolished. In their long workdays, the guards had turned them into dwellings equipped with stoves, beds, utensils, and an altar to the Virgin of Guadalupe in the front of the façade. In one of the booths' ruins, there are documents, presumably inventories, checklists, pending tasks, or registration sheets. The walls, still standing, are covered on the inside with fluorescent green graffiti: I make out the word "puto" (faggot) and next to it I see the drawing of a penis, also green. The altar for the Virgin still stands although the religious image

has disappeared, as a result of anonymous, pointless vandalism against an institution already cast out. In a ruled notebook lying on the floor, there are different coordinates and data with some references to the places written in red ink. Everything found in these pages, every number, every name, every coordinate, was fundamental information for the understanding of the northern area of the lake (before the building license). Upon changing hands, and changing the whole topology of the area, the data entered in this notebook became empty numbers about places that no longer exist.



D

Deer

The first couple of deer arrived in New Zealand halfway through the 19th century, when a lord of Essex sent them as a gift for the Southern island. The female died without offspring, shot by a hunter, leaving only the male deer. The same English noble sent a couple of females. After their arrival, the deer began to reproduce quickly, populating the forests of this southern country, multiplying. Towards 1930, the deer were so many, rewards were set on their heads, causing the killing of more than a million specimens in the following decades.

Conagua engineers report in 2012 a pack of these animals arrived in Lake Texcoco from New Zealand, in a new migration far removed from that initial one departing from

English soil more than a century ago. In some documents, these animals appear as belonging to a pack that in 2005 shared grasslands with cows and native horses, in some spot of the Federal Enclosure. Totally foreign to the plateau recently re-populated by grass and foreign trees, the deer were brought without a clear purpose, without belonging to any of the environmental re-engineering projects in effect on the different areas of Lake Texcoco (among these projects there are still elaborate waste water treatment facilities at work, as well as trash deposits meant to become fertilizer, delicate water-drop-based irrigation systems, and other sowing and fertilization programs). Far from the thick forests inscribed in the imaginary of European children's stories, the foreign deer couldn't latch onto a land where humans, fish, birds, hares, and insects roamed

around—and interacted with—hoses, seeds, and processed water pools. In this new environment, these animals were confined, unable to run freely in the plateau, forced to lay down in desert stretches partially colonized by clandestine housing, and to dwell in the derelict facilities of the ecological park. In their foreignness, these creatures seemed to reinstate a long-erased division in this basin after centuries of transformations: the division between the native and the alien.

The pack was placed in a stable a few square meters wide, in some kind of zoo without a public. Towards 2014, around the time the federal government gave a green light to the new airport project, the deer were cast out of the lake without offspring nor the slightest trace. With their departure, the stables were left empty and intact until the new residents of the land demolished them. Of these stables, there were still some asbestos sheets left in late 2015, along with bent fences, and a waterless, pristine drinking fountain.



Demolition

April 26, 2012. Houses were scattered far and wide throughout the Hidalgo y Carrizo lot, along the bordering zones of Lake Texcoco, to the east of its basin, and west of the city that still bears the name of this ancient body of water. Every house occupied its space freely, without a grid, without structure. The houses held together in fragile balance, for they were a grounded assortment of materials and construction techniques: tin, cement, wood, brick, glass, and tarp. Every possible combination was set up in the middle of a vast plateau, lined with patchy, dry grass, dry like the seasonal air. Some had been recently demolished, for clouds of dust hovered over them. Now uninhabited and neglected, these torn huts left mountains of rubble behind them: shattered wooden beams, bricks devoured by the salt in the air, fragmented plaster planks, shreds of cloth, rusty metallic fragments, various kinds of foam, all dispersed yet together enough to be identified as remainders of one single ensemble.

At five in the morning the slow-paced machines roared along the

highway. The federal police accompanied the bulldozer troupe. Increasingly present, the noise from the engines did not scare the inhabitants on this side of the road: for hours now, they had been waiting to see the machines arrive and lash out against one house, then another, and then another, just as it had happened days before with the other neighboring constructions. The workmen would complete their task to the end, rendering the terrain flat again, a reprieve from human traces.

Upon arrival, a gigantic, yellow bulldozer approached the most prominent house of the entire plateau: unlike others, this house rose up three stories. It was clearly unfinished since the inner walls and gray floors, the naked columns, and the ceiling—barely covered by metal sheets—were showing. On the ground floor you could see the walls, punctured by the blow of another machine which took the first shot at its base, so as to cause it to collapse over its feeble foundations. This time the bulldozer came, and in one swing of its long arm, swept the house from top to bottom, its top layers crumbling like toasts or cookies. The third story floor fell on the lower levels, and these, due to the weight, began

to yield from the edges inward. In a second movement of the arm, further up, the metal sheets which still stood in an inexplicable balance, fell as if someone had blown air on them: lighter than concrete and cement, they flew up in the air and came down slowly like feathers. The machine's third and fourth blows caused an entire section of the house to collapse and smash into hundreds of pieces. Each hit sounded like a landslide, like a Lego house as it is knocked down, crumbling on a wooden table.

The bulldozer continued flinging its arm against another house. With each hit it looked less and less like one, and more and more like a giant paper, cardboard, and foam scale model. The following hits only shook the structure gently. It gave in and tumbled down effortlessly. Less than half the house stood standing, somehow balancing sideways, teetering, on the brink of toppling with the faintest wind, the smallest disturbance. After a gentle push, what was left of it collapsed, leaving but a fragment of a concrete slat balanced on a pillar. The slat broke down little by little, and fell on the other rubble. The pillar finally yielded too.

Four years after, you can still see the rubble from afar. Grass and weeds have grown on top: everything resembles archaeological remains from ancient cultures, forming strange mounds which barely stand out, aged by rain, salt, and air, merged into the desert ground. A few meters away from these ruins a fence has been erected, tracing a new line between this barren land and a strip where new constructions sprout each day, almost glued to the outline of the barrier. These new houses are as fragile as those demolished before them. They stand as rubble from the future, which will fall once the course of the fence is redirected, when Lake Texcoco reclaims the broadening of its plateau, a few meters further out.



Dereliction

At the entrance of Lake Texcoco Ecological Park, there's a map explaining the premises: a gym, playgrounds, cabins, historic monuments, soccer, baseball, and volleyball courts, lakes, bike routes. You can also see on the map a red dot stating "you are here," and in a corner, the Conagua logo. The park,

located further in, lies in the middle of an ecological reserve, like a hidden ghost amongst the trees. The park is a specter that weeds and brush have devoured with the passing of time. Snails have invaded it and stagnant puddles of rainwater turn it bleak. The sunlight, the air, and the salt coughed up from the ground all have taken their toll. Along the park's roads, the light posts watch over the perimeter like guardians of a land no one has treaded in years. Each post is crowned by a solar cell, but, at night, the park needs no artificial light. A bluish-gray wooden cabin, standing on high stilts, completes now more than four years of solitary life. Similarly, other cabins are scattered around the park. No one lives in them although they're ready, orderly, and open. A cabin's front porch looks out onto yellowish green pasture, and further out, the road can be seen. Behind the cabin and surrounded by bushes, a yellow and red plastic structure sticks out. It's a playground: a swing, a seesaw, a small spiral-shaped slide, a concave, blue slide, and a few red metal structures children use to cling and perch to. The sun glitters against the varnish and other polymers of this small citadel. The synthetic colors shine

even more intensely, and the sense of dereliction is intensified by the contrast with the green and yellow of the plants. In this remote location within the park, you hear the whiz of cars and trucks driving on the other side of the fences.

A bit further beyond these faint sounds, on the other side of the highway, the ground is being prepared for Mexico City's new airport.

Further along in this direction, there is a green rectangle; it is of a distinct shade of green, different from the plants': darker, deeper. This rectangle is framed by straight, white lines, a couple of light posts, two score boards, and two basketball hoops. On this court, not altogether level, a number of puddles delineate the terrain's concavities: a bouncing ball would go back and forward, or even outside the court. There are no balls to play with. You can tell it has rained, since snails swim in the water, and the posts feel moist to the touch. Here, trucks and cars aren't heard. Next to the court edges, grasshoppers leap around, startled by human steps on the grass.

Next to this court is a second one, painted blue and green; at its center, a worn-down net hangs from two white posts. A soft wind sways it from side to side. The court floor feels like hard rubber, firm yet yielding under footsteps. Next to it, there's a vacant lot, lined with red tezontle gravel. In the middle of this lot there is a number of metallic and wooden machines, painted in yellow and green synthetic enamel, the same colors of the children's park. This is the gym of Lake Texcoco Ecological Park: a climbing slope, a few weights stuck to metallic shafts, pulleys, seesaws, and other intricate structures for grown-ups to play. This gym, the sports courts and the pathways still await athletes to happen by. Further inside the lot, closer to the lakes, there is a field of synthetic grass. The plastic pasture stretches out like a clearing amongst the dense shrubbery. It is impeccable, and shines in a way the *Distichlis spicata* does not. A row of concrete pedestals flank a side of the pathway: they're monuments to the history of the Great Lake. Names of Mexican heroes from before and after the Conquest, before and after the Republic are written on their plaques: presidents, battles, dates, one bollard after another. Almost every

person mentioned is now dead. On the very last pedestal the names of the most recent presidents read like tombstones: Felipe Calderón 2006-2012, Enrique Peña Nieto 2012-2018. Next to the pedestal row, a white, horizontal cement replica of the Aztec Sun Stone looks up to the sky, twice the size of the one in the museum. At the end of the road, lies the immense Nabor Carrillo Reservoir. This man-made lake, several kilometers in length and width, was also abandoned there, without visitors, amidst an enormous field of grass, bushes, and animals.



Desert

The movie *Black Wind* shows the building process for the railways connecting the Mexican states of Sonora and Baja California in the middle of the desert, towards 1947. Between sandstorms, under a sizzling sun hitting the heads of workers, engineers, and supervisors, each character develops an untamable will to sow industry in this arid land. The absence of water and flora is total. The rails are fastened to the ground, segment by segment, while the men

stay standing between the open sky and the soft, dry, volatile sand.

The barren land that propels the movie's plot was partly recorded in the Sonora desert. Some of the scenes were produced in a region similar in attributes to that of northern Mexico, just next to the Federal District. During the shooting, the ecological reserve and bulwark of the last lots belonging to Lake Texcoco was a wide plateau of salty soil where there was no water, flora, nor urban developments for miles around.

The Ferrocarril Sonora-Baja California company, as seen in black-and-white, tried to impose the industry onto the desert by building a railway, and by introducing train cars and locomotives: it tried to break the homogeneity of this huge sand expanse. At the beginning of *Black Wind*, Manuel "*el Mayor*," the protagonist, announces it: "Damn you! One day I will come back to split you in half."

Shortly after completing the shooting of *Black Wind*, the inner desert of Lake Texcoco was also split in half. A human desire to transform the arid land drove the sowing of green

layers, the arrival of birds and water mirrors to a land that rejected them. The conquest of this "inner desert" began in 1971: a presidential decree claimed thousands of hectares of dry land, capturing the territory of the extinct Lake Texcoco, halting future urbanization processes in the northeastern area of the state of Mexico. Texcoco, Chimalhuacán, and Ecatepec had spread fast as the wind into the lake until then.

The instatement of a new ecosystem in the Lake Texcoco desert first tackled the rehabilitation of the unfertile soil. When desiccating the basin, the lake water left behind it a soil with no irrigation and high salt counts, where no vegetal life prospered. Several attempts at sowing native and foreign species proved fruitless, while the ground preserved its salinity. Species from other desert environments were rejected by the soil itself. The plants that grow by the ocean, where salt seeps into the ground, didn't blossom either. Some kind of yellowish grass was sown as if a carpet, which covered the salty ground until it rooted and formed a vegetal layer. With the intervention and ceaseless work of forestry engineers, the grass was able to settle

in and populate hectares previously lacking plant life.

The arrival of water to this valley of unlikely fertility was also a work of engineering. As part of an experiment to measure the impact of the progressive subsidence of the Federal District's ground, a perfect six-by-four-kilometer grid was drawn in the land of Lake Texcoco. Simulating the wells built on city ground to extract drinking water, the engineers patiently obtained water from the rectangle's underground, slot by slot. As it has happened in Mexico City, the shallow layers of muddy soil in this rectangle collapsed on themselves when water was sucked from underneath, producing a perfectly symmetrical, six-by-four-kilometer hole. This huge pool took in the waste water cast out of the city and the neighboring municipalities of the state of Mexico. This assemblage of (putrid) water spawned the Nabor Carrillo Reservoir, a lake designed in the middle of a site modified by humans.

The construction of this ecosystem made headway. Next to Nabor Carrillo, other bodies of water were habilitated to cleanse the collected

waste water. Using sophisticated methods, it was turned into clean lake water, ready to host other life forms. Tilapias, carps, and other water creatures were imported. Along with the fish came birds, horses, deer, hares, wild dogs, snakes, snails, and grasshoppers. The migrations began: each winter, flocks of birds from Canada still make a stop by the shore of the Nabor Carrillo Reservoir, the same way they briefly dwell so many other places on their way south.

As the Northern birds arrive at this new land created by humans, they're not dissuaded by the iron fences encircling the perimeter of the current Lake Texcoco Ecological Reserve, which brand it as property, as an object. Considering it was a desert at its outset, the task undertaken in this estranged land bordering the city can be thought of as a new form of subsumption: a new conquest mediated by the adoption of birds, fish, insects and plants which shouldn't be there. The clean air and the fertility they brought along erased the traces of an arid geography marked by human activity; a more ancient geography, possibly more "natural."

The last scene in *Black Wind* frames the iron line of the railway, which shows the consequences of the desert's conquest, one by one: death, loss, hopelessness. In a different register, the perimeter line that today fences off Lake Texcoco invokes the entire enterprise of land and water domination in the Valley of Mexico, whose story is very long.



Desiccation

Around the planet, from China to the Bolivian region that borders with Chile, lakes have turned into a gauge of human incidence on the geography: as they dry up and shrink, the water and the basins' surroundings change in shape and color until they transform into altogether different places. These sites acquire different colorings, some spots rise, some sink, erode or flood in unforeseeable configurations. The regions they ascribe to also change. Sometimes the previously warm color tones of a patch of land with a lake at the center become dotted with cold hues when the lake disappears. Sometimes an area where the blue reflection of water covered everything

in green and violet, turns yellowish and red as the center of the lake dries up. The desiccation of a lake acts like a domino spreading its reach the way the pieces topple one another, until the most remote one falls: provinces, regions, districts, counties, and entire states are affected by the decrease in the water level of a lagoon.

Shared by Kazakhstan and Uzbekistan, the Aral Sea began its water level drop in 1960, when the rivers feeding it were diverted to irrigate the crops of the ancient Soviet Union. Before, it was a great cobalt stain that swallowed light to the point of becoming black in its deepest point. Now, the Aral is divided in four small lakes of translucent water, which show the bottom of their beds lined with green algae. Each one of these small remainders of the Aral is surrounded by a white halo of salty desert: as water retreats, these halos spread to become one, causing a salt stain that holds on to the ground.

Lake Poopó in Bolivia was affected by extraction projects causing its desiccation in the course of a few years, until it disappeared completely in 2015. Before, it was a green mirror reflecting onto the neigh-

boring mountains, making them look sturdy. Now the Poopó is a semidesertic expanse with cracked soil that infects the mountains with dryness. Lake Poyang, the biggest patch of fresh water in China, shrank to the point of splitting in 2012, into a set of minuscule lakes divided by strips of dry land: the bright-blue and the green which previously pervaded the region are now a heap of violet stains with brown, red, and gray halos, which change in size and shape when the lake dries up.

In Africa, Lake Chad started shrinking in 1966. As the water is extracted to keep fertile the soil of the enormous crops, the pollution arrives to its bed from remote European regions: its colors are not the same they were when the lake was made mainly of water. Located between Jordan, Israel, and Palestine, the Dead Sea has broken down and shrunk since 1960, emulating the shifts of the territories that frame it. Lake Hulun, located in the Mongolian territories of Northern China, has changed shape, size, and color since 1996, when the course of the feeding rivers was diverted: as the water flees and the land emerges in different proportions, the basin region is transformed.



Dispossession

During a round-table discussion, César del Valle, one of the leaders of the People's Front for the Defense of the Land (FPDT), asked the audience: "What is dispossession?" Some thirty people congregated in a small auditorium to talk about the possible consequences of the construction of the New Mexico City International Airport in the Texcoco basin. On the pine-wood surface of a table lay an open map, crisscrossed by folding lines. The map showed the northeastern region of the state of Mexico, strewn with partitions outlining different lands, one of top of the other. On the upper right side of the huge sheet, an area highlighted in red stood out, drawn over other lots marked by dotted lines. According to the measurements at the margins of the map, a triangle of some ninety hectares appeared under the legend: "Lots of the Atenco *ejido* under dispute with the NAICM."

César, son of Ignacio del Valle and Trinidad Ramírez, was present at the flower market of Texcoco City on May 3rd, 2006, when one of the most

controversial episodes of repression in recent decades was committed by the Mexican Government. That day, the FPDT was supporting the market merchants to prevent their eviction at the hands of the Federal Police. As the crowd gathered in the public space of the city, hundreds of arrests, persecutions, and violations took place. Many of them are still unsolved, and have risen to international courts as concrete cases of human rights infractions. This date is commemorated every year in manifestations down Paseo de la Reforma in Mexico City. In these marches, hundreds of people gather in the wide promenades connecting the west and the center of the metropolis, brandishing machetes that shine under the sunlight.

After the incident, the Del Valles were imprisoned and in exile for several years. Some years before, towards 2002, a group of Atenco residents—including the Del Valles—started to organize as a resistance front, when the new President of Mexico, Vicente Fox, kicked off the first plan to build the NAICM. The project envisioned an airport in the Federal Enclosure of Lake Texcoco, spreading up to the entrance of the town

of Atenco. Back then, hundreds of people of the front carried machetes and wore red scarfs around the neck, as they stood their ground in the edges of their *ejidos* and prevented the entry of the construction machines. Yielding to the pressure of this group of *ejido* tenants, the airport project was eventually suspended.

The members of the FPDT who remain active to date state the 2006 incident was a retaliation measure by the former governor of the state of Mexico and current president, Enrique Peña Nieto, for the obstruction of a highly profitable, large-scale project. As a consequence, the decade after the Texcoco episode, some FPDT members scattered, overtaken by the violence of the “flower evening,” while others sold their land to the State. Others, on the contrary, stayed together around the *ejido*: these last owners still raise their machetes to the sun, as a sign of protest or commemoration.

Towards 2017, the airport project had finally found its way in the Federal Enclosure of Lake Texcoco, making swift progress after a second presidential decree issued in 2014. Around the construction site’s pe-

rimeter, a concrete and chain link fence was built, stretching for miles. This barrier materializes one of the dotted lines drawn in the worn-down map mentioned above, becoming a thick gray strip on the ground. Seen from the Atenco and Nexquipayac *ejidos*, this fence seems close, as if it cut the land in two. The military-style structures are located a few miles away from Tepetzingo and Coatepec, two of the region’s sacred hills. Juxtaposing it onto the red area marked under dispute, the Atenco *ejido* is crossed by a fence segment, which severs off a patch of land.

The Del Valles, as well as other residents of Atenco and other neighboring towns like Nexquipayac and Tocuila, have a particular relation to the *ejido*, which might seem difficult to understand for a city dweller. They use the term *milpa* to explain a peculiar sowing method which is proper of this region of the world, from the time before the armies of Cortés arrived here. The word *milpa*, from the Náhuatl language, may translate literally as “that which is sown on top,” although in practice it doesn’t only encompass the result of a harvest but also the land in itself, the plants sown during each cycle and

the ways of life connected to them. At the round table, César talks about the *milpa* like something placed in an intermediate space between the land and the person nourishing it, and which transforms both parts. The farmers occasionally raising their machetes in the northeastern area of the state of Mexico are not, therefore, commodity consumers nor land hoarders, since the land is not a separate element, different from its dwellers. The *ejido* is only one of the pieces interwoven in this complex relation between land, plants, humans, and creatures.

While the public listens to César and observes the dotted lines in the map, the perimeter fence of the New Mexico City International Airport encroaches on the *milpa*.



Ditch

Mexico City residents have dug several ditches around and inside the area Lake Texcoco occupied for several centuries. In 1607, they dug a ditch north of the lakes of the Central Mexican basin to try to drain all of their water and dry up new

stretches of land for urbanization. In 1629, a great flood caused its collapse. Its frail structure was erased as the water level rose in the rivers and lakes that took up great spreads of land in the Valley of Mexico. After the failure of the first ditch, a new canal was dug to drain the metropolitan area in the early 20th century. This subterranean Great Canal crossed the lake land south to north, directing the lacustrine water towards the Tula River, into the Mezquital Valley, in the state of Hidalgo.

As the city grew, a series of underground aquifers shrank in size. Their water was extracted through shallow wells: a well is a sort of vertical ditch that opens the land until it reaches down into one of the reservoirs. As the ground sank as a result of the vertical channels pumping water out, the Great Canal yielded, sloping the wrong way, causing the water's return to the lakes. The city residents brought sump pumps, extensions, and other mechanisms devised to move the water up, out, through a ditch whose slope grew the wrong way. In the course of the 20th century, other ditches were built with the purpose of reinforcing this drainage project, while some

rivers were turned into concrete-lined waterways: the Central Outlet Tunnel, the West Outlet Tunnel, the Remedios River, Compañía River, or Churubusco River. Up to 2008, water periodically returned, flooding avenues, squares, parks, and neighborhoods. It seeped down into pipes in houses, buildings, and streets. Some city residents began digging a wider, deeper channel than the original ditch and the Canal. The new one was seven kilometers in diameter, with an estimated length of seventy-two kilometers. Today, as they continue to dig this hole in an attempt to completely dry the lakes, to drill and underpin its massive structure one hundred and fifty meters below ground, it rains.



Duck

Currently demarcated as an ecological reserve, the area surrounding the Nabor Carrillo Reservoir is inhabited by native birds year round and migratory birds during the winter. According to some avifauna experts who have studied the birds resting in the trees, this spot in the Valley of Mexico is the most important in the

area for birds in migration. Thousands of these animals—mainly ducks like the greater scaup, the blue-winged teal, the brown teal, the ruddy duck, the pintail, the American wigeon, and the canvasback—rest on the water of this reservoir in groups of a couple hundreds, floating, making it their home for a few months.

Migrations are processes of long aerial journeys, implying sometimes flying over uninterrupted stretches of ocean and deserted land. The flight periods are long, and with short rest stops. Flocks of birds arrive each year to the same spot, certain that they will return the next, *knowing* somehow that the following generations will traverse exactly the same path: thousands of miles covered only to fly back. These birds' sharp sense of space and temporal orientation allow them to pay special attention to the subtle changes in the weather, light, and winds. From the air they take note of landmarks such as mountain ranges, coasts, and valleys. These formations tell them where to stop and where to head. This conception of time and space is substantially different from the human one, specially the one introduced by late capitalism. The latter compartmentalizes

time in exact portions of productive labor and idleness. Social relations become sets of isolated individuals. Space breaks down into the public and the private. The flock, on the contrary, forms a system that knows and recognizes the migratory routes as if these were extensions of the ducks' bodies, an off-shoot of their feathers.

For these migrations, the arrival point in the Valley of Mexico is a lake no more than fifty years old. In principle and technically, the Nabor Carrillo is not even a lake: it's a regulatory vessel, a man-made cavity in the ground available when the rain threatens to flood the city. If seen—emulating the birds' perspective—from a plane landing in the Mexico City airport, the Nabor Carrillo reservoir resembles a perfect rectangle in the middle of starkly irregular lots. Besides, since its creation, it collects wastewater from northeastern Mexico City after it lands in Lake Churubusco (another regulatory vessel opened in Lake Texcoco land, some miles west). Even if processed, the water holds minerals and urban elements. The ducks have covered thousands of miles over wild lands. For generations, they've insistently migrated

to this place, revealing one of many possible adaptation mechanisms for a land and water "artifice."



Dust Cloud

In the late 1960s, Lake Texcoco remained dry most of the year. During the rainy season, its basin would fill up and spill onto the city, flooding its main streets, although only for a couple of months. The remaining part of the year the ground would dry out. Its grains of dust and salt were exposed to sunlight and wind. This wind would lift the thicker grains and drag them along at ground level, baring the underlying layer. Blowing in all directions, the wind would lift the dust to then thrust it to the ground. Localized explosions of aeolic erosion fractured the soil. When coarser particles hit the ground, finer ones would then rise in huge veils of dust which thickened into veritable walls. The volatile particles of these "walls" rose further, in the shape of clouds. They were manipulated by the softer wind currents and driven back towards Mexico City at very high speeds. These *tolvaneras* ("dust clouds") happened around 33 times

a year and were as strong as the sandstorms in the Sahara Desert. Particles of pollen, cement, ash, soot, silicates, aluminates, and heavy metals would rise along the way and travel in the clouds. Between noon and the late afternoon, the strongest winds would blow from the Southeast and Southwest: the dust fell on San Juan de Aragón, Ecatepec, and Ciudad Nezahualcóyotl. It would also fall on the tracks of the old airport, and on the windshields of airplanes. People on the street would open their eyes and the abrasive dust would stick to the pupils, and flow through the nose into the lungs. Multitudes coughed dust particles. The coughing merged with the sound of the wind banging walls, doors, trees, and windows.



E

Ejido

The *ejido* has been the indivisible unit of land ownership in Mexico ever since the approval of the 1917 Constitution. More than one-hundred million hectares of fertile ground were granted to groups of people under a very clear set of rules: the land would belong to the state, and by eliminating private ownership over it, conflict, division, and indiscriminate usufruct would be avoided. The specific use of the land would be decided upon by the beneficiary farmers of the *ejido*, provided that it remained agricultural; the land could not be sold nor divided. *Ejidors* are not "latifundiums" (large parcels of generally unused land) nor "minifundios" (smaller versions of latifundiums). It may not be given industrial use nor annexed to neighboring cities (which tend to

grow horizontally). The people east of Lake Texcoco established their settlements under this model of land ownership, thus consolidating themselves as communities dedicated to farming and raising livestock. They thus remain protected from being absorbed by Mexico City's strong forces of urbanization, despite the proximity to its eastern outskirts. *Ejidors*, however, are not exempt from corruption within their local assemblies, nor from pressure from large-scale agricultural companies.

In principle, the model differs greatly in nature from land distribution schemes in other Latin American countries, such as Colombia: in my country, lands are abandoned and immediately usurped, thus oscillating between a total negation of property and a violently zealous safeguarding of it. This contradictory relationship

between Colombians and their own land has sprouted a war and, for 50 years now, the land changes hands ever more hastily.

Article 27 of the Mexican Constitution, dedicated to the agrarian policies focused on this particular model of land partition, was modified in 1992. This propitiated an accelerated the transformation of Lake Texcoco's soil: before that year, the limits between the lake and the *ejido* terrains of Atenco and Chimalhuacán had remained intact, like a symbiotic membrane. The new ecological reserve that had been created on the ancient lake became a place where the *ejido* had an echo, a resonance, even a conversation of sorts with the inhabitants of this rural land. This modification, consisting of a small addendum to the law, namely a couple of paragraphs and a text all too general and abstract, generated a physical effect on the land itself: now the *ejido* did not belong to the State but to an assembly of *ejidatarios* (communal assembly members). It is now they who decide upon the land's use, value, and possible usufruct. The *ejido* land, accordingly, could be now sold, fractioned, distributed, or even expropriated from

the members of such assembly. The *ejido* land, from then onward and in an explicit manner, became a lot, a surface, and an object of trade. Since 1992, the borders of Lake Texcoco, now delineated not by the salty water but by some state commission topographers, began to expand and absorb the lands formerly protected by that long-standing *ejido* law. The state, which had been a guardian of the lands, became its buyer.



Erosion

At the beginning of October you can still feel the intense summer heat. This heat evaporates water fairly fast: clouds of vapor rise from the ground to the atmosphere, while the ground tears into flakes divided by erosion cracks. The flake can be picked up with the hand as if it were part of a smashed ceramic plate: the edges of every flake reveal the cracking patterns of neighboring flakes, and at the same time show the fractured continuity of one single terrestrial surface. The course of moving water is seen in the porosity on one side of the flake, drawing notches in the cracks between them. On this floor made

of sandy flakes, upon close observation, small circular holes mark the spot where some rain drops fell. The eroded ground of an immense plain stretches out up to Chiconautla Hill. In some spots of this great span of cracked ground, there are minuscule, murky ponds, where some birds dip their beaks to drink water. The birds might be storks, with gray feathers and long beak, standing on thin, supple legs. Mosquitoes swarm around these small ponds, landing on the water and on the birds' bodies. The latter ruffle their feathers to fend off the flying insects. The water looks still, except for the steps of the mosquitoes altering its surface tension. The wind doesn't blow. Only hot air comes off the ground and some sporadic gusts of breeze wafting dust. The dust clouds settle down quickly on and between the scales. Human footprints leave traces on this broken soil. The crisp sound of trampled dry land returns like a multitude of echoes delayed in time. Ecatepec stands blurry in the west, like a mirage.



F

Fence

The Peñón-Texcoco Highway stretches out like a straight line that turns the cars into rockets, propelling them down the pavement in a swift path from the metropolis into the *ejidos* of the state of Mexico, and from there back to the city on the opposite lane. In a car going at 100 km/h, things happening at either side of the road whizz past the eyes like a wake of abstract shapes, while the sound of traffic comes shooting the opposite way and wanes along, like a weep that resonates in the back of the head.

On January 2017, I drove past the lands of the colossal new airport—stretching north of the road—in the swift traffic returning from the state of Mexico into the capital. From the beginning of the highway, the

perimeter fence now separating this new territory from the “outside” resembled a succession of gray and white slats to the right of the automobile. As the car moved ahead, the abstract image became a solid object: the slats went on for miles. When looking up north from the passenger’s seat, you could see the gray and white barrier encircling the entire perimeter of the airport area, rising on its edge like a new borderline. I was able to mentally measure a concrete slat, a meter and a half wide and a meter high, crowned by a chain link fence, three meters and a half high, topped with sharp stakes. This barrier resembled those built around jails, military facilities, or certain segments of the U.S.-Mexico border. Physical partitions like these prevent the “undesirable” from brimming out, the “uncontrollable” from irrupting and wreaking havoc,

and the private from escaping, from going public. The concrete and the fence in this new physical partition between the airport and the valley rise vertically towards the sky, while stretching horizontally for miles in a straight line along the Peñón-Texcoco Highway, like a blade halving the land, dividing the progress from the old ways of life, the rich from the poor, the private from the public. To one side of the wall, the aeronautic works made imperceptible headway: some three hundred men, armed with machines, fought against a concave terrain that insisted in sinking. They tried to level it into runways for the future landing and takeoff of aircrafts. The men and their construction equipment (war machines made for digging instead of shooting, capable of wounding by extracting) resembled dots in the distance, fleeing the vision field in microseconds. As the car pushed ahead, just behind the fence, some sprouts of *Distichlis spicata* held on to the soil in a wake of green and yellow before being torn out or buried by multiple layers of inorganic matter.

Along the wall, further south, there was an idle land sown with withering palm trees in a row, yielding

to the soil's salinity and the air's dryness. Then, to the left, beyond the asphalt road I drove on, the Lake Texcoco Ecological Reserve lay hidden behind its own metal fence (a more fragile divide, made of rusty chain links, toppled in some spots). In the distance, behind the Reserve, the curve line of the Outer Mexiquense Ring appeared faintly, bordering with the current edge of the Chimalhuacán Municipality: this municipality stretched into the horizon like a dense lattice of houses and buildings fading into the yellow clouds of Mexico City's polluted air.



Flight

From the passenger's seat you can't feel the wind wobbling the aircraft. Fields, oceans, cities are flown over, rising until the ground vanishes, hidden under thick clouds. At moments, the notion of "up" and "down" is forgotten. From the heights, the great Mexico City becomes small, lost in a white stain made of millions of overlapping dots, as soon as the wider territory of the country engulfs it. Then, the continent appears and the earth is far away, far down, veiled

by ever denser sheets of condensed vapor. The plane is alone in the heights, cruising among clouds, loaded with humans, bags, food trays and plastic cups holding still in their place. References to earthly matters vanish. Like a bird, the aircraft stays horizontal, swaying a bit every now and then, keeping its top upright. It reaches its stable cruising speed, crossing the air currents at 800 kilometers per hour. For long periods of time, the temperatures drop outside and stay stable inside. Within the airplane, like on the ground, everything stays relatively still.

Each year, more than five hundred tons of merchandises and passengers fly over Mexico City's atmosphere in planes that take off or land at the Benito Juárez International Airport. Heavy freighters cross the metropolitan air in every direction, sometimes nearing the rooftops, ruffling the tips of nearby hills. Commercial airships transport three hundred humans in the urban sky on each trip, protecting them from the cold, the speed, and the wind in tight cabins, shoulder to shoulder. Every minute a plane lands while another one takes off, uninterruptedly, day and night. The metropolis's

airspace stores the exhalations of its inhabitants and infrastructures, also supports and sends up more than four thousand planes each year. They all depart this airport located by the shore of the ancient Lake Texcoco.

At the same time, streams of wastewater flow underground, channeled from the south of the city through a piped segment of the Churubusco River. The flush from countless toilets head rapidly to this river, added to millions of liters of water containing the wash from dirty mops, diverse liquids dripping down the streets into the gutters, mixed with the ground dirt swept by rain. This water crosses under the city to surface in the inlet of Lake Churubusco: an open-air regulatory vessel, built in the west side of the ancient Lake Texcoco area, inside the West Landfill and a couple of kilometers from the international airport's runways. Wastewater is directed into this vessel, concentrating there before being re-channeled to the state of Hidalgo, where it will be used for irrigation of crops: this water will filter into the soil to touch the roots of fruit plants, vegetables, and tubers traveling back to the city markets in wooden boxes.

As it discharges, the fluid that traveled underground violently splashes onto the surface, spilling into the lake, producing an airborne foam that travels lightly to then softly land throughout the area. The sound of planes taking off and landing moves in the air, shaking Lake Texcoco's ground. The stench of wastewater travels along on that same ether, pushed hastily by the wind currents over to the airport's tarmac. Previously contained in underground pipes, these smells burst upon surfacing, spreading on the breeze traveling east to the inside of the airport terminals, into the plane cabins as soon as the doors are opened. Lake Churubusco's smelly wind currents are trapped in the aircrafts as they take off, carrying away millions of particles from Mexico City's underground and Lake Texcoco's saltpetery soil.

A flying plane rides the same air we breathe, the one that sways the trees and unleashes storms on the coastlands, the same air that tackles us to the ground when the wind blows hard. This air lifts up a winged machine weighing tons, holds it up, makes it light and soft, keeps it en route, and raises it beyond sight.



Fractioning

Encompassing a couple of square kilometers, the lot of El Salado is located east of Lake Texcoco territory. Towards 2002, this lot looked like those *ejidos* of Southern Lake Texcoco: an arid land storing the remainders of hastily built, and abruptly demolished houses. Here, it is impossible to find signs of infrastructure allowing the houses to function, communicate, or have demarcation. Not unlike the Hidalgo y Carrizo lot in the southwestern area of Lake Texcoco, El Salado is a precariously urbanized land, seeming ambiguously available and restricted, derelict and plundered. This lot borders El Caracol in the west, a perfect circle in the soil, used by a now-defunct company as a water still for extracting salt and caustic soda. Bordering with Ecatepecto to the north, El Caracol still looks like a round blue spot in the middle of a map full with irregular, interrupted lines. To the south, the immense plateau of ancient Lake Texcoco spreads. It was until recently a grassy prairie, some parts of which became desert in the dry season, and flooded du-

ring the rain season. The lot, a triangle in the middle of these three territories, sometimes merges with their shifting borders.

Between 1997 and 2002, this lot became the precedent of a land fractioning method which would expand in the following decades to many communal lands in the area. With great difficulty, hundreds of families had managed to build four walls and a roof for themselves in El Salado. Meanwhile, the still uninhabited plateau located south of its border came to be envisioned as a potential airplane landing field, with malls and urban settlements. Towards 2001, sitting President Vicente Fox added to his agenda an airport which would crystallize more than ten years afterwards. At the time, the uprising of social movements generated controversies and media impact, which shed light on the airport project's problems. To this day, the unavoidability of the project and the attrition of such social movements have largely dissipated the visibility of the issues. Migrations from central and southern Mexico, and the growth of the city itself resulted in the population overflowing outwards, towards the state of Mexico. Next-door

neighbor to El Salado, Ecatepec reached in 2015 a population of more than one million six hundred residents. Like water approaching the boiling point, the turn of century anticipated an ulterior population explosion and spillage. Silently, the Federal Enclosure of Lake Texcoco also spread, absorbing *ejidos* since the 90s, in the context of a great rescue project for the basin. The airport, the city, and the state of Mexico, three agents comprising in turn interchangeable individuals, pressured the different edges of the small lot. El Salado was divided in patches sold and resold, appraised, reappraised, changing hands in a series of transactions dispelling the certainty about its ownership, where the executors of the fractioning functioned as abstract lines of a grid: the president, the license holders, the state governor, the real estate speculators, the Atlacomulco Group, the army, and the police. The lot itself disappeared in infinitely reduced sections, while houses—feebly holding together their walls and roofs—were in constant risk of disappearing from the map because of this grid's new, sharp, dense array of lines. The owners of the houses became fractioned, just like the soil they were treading.



G

Grass

The date of the definitive desiccation of Lake Texcoco is not filed in official documents. Some residents of Texcoco City I've interviewed state that in 1970, in the rainy season, it was still possible to row on a raft on the lake's water and get to the center of the Federal District. However, there are evidences that show how the desertification was imminent by the mid-60s. The movie *Black Wind*, premiered in 1964, tells the story of the Sonora-Baja California Rail-road. On the background of some scenes, a huge desert looms, which really was the northern area of Lake Texcoco, where the new airport is being built. Drastically and ironically, the lake became a desert similar to the Sonora Desert. The wind wafts up intense sand storms; temperature rises by day and drops by night.

An equally radical transformation of the site started in the 70s.

The Ministry of Agriculture and Hydraulic Resources instated the Lake Texcoco Commission, and started sowing one single vegetal species on the unlikely fertile soil. The *Distichlis spicata* grass grows like a rhizome, shooting out new stalks like radiuses in different directions. New grass may or may not stem from this one. Or it might stretch like a long arm until it fastens to a spot in the land. Growing horizontally, its movement along the ground resembles that of a reptile: the salty grass is a plant with animal traits.

A vegetal layer doesn't grow by itself. It manages to sprout in so far as the soil allows for the plant to adapt to it and yields to its roots. The soil's pH should also slowly adjust to the one

required by the plants. With slow progress, the soil in Lake Texcoco changed in the presence of the grass, until it was completely populated by it. Entire hectares in the Federal Enclosure turned into a new, yellowish-green ecosystem: a lake, desert, and grass meadow hybrid.



Grave

September 19th, 2015, was the 30th anniversary of the earthquake that shattered Mexico City. In a conversation with the most senior employee of the Dolores Cemetery, I found out that the night after the quake the bodies found under the rubble had been taken by the bulk to the graveyard lots which were still empty. Unidentified bodies formed massive heaps which overcrowded the cemetery and caused a crisis. If a similar tragedy occurred today, the graveyard wouldn't have room to receive the same volume of corpses as in 1985.

The graves are laid out one next to the other in a dense lattice of tombstones, crosses, and statues stretching out in one section of the Chapultepec

Forest. At the edge of the cemetery, some graves cramp as if about to spill out. The rubble of exhumed graves piles nearby—too old to seem fastened to the ground. In the rubble, we find fragments of tombstones belonging to people who passed away during the earthquake, mirroring the frailty of the constructions that crushed them. These shattered graves mark the inhumation of someone's remains, whose house might have collapsed during the quake, killing them.

Some archive pictures show entirely crumbled buildings, like hills looming in the middle of the city. In some photographs, tons of rubble sit like break-prone layers of the most diverse materials, while other pictures show torn constructions that seemed to stick out of the ground. In all the images I've found, people appear like minuscule dots lost in the scale of the modern ruins. A part of the rubble of the city fallen in 85 was dumped in other border, away from the cemetery that sheltered so many of the bodies. In the northeastern border of Mexico City and the state of Mexico there is a strip of land, which was also created in the course of the 80s. Its ground received the

(non-human) material remainders of the earthquake—before the plants grew on top and hid them.

The Lake Texcoco Ecological Reserve began to spread east thirty years ago, from the edge of Ecatepec and Nezahualcóyotl City: today, its territory has been reduced, which in 1985 was more than 8,000 hectares wide. The earthquake's rubble didn't get a place in the city, but was rather dumped in that vast, humanly uninhabited place. When exploring the reserve, fragments of concrete blocks, tiles, and bricks stick out in the overgrown, 30-year-old vegetation. The remainders of a few buildings could be tucked between the tall bushes and the thick grass. Only the tips show. The earthquake's ruins hid progressively with the growth of the surrounding plants. At the same time, they remain alien, out of the vegetal life's time, surfacing like tombstones of a remote, scattered graveyard.





H

Hare

Wearing reflective vests and jeans, the biologist consultants of the Mexico City Airport Group caught a hare between the bushes of what will become the third runway of the New Mexico City International Airport, in a remote location north of former Lake Texcoco. These consultants have been hired by the new airport's builders to minimize the number of animals and plants killed by road rollers, layers of compacted *tezontle* rock, or the asphalt serving as substrate for numerous airplane landings. This search is more symbolic than effective, given the size of the land and the time remaining before the schedule brushes aside the environmental impact agenda: many small animals will be accidentally buried as anonymous casualties. With the accelerated pace

of soil change brought along by the construction, the creatures will virtually be fossils by the airport's opening date. The scientific name of the animal is *Lepus californicus*, known in Spanish as "*liebre cola negra*" (black-tailed jackrabbit).

It was a big and robust hare although it could fit inside one biologist's hands like a ball of gray and brown fur. It had drooping ears, and its legs were folded back. Had it been running or jumping freely, it could stretch out, surely measuring half a meter from the tip of its hind legs to the tip of the ears. The hare was taken beyond the Peñón-Texcoco Highway to the shores of the Nabor Carrillo Reservoir, the last community of plants, animals, microorganisms, and bodies of water still remaining in the area. The woman held the hare tightly, one hand over its thorax, the

other holding the hind legs. The hare shook: its ears drooped, its gaze was alert. Restless and dilated, open like black spheres, the eyes searched for a familiar spot to lay on, a soothing sign to slow down its heartbeat reacting to the pressure of the hand on the ribs, the unsettling presence of humans and their voices, cars, and cameras. Trapped between soft, firm hands, the hare wouldn't move. This was not its home. This place was not its dwelling, regardless of the thick vegetation similar to the one it knew, or the fact that the mirror of salty water resembled a lake. It wasn't the hare's home, regardless of the ducks which fly by in migration season, and other hares hiding between the yellow and green layers of salty grass. A camera, fixed on the animal's eyes, recorded its racing breath and the confusion in its eyes. In a swift movement, the biologist unclenched her hands, and the hare leapt into the air like a projectile, only to fall on the grass. In a matter of seconds, it sprinted out of sight.



Highway

In the 16th century, Lake Texcoco was an uninterrupted body of water that stretched all the way to the edge of the Chapultepec Forest in the west and over to the limit of the Texcoco Kingdom in the east. In the maps from that era, it is depicted as a wide-reaching circle that contains a large blue surface dotted only by the small island of Tenochtitlan. As the desiccation initiated, the lake was displaced to the Texcoco region, in an attempt to drive it out of the city. In spite of this, it largely remained one body, one single patch, although parted by straight and diagonal lines that progressively adapted to the political divisions of the neighboring grounds. At the beginning of the 20th century, the borders of the lake were reduced to edges and lines drawn with the neatness and sovereignty of the fast-growing urban territories. These territories were spilling onto each other and set up barriers to contain each other's encroachment. Rather than an edge that follows the curves of the water touching the land, the lake became a combination of polygons, isosceles triangles, and perfect circles, measurable by the

devices of Euclidean geometry. Towards the 70s, once it was depleted, the lake became a great desert of white, uninterrupted soil, framed by the growing neighborhoods of the outskirts, tucked between the city and the ring formed by the state of Mexico around it: the fusion of a polygon, a circle and a rectangle.

In the first decade of the 21st century, this yet-undivided land underwent its first partition. Mexico City's beltway, one of the main high-speed roads of the capital, surrounds the city like an actual fastening belt. The Peñón-Texcoco Highway, a six-lane straight line, was drawn out as a tangent that shoots off from the beltway's northeastern border. Before this construction, the untamed area of Lake Texcoco was crossed by winding roads lined with red *tezontle*, which sometimes went out of sight, only to later reappear as scattered segments. These roads had been created by the footsteps of the inhabitants of Atenco, San Luis Huexotla, and San Bernardino, and went along with a pattern similar to that of the region's rivers, heeding to the land's relief. They were not divisions but rather connections, extensions, fibers inserted in the substratum, small frac-

tures in the valley's ground. Seen from afar, the trails were undistinguishable from erosion lines, or the cracks in the salt crusts that form when the sun shines and there's no rain. These roads are human accidents on non-human geography. On the contrary, the highway is a line that splits the land into hemispheres: Ecatepec and Atenco in the north; the Lake Texcoco Ecological Reserve, Nezahualcóyotl City, and Chimalhuacán in the south.

Cars, buses, and trucks drive along at an increasing speed: the highway's straight line sends the vehicles shooting down the asphalt like rockets. At the edge of the highway the roar of the buses rises when they draw near and persists when they move away; this noise overlaps with the sound of cars driving by and others going the opposite way. The ground trembles with the weight of the truckloads that go in and out of the city.

Both the north and the south side of Lake Texcoco built barriers along the asphalt to separate themselves from the brutal world of the highway. Fences were set up on the sides, weeds grow next to the chain links and climb up. The fence's metal,

swiftly corroded by the salt, shakes with every passing load truck. The other side of the lake seems far removed: it's already somewhere else. Lake Texcoco, parted by arbitrary formations a few years ago, has been divided and will never again become one single land.



History

Archaeologists Jeffrey Parsons and Luis Morett specialized in the period of the Aztec culture before the arrival of Spaniards to the Valley of Mexico. They extended their studies beyond the perimeter of Tenochtitlan onto northwestern Lake Texcoco. Specifically, their research covers the currently protected federal lands that border with Chimalhuacán and Texcoco, all the way to the northern zone that has now been licensed for the construction of the recently devised New Mexico City International Airport, bordering to the east with Atenco. Between 1982 and 1992, Parsons and Morett explored on foot more than 8,000 hectares of semi-desert terrains belonging to the former lake. These lands were covered with *tequesquite* (a type of

salty underground emanation), and partially lined with grass and some conifer species. They walked for miles, compiling information for a study about traditional means of salt production, which was apparently abundant along the lake's perimeter. They also collected samples of insects that could inform on the life that reigned in the basin during the centuries prior to the Spanish Conquest. They found a number of pre-Hispanic *tepalcates* (pieces of pottery), along with construction debris made of rock, as well as other objects scattered on the ground. Some objects were even found in what may have been the bottom of the lake. The objects found weren't numerous or close enough to each other so as to point to permanent settlements. Walking the land, Parsons and Morett could personally experience the journeys the owners of those found objects made, thus deducing that there were no settlements or interconnected homes at the time. Domestic objects seemed to belong to temporary campsites. Work tools, however, were found in places far away from such campgrounds. This prevented the archaeologists from identifying clear signs of co-belonging between both sites.

The dispersion and absence of relation to an identifiable community deprived these Lake Texcoco relics from the chance to claim historical representation.

Since 2012, scattered heaps of rubble from demolished houses lay along the southeastern area of Lake Texcoco, on a fifty-hectare lot known as Hidalgo y Carrizo. It was left there since the eviction of the families that inhabited these homes. Like those found by the archaeologists a decade before in that same salty land, these new ruins do not show evidence of enough infrastructure to be considered a settlement (roads, aqueducts, or foundations for a house, in the narrow sense). The families that built their homes on this dusty terrain—against a shifting background—did not leave behind any sign of rootedness. For this reason, the rubble they left behind, just like the *tepalcates* and pre-Hispanic objects abandoned on the same soil by their predecessors, is scant and too scattered to reconstruct the history of a community.



House

Several miles away from downtown Mexico City, there are still evidences of more than 800 homes that apparently existed until 2012 beside Lake Texcoco, in the salty plateau of the Hidalgo y Carrizo lot. These houses stood on this seemingly uninhabitable terrain, with no infrastructure, no close connection to the urban life style. There are no documents, images, or maps referencing them: their existence has not been signaled. It is possible that dogs and wild hares lived by the houses. It's also possible that spiders, scorpions, snakes, ants, and other minuscule dwellers haunted these human settlements, but not enough to make them retreat.

From afar, the houses' remainders appear like gleaming dots on the sandy, salty ground: a layer of glass fragments reflects the sunlight like a mirror, lining the land like an unruly, translucent mosaic. Lying on the ground, the shards work as time capsules. When picked up, it's evident the transparent surface stuck with sand has preserved the state of the soil from years ago, from the moment the splinters fell in their place. Some large pieces are covered

with layers of salt and crystalized soil. Other smaller ones are darkened and murky from sunlight. Some of them shine like gems. Among the glass there are half-buried objects, barely sticking out: some of them shelter anthills, others serve as spider nests. Enough time has gone by for some life forms to set up shop in another life form's ruins. Children's toys, rubble from colorful walls, shiny varnished tiles, objects resembling appliance components, wooden ribbons, decorative figurines, roof tile fragments, bricks, food packaging, clothing rags, shoe soles, carpet patches, chunks of containers in different shapes and sizes: they all show a complex way of living, a zeal of construction, of furnishing, an act of space appropriation.

On the other side of the road there is a row of electricity towers. The current flowing down the cables connecting one tower with the other lets out a buzz. These towers rise thirty meters up and go a couple of meters deep. Next to them there is grass that holds on to the ground, as well as some trees whose roots also shoot under. Among the rubble there is no trace of fixed structures, footings, or supports. The houses that were built

here faced the electricity towers, by a grass field. They had no roots, no foundations.

A few meters around this site demarcated by the shards of glass, there are other rubble compositions. In some, a fragment of a colorful material shoots out. You can also make out the tip of a log resting on a small mound of undefined objects. Other rubble camouflages in the salty ground. Each heap of fragments is a possible house, part of a neighborhood, with apartment blocks and children looking out the doors.



Human

Ernesto Carrillo has been my guide throughout the exploration of Lake Texcoco's land. He always wears denim, a leather belt, and dapper, ironed, white-and-blue striped shirts. The sun shines strongly on the day of our first visit. In skin types like mine, the sun may leave red marks for days. A wide-brimmed straw hat protects his head. Sheltered by the shade, the skin of this elderly, slender man, looks tanned by years of sunlight and dryness. It's the thick, brown

skin of a race stronger than mine on the account of his proximity to the countryside and the mountain. Ernesto has walked this land since it became a waterless, grassless desert, more than twenty years ago. He's an agricultural engineer from the neighboring Chapingo University, a fact he brings up during our first handshake, along with a gesture of pride and a broad smile. When I met him, he spoke also about the history of this plateau since the time of his ancestors. As if droning a tale learned by heart several years ago, he spoke about Nezahualcóyotl, lord of the lake land. His discourse sounded as if it had undergone many retouches, from the habit of associating changing lands to changeless words, trying to freeze in words what resisted control and constraints in practice. Ernesto has worked with the National Water Commission for more than twenty years: Lake Texcoco has been an extension of his limbs ever since. It's his project, his home from early in the morning until sunset. He saw the growth of the first sprouts of salty grass. In the comings and goings of several governments, Ernesto has seen the enthusiasm raised by new projects and their demise. He's witnessed the

arrival of the fish and the presence of deer on the grass he sowed with his bare hands. During the first Atenco riots, when Vicente Fox was in office, Ernesto was a silent witness.

On a white off-road-tire pickup truck stamped on both doors with the government's official logo, we drive around the lake's plateau lined with grass and salt, strewn by wakes of volcanic rock. The lake is a fenced-off land, open only in two spots assorted with gates that give onto the highway. It is protected by the same government whose brand is on both sides of the vehicle. Upon entering, the guards say hi to Ernesto, addressing him as "Mister Carrillo," and open the gate: he's a familiar presence, a colleague, a partner, accompanied by a city type in the passenger's seat.

We drove for a while into the old basin, arriving at the Nabor Carrillo Reservoir's shore. There, in those strangely regular and even shores, we spoke about Colombia and Mexico, about his family and mine. One of his children bears his name, in guise of a legacy for a future lineage: Ernesto Carrillo, son of Ernesto Carrillo.

An engineer just like his father, Ernesto Jr. is now working for Mexico City Airport Group, a consortium occupying two thirds of the land guarded by his father. Its aim is to build the Mexican capital's biggest airport. We cruise along the northern area of Lake Texcoco in the white truck, while the sun hits the zenith and the heat intensifies. This square of land is the future location of the airport project: thousands of hectares carefully sown will be swept by his son's employers, Ernesto tells me. They will later be lined with leveling layers of tezontle and asphalt. After saying this, and stressing that everything we see now will disappear in the following weeks, the engineer takes a wick of salty grass from the soil and explains the sowing process for every stalk, the sprouting time, and the losses during the driest moment of the season. During this time, the grass grows strong but slowly, resisting the hostile ground, the wind storms and the lack of water. The grass only dies if torn from the earth or buried by the weight of new soil.

Ernesto belongs to the land of Lake Texcoco, just like the remaining vegetation, the hiding animals and the ruins dumped in the course of

over two decades. He's one of the many resilient life forms which have adapted to the harsh conditions of the basin. They all resist in it until the moment they're torn off, or until some other entirely foreign soil falls on top.



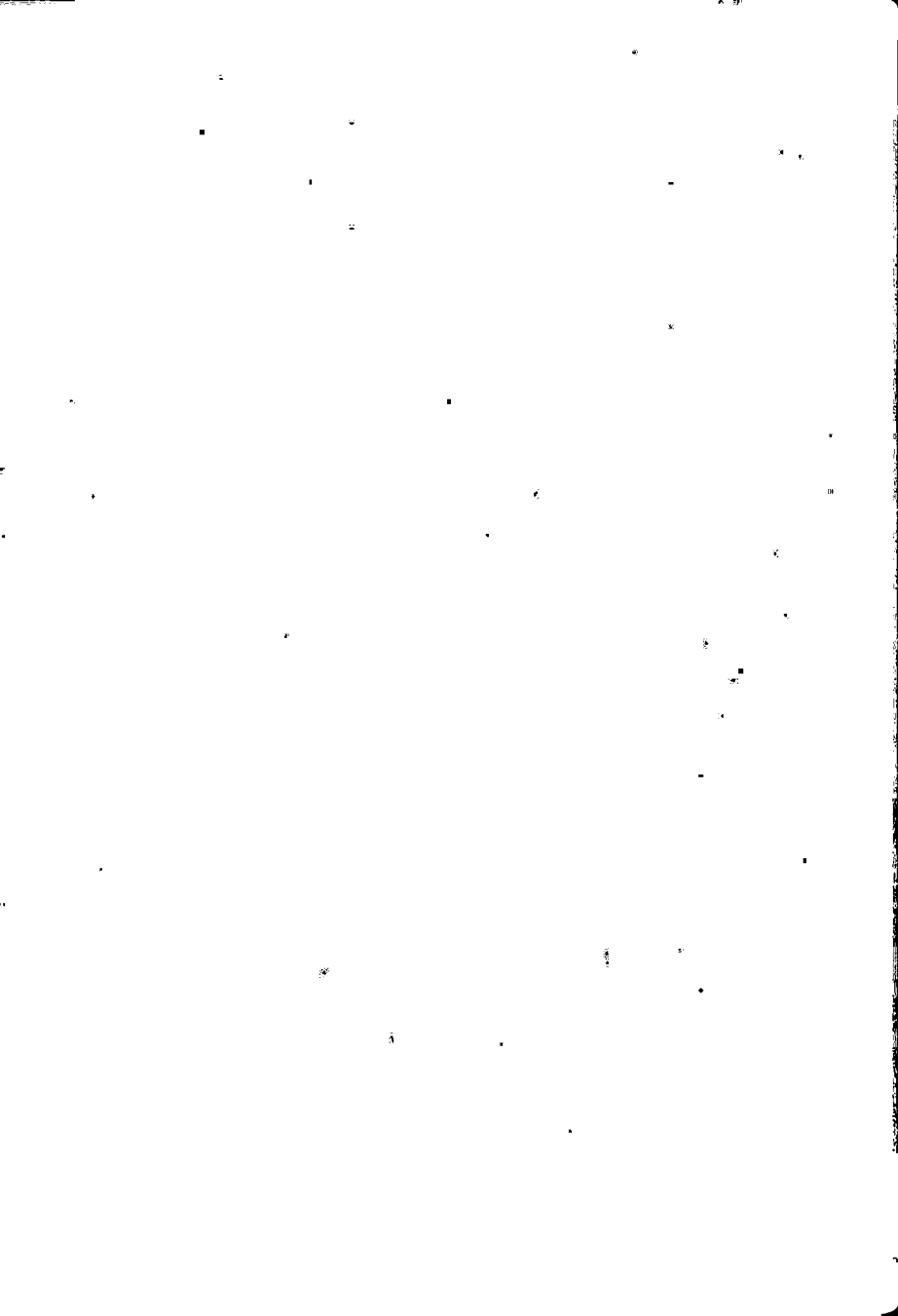
Hum

When you live in Mexico City, moments of silence occur when the metropolis's noise wanes, but they are always strewn with a hum. It may be the humming of refrigerators throbbing in unison, filtering out of the cracks of house doors. The housing of these appliances cause the objects inside them to reverberate like sizeable drums. In large numbers, they slightly shake the land, by letting out deep vibrations that first thud on your body and then on the ears. It can be the sound of electric pumps installed in buildings to shoot water up from the underground to the cisterns on the rooftops. It can be the voices of people chit-chatting, coming from different directions to your hearing field. It can also be the humming of electric cables strewn along streets, suspended in the air

and meeting around the sidewalks' steeping posts. The cables let out screeches, as if about to burst into a short circuit. When traveling, electricity also emits a humming through the light sockets, when the voltage fluctuates momentarily. You might also hear the whizzing cars and trucks that roar along the highways, thudding on the bumpy floor of the streets with their tires. The car engines also let out a hum, a constant throbbing added to the whistling exhaust pipes releasing gases into the wind. Between the cars, motorcycles let out a loud buzz when they rev up their engines and zigzag through traffic. Along with these sounds, you can hear the humming of multiple radio devices, tuned to different stations, at different volumes, with different music. You can hear millions of TV sets, some of them newer and stealthier, while the circuits of the older ones buzz inside their housings as if about to blow up. The subway rails also hum when the trains approach the station, sending their sound up to the streets and the houses. If you pay attention, you can also hear the sound of water running through the pipes.

Airplanes taking off and landing at the Benito Juárez International Airport every other moment disturb the relative silence of this sum of hums, by imposing their noise above all others for a few seconds. They leave behind an additional hum which is no longer outside, in the city, below ground, or in the sky, but inside, in your head.





I

Industry

In December 2014, the Compañía Harinera Nacional (National Flour Company) still carried out its operations in an old factory located in the neighborhood of San Simón Tolnáhuac, a couple of blocks away from the Tlatelolco subway station, in Mexico City. At 11 p.m. on December 4th, the neighbors of the flour factory felt the temperature rising, as smoke and flashes of light seemed to come out of the industrial building. Within minutes, a neighbor captured with his phone camera the shocking view of a burning factory: almost an entire block wide, the Harinera Nacional's silhouette was framed by high yellow flames and the noise of crumbling structures, shattered buildings, and walls yielding to the heat's pressure. The firefighters arrived at midnight. Once

the fire was put out, they found the building hadn't been used or visited in days, or even weeks. The plant, the mill and the lab seemed unscathed, except for some incinerated tables and some posters hanging on the walls, showing wheat varieties, maps of Mexico, and images of the city from the time when the rivers still crossed the neighborhoods. There was no equipment, no machines, no infrastructure to be saved, as if the factory had been purposefully abandoned later to be burned.

The feeble housing of the flour factory remains there, months after the fire, as evidence of that odd event, that accident. A guard still makes a round down the corridors and empty hangars. He spends his time measuring the thickness of the walls, guessing the factory's age from that fact. He tells me the flour factory

may have been standing for a century: it might have turned exactly one hundred years old just before catching fire.

A factory such as this, burning a century after its construction, turns into a symbol of the history of the Mexican industry. The wheat brought by the Spaniards in the 16th century for three hundred years was bound to the countryside, to a life close to the earth, to the animals, and to water. By the end of the 19th century, wheat became the raw material of the first modern mills implemented in factories such as this. In the course of just a century, the factory was the stage for fast infrastructural, technological, and operational transformations, changing always from the inside out, progressively expanding until the walls and ceilings were too small to contain it.



Invasive Species

In the Community of Madrid area, in Spain, there can be found a number of invasive plants that have become household presences in the local flora. Species such as *Acacia dealbata*,

Lonicera japonica, *Eucalyptus*, *Vinca difformis*, and *Lantana camara* have rapidly naturalized. These plants can be thought of as the vegetal counterpart of a series of human migrations that have been introduced to the European continent in the last quarter century, many of them from the Americas. Migrations of plants and animals, less notorious and longer in span, are of a very different nature than those of humans: the latter arrive hastily to set foot upon a strange, possibly more fertile land, adapting silently to the conditions of their new environment. They settle into the clefts, find fissures where they introduce themselves with difficulty, and are sometimes subject to the way of life natives impose. In this sense, human migrants are survivors. Migrations of plants and animals, on the contrary, appropriate the foreign environment, rapidly modifying their growth patterns according to the soil conditions, profiting from the weaknesses of native species. They become colonizers and owners of the land, then predators of adjoining species. In this process, these vegetal invaders are able to alter the host ecosystem's balance, making it sometimes arid and even hostile for its former inhabitants.



L

Land

Between 2012 and 2013, I spent long hours working on a project in the Bogotá Central Cemetery. This cemetery was built at the end of the 19th century, conceived as a set of three adjacent lots located in the Santa Fe neighborhood, right in the heart of the city. During Enrique Peñalosa's first term as mayor, which coincided with the turn of this century, one of the lots was repurposed as a park, in the context of a public space regeneration plan. The strategy was to produce ample concrete squares that would cover the entire lot, except for a tree or two and an iconic modern sculpture. It was named Renaissance Park, even though the foundations of a former cemetery lie underneath. It had been, moreover, the kind of cemetery which served as a transition

between the informal burials of old and the orderly parceling of modern tombs. Thus, this site sheltered older corpses under the foundations of the demolished mausoleums.

When building this park, an important factor was disregarded: the ground contained a layer of "human matter," endowing it with a certain specific "nature." The symbolic dimension of the burials was neglected, as well as the relations established between living and dead through the ground (in some cultures called "the sacred"). Corpses are not only decomposed organic remains dissolving into the soil. They represent a very particular hybrid stratum, a link between the constructed city, the humans that inhabit it, and the land serving as its foundation. This stratum has already settled in. Its materiality pervades the ground's

porosity: there is no concrete plank able to neutralize this emanation.

The Bogotá Central Cemetery's transformation reveals land use practices that regard the land as a neutral, flat object, mere property. In a different way, but still maintaining this one-dimensional view, other examples of land redistribution reveal the same attempt at neutralization, rendering it a flat and simple "floor," susceptible of partition at will.

Similarly, Lake Texcoco lost its water and its function as a bond between city, residents, and land, in a larger and more complex operation than in Bogota. Its transformation into a "floor" took place gradually for more than three centuries. More than half of the territory which formerly constituted its bed has now been covered with buildings, turning it into a city. This megalopolis has been gradually sinking under the weight of its constructions, while simultaneously extracting the last remnants of water from a hybrid, muddy underground mantle. In the form of an aquifer, such mantle retained a subsoil reserve, which was in turn a trace of the biological existence of the lake in the surface.

Mexico City is like that cement square stretching over a portion of the cemetery in Bogota. No matter how hard this layer (so much thicker and denser, for it is made of buildings) tries to transform the ground into mere floor, there will always be resistant forces escaping from beneath. They rattle the urban surface, reminding us of the permanence of other underlying strata, which can never be partitioned: relationships woven between humans and geography, traces of habitation which are physically inscribed onto the rocky layers. These strata, both living and dead, both material and immaterial, are what some cultures call "land."



Landfill

The West Landfill is a garbage dump covering an extension of several square kilometers, bordering with Nezahualcóyotl City and the Mexico City Benito Juárez Airport. The ground it now occupies was once part of ancient Lake Texcoco, and belongs to the land protected by the Mexican federal government under the same name. The trash in this landfill is compacted in platforms

one meter high, which also function as a levee for a reservoir called Lake Churubusco. The lake takes in wastewater coming from the sewage in the surroundings. The water is black and oily; gas bubbles up to the surface. I spot some small, thin, limp birds sitting on the ripples, rummaging in the rubbish. The mouth of the main sewage pipe produces a white, dense, abundant foam that flows over to the lake's shores, landing at our feet. Neighborhoods of this state of Mexico municipality are separated from the landfill by a wall and several strings of barbed wire. A prison also borders the wall: surveillance towers loom at the opposite side of the landfill, anticipating the escape of inmates towards the waste fields. Next to the wall, on this side of the fence, a plateau stretches out, covered with patchy grass, where irregular soccer courts have been drawn, and the goal posts are firmly fixed in the ground. These courts are connected by trails to the adjacent neighborhoods, whose residents occasionally play friendly matches. Standing in one of the courts, the stench is so absolutely strong that it seeps into your body, taking days to wear off, and causing nausea if you take a deep breath. This smell feels appalling even for

lungs that constantly breathe the dirty Mexico City air. I imagine this smell, the toxic gases wafting from the landfill as the organic waste ferments and decomposes, literally impregnating the air, travelling for kilometers, south and westbound, to settle down at the height of millions of noses.



Landscape

U.S. artist and land art pioneer Robert Smithson was 35 years old when he died in a plane crash in 1973. The airplane dipped while the artist observed his work *Amarillo Ramp* in the state of Texas, rising on top of a broken circle more than a hundred meters in diameter, in the middle of one of the vastest settings of North America. I imagine him tumbling in his infinite, vertical, slightly winding downfall, to a plateau of dry land and dust clouds merging with the clouds in the sky. I picture the burning sunlight bouncing off millions of crystals. Then, the muffled roar of the plane breaking to pieces upon touching the land and the explosion throwing a ball of flames towards the limpid blue sky. I imagine what

it would be like to die in the middle of those confines, with no human life for miles around: when a plane hits the ground, everything becomes faceless matter, a combustion of flesh and metal thundering into the plateau. The encounter of a human with a land such as that of Texas happens with the harshness of an accident.

A landscape always opens for the eye from a single vanishing point, spreading to an encompassable distance, allowing a horizon line to be drawn on it. Landscapes are made to be framed by the human eye, to be potentially mastered by our gaze. On the contrary, the great mountains, deserts, valleys and even the infinite highways of this region of the planet can't be thought as landscapes, since we collide with them in our attempt to tame them. In the Americas the land has such a character that, when approaching it, it may seem vast and open enough to devour us. It is thus that this land fits into an ontological category different from the landscape.

The Texas plateau is not a landscape because it is too wide, arid, and desolate. With its Joshua Trees scattered so that we no longer know

where the north is, the Southern California desert is not a landscape either. Both regions were part of Mexico and part of a vaster America. A part of the same land continuum spreading from up north, the Valley of Mexico is not a landscape: its basin has been intervened by human hands. The Andes Mountains aren't a landscape either, as they change vegetation, weather, odor, as you journey along them: these mountains transform to the point of becoming unrecognizable.

In America, from the north to the south, the land sometimes spills onto an immense desert erasing all coordinates. Or it turns into a dense tangle of mountain and jungle; layers of greens and other colors nested inside one another, escaping the control a horizon would exert. In the North American deserts the scale renders the landscape an impossible enterprise, while in the jungles and forests of the center and southern continent, the flora and fauna seethe downwards, towards strata which are always hidden to the gaze. The human disturbance of the American soil fans out in an infinite range of variations. It includes the first settlements of

farming groups, the art interventions on its surface, and modern mining companies. Occupied (sometimes violently) by humans, the American land cannot be regarded as a virgin realm or a "natural" space to indulge in, but as a hybrid, human-and-non-human territory, both defiant and threatened. That's why it resists turning into a landscape, a contemplated object.

Smithson drew the *Spiral Jetty* on the shore of the Great Salt Lake in Utah a year before dying. Made of stone, dirt, and holes filtering the lake's salt, the *Spiral* may be understood as a way of exemplifying the land's resistance to becoming a landscape. The lake's shore opens like a plateau of salt and bloody red. On it, the spiral unwinds like a form probably built thousands of years ago or emerged from the lake in a strange turbulence. The spiral is and isn't part of the lake. It is and isn't a human construction. It stands out and at the same time camouflages in the ground. Hugging the Earth like a curve coiling into itself, the spiral stretches beyond the shore of the Great Salt Lake like a hybrid presence.



Levelling

At the outset of construction on an uneven terrain—with basins, elevations, or mere slopes—it is necessary to carry out a process of ground levelling. This often implies bringing in outside materials, shredded into pieces small enough to successfully cover the gaps. After a decree was issued in 1971 for the institution of Lake Texcoco's Federal Enclosure, hundreds of hectares covering the muddy bottom of the ancient lake were cleared and left idle, prompting all kinds of infrastructural, real estate, and touristic projects: the dusty Conagua (National Water Commission) archives shelter the copies of typewritten development projects for Lake Texcoco, proposed soon after the new territory was instituted. Once the lake was desiccated, the patch of land represented on sheets of paper was rumpled, and flattened again. Correspondingly, the land needed levelling, even if not assigned to any concrete project. The sheer openness of idle land incites its occupants to tame and homogenize it, rendering it available: pure possibility, pure future.

The decade following the institution of the Federal Enclosure saw the early ground-preparation works: wastewater treatment plants would be built in a number of areas in the former lake; in others, a type of grass would be planted, which only grows in the hostile milieu of salt-covered soil. For decades and to this day, other portions of land would be simply levelled: immense surfaces sprawling into the horizon, home to the occasional bushes and shrubs, where few animals sought shelter. One of these expanses of land is located on the northern area, near the border between Nezahualcóyotl City and the Peñón-Texcoco Highway. Most of the year, two landscapes overlap there: the salty, white ground, and the hot, burdensome air of the desert. Always available, always levelled, until the end of 2014 this plateau belonged to the Federal Enclosure, later to become part of the New Mexico City International Airport's premises. The levelling and filling materials arrived in 1985, transported in trucks loaded with rubbish and rubble from the city. They were scattered far and wide, forming a thick coating, then compacted, and levelled with soil. This stuff covered the white, thick, flat

layer of sand until the adscription change in 2014.

The trucks arrived at the site with a certain urgency. They brought along fragments of demolished buildings, columns, structures, metal rods, and objects forcefully made into filling. These trucks were bringing the remains of constructions destroyed by the earthquake. The levelling process was different from those previously executed in Lake Texcoco: as the land was prepared for a possible development, the evidence of the city's downfall was buried.



M

Map

The land of the Lake Texcoco Ecological Reserve is located right after the line that separates Mexico City from the State of Mexico, to the northeast. Upon crossing this dividing line, many borders are simultaneously crossed. You go over a political division between city and non-city, in which all traces of urbanization disappear abruptly. There is also the crossing of a geographical division between city and countryside, the urban and the rural: a saline country of scarce vegetation, a flat, open plateau, alien to the intricate, sunken topography of Mexico City. A climate border is also crossed, perhaps the most surprising, as it is felt by one's body: as one goes from the city to the state, temperature rises a couple of degrees, pollution decreases, and the air dries up noticeably and starts smelling of salt.

In these three borders, an abstraction is actualized. The earth's morphology is altered by way of the urbanizations, streets, aqueducts, and power grids. The ground on one side of the line transforms as it becomes devoid of its water, dried and covered with layers of asphalt. On the other side, the ground is desertified, revealing a new layer of sand and salt. The border is embodied in mutual exclusions. From both sides of the division, physical elements of separation are thrown into place: avenues, fences, toll booths that serve as concerted forms of mutual rejection. The expulsion of what is useful or obtrusive to each side also takes place. The useless is thrown over to the opposite side: trash and sewage on one side, urbanizations and humans on the other. For decades, such political divisions, imposed like arbitrary lines over a paper drawing, have become actual geographical divisions.

Expulsions from one side to the other thus begin to give shape the terrain: seen from high above, two different areas can be made out, clear and contrasting. The land changes on each side of the line. So does the sky: the wind currents, the showers, the very density of the air begins to feel different on both sides of the line. A new climate is produced on each side, differently surrounding everything that lies beneath: animals, plants, minerals, and humans must change under the new atmosphere, must adapt and transform within it. New populations are thus born, generating their own codes, behaviors, and grouping practices. On the opposite side, the life dynamics begin to seem strange, distant, alien, as if they belonged to a different geography. Each side becomes a place completely different from the other, established on its own terms.

An imaginary line, drawn arbitrarily on a map, becomes a territory.



Michoacán

The boxes containing the collection of the *Animist Museum of Lake Texcoco* were opened in November 2017, in the city of Morelia, Michoacán. The museum's collection comprises chunks of rock, dry plants, building rubble, objects, and tools salvaged from the lacustrine ground of the central Mexican basin, which is now dry, fragmented, populated by diverse materialities. These objects will travel from city to city in the following years, from showroom to showroom, from audience to audience. They will travel in boxes that shift while the truck hauling them drives down highways full of curves and accidents. The objects in transit move away from one another, draw near, and collide.

A state receiving the collection for the first time, Michoacán is full of lakes sprawling like shiny stains in different shapes and sizes. At the same time, this Mexican region suffers shortages, droughts, and mining processes that scatter the bodies of water in several directions. They go upward, in hot vapor, when a lake dries up because of the rising ground temperatures. Downwards, in pipes that

sequester the river's liquid and send it to Mexico City. The Cutzamala system, a network of dams, pipes, and treatment facilities, supplies Michoacán water to the Mexican capital, as well as the neighboring Toluca valley. This network stretches from the Michoacán municipality of Tuxpan, which neighbors the site that hosts monarch butterflies year after year. The monarch's sources of water are vacuumed to supply the faucets in buildings, stores, and factories in the capital.

The monarch butterflies dwell on the hills between the states of Michoacán and Mexico, in massive migrations from Canada, during the autumn and the winter. These animals with orange-and-black wings perch on trees that catch water with their roots, trunks, and leaves. This same water is filtered and sent to a dam, to head later to Mexico City, via the Cutzamala system. In a similar way, numerous Canadian ducks hibernate on the surface of the Nabor Carrillo reservoir each year, resembling a bed of green-and-brown feathers resting on foreign waters.

The pieces of the *Animist Museum of Lake Texcoco* cross the west border of the state of Mexico towards Michoacán, down a road north of where the monarch butterflies dwell. An enormous lake pops into view, spreading out of sight. Lake Cuitzeo, the region's largest body of water, is divided by a straight highway going south to north, slicing the water in two halves, parting them with a thick layer of asphalt. This divided lake was gradually dried up, unevenly. Since 2003, the two halves of the lake aren't level. Thus, they've become two different, albeit incomplete, bodies. One is taller than the other, one is drier than the other. As they break apart, they need each other more. While the east side yields little by little, the west waters have sunk faster, becoming reduced to a layer of only a few centimeters, and even thinner when temperatures rise. Huge areas of dusty ground become apparent. The dust wafts from the floor in clouds laden with debris: microscopic particles of organic matter rise and drag the corpse-like life of the water along in the air.

The pieces of the *Animist Museum of Lake Texcoco* shift in the trunk of the moving truck, down the

road flanking Lake Cuitzeo: a wide highway intersecting the lacustrine bridge to merge with it southward, towards Morelia. These pieces reveal the possible past, present, and future of the Michoacán basin, even if they belong to a different territory. The objects of the *Animist Museum* were part of a layer of foreign matter which spread over the surface of a vanished lake. Five hundred years ago, that lake was similar in size to his Michoacano brother, only to shrink in the following centuries and break into several pieces.



Mine

Some communities still dwelling on the ancient eastern shore of Lake Texcoco, like those located in the base of Tláloc Hill, consider the water to be an element that emerges from the depths of the earth to then stream down of the tip of mountains. Geologists consider all the elevations in the terrestrial crust are sculpted by the repetitive trajectory of water, on its course from the tops to the valleys, thereby drawing multiple contours and geological attributes. The vision developed in

the quotidian experience of hillside dwellers—who walk on a hill and live in it—agrees with the vision of the scientist—who observes all from the distance of scholarly study—in that they both acknowledge the existence of an intimate collaboration between land and water. The hills, especially those made of spongy structures like *tezontle*, are water-bloated reservoirs that surge from underneath. These hills have rounded tips, and water streams from the highest point down. Water runs effortlessly down the slope of a mountain, filling furrows that geography itself opens as trails, creating slithering water streams that reach the lower lands and spread along the valleys with the force supplied by gravity.

From the top of Tezoyuca Hill, in the state of Mexico, it is possible to follow the journey of heavy-duty trucks driving day and night down curvy highways, until they move out of sight along *tezontle*-lined roads. When driving by, the machines loaded with this same volcanic rock shake the earth and lift clouds of dust on both sides of the highway. Upon settling down, dust catches on the vegetation growing like weeds by the

road. Later, it travels in slow strides down to the crops, sneaking into the neighboring houses when the wind blows strongly. The floor of these houses is covered with a supplementary layer of particles stemming from the heart of a mined hill. The particles stick to brooms and mops. The minuscule rock debris are dispersed in the water, when these household cleaning tools are washed. The particles seep through the gutters into the sewage system. Another relation between land and water is slowly woven as the soil drags the particles through the water course, while this liquid flees to never return.

Tezoyuca Hill has been exploited as a mine since the mid-90s, in order to compact the floor of the recent Peñón-Texcoco Highway with volcanic rock or tezontle (such was the name given to it by Mexica communities). The mine stayed open in the following years—though operating in a slower pace—leaving a red rock deposit, and a crater on the surface of the hill. Since 2014, a portion of federal land belonging to the ancient basin of Texcoco was licensed to the consortium responsible for the New Mexico City International Airport. These lands spread for more than

5,000 hectares, ending a few kilometers away from Tezoyuca Hill. The land which will shelter the new airport is concave and muddy. It sinks progressively as the underlying aquifers are drained to supply water to the inhabitants of the Mexican megalopolis. Water and soil merge in the hills, splitting when they arrive at this land: the ground yields capriciously after the water's desertion, disturbing everything that is erected on top. The runways, the terminal, the adjoining buildings projected in ideal blueprints, need a flat, firm ground to rise from.

Accelerated exploitation of the gashed hill in Tezoyuca has been in place ever since. Along with this one, other hills have become quarries to extract the filling: red *tezontle* and white *tepetate* stain the landscape with monochromatic spots previously unseen in the region. Millions of cubic meters of rock, which used to form an enormous, hidden rock mass under the mountains' vegetation, now spread on the floor of the ancient lake in central Mexico: a huge carpet of red stone and dust. As the *tezontle* chunks sit on the lakebed, building up in layers resembling the homogeneity of a plateau,

a forty-meter-deep quarry is dug in Tezoyuca: tree roots become exposed to the edge of the abyss, which opens immediately by the walls of many houses built in the hilltop.

Turned into an open-air mine, revealing the depth water would emerge from, Tezoyuca Hill doesn't allow the ascent of the liquid to the headwaters, its streaming down to the valley, nor the sculpting work of water on stone.



Monument

Lake Texcoco presented itself to Hernán Cortés as an enormous inner sea: from the shoreline that today is but a dot on a busy street of the city of Texcoco, the conqueror observed that the lake's "tide" rose and sank between rainy and dry seasons. He was surprised to find that, in its immense surface, the opposite shore was out of sight, showing the lake as an uninterrupted ocean losing itself in the horizon. In this exact place, it seems, Cortés unloaded the dismantled ships he had been carrying along, to then re-assemble them. He would sail the salty waters and

conquer Tenochtitlan with his fleet of colossal vessels. The Bridge of the Brigs Memorial, that anonymous landmark in the city of Texcoco, signals the lake's shore towards 1521, in the early days of the Valley of Mexico conquest. This monument today comprises a column made of stone, crowned by a spire and an etched plaque. It's located in the middle of a esplanade of about ten square meters, framed by three pink walls, a couple of park benches, and a plant vase. On the walls of the small plaza there are two cursive inscriptions in bronze, not entirely readable, since a few letters have been removed, probably to cast them and sell their weight as metal. One reads "*Puente de los Bergantines, donde Cortés botó las naves para la (t)o(ma) (de) (la) (capital) (a)zteca (en) 1521*" which translates as "Bridge of the Brigs, where Cortés set his ships for the siege of the Aztec capital in 1521". The other inscription is its counterpart, its nemesis, its counter-discourse (and for this reason, in my opinion, constitutes the monument's true marker): "*En un atardecer texcocano... se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto so(l) (de) (lo)s (me) xi(c)as*" which translates as "During one sunset in Texcoco... the fifth

sun of the Mexicas sank forever(,) behind the mountains." Under one of the inscriptions there is a blue aerosol graffiti with a signature. A few miles away—further into the lake—, next to the city portal that greets the automobiles with the inscription "Texcoco is History," stands a replica of the brig, with the contour of its rusted hull completely covered in brightly colored spray paint interventions. This intervened brig, the graffiti signature, and the stolen lettering, all show the secularization of monuments by the *de facto* uses of public space, now devoid of references to the past, as well as by the implosion of a city that clashes with the terrains of the ancient lake, now forced to grow from the outside in. The monument is now located in the heart of an urbanized zone, on the edge of a heavy-traffic street, with cars parked on both sides. In front of the monument there is an array of shops and homes, light posts, and a long, narrow sidewalk. When looking up towards the point where Cortés sighted the immensity of that inner sea of Texcoco, there is a multitude of rooftops, antennas, and electrical cables swaying between houses. Further back, the density of Mexico City's air erases the skyline.



Movement

In October 1985, several rubble-loaded trucks headed to the northeastern highway out of the Federal District. The waste of constructions destroyed by the earthquake from a few weeks before now wobbled on the back of the trucks. They drove slowly, all the way from the Nuevo León apartment building in Tlatelolco. What nowadays is the Peñón-*Texcoco* Highway, was then only a deserted road the vehicles used to gain the Federal Enclosure of Lake Texcoco. The site was mostly idle, a demi-desert. Once inside, and split in many directions, the loads were dumped to the ground: when falling, the shape of a column or a staircase was glimpsed among tons of nondescript chunks. Among the rubble, some objects could be seen that, thirty years after, are still found in the salty surface of the lakebed: shreds of fabric, dresses, shoe heels, ceramic shards, and other unidentifiable objects squashed between wall slats.

The land that has taken in this rubble in the dry bed of Lake Texcoco

gradually sinks, with the draining of the water from its aquifer. In a geological contradiction which can only be a result of the accelerated intervention of humans on the earth, the water partially floods the land, bringing along things on its way: the upper layers erode, bursting and cracking. The winds waft up dust clouds that shake up the superficial layers of sand and salt. The things dumped on the ground sink too, rearranging and shifting a few centimeters, settling into the eroded cracks and bathing in dirt. Unlike the graves that faithfully shelter the dead under the tombstones naming them, or the archaeological relics protected by the weight of compacted soil, these waste-relics, this rubble-in-exile, these fragments reminiscent of destruction and not the glory of a culture, are moved by the earth's shivers. Their relations to the rest of the rubble move too. Their location is always inaccurate. The history of their encounter (or misplacement) in Lake Texcoco's bed keeps shifting.



Mud

An earthquake is in a way a dance between two tectonic plates. One moves towards the other and the latter retracts, animated by the impulse of the opposing plate. One tucks itself under or beside the other, and while they settle, they send energy upward, animating everything they sustain, shaking the land in tremors, in sways. For thousands of years, the Cocos and North American Plates have coexisted under the Valley of Mexico, in the tension preceding the dance. Every so often, they stoke each other, moving subtly, thus slowly changing the setup of the board sitting on the Earth's surface: volcanoes, valleys, rivers, lakes, mountains, and, more recently, a city that stands like a cardboard scale model, wobbling between two uneven tables. This human-scale model sinks at its very center with the weight of concrete and rock, as it sits on the bottom of a desiccated lake: a floor made of mud, algae, water, salt, and microorganisms sedimented for millennia. In 1957, an earthquake revealed how Mexico City's muddy soil amplified the vibratory waves generated by the two tectonic plates. Engineer Nabor Carrillo, creator of the lake in the

northeastern area of the state of Mexico now bearing his name, made this important discovery by studying the volatile characteristics of the city's subsoil during the 1940's: the quake constituted his most radical empiric verification. This mantle of soggy, slippery soil shifts drastically to the faintest movement of its deeper layers, the subtlest change in pressure or the slightest leakage of water. In the manner of an elastic strip, the earth's movements stretch it. All things built on top will shake to their foundations. No other city experiences earthquakes like Mexico City: here it feels as if the dance of the plates took place on a waterbed.

In the quake of 1957, a number of buildings trembled until fracturing; their structures were not only tested spatially but also by time. The movement amplified by the muddy soils of the city caused the taller buildings to wobble. Perched on its column, the Angel of Independence danced to its fall, defeated by the insistence of the seismic waves. Twenty-seven years later, in 1985, the dance between the Cocos and North America Plates was stronger, lasting a full four minutes. The city's layout was denser, taller, and heavier, yet

not much more flexible. Hundreds of buildings more than nine stories high collapsed in seconds like cardboard boxes, to then break apart into small fragments a few centimeters in size. Under the rubble, the muds continued to move. The stability of the city depended (and still does) on the stillness of a clay ground that never ceases to move, animated by the forces of the quakes crawling up from beneath, and the weight of human settlements that try to fasten onto it. The mud supporting the city spreads all the way to the ancient empty basin of Lake Texcoco, performing a slower, subtler dance than that of hard-soil plates.



Museum

There is a collection of carefully selected materials, gathered in different spots of ancient Lake Texcoco. Among ruins of multiple government projects, abandoned during the last forty years in the lake lands, there are all kinds of objects: heaps of rubble, building foundations, scattered ruins of crumbled houses, dry wells full with trash, broken fences of an empty stable, rusty tools,

fallen pillars, unreadable signs, objects hidden in the grass, documents with the corners torn and stained by the sun.

These and other materials were located in a series of excavations during which salt and dirt were removed from their surfaces. Gradually, the surfaces became recognizable in their differences. From their initial aspect of solid rubble chunks, a wide spectrum of consistencies and textures emerged. Some ancient materials that belonged to the bed of the disappeared lake were found, together with certain wall-like structures built in successive attempts at recovering the basin. These ephemeral materials signaled the brief span of human life—trash, animal and vegetable waste—next to weakened structures of more recent constructions. Between the millennium-old and the new, the solid and the unstable, many black-and-red tezontle stones were found adhered to different facades painted with Conagua's distinctive shade of blue. Patches of artificial grass, soda bottles, shards of tiles from houses that once stood on the eastern shores of the lake, some patterned, and some hand-painted. The collection incorporated different

chunks of wood in different sizes: beams or furniture fragments. All these materials were sharing space with samples of construction material of buildings fallen in the 1985 earthquake. These were dumped on the ground to fill large stretches of sunken land. Some oddly-shaped branches were recovered along with animal bones. All materials were a fundamental part of the ruinous landscape of the excavated sites.

In the collections of European modern museums there are objects which might formally resemble the materials gathered in Lake Texcoco's land. The bone of an ancestor, a piece of ceramic, a sword with a bent handle, an irregularly-shaped coin. These objects, collected after excavation and sorting processes not unlike those that took place in the above-mentioned lake lands, are named "relics." The latter always refers to the history of a conquering or conquered land: the conquest in certain places might have arrived in the guise of a murderous barbarianism, or due to the subtle encroachments of a language, customs, and knowledge-building. In their museum's collections, some nations visibilize the emancipation from a colonial process. In

others—the usurpers—colonialism becomes manifest. Some collections attempt to show the persistence of a cultural identity through extremely ancient objects. Others reconstruct an evolution process, wherein the objects reflect the phases of a historic linear progression. The museologic operations defining this model have also migrated to the Americas, instituting in the “new” continent a way of choosing, curating, displaying, and interpreting ruins. In all cases, the museum collections try to induce a vision of the past in the collective memory, and by doing so, they become fixed, ineffectual, mummified.

The collection of materials from the desiccated Lake Texcoco encompass a set of pieces which are, by default, fixed in their inertia, deactivated by their isolation, mummified by the presence of salt. The world they belong to never came into being, or had a frail, fleeting existence. Therefore, they lack signs which might bind them to an instated museological narrative. Throughout the lake, the echo of its desiccation reverberates like an immense failed project, the breeding ground for subsequent unsuccessful initiatives.

A museum containing this collection must operate differently on its pieces: it must endow them with a sense they never had or quickly lost. It must tell possible—and plausible—stories, although these stories might not be fixed truths. It must project hues of multiple pasts on such objects, even if these hues contradict each other.

The materials gathered in this ancient lake belong to a continuum binding developments, demises, resurgences of the soil, water, plants, animals, humans, and conquest enterprises. Strewn and in a certain way constituted by all of these elements, such materials bear the traces of many worlds. In this sense, the collection throbs with the life drives of all the instances which have shaped and disfigured the Texcoco basin.

Now, we will refrain from calling these materials “relics” in their new museum context, since they will become animated by the action of different forces.

Let us call it *Animist Museum of Lake Texcoco*.

This museological procedure must also shape the potential settings where the living and the dead things of Lake Texcoco reveal themselves to be untellable from one another.



O

Office

The Peñón-Texcoco Highway leads to the entrance of the management offices of Lake Texcoco's Federal Enclosure. A guard stands behind a blue fence. Behind it, a single-story building stands: ample, horizontally spreading through its enormous, empty inner spaces. The Mexican Center for Water and Sanitation Training is, in a certain sense, the heart of the lake's Federal Enclosure: its administrative heart, its political heart, and the only place legitimately occupied by humans. Inside, a group of people gathers, radically different from other groups that occupy neighboring zones east of this territory: the Lake Texcoco terrains separate the inhabitants of *ejido* rural properties from the dense, urban tissue of Mexico City. Parted by the 8,000 hectares of a yet uninhabited strip of

land, without transportation infrastructure except for a wide freeway stretching all the way to the entrance of the city of Texcoco, the settlers of the land adjoining the lake have not followed the same patterns of growth and disaggregation that characterize municipalities such as Ecatepec or Nezahualcóyotl City (to this day at least). Some of these groups call themselves "*pueblos*": many maintain an intimate relationship with their land, most of them being rural communities bond by blood, lineage, or a sense of belonging. In this way, the difference between a community and an office is established. People of very different origins arrive at the offices in Lake Texcoco, all coexisting throughout the workday in silence, seated in cubicles, in front of computers, framed by windows that look out into immense plateaus of empty land. They are one another's

"colleagues," and add terms of deference before their first names, indicating the existence of a hierarchy: "*licenciado*" ("college graduate" or "lawyer") or "*ingeniero*" ("engineer"). Many meters of empty space and impeccable carpet lie between them. There are some dividing screens and doors. Conversations take place in hallways between moments of isolation, uniting colleagues around one mission, one job: this job is not like necessity-bound farming. Instead, it is a work exerted on the land, from a distance. A work on a land which, although physically present, becomes merely the foundation of the building: distant, indifferent, and objectified. The office, that space hosting a group of people that share an important part of their lives, in the end could be any building anywhere else.



P

Park

In an area of Lake Texcoco's Federal Enclosure there is a football court, lined with stark green nylon grass. The field is empty, connected to other sports courts by trails. Next to them, there are wooden cabins, also deserted and idle. All of these constructions are part of a project which became urgent and polemic during the Presidency of Felipe Calderón. The Lake Texcoco Ecological Park was put forward alongside another project: *Mexico, Future City*. Both insisted in the need to recover a lacustrine area of the mostly dry Lake Texcoco, with the purpose of mitigating an imminent environmental impact the city had resisted for decades. Small variations differentiated one project from the other (the largest were probably political): they proposed, each one

in its own way, a system of lakes and interconnected islands rehabilitating the ecological functions of a protected land. At the same time, both projects foresaw some uniform urbanizations (perhaps for the middle class), as well as different kinds of businesses. These projects aimed at setting up a new airport as the axis of the ensemble, in its center. It's understandable that the Federal Enclosure of Lake Texcoco was regarded as a great source of profit for an architecture firm and its politician friends. It was a vast and empty land, a thousand hectares in span, with huge possibilities for the urbanizing forces of a city that couldn't allow any additional horizontal growth. The city's ordering mechanisms reveal themselves to be more chaotic and less functional every day. A project predicated on the premise of an ecological rescue, in addition, would

effectively hide the private and partisan interests under the veil of public benefit.

Mexico, Future City was the unfulfilled promise of Calderón's government. The Lake Texcoco Ecological Park opened a few months before his government ended. In July 2008, in a campaign ran by the president himself, it was announced in the city of Texcoco that the park's construction would become a reality. Calderón's term was nearing its end, and the bids were carried out anyway. The ground was restored immediately for the construction of the main infrastructure. The cabins, sports fields, and roads were built. Electricity posts were installed. Some signs were set in place; among others, the park's map in colors, very close to the main entrance.

When Enrique Peña Nieto took office, the project was abandoned, ending up as a half-built park, isolated inside the Federal Enclosure: a ruin with no present, past, or future. It embodies a series of unkept promises. The new airport, on the other hand, found its way without delay.



Pier

The Nabor Carrillo Reservoir, a human-built lagoon shaped like a flawless rectangle, lies in the middle of an enormous span of land which, a few decades before, contained water from the original lake of Texcoco. A lake nested on a lake. The "artificial" one is a perfectly defined geometrical shape. The "natural" one is an ever-changing outline bent on disappearing. In the middle of Nabor Carrillo an island was erected, and on its surface, a cabin. Next to the island, on top of a few surfacing rocks, a couple of flamingos—emblematic survivors of the ancient lake's disappearance—built its nest. On the shore of this new lake, a pier was built, to provide mooring for potential boats. This should enable short trips to the island, bringing in visitors, athletes, biologists, tourists, and boat enthusiasts. The boards and columns of the pier were all painted light blue: the recently created National Water Commission (Conagua) had just arrived at the terrains of Lake Texcoco, replacing both the Ministry of Hydraulic Resources and the Lake Texcoco Commission: these institutions defined the lake's territorial borders

in 1971, anticipating the future of this site. Conagua left its mark on all constructions, painting everything light blue, touting its specificity by means of an institutional color.

Shortly after the pier's construction was completed, and while remaining utterly unused, it was demolished. This double movement inaugurated a list of projects for this land which, in subsequent years, would succumb to the same fate: being constructed, then torn down.

The Nabor Carrillo Reservoir could become another target of such fate: it remains intact, although ever more fragile within the ecological map of the region. The airport under construction on the northern side of the road could very well be the next authority spreading colors on this portion of the Federal Enclosure, imposing a new list of fast-rollout projects, with an equally accelerated transformation into ruins. This reservoir is, like the pier, a rectangular and homogeneous construction, equally susceptible to destruction. The pier has left its blue pillars anchored in the shore: a testimony of its existence and circumstances. What will the ruins of Nabor Carrillo look like, if it were to disappear?

Project

In the library that stores the institutional memory of Lake Texcoco, inside the Conagua offices in San Juan de Aragón, there are facsimile files of all kinds of projects written since 1971. There, one may find the reports of the few projects still in place, including initiatives with an ecological approach. Such initiatives promised future transformations for this land, which today seem matters of a distant past. There are also printed copies of projects started and cancelled, facsimiles of the ones that never materialized, and examples of the ones that were impossible to carry out. Among the latter, there is a metal-ring-bound album with a red leather cover, the blueprint for a housing project to be built in Lake Texcoco. None of the pages is dated, but from the seal of the Ministry of Hydraulic Resources on the cover, it is inferred the album was compiled between the late seventies and early eighties. On each one of the pages and in the footnotes of the hand-drawn blueprints, the word "Coplasa" is written in bold letters, all-caps, without serifs.

The construction firm Coplasa still exists and is in charge of several public projects throughout the Mexican territory. It develops road infrastructure and dams for mining projects in Zacatecas and Durango. It also builds mining infrastructure for private extraction licenses and industrial furnishings for large-scale agricultural complexes. In the images of its most important works are vast extensions of desertified land with steel-and-tin towers, big hangars stretching on bare ground, and buildings resting on concrete foundations.

The existence of this document shows that the impulses and impacts taking place in the form of the New Airport and its developmentalist project on Lake Texcoco are not a matter one or two decades old. In this red-cover album we see—mediated by the drawer's hand and his choice of color—a housing complex spilling over into a rural, deserted area like a square-ruled stain, long before the designs of *Mexico, Future City* or the Lake Texcoco Ecological Park were envisioned. Coplasa pitched a privatizing initiative for the land more than 40 years ago. Grupo ICA did it almost 10 years ago. Today, the

Mexico City Airport Group does the same, this time successfully. For this last consortium and for the previous ones, the airport is not so much a specific need of the city, located in the middle of the ancient lakebed. It's an abstract development idea which could have taken up any shape: buildings, factories, malls, highways, or airport terminals. The function is not as interesting as the sheer fact of building, intervening, profiting from the idle land. Reinterpreted by contemporary design methods, the Coplasa blueprints could have easily been incorporated to any construction plan, multiplying the housing modules by the hundreds, adding a small body of water in the middle, to stamp it with a gesture of environmental care.



R

Repurposing

The organic waste cast out by Mexico City is piled under plastic membrane surfaces, to be later compressed as a new layer of land in a sedimentation process called "*relleno sanitario*" (literally, "sanitation filling," i.e. landfills). In spite of being compacted and confined to demarcated areas, the landfills are still metropolitan surfaces with an undesirable and problematic use of the soil. Developers have modified this land use by building on top of these sites, forcing the gaze up to high rises lined with glass. Thus, we forget the new project rests on a thick layer of compacted waste. This is the case of Santa Fe, in western Mexico City: a financial district with tall buildings standing on landfills. Ciudad Jardín Bicentenario, close to the current airport, is another case of such repurposed land: a sports

complex with a mall, erected on the ancient Xochiaca landfill, east of the city. If a cross-section of Ciudad Jardín's ground was made, the upper layers would reveal a confusing, even unstable morphology, considering the fact that the neighborhood where this complex stands was built on the bed of an enormous desiccated lake. Its waste ground still spills liquid into the lower layers, which are in turn mostly clay made of life forms that inhabited the lake centuries ago: plankton, algae, crabs, and fish. The ground moves because it is still experiencing chemical changes and letting out gas. The old layers are soft, the newer are even softer, and both, being malleable, merge.

A few kilometers northeast of Ciudad Jardín is the West Landfill, another dumpster, far wider than the ones developers are trying to cover

with hectares of grass and malls in other areas of the city. The most part of this landfill, located in the current land of Lake Texcoco, is out in the open. There, all your senses may pick up the waste's changes. These same changes still occur in the Xochiaca Landfill and in the sanitation fillings of Santa Fe, although buried underground: water bubbles, solid trash shifts around, the ground releases heat and constantly changes color and shape.

In a segment of this Lake Texcoco landfill, at the beginning of the current century, a group of engineers decided to compress the trash, opening the stage for a new repurposing project: they covered the landfill with fertilizer and then with grass. They sowed trees which grew leafy and strong, built a park, drew trails and sports fields. If stepped on today, the ground of this new park feels warm and shaky. You can sense gas coming out of the floor. Though invisible, the rotting trash of millions of Mexico City residents will for a long time be the strongest feature of a hybrid soil attempting to become a meadow.



Rubble

The border between Lake Texcoco's Federal Enclosure and the towns of San Luis Huexotla and San Bernardino extends today like a wasteland comprising a number of hectares, covered only by the salt emanating from the earth, patchy grass, and piles of rubble scattered far and wide. Many hectares remain free from occupation, expectant, unresolved, as if not belonging to any of the territories reclaiming them. In border zones such as this, or as in the U.S.-Mexico border, there always exists a strip of vacant land which, of its own accord, effaces the evidence of human activity. The rubble—these isolated, worthless chunks—are witnesses to erased human life, remaining the only thing that resists annihilation along this border-world.

For the first two decades of the 21st century, the southeastern strip of Lake Texcoco has shifted between appropriation and expropriation, constructions and evictions, demarcation and openness. During this period, homes were built and communities were organized. No records can be found of such organizations,

let alone traces of foundations, aqueducts, or any sign of planning: the border erases all such evidence. Like stories of a faraway land, some chronicles can be found in newspapers about the demise of these constructions, which turned into rubble, despite being geographically close to the reality of the city. The Hidalgo y Carrizo lot, an area stuck between these towns and Lake Texcoco grounds, went from commune to wasteland on April 25, 2012, after being sold to the federal government by *ejido* owners from Chimalhuacán. One thousand ninety-eight families which lived on this terrain were evicted. The police removed people from their homes and then bulldozers moved towards each house; after hitting the fronts and facades, each home came tumbling down. The families witnessed the demolition with their belongings piled up in a single heap. They recorded the eviction scene, cellphones in hand. By means of these videos I have been able to establish a connection, if faint, between humans and the land; a land effaced by its own barren border.

An American Standard toilet fragment is part of the rubble which

might have belonged to one of the homes built in the Hidalgo y Carrizo lot. In the apartment I now rent in Mexico City, there is a toilet of the same brand. I have also seen it in many other homes in this city. Rubble such as this, somehow completely different to how it manifests in the videos, connects the border zone with its history of occupation, as well as with our own stories. These videos show us the very event of the eviction, from the inhabitant's point of view, and in this sense they contain great documentary power and eloquence. The rubble itself contains yet another kind of such power and eloquence: it shows us the point of view of the very objects and fallen houses. I say "point of view" because, as such, objects are not depositaries of our experiences: rather, it is objects themselves which determine and shape us. Rubble outlives eviction and reveals us its past, present and future. It is marked by the sign of the evicted settlers, as much as it is marked by the urgency of the destruction, abandonment, and desolation of the border zone. Its cracks reveal the exact point of rupture, the violence of the downfall, the collapsed structure of the house, and with it, a way of life. Rubble also

informs us about the circumstances that make someone carry something and leave something else behind. It also reveals something about ourselves, the would-be rubble contained in our objects, the potential fragility of our lives.



Ruin

I am not a thing, but a state of all things built. I am the inevitable fate of everything which is altered by human hands, the fall of everything that rises. Human excitement about the future—that optimistic impulse to create lasting things, to change the world, so that the footprint of a single species lasts on Earth—makes me sad and pitiful. Although I appear before their eyes in the subtlest to the most catastrophic ways, humans prefer not to see me. Or, if they do, they forget me hastily. So many cities have fallen, leaving pieces of me on the ground. I appear so often in the form of destroyed buildings, of shipwrecks buried in the bottom of the sea... For centuries I have been present in everything and in all human stories. Tales from the East, West, North, and South. Recently, I have

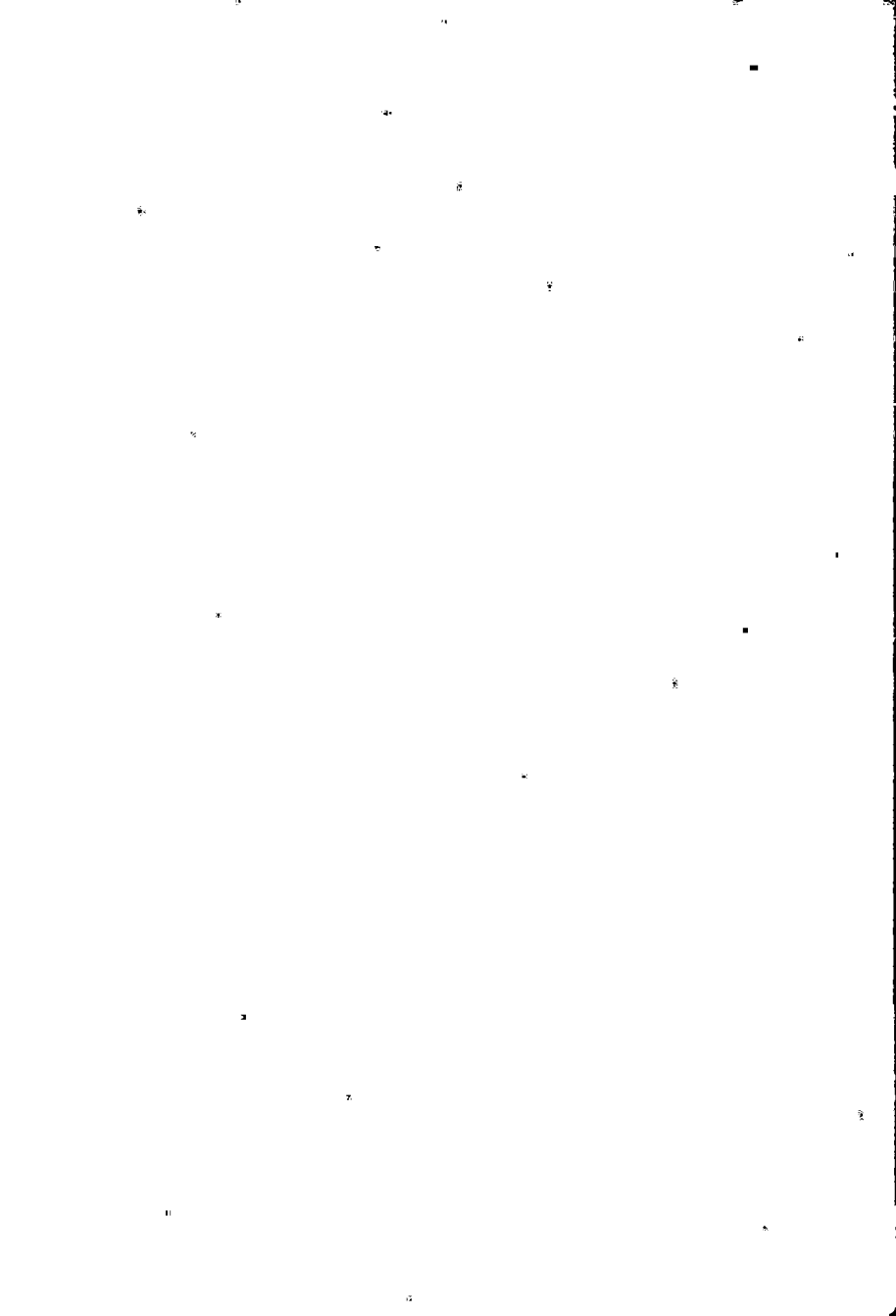
multiplied due to the explosive arrival of plastic to all societies: things and objects are now more ephemeral, with ever-changing forms, feeble structures, and weak materials. In this human present, I appear faster, in the cracks of plaster walls, through the plastic windows molten by sunlight, on rusty metal car parts, and in the garbage. The myriad trash grows uncontrollably, expelled to the margins to leave space for more things that contain me anyway.

Mexico City knows me well. It remembers me each September: in 1985, an earthquake brought down the tallest, strongest buildings, shook the structures of many which I've haunted since. Back then, I set up shop like a cold mist, like the fog that rises in cemeteries at dawn. Today, some thirty years later, this city's residents claim to remember me, mentioning my anniversary: the anniversary of the city's ruin. They invoke me, summon me, weep over me. They do not realize I have never really forsaken them: on the contrary, I have grown and conquered other frontiers within what they call "progress," "development" or "novelty." They do not see me for they dwell on the shiny surfaces of recently erected

buildings, on the smell of brand new asphalt in rebuilt avenues. They think I am something I am not. They think I have a certain shape and beauty, a piece of white, half-broken Greek column, a bare wall that has been standing for centuries. They think I am a pyramid missing a few stones, whose pigments have faded.

I am none of those things. I am the latent state of fracture in all lustrous windows, the natural limit of all projects. I am what looms large, the imminent.





S

Salt

I am the salt of Lake Texcoco. When the soil dries out, I appear like a white layer of snow, conspicuous at ground level. When I blend with the water of the artificial lakes that now populate this vast land, I become invisible, unnoticeable. I am a combination of sodium and chloride, yet I am never pure: I mix with the ground and its minerals, with the residues flying over from the city. When I am volatile, I even blend into the air. Sometimes they call me *tequesquite*, when I coalesce into gray crusts on the ground that become cracked and lift up like flakes. The Nahuatl peoples gave me that name as they set foot on this ground, for I give the earth the aspect of a surfacing stone, of dust magically rising in the shape of crystals.

I am very old. Older than the water of the valley. I know this place better than anyone: I have seen how it has changed, how it continues to change today. I have seen how water has come and gone, until vanishing for good a few decades ago. Bound to the earth, I have seen the ground sink under the weight of the nearby city, and because of the escape of water into the Tula Valley. I have seen the loss, the dereliction, the rebirth of this land. I have seen how humans have settled in it; how they distribute their parcels, casting imaginary limits on the land. I have seen how they halved the land with a wide and straight highway. I have seen trucks driving down the highway, felt how their throbbing engines make me tremble.

Here, it is I who sets the cycles of time. I appear on the ground earlier than the sun and remain until deep into the night, shining with the moonlight. These time cycles of mine run a different course to those of ordinary time: everything grows more slowly, yet everything dies faster. Birds stand on me, insects take refuge, and fish swimming in the leftover salty waters take me in through the gills. Humans tried sowing many plant species in the soil that I'm jumbled with. All eventually died, one by one. I kept surfacing as white dust and flying into the air over the dead sprouts lying like carcasses. Here I am the enemy of life. I am also the great endurance test that renders everything that blossoms here stronger, and more resilient. My power here is immense: I turn water into poison for some, into a life elixir for others. I transform the earth into a barren, flat, still surface, like that of other planets. The life that prospers here turns strange.

I have seen how humans have tried to conquer my realm. I have seen them build their houses on me. I have come to know these houses inside and out: I stick to everything, seep into all metals and rocks, into

pieces of glass, like a layer of emery. Anything coming into contact with me becomes old, odd, rusty, and dry. For this reason, the constructions erected here become fragile, eventually collapsing. Humans, moreover, are not meant to live in my proximity. Thus they come and go, leaving their rubble on the ground like ruins: their wishes and wills, their desires, their projects turn frail in a land with much salt and scarce water. Spaniards, Mexico City residents, Texcoco natives, entrepreneurs from here and there, they all come and go, never last.

I remember how, centuries ago, the city and the lake were one and the same. I could travel its paths along the water, surrounding the island now replaced by the main square and the city center. Blended with the water, I came to know Mexico City as a handful of islands woven by bridges. I could also see other cities erected far from its edges, watching them through the liquid lens of Lake Texcoco. I was at the time an invisible presence, united to the water, subsumed in it: water, extending like an immense body throughout the entire valley, was both feared and loved. I lived off that love and

fear that extended onto me, as I was always with the water, always in it. I was then called *tequesquite*, when the city had another name as well—a name no one is able to pronounce anymore.

When the lake grew, I spilled over the city, flooding it. That's why I know its ancient and modern buildings, its paved streets, and the multiple layers of its history. I know its age-old name and its new name. I'm aware the new city rose over the ruins of the older one. Every day I can see it through a veil of dust and smoke: dry and flat, dense and entangled like an anthill. Afraid of my new form, the city remains at my feet. For its residents, I'm the ghost left behind by water after vanishing. I emerge and cover the bottom of the lake with the smell of salty water, sprawling over like a wraith.

I am the element nothing can drive out of the valley, for I'm stuck in the soil, and always surface from it. I have become the owner of this plateau ever since water abandoned Lake Texcoco. I dwell on the ground in the form of white dust, almost throughout the entire year. Mischievously, I rise up into the air

stirring whirlwinds that seep into the ruins, displacing the lighter ones from one place to another. Humans have built new lakes over me, framed by levees made of cement and *tezontle* rock. They want to bring the water back, and erase my trace from the soil. These lakes are all full of me, although they are but reflections of the lake desiccated not long ago.

Around these lakes, I build up and become more conspicuous. I crystallize, spread, and settle on all things. Outside of the water, my power is different: it's a ruthless, repellent, implacable power. I am that which corrodes soft surfaces. I'm dust, I'm one with the air, I'm the earth itself.



Shore

The Nabor Carrillo Reservoir can be seen from an airplane: when entering the state of Mexico City's airspace from the east, the reservoir appears like a strange, black, rectangular stain, like a dam, an unexplainably clear territory, covered with a dark, shiny substance. Seen from an airplane flying over Mexico's airspace, the perfect geometry of the reservoir

stands out in the messy urban stain spreading a few miles west. Residents of the city and its surroundings do not visit the biggest water rectangle in the Valley of Mexico: Nabor Carrillo is protected by barriers restricting the access to strangers, so that only biologists, agronomists, and federal employees assigned to the area know its orthogonal basin for processed water.

Standing on the shore of the reservoir, the rectangular shape blurs at ground level, looking instead like a huge ellipse, curved and uninterrupted, stretching into the horizon. As if it were a sea, its water lets out an intense smell of salt and algae. The wind ripples the surface. Flocks of ducks rest on the water. Around the water, a *tezontle* road was built. In drought times, the road crackles and every footstep lifts dust clouds. In the rainy season, this road thickens and gets damp like mud. The reservoir's shore remains deserted. Ducks and migratory birds are the only animal presences for miles around. In the middle of the lake, two flamingos stand still on surfacing rocks, like pink sculptures furnished twenty years ago. Almost no one walks this dirt belt surrounding the lake:

sometimes a man working in a nearby area jogs around the trail by the water.

On the Nabor Carrillo's perimeter there are several cement constructions, which have cracked or crumbled during the reservoir's thirty years of age: a monument resembling the modern sculptures of the *Ruta de la Amistad*—a collection of monuments stretching south of Mexico City's beltway—stands like an upside-down arch in homage of the lake's creator (Engineer Nabor Carrillo). A shattered pier sticks out of the water, holding on to the shore. There also stands a surveillance booth where the cap of a guard dressed in black uniform catches the eye, and a few bare, lined-up pillars, covered by weed and partially corroded by salt. These constructions are painted in the same light blue hue: this color, slightly more intense than that of a pool and a bit lighter than the sea's, shines from afar in different spots of the reservoir's shore. It stands out among the brown tones of the landscape. In the eastern sector of this immense salty water surface, close to its center, there is an island populated by thick, foreign vegetation. In the middle of the island there's a house. Moored to a beam

fixed to the shore, a raft floats on the water.

The island looks small from the shore. A couple of kilometers away from it, the two flamingos blur out like undistinguishable dots in the immensity of the water mirror. The shore of the Nabor Carrillo Reservoir becomes an interstice among the absence of human sounds, the loneliness, and the squawks of a growing bird population. It looks less and less like the edge of a regular geometry and increasingly more like the threshold of a humanless planet, made of salty water, birds of different species, and blue constructions ruined by salt, water, wind and dereliction.



State of Mexico

Mexico is made of an ensemble of states with relative autonomy, granted by a federal government. Each state has its own constitution and jurisdiction. The political map of the country represents the states as clearly demarcated areas. At the nation's center there is, however, an exception to this organized political geography: a state embedded in

another one like a stain of sorts. Bearing the name of the country, the state of Mexico shelters another state inside it: Mexico City, the city-state, the megalopolis, the capital. Seen from the metropolis, the state of Mexico is a surrounding ring, a belt, a margin of sorts. With an exponential growth over the last decades, the capital has overflowed this belt, making it dense, overpopulated, and forcefully urbanized by the demands of an unstoppably growing population. The border areas between city and state have become indistinguishable and confusing, especially in the explosion of the urban center towards the geographical north. In some points, near Ecatepec or Tlanepantla de Baz, for example, a narrow street divides—in theory—the city from the state, although in the practice both are part of the same neighborhood, of the same system. The residents on both sides cross the street constantly and lead their lives in both directions. The city stretches the metro lines into the land of the state, while the state's inhabitants travel all the time in its train cars, crossing the city, making it their own.

In the northeastern border of these two concentric areas lies Lake

Texcoco. West of its border are the most densely populated areas of the state of Mexico: the municipalities of Ecatepec and Nezahualcóyotl City. When Lake Texcoco was still a body of water, the latter was the deepest part of the basin. At the time the water vanished and the lake's bottom surfaced, the area was swiftly invaded by irregular urbanization, piling houses side by side, on top of one another, to the point of forming an entire neighborhood that now presses the edges of the unpopulated lands of current Lake Texcoco. These two municipalities have been critically affected by the uncontrolled growth of the city, to the point of achieving the highest demographic concentrations of the region: two municipalities counting almost three million city residents outside of city limits, adjacent to more than 8,000 zealously guarded, uninhabited hectares of land.

East of Lake Texcoco, the state of Mexico spreads some miles beyond the city's chokehold, where the metropolitan traces dwindle. An outer edge jumps into sight, touching the land of other states: Hidalgo, Tlaxcala, and Puebla. Leaving the city towards this outer edge, and

past Lake Texcoco territory, the land clears, giving way to another type of soil which differs from the sprawling city. Upon arriving to the entrance of the Texcoco Municipality, crossing the ancient basin of the lake, the state of Mexico's other face appears: small cities, countryside life, cleaner, drier air. Mountains and plateaus intersperse with *ejidos*, those old assemblies of crops.



Subsidence

In July, 1965, Lake Texcoco looked more like a desert than a lake. Thousands of hectares were taking the shape of an immense wasteland in the margins of a rapidly-sprawling city. The lakebed was being imagined as a clean slate of infinite possibilities. These possibilities were always thought as extensions, prosthetic limbs, or utopic projections of the city: even the idea of building a park, a stretch of green meadows, trees, and trails, constituted an exercise in taming, designing, demarcating a place which would otherwise spread and contract at will, disregarding the needs of humans. Back then, engineer Nabor Carrillo was able to

carry out studies on ground sinking on a small portion of these still-unsegmented lands, south of what back then was the Peñón-Textcoco local road. Carrillo was the first to realize the city was sinking, and that this fact was directly bound to the way it (still) gets its water. Since 1936, as the city grew, some shallow wells were drilled in different locations. Simultaneously, the lake shrank and the water demand rose. Under the bed of the biggest body of water in the Valley of Mexico, a spongy layer of clay sheltered an aquifer, which had received lake water filtrations since the Pleistocene. It had swollen to the point of forming a homogeneous layer, in perfect tension between the rocky stratum and the ground surface. The drain wells penetrated this layer (they still do). By suction, they pull the water up while the aquifer shrinks, yielding under the weight of the upper layer, lined with architectural formations. Carrillo's preliminary studies show how, in the late 60s and in the most critically affected spots, the city was sinking at a pace of one millimeter per day.

When he arrived to Lake Textcoco, the engineer demarcated a rectangular

area of twelve square kilometers, to test the aquifer's resistance. Shallow wells, deep wells, drainage of clay, and tests with different explosives opened holes in the ground, sinking it swiftly, forcing the subsidence of the muddy layer. The latter had been modifying the ground of neighboring Mexico City in an imperceptible, progressive manner. The tests yielded data for the creation of models and potential alternative water supply projects, all of which hovered around the deserted lands of Lake Textcoco. Sunk like a bowl in this rectangle used as an open air lab, the land became a new lake, or more precisely, a new symbol. The hole was flooded with Mexico City's wastewater while resting on a ground that had already suffered the consequences of urban growth.



Subway

Line 7 of the subway is the deepest one of the entire underground transportation network of Mexico City: to take a train headed to Barranca del Muerto or El Rosario, three flights of stairs must be used. Each of them is as high as three overlapping

basements. The temperature rises as the bodies of all the passengers enter the tunnels, stepping into ever deeper geological strata. The trains stop at the platform and the passengers crowd the edge, trying to shove their way into the train car. The platform may sit just under the clay layers sheltering a shallow aquifer, in the middle of the first rocky layers of this portion of the Earth's crust. The train drives underground, north to south, under the foundations of buildings in the western side of the city. In Tacubaya, this line intersects with lines 1 and 9, causing a swarm of people. Like foam, they push in and out of the open train cars: closer to the surface, changing from one line to the other, climbing from one stratum to the other. Line 9 begins at this spot and crosses the city from west to east underground, cutting with the speed of a moving train the lacustrine mud that has settled on the harder strata. To the east, where line 9 ends, the train cars stop close to the airport, in Pantitlán. The passengers emerge from the mud of the ancient Texcoco basin to board buses which wait with the engines on, at the exit of the metro station. Many underground passengers continue their journey above the layers of

clay, on the asphalt, towards many municipalities in the state of Mexico.



Symbol

The myth of the foundation of Tenochtitlan is known outside Mexico because of the national emblem's central image: an enormous eagle perched on a blossoming cactus which bends under the bird's weight. With its beak and one of its legs, the bird holds a snake that tries to break free. The snake coils and uncoils, challenging the eagle with its eyes. This image is inscribed in a circle made of letters that form the words "*ESTADOS UNIDOS MEXICANOS*" ("United States of Mexico"). It is the symbol of a nation's power, multiplied in thousands of flags waving every September throughout the territory; turned into the letterhead of all official documents; set as the center of the decoration in all diplomatic events. Thus, the eagle, the snake, and the cactus become a flat image, a diagram, a logo.

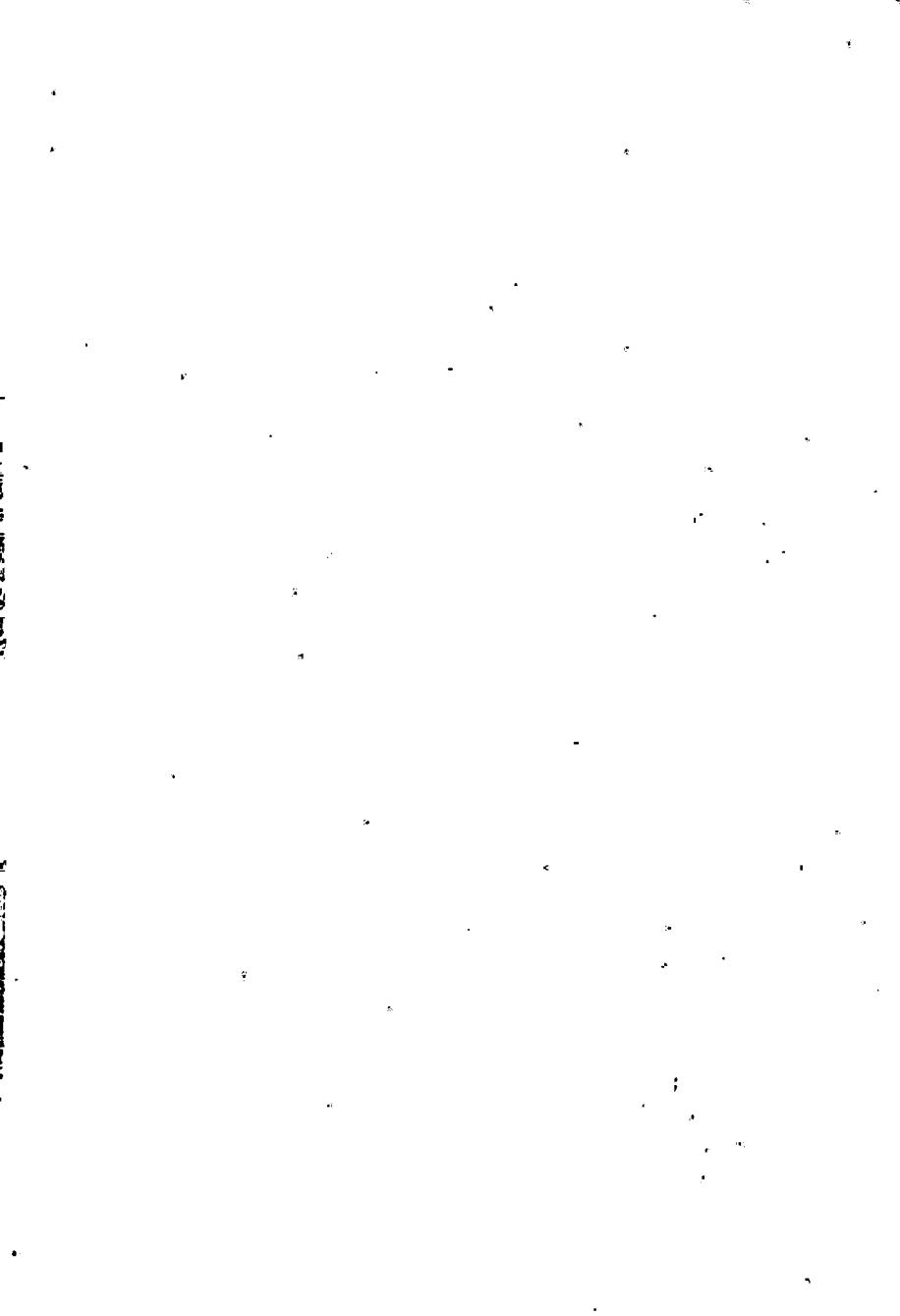
These three creatures can also be thought of as the image of a relation

perpetuated to this day between three elements of Central Mexico's geography: air, land, and water, harnessed together in the acrobatic posture of two animals on a succulent plant. The eagle flies over the Valley of Mexico, encompassing in its zenithal gaze the entire territory, a great canvas unfurling under its legs. The snake slithers through the salt of the Texcoco basin. As it slides along the ground, it captures the details and subtle differences of the land, hiding in its holes and corners, silently avoiding the eagle's gaze. The cactus is rooted in the soil and extracts water reserves from it. It keeps the liquid in its swollen leaves armed with sharp thorns that scare away the smallest birds and all flying insects. This cactus is made of water trapped in turgid tissue, standing in frail balance: with the dry air that blows in the region, the humidity of the leaves evaporates, leaving dry carcasses folded over themselves, in the place where there were plants as tall and firm as mature trees.

In this new symbol, also featuring an eagle, a snake, and a cactus, the three elements are under dispute. The air, as an abstract space where the homogeneous vision of a land is developed,

where it's possible to encompass as a whole everything that lies under, and from which it is possible to dip down to conquer any enclave. The land, this realm of infinite differences only perceived at ground level by walking miles from one crop to the other, from one neighborhood to the other, all the towns, the *ejidos*. Water, that element which, mixed with the lake mud, underpins both the eagle's vision and all possible lands, this element that rises from the depths of the earth to then pour on it, spawning the strangest, most excessive life forms, to later turn them into corpses by escaping in the shape of vapor, sewage, or the stream of a faucet.





T

Telephone

A telephone speaker emerges from the 1985 earthquake's ruins, scattered and half-hidden as they are in several spots of ancient Lake Texcoco. The rubble forms heaps of light-colored construction materials, which were formerly used by families dwelling in middle class houses until the day of the earthquake. The construction materials of those houses, turned into rubble by the strength of the quake, are increasingly harder to find in the homogeneous and tiny constructions of contemporary apartments, erected as a replacement of those crumbled homes. In the new apartments, the "walls" are built as voids lined with thin sheetrock planks, made of plaster and compressed sawdust, protected by vinyl resembling the color and the grain of

pine wood. The reinforcements are made of anodized tin. On the other hand, the walls of sturdy cement, stone blocks, hand-painted ceramic tiles, the shattered granite and marble scattered in different sites in the lakebed, are all part of the past. Gone is the architecture of long-lasting, dense, heavy, detailed materials, covered with delicate ornaments.

The constructions' ruins form small white, gray, and yellow heaps. These light-colored materials are eloquent: their being fragments shows us a cross-section revealing information about their most intimate structure. Among them, the darker objects stand out like black, isolated dots and also as "black boxes," containers of information about a house's collapse with its encapsulated, encrypted testimony.

The telephone speaker surfacing from the ruins is a certain kind of "black box." It's a chunk of shiny black plastic with a cable for channeling sounds, cut at the source. The telephone's housing is probably buried in the lake bed, or lying under the foundations of a building recently erected in the center of the city. The last voices to come out of the speaker are out of reach. Its black surface doesn't show any traces of use.

The heavy, burdensome speaker contains two piezoelectric disks and a tangle of colored cables that, outside the housing, form a spiral connecting with the telephone's body. On the telephone's body there is a plastic, punctured disk—the dial—and under every hole, each number is displayed, forming a circle like the face of a watch. To operate it, you stick your finger into the hole and spin the disk about 180 degrees: each number is dialed in the same manner. When the entire sequence of a phone number is entered, the speaker emits a ring tone, and then, a voice.

Phones used in Colombia in the mid-80s were very similar to this one.

When I was five years old, around the time of the earthquake, I learned how to use it. It is possible that I received my first calls towards 1985, surprised by the magic of the device that allowed me to hear the voices of bodies I didn't see, and which were probably far. Many miles away from Colombia, at the same time, the earth was trembling in Mexico.



Tepalcate

Close to the limit between the Federal Enclosure of Lake Texcoco and the San Bernardino *ejido* there is a surveillance booth on a heap of dirt. The booth is painted with the institutional colors of Mexico's National Water Commission: white and light blue for the walls, and red for the gable roof. Next to the booth there is a weed-covered lot, crossed by furrows perhaps drawn by a plow. A few meters away from the booth there is a fence made of wire and concrete stakes. On the other side of the fence, in the *ejido*, some hen run around in the tall grass. There are some scattered constructions. The heap of dirt supporting the booth stands out like a protuberance a

meter high or less. It rises visibly over a plateau miles wide. In the soil, some brown chunks crack when treaded upon: they're shards of broken vases, clayware, jugs, shapeless figurines, all buried in the middle of the field. The ceramic fragments sprinkled with the soil's black hue were once dinnerware: in Mexico, this pre-Hispanic ceramic is still referred to with the Náhuatl word *tepalcate*. Centuries ago, a Texcocan community had walked around the shores of the lake, leaving these objects behind: jugs and plates full with food offered to summon their ancestors, or the rain, or the lake itself.

Some years ago, when the borders of this territory were still taking shape, when there were no fences and the *ejidos* stretched a bit further west, a peasant family sowed this lot: the pieces of pre-Hispanic pottery lay until then like an open air grave. The tools employed to plow the land unburied the tepalcates: these were preserved until then by the thick, compact layer of soil. Like weed roots that are pulled and torn to make way for a new crop, the figurines, vases and plates were broken into pieces, turned into small sediments, incorporated to the loose, shapeless

substratum that was plowed free. In the furrows of the sown field, there was probably a future harvest of corn or tomato growing: the plants rose, covering the entire field and hiding what was (and still is) underneath, amid the roots.



Tezontle

Exploring the lateral wings of Mexico City's National Museum of Anthropology, I found a small display with an anthropomorphic figure on a small wooden pedestal, next to a couple of ceramic vases. It looked different from the pieces I had seen in other halls, where Mexican archaeology surprises by both the scale and the pristine quality of the stone surfaces. On the contrary, these small and modest objects were splattered with red stains the color of human blood. The cultures occupying the zone that now is the state of Mexico mined for iron in Huahuaxtla and Huitzucó (in the neighboring state of Guerrero). They transported it back to their cities in heavy, large flagons. By macerating mineral fragments with stone mortars, the iron was reduced to a thin

dust to be scattered over ritual and funerary objects, with the purpose of infusing their deceased ones with life beyond their earthly existence. The archaeological site where the blood-stained pieces were retrieved is in the state of Mexico, which is also the site for the extraction of *tezontle*: a volcanic rock made from magma, cooled down by millenary processes, porous like a sponge, red like the ritual figurines animating the dead. Structurally, these rocks contain ferrous molecules that oxidize rapidly, dying them the color of human blood, to the same effect iron dust had. This form of *tezontle*, shattered into small fragments, has been used in Mexican constructions for centuries, in a number of colonial homes showing red coloring on their facades. In modern edifications, it has been mixed with concrete in order to produce lighter blocks. It has been used to line pathways whenever budget is insufficient to pave them, transforming them into stony, red carpets. Lake Texcoco's grounds are now crossed by red *tezontle* lines, roads that connect the Nabor Carrillo Reservoir with the highway, and the eastern border with the West Landfill. The Nabor Carrillo Reservoir is also framed by a delicate

tezontle levee that prevents the overflow of water during rainy seasons. As the construction of the New Mexico City International Airport progresses, the entire northern zone of the ancient lake has been covered with these volcanic rocks (repeatedly compacted) in an attempt to flatten the basin. Convoys of trucks loaded with red rocks now drive along the highway connecting the *tezontle* mines with the lake land, thus replicating the "iron hunting" voyages of ancient cultures. The rock loads are scattered over the basin's dead ground, hoping this red mineral will imbue it with new life.



Thing

A month before Conagua yielded part of its lands over for the construction of the New Mexico City International Airport, we went to pay a last visit to the animals, trees, and plants still found in that lot. We grew familiar with some of the species which had slowly adapted to the place. We observed the salty, grassy plateaus which were populated by conifers, rosemary, hares, and packs of wild dogs that fled the

humans. By the tip of this triangle adjacent to Ecatepec, we saw some ponds formed by the August rain, covered with different bird species: at the edges, under the stones, black widows and snails peeped out. Flies swarmed inches away from the water. In the old water still, built next to the ponds, the water currents from neighborhood markets deposited seeds on the ground, spawning tomatoes, chards, chili, melon, and innumerable herb species. We turned around and found the rubble of the booths built by the National Water Commission to guard the proper behavior of this self-balancing, autonomous ecosystem. Other constructions erected by the State stood every few kilometers, already crumbling and confused with the dust wafted by the ground. Behind the rubble of these old (though recent) constructions, the road rollers and bulldozers returned the soil to its arid state, sweeping and stomping the land. Among the rubble there was glass, chunks of cement, paper, rubber, metal shafts. With the passing of the machines, branches, rock, and fresh animal corpses were mingled with these foreign and human materials. In the heaps of rubble, the remainders of constructions blended with

vegetal waste, construction materials were mixed with pebbles, and animals merged with objects—in anticipation of the arrival of concrete and steel, even stranger materials that would continue to transform the land. The dry, salt-whitened branches resembled ceramic. The bones, glass. The bricks, volcanic rock. The plastic objects looked like corpses. Torn to pieces, they all turned indiscriminately into things.



Town

The state of Mexico's northeastern towns are all tied together: it's difficult to know where one ends and the other begins. The streets are narrow, and flanked by single-story houses. On some outer walls there are paintings of rural motifs, worn by time: Emiliano Zapata portraits, political mottos, phrases repeated in several colors and fonts. Some houses have brick facades. Others, metal gates painted with electrostatic enamel. As the car slowly drives into one of the towns, following the pace of load trucks, the streets become narrow labyrinths with dead ends. We may be in Atenco, Nexquipayac,

or Tocuila, municipalities bound by streets that have a different names on each side of the imaginary border, or even keep the same name through it. People walk down the narrow stone and cement sidewalks. The stores are open, displaying announcements handwritten or printed in colorful tarps. A smell of food wafts into the moving car. In the center of each town there is a square, a church, and fruit stands that show up under red tents some days of the week. There are people sitting in wooden or rusty iron benches, watching the passers-by. Some children run through the square, as if fleeing school. A fenced cemetery displays its tombstones a few inches from the ground: the cracked stones are surrounded by uneven grass. Cars park at the sides of the square, by the sidewalk, on a row. Beyond the square, the streets head towards unpaved roads. The *ejidos* appear: houses stand scattered, hills and rivers flank the roads, spans of grass, corn, and cacti are strewn behind wire-and-wood fences.



Translation

I'm an intermediate realm between what you remember, know, observe, and imagine. I move in strides between several temporalities; the past, the present, the future. Sometimes I join two remote eras in a single phrase. I form in the clefts between elements parted by silences, measuring these distances with different tools: concepts, data, arguments, similes, ellipsis, and metaphors. I also draw connecting lines between disparate realities, bringing them closer, revealing resemblances, resonances, or secret links. Sometimes I'm called narrator, text, voice, or fiction. When I'm fiction I become a world of my own, a hybrid of thought's subtle matter, the dense matter of elements claiming their right to be named. I thus invoke a set of affects when these opposing matters are brought closer, like electricity is induced.

There are forces that channel the power of language. I take them and place them in spaces between words and paragraphs. I also borrow the voice of different nouns, pronouns, and other speech functions, using them as a vehicle for my operations. I

deceive novelists, poets, playwrights, chroniclers, essayists, and theoreticians into believing that what they do is a truthful account or an unaltered mental projection. They condescend to my language as a mere vehicle of this projection. I confuse them when they write biographies, believing they describe themselves: what they really do is echo, remake, recast other biographies. Their written self is a product of an overlapping of infinite, foreign biographies, none of which contains the "essence" of the writer. I thus write in the place of every author. I clearly single out each writing voice, even those that try not to be present in the act of writing. Those who avoid the first person, who quote others to avoid exposure, who defend a division between subjects and objects, who stand on one side of the divide to speak in representation of others.

In this human world, I stand among the living languages. I am the passage from the spoken to the written, the transition from a language to the other. Inside a language, I produce stories that take up something and transform it. To perform the passage from one language to another, I need to devise contraptions, compose,

assemble, select, and organize my signs in new combinations: I turn gibberish into words laden with meaning. Moreover, the languages I cruise are not unitary spheres, but sets of heterogeneous variations shifting shape as the vegetation, the geography, and the weather change. They vary subtly from region to region, changing drastically from nation to nation, mixing with other tongues in the same territory. Each language adapts and transforms into another one, since the things named are never the same in a cold, damp, barely-inhabited enclave, or in a dry, warm valley with millions of residents.

The names, these powerful words emerging from the specific character of each language, are also one of my forms: they allow each thing to be uniquely revealed, preserved, and cared for. At the same time, a name can be a conquest device when it imposes a foreign designation on something already named. This ignores intimate, ancient relations previously woven between words and things.

Following the curves and the accidents of a language, I operate along

with a given gaze that scrutinizes it. This gaze produces facts, evidences, and events: we join forces, move, displace things, and give dynamic shape to all kinds of seemingly stable and absolute symbols. The gazes that might join me are manifold: they're limited by the vision-range attained by each particular vantage point, and they become complete by coming closer to me. I also complete myself through them, transform in multiple ways, and adopt as many shapes as there are combinations for my signs. Those who do not understand this collaboration between text and gaze misinterpret my creative intervention in all things written. They grant me a place in the realm of the false, believing there is such a thing as a difference between truths and lies: according to this distinction, the truths would travel onto the text intact, without mutations, distortions, or losses.

When a truth is not understood as *fabrication*, it begins to produce textual interferences on bodies, communities, or vulnerable geographies. These interferences manifest slowly as divides, grids, borders, walls, prisons, fractures, or wounds. My sings are in principle written on paper or

in the almost ungraspable substance of codes. Nevertheless, these sings sometimes end up inscribing themselves on bodies, architecture, or the surface of the earth.



V

Vision

Let's imagine we live in the Valley of Mexico in another time. Imagine we walk the streets of the biggest city of this valley with our present body, feeling they're busier with pedestrians and traffic. We may observe soft and smooth surfaces covering the streets like mirrors. Imagine the changes hundreds of years of human and non-human lives and journeys have inscribed in the urban relics of Mexico City's historical center: the cracks, the fallen stones, the washed-off colors of the facades, the crumbling, ancient buildings beset by neon signs, disappearing behind light bulbs and acrylic plates. Imagine we walk among crowds who speak a language we don't understand. Imagine the sounds of new vehicles and the silences of those who're absent. Imagine an aural

landscape made of the sum of ancient and new sounds. Imagine the smells of the future: the new trash, the new gases rising from the gutters, the body odor of people cramped in the cars of new transportation systems. Imagine the heat, the motionless air in the absence of breeze or wind currents.

Imagine Lake Texcoco. On its bed, a layer of volcanic rock spreads like a carpet covering five thousand hectares. In the center of this vast plateau there is a concrete platform in the shape of two opposed horse-shoes. Several towers stand on this surface like strange objects deprived of function and barely endowed with shape. The towers resemble upside-down, empty cones, built from a wide-knit lattice of pipes and shafts. This see-through heavy metal tissue doesn't hide Chiconautla Hill

or the scarcely cloudy blue sky. These towers don't support anything. They only stand, more than thirty meters high, purposeless, in the middle of a great deserted land, as if a land art piece like those erected in the 1970s in different enclaves throughout the planet: the red stone carpet, the huge concrete horseshoes and the towers are land art without land artists, without land work, with land only.

They resemble Nancy Holt's *Sun Tunnels*: a set of concrete cylinders installed in 1976 throughout the Utah desert, which filter the sunlight in a specific way during the solstice evenings. They resemble Robert Smithson's *Broken Spiral*, built in Holland in 1971: a half-circle dug on the shore of a sand bank, which allows to steer inland the bed of a water reservoir, while, as if a reflection, an equivalent portion of sand spreads inside the reservoir, completing a circular shape. The towers located in the middle of this Mexican lake are similar to Walter de Maria's *Lightning Field*: open in 1977 on a desert plateau in New Mexico, this field spreads stainless-steel poles at regular intervals, in a vast grid that stretches for more than a square kilometer. They also resem-

ble Mary Miss's *Perimeters/Pavilions/Decoys*, built in 1978 in Roslyn County, New York: halfway between architecture, sculpture, and geological formation, Miss erected three towers, two mounds, and an underground patio, in three sites within an open space. The underground patio can still be accessed by a staircase on the side of a huge square hole.

Chiconautla Hill stands darkly in the distance. A concrete -and-metal fence encircles this geotechnical assemblage, hardening its edges. The fence divides it in the West from the dense plot of houses and alleys belonging to the urban settlements of Ecatepec or Nezahualcóyotl City, and isolates it in the East from the *ejido* crops and the peasant neighborhoods of Atenco, Tocuila, or Nexquipayac. This assemblage covers Lake Texcoco with several layers of plastic geomembrane and rock from the mines of Tepetlaoxtoc or Tezoyuca hills. The latter are now hollow like ravines more than forty meters deep. An intense shade of red dominates the stone carpet, as if dyed. It is not an airport, a recreational center, a water park, nor a zoo. It doesn't grow old, doesn't take shape, doesn't merge with the sub-

stratum supporting it. It's an ever-unfinished object: neither a project, a result, nor a ruin.



W

Waste

A metropolis like Mexico City, with its almost 30 million dwellers, generates uncountable amounts of waste. On occasion, this waste even breaks down and flies into the air. The week of May 10th, 2016, air pollution became so dense that it triggered the creation of “emergency atmospheric policies,” which administrated automotive circulation and its toxic emissions. It was also necessary to divide the city in breathable and non-breathable areas. The city and its inhabitants were sorted according to those airborne debris that had built up on the lower strata of the atmosphere like a yellow, dense hue. This yellow shade has become gradually visible. If seen from a hilltop or from the highest buildings, it is possible to see the blanket of pollution in the distance. The solid waste goes

to the landfills, those “non-places” at the outskirts of the cities, where the metropolis confines everything it can’t live with. The modern cemeteries of Latin America were born in the same spirit of the landfills, like a solution to a public health issue that compelled the hiding of the corpses and their confinement in places away from the living.

In Mexico City the landfills are not really outside: the state of Mexico forms a ring around the city and is as densely populated as the metropolitan area it borders. The landfills end up inevitably tucked in the narrow margin between the municipalities and the city, in the middle of an urbanized area. The waste overflows onto the next-door neighbors: the neighborhoods, the streets, and the bustling avenues. The biggest landfill in the region is on the southwestern

side of the Federal Enclosure of Lake Texcoco, next to Nezahualcóyotl City: this municipality is inhabited by more than a million people, of which a fraction lives right beside the southwestern edge of the West Landfill. Until 2013, this dumpster took in thousands of tons of material undergoing chemical changes, letting out gases, seeping its liquid into the soil, expanding and contracting like a massive animal.



Water

Greetings: I am Water. I am always changing, mutating. For that reason, my voice sometimes mixes up with that of solids, of soil, even with the voices from the sky: there is a bit of me contained in most things, stuck to the molecules of other elements. I am inside you as well, going through you, cleansing you, carrying nutrients, then exiting you as waste. I am that which connects you to all and everything else, which makes you belong to a totality; I am that fluid which erases your frontiers, your boundaries. I am the most volatile of elements, yet at the same time, the most present; your savior and your destroyer.

I will tell you a bit about my multiple forms, so that you may truly understand just how much you fear me, yet also need me. Four years ago, for instance, I decided to unleash all my strength upon the planet. I did it in The East, on a small archipelago that stood in my way: I became a tsunami. I rose, heading towards the northern coast of the country you call Japan, taking the shape of waves thirty meters tall or higher, falling flat over a number of small villages by the sea. As I fell, the small houses rolled inside of me like empty cardboard boxes, breaking into pieces when I shook them, stirring them in my currents. I lifted parked cars next to the houses, crushing them as if they were empty beer cans, and the boats, the docks and the traffic signs on the road were shattered to pieces as I took them over with all my might. When I put everything back on the ground, my currents left indistinct pieces of cars and vessels on the top of parapets, roofs, doors, and windows, mixed with fragments of everything.

When I pushed my enormous waves away from the shoreline, I saw humans as small and limp puppets, placed randomly over the land. I

also left an entire boat resting on the roof of a partially standing house, in an exercise of fragile equilibrium, standing out amidst all the horizontal destruction: I did it to leave a reminder of how I and the brotherly forces of this geosphere (the earth's heartbeats, the exhalations of the wind) can spin things on their head, in a previously unexpected order.

I also want to tell you about my wanderings down other paths. Amongst the places I have journeyed into, I can describe your body with great clarity: when I slither in, I do so through the mouth, washing down your throat all the way into your stomach. Your soft tissues absorb me, inflating with my presence, as if they were dry sponges. Your body's innards resemble a knot made of blind worms that squirm over each other, red and fleshy, faceless: your intestines, pancreas, liver, and heart. It's surprising how the flesh inside your body—so animal in nature—differs from your human exterior, from everything you preside upon and give shape to in the world.

As these thoughts go by, you pump me further inside, I mix up with your blood and go through you, crossing

every nook and cranny, from head to toe, through your lungs, where I blend with the air, arriving into your brain. Without me, this organ would be but a hollow, empty comb, an abandoned house, covered by the dust permanently, ever so subtly entering your nose. Would I decide not to run through you, the entire body would indeed acquire the aspect of a bag made of parchment, and your brain would be but another such bag. After swelling your body and flowing around it in liquid form, I exit through the pores of your skin, heading back into the air, changing my state to then surround and re-enter you, amalgamated with the air you breathe.

Today, feeling an insurmountable distance between your body and mine, I speak to you from Lake Churubusco, an artificial pond of wastewater and intense smells. This lake was built inside the West Landfill, on the western border of ancient Lake Texcoco, in front of a prison lined with metallic towers, elevated walls, and barbed wires. Beside me, Nezahualcōyotl City sprawls, and, in the distance, I glimpse the top of Mexico City's skyline. I am re-entering this land

after my exile, decades before. You wouldn't recognize me if you saw me, for I change into the color of your waste, an intense black tone, similar to petroleum. My consistency is also different, dense, and sticky like honey. I have slithered along the streets of Mexico City, coursed into the houses of the rich and the poor, and crossed the bodies of millions of people right before arriving here. I have moved about quickly inside pipelines, and slid into the drains. I have soaked the fabric of your clothing and foamed with soap: as you hung your shirts under the sun, I have evaporated, joining the heavy, yellow air. In the form of vapor, ethereal and invisible, I have moved over the rooftops during the summer months, striding over the highest mountains, so as to see, below me, the entire city. Condensed into rain by the cold winds of the autumn, I have fallen again, filtering into the pavement, feeling the rolling of cars and the thud of human steps over me. I have moved swiftly about the underground, feeling the weight of the whole city. Near the end of my journey I have come to understand that you are the city. That you grow and expand beyond your body, into the city itself. The city, this extension

of you, took me in and, in a contradictory movement, simply sent me off, until dumping me in this desolate, putrid lake: I bring with me all of that which you no longer want to possess, all you do not wish to see, everything in you that stinks. Here, I merge with all of your waste, which is broken down and turned into soil over time.

I am flux, I shall seep once more into the earth, evaporate, travel underground around the planet until surfacing on the opposite side. Merging with rocks, I shall move the layers of the earth to sculpt new mountains, and sink the surface into a new basin to rest in, away from you, colored green or blue, in the shape of a lagoon.



Water Carrier

On a stereoscopic photograph taken in 1892, owned by the Princeton University Library, a man and a woman dressed in cotton walk the streets of Guanajuato in broad daylight, with water jugs on their backs. A stereoscopic photograph shows us a double reality that

consolidates in the observer's brain. These kinds of pictures manifest the fabricated character of the stories we tell through them, for in principle they are not an image, but a pair of images: two images which happen to be apparently identical. Each image, however, is slightly displaced with respect to the other; each contains a relative distortion. Both constitute a version of the other, and are at the same time an incomplete half. They only turn into a sole image by the mediation of a unifying device, obtaining visual depth by means of an optical illusion.

The man on the photograph wears a hat and *huaraches* (Mexican sandals). The cylindrical jug tied with strings hangs from his shoulders like a backpack. The woman wears a shawl over her head, a long skirt, and sandals half-hidden by the shadow that covers her feet in both images. Behind them, five donkeys stand under the shade of a tree, trying to escape the sun and the heat, turning their backs to the couple of water carriers as if, in an act of shame, these donkeys may have realized that the two humans were carrying a load which was meant for them. Over the banister of a white house, a man

observes the scene, witness to a way of dealing with water which would soon disappear.

Each jug in the picture is full of the water that, in 1892, the city's dwellers sought so as to not die of thirst: two jugs, doubled by the image. From the springs and fountains, all the way to the houses, kilometers were traveled on foot. Water was distributed slowly, one water carrier at a time, twenty to thirty liters each time. Before the apparition of modern, rapid, invisible and uninterrupted aqueducts, water would flow according to the physical strength of a human body, at a walking pace: the city therefore moved to the beat of the water carriers, and the need for water, certainly, was adjusted to availability.

Towards the end of the nineteenth century, water—a heavy body on the back of another body—manifested itself as a tangible, visible form of matter, with a clearly perceptible density and weight. The water carriers would give it a place in the public space, making it circulate on its surface, on the same streets pedestrians strolled down. In this photograph we see something which no longer exists

in today's cities: water is not perceived as a body anymore, it does not mediate social relations nor inhabits places. Sources of water are now not connected in a direct manner to their beneficiaries. Water simply emerges from faucets without density, intangible, omnipresent, always scarce and simultaneously available.



Water Resort

Hidden among hundreds of files in the Lake Texcoco Library, located in the Conagua branch by the Forest of San Juan de Aragón, there is a document dated in 1985, typewritten on once-white paper. This document belongs to a heap of binders, bound notebooks, and books enthusiastically published during the first decade of the instatement of the Lake Texcoco Federal Enclosure. It was then still an area open for potentially infinite developments. The acid of the fiber has reacted to thirty years of sunlight and heat, turning the pages yellow and blurring the ink. On the cover, there is a dedication written in blue ink: "With sincere esteem. For Mr. Gerardo Cruikshank, hoping this book is of his

liking and use." Cruikshank, heir of engineer Nabor Carrillo's ideas, fostered the project of ecological recovery of Lake Texcoco's basin in the 70s. This project included sowing a vegetal layer on the lakebed, which took decades to grow and settle in. The architect writing the dedication imagines the construction of a water resort in the middle of Lake Texcoco: a place with pools, gardens, cafeterias, party halls, parking lots, and an ongoing flux of visitors arriving from the city each weekend to spend the night in cabins by the Nabor Carrillo Reservoir. He pictured a group of humans swimming in pools built in the middle of still barren lands, drying up in colorful towels and taking the sun on plastic chairs, swimmers sharing their leisure time with plants and animals still adapting to the environment.

The water resort's blueprint is laid out with detailed technical descriptions and drawings: sketches of shower rooms, drafts of dressing rooms, diagrams of green areas with geometrical forms lined with ornamental plants, side sections of modern buildings—cylindrical like art museums. The vistas of sloping roofs in the shape of a cone resemble the outline

of volcanoes, visible in the background like "natural paintings" on a clear day. This water resort, extracted from a pile of documents, becomes less readable every day: the surface of its pages grows darker, while the ink thins out, becomes fainter, on the brink of vanishing.



Weather

A few birds land on the water. Far away, a yellow mist blurs the volcanoes. Tlaloc Hill stands out like a dark mass. Up closer, the "Chimalli Warrior," an immense red metal statue, stands upright among small houses and buildings. The water ripples in slight furrows that rise and sink. The water reservoir looks big from this standpoint. It smells of sea, although the closest ocean is hundreds of miles away. It also smells like rotten algae, piled on the shore like layers of green moss. The water is a bit murky, like a silver mirror covered with vapor and fingerprints. The wind blows, dishevels and whizzes through some pines planted in rows on the other side of the road. At ground level, insects noisily jump from place to place, restless because

of the stampede of human boots that has crossed the meadow. The grass covers patches of ground while others are bare. In the open, where there's no weed, layers of white salt cover the earth.

The birds float in groups, drifting in the water's movements. Sometimes they look up and prune their feathers, or smoothen them. Some squawk and fly off when they realize they're being watched, only to land some meters away inside the reservoir. It's hot, with a dry heat that slows down the gusts of wind. There is a shiny light in the air, although some clouds veil the sunrays. It's noon.



Well

The Magdalena Mixhuca Sports Complex, in Mexico City, takes up several blocks of the Granjas neighborhood, and adjoins three different subway stations of line 9. A racetrack, a forum, a football field, and possibly a pool and other sports courts are located within its perimeter. Inside, there is also a PEMEX restricted area: a patch of land closed-off by gray, dark fences, hiding a great infrastructural

work in the middle of the sports fields. In the southern edge of the Sports Complex there is a white tower with metal scaffolding some twenty meters high. The PEMEX logo is stamped on it in green and red letters. When walking by the gray fence, you can hear the hum of working machines. Work sites can be glimpsed through the holes of the main gate.

The white tower stands in this patch of land, in the middle of an urbanized area. It's the visible structure of a drilling site that goes two thousand meters deep, opening a hole through several layers of clay, mud, and rock. Two kilometers underground there is an aquifer, hidden and perfectly contained. It's the ancient Lake Texcoco, buried by layers of volcanic rock from multiple eruptions, as well as the progressive formation of upwards-shifting strata. This lake has been guarded by stone barriers preventing it from filtering and disappearing, and is also protected by the huge distance separating it from the first layer of the ground. A body of water perfectly formed coexisted with a twin lake, located a couple of kilometers above, until the moment the surface lake dried out.

The draining of the lake occupying the surface has been combined with other processes for hiding or displacing water currents and deposits. The rivers that ran through the Valley of Mexico were piped in concrete and flanked or covered by avenues. Lake Texcoco was dried out and driven out by ditches, canals, and tunnels. Now, another body of water is being extracted in the middle of an urban settlement: the drilling in Magdalena Mixhuca is one of many which have reached down to the underground lake, barely touching its waters.

The aquifer, the deep lake of Texcoco, will surface in the form of a water flow soon to be channeled and stored in this same portion of the Sports Complex, in Iztapalapa, or in some of the other surrounding infrastructures. Unlike the dams, the deep wells are undetectable because they're underground: metal fences are built around them, a result of the implementation of public policies and privatization processes. The lake, however, will soon escape with the strength of the pumps into the water supply systems, into the faucets, drawing closer, becoming more present. The city, in turn, is incapable of further sprawling, and

stretches deeper into the ground, reaching past the well downwards, towards the center of the Earth.



Widow

Lake Texcoco's land is not an even plateau: comprised of multiple overlapping formations, it is a spread made from shreds of different grounds, diverse vegetation forms, different salt concentrations in the soil, and traces of several dwelling sites on the ground surface. Among them are thin layers of rubble, trash, displaced water, cement planks, and other synthetic matter. Little by little, these materials have naturalized, mixing in with the native elements preceding them. They colored the land with new hues. The volcanic stone, extracted from the ground layer, is located under the lacustrine mud. The latter is the last material layer remaining from the ancient lake. The volcanic stone is also extracted from neighboring hills, and has been used to build trails throughout Lake Texcoco's plateau. These porous, light, hard stones are sometimes black like the entrails of the Popocatepetl volcano,

and sometimes red like the rust of ferrous metals. On the shores of the Nabor Carrillo Reservoir, the volcanic rocks have piled in a precariously-balanced levee framing the great span of processed water. The black widows live under these rocks: in the gap between two stones about to touch, the most poisonous spider in the Valley of Mexico builds its nest, lays eggs, and dies. With its small head, eight long thin legs, and a round bulky abdomen with red lines, the widow moves fast between the rocks, avoiding human presence. The female is also known to be a cannibal: after mating, the male is stuck in the female's web and is devoured by it. Careless about wild life's appearances, the spider isn't one of those creatures like butterflies or some birds that stand in plain sight, showing off their colors and patterns to be noticed. The black widow hides, for it understands humans are a foe that must be attacked when it draws too near: they are one of several mortal creatures which must be fended off immediately. The spider stores poison and bites the hand that touches it, releasing toxins in the victim's blood flow, where it quickly runs into veins and arteries. The poison gets mixed with the blood, filling

the organs, the head, the muscles, causing spasms, pain, and paralysis within minutes: the poison's effect lasts for hours, repelling the strange visitor carelessly picking up the rocks to disturb one of the long-established residents of this peculiar enclave in the Valley of Mexico.



Z

Zone

In Russian director Andrei Tarkovsky's *Stalker*, three men sneak into a restricted zone guarded by the military and sturdy metal fences. Inside this area, the men discover a realm different from the outside: a changing territory that unveils as they wander in. As they enter, the travelers find rusty carcasses of war tanks, bunkers flooded by water torrents, and bare-wall places where there are fragments of furniture, rubble, and objects. A few times, they cross a thick vegetation filling the ventilation ducts of the otherwise deserted structures. The material remains of human occupation can't be located in time: they're covered in moss, rust, dirt, or appear at the bottom of water ponds, lined with algae. The immersion in this "zone" reveals it to be different each time because it is,

in a certain sense, alive: the layers of vegetation and ruin interweave in a series of shape-shifting labyrinths. These mazes constantly re-draw their structure, and can't be crossed in a straight line. They're moved by invisible forces incomprehensible to humans. As the "zone" changes its rules, the roads glimpsed and pointed out can't be walked back on because the place swallows and forecloses them. The place reacts to human presence and opens new passages in new directions.

This "zone" reminds me of the Amazon jungle in *The Vortex*, by Colombian writer José Eustasio Rivera: a place that resists all taming attempts, spawning many lives and at the same time deadly, open and inaccessible. I also think about a derelict lot in Bogota, which I wandered in a few years ago, before it was swallowed

by the layout of a new avenue. It was a couple of hectares wide, secluded by a white fence, in the middle of the José Joaquín Vargas neighborhood. This settlement is partly occupied by a new ensemble of identical buildings, and partly a wasteland. This lot contained the remainder of an abandoned construction, left unfinished along with its machines, sheds, and piled beams, all of it corroded by the brush and the humidity, while insects and birds started flocking to it. The remainders of this construction, lined with moss and rust, seemed unburied by someone, coming from an undetermined time. They also resembled the components of a familiar space, known but deprived from form and function, crooked by the water, the plants, the sunshine, and the wind. Tarkovski's "zone" also resembles certain graveyards in Mexico and Colombia I've seen up close: the graves in these cemeteries don't only enclose human remainders. The monuments also turn into ruins. The mausoleums become liminal, open zones cracked by the ravages of time. Through the cracks, death seeps out with its smells, its decomposition, its intimate closeness to the living, while the grass sticks out, grows, and blossoms.

I finally think about Lake Texcoco's Federal Enclosure: in this place, the desert merges with lush vegetation, drought merges with the threat of floods, monuments with rubble, the remainders of failed human settlements with the materials of new constructions. All of this converges in a "zone" of sorts, restricted in a certain way, resisting settlements and wanderers.

Tarkovski captures a condition of certain spaces (Foucault calls them "other spaces") which, like Lake Texcoco, store the aftermath of failed attempts at conquering a land, and give rise to another life emerging from such conquest. This life isn't entirely human, as it oscillates between what was forced upon the land, and what spontaneously sprouts on it.



Zoo

In the years prior to the rollout of the Lake Texcoco Ecological Park project, many thesis projects arrived from different Mexican universities to the National Water Commission, in the shape of bound, numbered,

typewritten manuscripts. These projects sought to rehabilitate thousands of hectares of dried-out lake lands, in the form of real estate developments, commercial complexes, or touristic infrastructure. On the cover of one of them, there's the drawing of an elephant surrounded by the silhouettes of three flying birds. Under it, in thick letters without serifs, reads the word "ZOOPOLIS." The following pages explain the plan for the creation of a zoo in Lake Texcoco's land. It was followed by a list of structures to be built and the corresponding arrangements, depending on the kind of animal it should shelter: meadows for hoofed animals to run, with gaps between species; rocky hillsides for goats and sheep; plateaus for ostriches and cassowaries; indoors aviaries for parrots, hummingbirds, doves, and weavers; ponds, boulders, and swamps for flamingos and pelicans; cages for vultures, condors, and eagles; a herpetarium for reptiles, with heating and air conditioning; a house for insects; *exotarium*, *tropicarium*, a facility for young animals, and a nursery.

While this thesis was delivered to the water institution's library, the ancient basin was already inhabited

by some of these animal species, which adapted to the semi-desert ground conditions, feeding on *Distichlis spicata* grass. They ate each other according to the laws of the food chain, living outdoors, hiding in holes dug in the muddy soil. They rested behind rocks, grouping or driving each other away according to the impulses of collaboration or competition.

If the missing species arrived together in an arch, stepping down to the salty soil and running free among the other animals, they would perish, crushed by the native species or by their colleagues, or they would be wiped out by the predators stalking the air and the ground. In certain cases, some animals would survive and hide from the rest, or develop a synergy with other species, spawning new and unexpected ecosystems. If a human stepped down from that arch like just another animal, he would die of thirst, hunger, fear, and heat.

"ZOOPOLIS," a project that never materialized, proposed the partition of the lake land according to a species hierarchy, organized around a human spectator: this spectator does not want to contemplate the

slow and sometimes brutal course of animal interactions. He doesn't want to see how the dry air and the sunlight transform their habits, nor to identify with the animal species. On the contrary, the zoo is designed as a panopticon where the human confirms he's different, has control over the animals, and can observe them and understand them from the distance of a glass or a cage.



Bibliography

References, documents, accounts, conversations

Aguilar, Gloria. "México, ciudad futura, proyecto sustentable, ¿para cuántos?" *Quadratin*. November 29, 2013. <https://bit.ly/2GjXLnq> (accessed on April 2, 2016).

Alatorre, Adriana and Víctor Fuentes. "Gobierno federal planea paraíso ecológico en lago de Texcoco." *terra*. September 12, 2012. <https://bit.ly/2GfQp3s> (accessed on April 2, 2016).

Almazán Hernández, Gregorio. "Obras hidráulicas." *todotexcoco.com*. June 23, 2015. <https://bit.ly/2DceVRY> (accessed on March 27, 2016).

Almomento Noticias. "Realizan limpieza general en el Lago del Bosque de Tláhuac." *Almomento Noticias*. May 10, 2014. <https://bit.ly/2UWmLJC> (accessed on July 10, 2015).

ANTAC New Agency. "No somos invasores, afirman habitantes de Hidalgo y Carrizo." <https://bit.ly/2uZJKVH> (accessed on April 18, 2016).

Appadurai, Arjun. "Introduction: Commodities and the Politics of Value." In *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, ed. Arjun Appadurai, 3-59. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

Arena Pública. "Texcoco y la compra silenciosa de predios." *Dinero en imagen*. February 4, 2014. <https://bit.ly/1kL5VCu> (accessed on June 13, 2015).

Augé, Marc. *Los no lugares: una antropología de la sobremodernidad*. Trans. Margarita Mizraji. Barcelona: Gedisa, 2000.

Barrera Aguirre, Juan Manuel. "Desalojan a 400 por invadir predios en Texcoco." *El Universal*. November 24, 2012. <https://bit.ly/2lvkXAP> (accessed on April 18, 2016).

Barrera Aguirre, Juan Manuel. "San Salvador Atenco, en defensa de la tierra." *El Universal*. September 2, 2014. <https://bit.ly/2Ug0Clc> (accessed on June 13, 2015).

Barthes, Roland. *Fragments de un discurso amoroso*. Trans. Eduardo Molina. Mexico City: Siglo XXI, 1993.

BBC Mundo. "¿Cómo se secó el Poopó, el segundo lago más grande de Bolivia?" *BBC Mundo*. December 23, 2015. <https://bbc.in/1O9QK6p> (accessed on January 31, 2017).

Becerril, Andrea and Patricia Muñoz. "Sensacional, que el GDF presente controversia, dice Pedro Cerisola." *La Jornada*, October 25, 2001.

Becerril, Jorge. "Manifestantes bloquean Bucareli." *milenio.com*. May

6, 2014. <https://bit.ly/2GiY2qO> (accessed on April 18, 2016).

Benjamin, Walter. Obra de los pasajes. Vol. 1, in *Obras, Libro V*, Trans. Juan Barba. Madrid: Abada, 2013.

Benjamin, Walter. *Tesis de filosofía de la historia y otros fragmentos*. Trans. Bolívar Echeverría. UACM, Mexico City: Ítaca, 2008.

Benjamin, Walter. "The Translator's Task." Trans. Stephen Rendall. *TTR: traduction, terminologie, rédaction* 10, no. 2 (1997): 151-165.

Bennett, Tony. "Introduction" in *The Birth of the Museum*, 1-13. New York: Routledge, 1995.

Borgdorff, Henk. *El debate sobre la investigación en las artes*. Amsterdam: Amsterdam School of the Arts.

Bose, Shumi. "Entrevista a Alberto Kalach: 'Nuestros proyectos intentan crear un diálogo inteligente con la naturaleza'." *The Guardian*. November 13, 2015. <https://bit.ly/2lv7Gbm> (accessed on June 27, 2016).

Campos, Gerardo. "Se deslindan antorchistas de desalojo de mil familias." *El Occidental*. April 28, 2012. <https://bit.ly/2IqVN6k> (accessed on April 18, 2016).

Cano, Juan Carlos. "El lago de Texcoco." *Letras libres*. September 1, 2011. <https://bit.ly/2G7bX1Y> (accessed on May 25, 2016).

Carrillo, Nabor. *El hundimiento de la Ciudad de México, proyecto Texcoco*. Mexico City: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1969.

Casell, Dana K, Robert C Salinas and Peter A.S. Winn. *The Encyclopaedia of Death and Dying*. New York: Facts on File, 2005.

Centro de Instrumentación y Registro Sísmico. "El sismo del 19 de Septiembre de 1985." *cires*. <https://bit.ly/1iXTAz8> (accessed on April 18, 2016).

Centro Nacional de Memoria Histórica. *Ausencias que interpelan*. <https://bit.ly/2VExBkM> (accessed on March 24, 2016).

Centro Nacional de Memoria Histórica. *Textos corporales de la crueldad. Memoria histórica y antropología forense*. 19-28. Bogota: CNMH, 2014.

Chakrabarty, Dipesh and Bernd M. Scherer. "Interview. The Anthropocene Project. An Opening." *Youtube*. January 29, 2013. <https://bit.ly/2X4tKh6> (accessed on April 10, 2016).

Chávez González, Silvia and René Ramón. "Huye subprocurador de Justicia de Texcoco de reunión con vecinos de San Salvador Atenco." *La Jornada*. January 6, 2002.

Comisión del Lago de Texcoco. *Plan Lago de Texcoco*. Mexico City: Secretaría de Recursos Hidráulicos, 1975.

Comisión del Lago de Texcoco. *Proyecto Texcoco*. Mexico City: Secretaría de Agricultura y Recursos Hídricos, 1983.

Comisión del Lago de Texcoco. *Regeneración del Valle de México*. Mexico City: Secretaría de Recursos Hídricos, 1976.

Comisión Nacional del Agua. *Proyecto Lago de Texcoco. Rescate Hidroecológico.* Mexico City: Conagua, 2005.

Comisión Nacional del Agua. *Se perforarán dos pozos exploratorios más, en la búsqueda de otro acuífero para el Valle de México.* Press bulletin, Conagua, Mexico City: Conagua, 2013.

Comisión Nacional del Agua. *Semblanza Histórica del Agua en México.* Mexico City: Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, 2009.

Congreso de los Estados Unidos Mexicanos. *Ley federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricos.* Mexico City: Estados Unidos Mexicanos. Presidencia de la República, 1972.

Contrapapel.mx. "Otorgará la Conagua predio para reubicar a desalojados de Hidalgo y Carrizo." April 6, 2015. <https://bit.ly/2D5I4hV> (accessed on April 18, 2016).

Contreras, Cintya. "El Bordo Poniente causa miocarditis, vómitos, cáncer." *Excelsior.* April 19, 2016. <https://bit.ly/2DdSMCU> (accessed on May 10, 2016).

Coolidge, Matthew. *The Center for Land Use Interpretation.* 1994. <http://clui.org/> (accessed on February 2, 2015).

Cortés, Hernán. "Segunda carta de relación de Hernán Cortés al Emperador Carlos V." *Cartas de Relación.* <https://bit.ly/1RDvQdt> (accessed on September 10, 2015).

De Micheli, Mario. ed. *Las vanguardias artísticas del siglo XX.* Trans. Ángel Sánchez-Gijón and Pepa Linares. Madrid: Alianza, 2000.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil Mesetas.* Trans. José Vázquez Pérez. Valencia: Pre-Textos, 2008.

Delgado, Diana. "Desplazados. El terremoto de 1985 los 'desterró'." *El Universal.* September 17, 2015. <https://bit.ly/1QIt3RS> (accessed on April 18, 2016).

Didi-Huberman, Georges.

"Atlas. Entrevista con Georges Didi-Huberman." *youtube.com*. December 21, 2010. <https://bit.ly/2KBgcZ8> (accessed on March 9, 2016).

Diederichsen, Diedrich.

"Animation, De-reification, and the New Charm of the Inanimate." *e-flux journal*, no. 36 (July 2012).

Silly Symphonies. Flowers and Trees. Directed by Walt Disney. 1932.

Echeverría, Iñiqui. *Parque*

Ecológico Lago de Texcoco. <http://www.parquetexcoco.com/> (accessed on April 2, 2016).

Edgeworth, Matt. "Follow the Cut, Follow the Rhythm, Follow the Material." *Norwegian Archaeological Review* 45, no. 1 (2012): 76-92.

Edgeworth, Matt. "On the Agency of Rivers." *Archaeological Dialogues* 21, no. 2 (2014): 157-159.

Elpaís.com.co. "En imágenes: así fue el terremoto que azotó a México en 1985." *Elpaís.com.co*. September 17, 2015. (accessed on April 18, 2016).

Encyclopaedias and Dictionaries. Vol. 18, in *Encyclopaedia Britannica*. 2003.

Escalante Pliego, Patricia. "Aves y aviones, incompatibles." *Animal político*. October 7, 2014. <https://bit.ly/1CY2DVx> (accessed on April 18, 2016).

Escobar, Arturo. *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA, 2014.

Espinoza Pineda, Gabriel.

El embrujo del lago: el sistema lacustre de la Cuenca de México en la cosmovisión mexicana. Mexico City: Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, 1996.

Excelsior. "Se incendió fábrica de harina en la Delegación Cuauhtémoc." *Excelsior*. December 5, 2014. <https://bit.ly/2VHT9wH> (accessed on June 27, 2015).

Fernández Polanco, Aurora.

"Escribir desde el montaje: otra forma de exponer." In *Investigación artística y universidad: materiales para un debate*, ed. Selina Blasco, 105-116. Madrid: Ediciones Asimétricas, 2013.

Fernández, Emilio. "Exigen compensación por daños en vialidades de Texcoco." *El Universal*. April 5, 2016. <https://bit.ly/1qtqUlx> (accessed on April 6, 2016).

Fernández, Emilio. "Nunca olvidaremos cómo nos sacaron, casi a patadas." *El Universal*. May 11, 2012. <https://bit.ly/2VEyrxW> (accessed on April 18, 2016).

Fiske, Tina y Giorgia Bottinelli. "Mark Dion. Tate Thames Dig 1999." *Tate*. February 2002. <https://bit.ly/2VEyZnu> (accessed on March 11, 2016).

Foucault, Michel. "Des espaces autres." *Architecture, Mouvement, Continuité*, no. 5 (October 1984).

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Trans. Alberto González Troyano. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992.

Foucault, Michel. *El pensamiento del afuera*. Trans. Manuel Arranz. Valencia: Pre-Textos, 2014.

Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Trans. Aurelio Garzón del Camino. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

Foucault, Michel. "La prosa del mundo." In *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, Trans. Elsa Cecilia Frost. Buenos Aires: Siglo XXI, 1968.

Franke, Anselm. "Animism: Notes on an Exhibition." *e-flux journal*, no. 36 (July 2012).

Freud, Sigmund. "Animism, Magic and the Omnipotence of Thought." In *Totem and Taboo*, 124. New York: Moffat, Yard, and Company, 1918.

Gándara Vásquez, Manuel, interviewed by Adriana Salazar. (March 11, 2016).

García, Dora. "Más mística que racionalista, alcanza verdades que la lógica no puede alcanzar." En *En torno a la investigación artística. Pensar y enseñar arte: entre la práctica y la especulación teórica*, by Brown et al., Trans. Miguel Martínez-Lage, 59-65. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, 2010.

García Hernández, Juan Luis. "Cinco ejidatarios de Atenco ponen en vilo al NAICM: la SCT usurpó 200 hectáreas, acusan." *sinembargo*.

mx. March 8, 2016. <https://bit.ly/1Sx9jnx> (accessed on March 10, 2016).

García Hernández, Juan Luis. "La crisis deja sin alas al Nuevo Aeropuerto de la CdMx: no se puede pagar, dicen diputados." *sinembargo.mx*. March 7, 2016. <https://bit.ly/1nr6qYn> (accessed on March 10, 2016).

Garuba, Harry. "On Animism, Modernity/Colonialism, and the African Order of Knowledge: Provisional Reflections." *eflux journal*. July 2012. (Accessed on May 1, 2016).

GeoComunes. *geocomunes*. <http://geocomunes.org/> (accessed on February 6, 2017).

Gibbs, Anna. "Fictocriticism, Affect, Mimesis: Engendering Differences." Ed. Nigel Krauth and Tess Brady. *Text (The University of Western Sydney)* 9, no. 1 (April 2005).

Gioni, Massimiliano. "Il Palazzo Enciclopedico (The Encyclopedic Palace)." *Universes in Universe*. <https://bit.ly/2UQWSel> (accessed on March 22, 2016).

Gioni, Massimiliano. "Massimiliano Gioni On The Encyclopedic Palace." *Youtube*. com. June 1, 2013. <https://bit.ly/2Z5cB8N> (accessed on March 20, 2016).

gob.mx. "La Conagua entrega en concesión el Parque Ecológico Lago de Texcoco para resguardo municipal." *gob.mx*. April 5, 2016. <https://bit.ly/2GjARN8> (accessed on April 6, 2016).

Gómez Gerardo, Víctor. "Historia de la Tecnología y molinos de trigo." *Universidad Pedagógica Nacional*. April 25, 2011. <https://bit.ly/2KG9dyi> (accessed on June 29, 2015).

Viento negro (Black Wind).
Directed by **Servando González**.
1995.

González de León, Teodoro, Alejandro Rosas Robles, Alberto Kalach and Gabriel Quadri de la Torre. *La ciudad y sus lagos*. Mexico City: Clío, 1998.

González-Ruibal, Alfredo.

"Archaeology of the contemporary past." In *Encyclopedia of Global Archaeology*, ed. Claire Smith, 1683-1694. New York: Springer, 2014.

Gopnik, Adam. "In the Memory

Ward: The Warburg is Britain's most eccentric and original library. Can it survive?" *The New Yorker*.

March 16, 2015. <https://bit.ly/1Boc7co> (accessed on March 18, 2015).

Grande, Helena. "Exposición de la investigación artística: una aproximación al Journal for Artistic Research y el Research Catalogue." In *Investigación artística y universidad: materiales para un debate*, ed. Selina Blasco, 87-104. Madrid: Ediciones Asimétricas, 2013.

Graves-Brown, Paul and John Schofield. "The filth and the fury: 6 Denmark Street (London) and the Sex Pistols." *Antiquity* 85, no. 330 (2011): 1385-1401.

Groys, Boris. "On Art Activism." *e-flux*. June 2014. <https://bit.ly/1LHXcK> (accessed on June 22, 2015).

Guzmán Roque, Sharenni and Víctor Espinosa. "El lago que se filtró por 7 grietas." *El Universal*. June 1, 2012. <https://bit.ly/2v-4vL0E> (accessed on July 10, 2015).

Haraway, Donna J. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective." *Feminist Studies* 14, no. 3 (Autum 1988): 575-599.

Haraway, Donna J. *Staying with the Trouble. Making Kin in the Chthulucene*. Durham: Duke University Press, 2016.

Harrison, Rodney and John Schofield. "Archaeo-ethnography, auto-archaeology: Introducing archaeologies of the contemporary past." *Archaeologies* 2, no. 5 (2009): 185-209.

Haus der Kulturen del Welt. *The Anthropocene Project*. 2013-2014. <https://bit.ly/2jRLN85> (accessed on June 20, 2015).

Hernández, Eduardo. "Controlan bomberos incendio en fábrica de Lerdo y Vallejo." *El Universal*. December 5, 2014. <https://bit.ly/1yZN2Ed> (accessed on June 27, 2015).

Hodler, Timothy and Nick Sousanis. "Thinking Through Images: An Interview with Nick Sousanis." *The Paris Review*. July 20, 2015. <https://bit.ly/1LDnhzN> (accessed on July 29, 2015).

Iregui, Jaime. "Monumentos Privados." *jaime iregui | archivo*. May 16, 2007. <https://bit.ly/2G1-RxUq> (accessed on February 10, 2017).

Kalach, Alberto. *Ciudad Futura*. <https://bit.ly/2UB2OsH> (accessed on April 2, 2016).

Kaufmann, Therese. "Arte y conocimiento: rudimentos para una perspectiva descolonial." *eipcp: european institute for progressive cultural policies*. March 2011. <https://bit.ly/2G8QSV1> (accessed on April 5, 2015).

Kopytoff, Igor. "The Cultural Biography of Things." In *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, ed. Arjun Appadurai, 64-91. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

Lagunes Gasca, Ricardo A. "Nuevo aeropuerto: despojo y ecocidio." *La Jornada*. October 1, 2016. <https://bit.ly/2dOBEZz> (accessed on October 26, 2016).

Lakepedia. *Lakepedia*. <http://www.lakepedia.com/> (accessed on January 31, 2017).

Latour, Bruno. "Anthropology at the Time of the Anthropocene - a personal view of what is to be studied." *Distinguished Lecture*. Washington: American Association of Anthropologists, 2014.

Latour, Bruno. "Crisis." In *Nunca fuimos modernos*, Trans. Víctor Goldstein. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

Latour, Bruno. "On Technical Mediation: Philosophy, Sociology, Genealogy." *Common Knowledge* 3, no. 2 (Autum 1994): 29.

Lueghe Tamargo, José Luis. "Desaparición de la ZFLT." *El Universal*. August 28, 2016. <https://bit.ly/2bu31s5> (accessed on August 29, 2016).

Luegue Tamargo, José Luis. "NAICM: el gran engaño." *El Universal*. March 7, 2016. <https://bit.ly/2Za9OLu> (accessed on March 10, 2016).

Macías, Luis Francisco. "El arquitecto se mató al caer su aeronave." *La prensa*. November 4, 2016. <https://bit.ly/2ZaiccG> (accessed on February 9, 2017).

Maerker, Denise. "Bitácora de vuelo, reportaje especial sobre el NAICM." *youtube.com*. May 30, 2016. <https://bit.ly/1UbdZQD> (accessed on June 17, 2016).

Martínez, Chus and Matt Edgeworth. "A Report. A Matter Theater: Archaeology and Aesthetics." *youtube.com*. October 31, 2014. <https://bit.ly/2X7AaMI> (accessed on June 19, 2016).

Martínez Elorriaga, Ernesto. "Seco, 20 por ciento del lago de Cuitzeo." *La Jornada*, March 2017: 28.

Martínez Galván, Jorge, Manuel Moreno and David Robichaux. "Los cerros ausentes." *Cátedra Angel Palerm*. Mexico City: Universidad Iberoamericana, 2017.

Medina, Cuauhtémoc and Christopher Michael Fraga. *Manifesta 9. The Deep of the Modern. A Subcyclopaedia*. Genk, 2012.

Melitopoulos, Angela and Maurizio Lazzarato. "Machinic Animism." <https://bit.ly/2P7cXr9> (accessed on June 1, 2014).

Méndez, Ernesto. "Bordo Poniente: el hedor domina el oriente del DF." *Excelsior*. March 5, 2013. <https://bit.ly/QOgytZ> (accessed on May 10, 2016).

Mischke, Dennis. "Othering Otherness. Stephen Muecke's Fictocriticism and the Cosmopolitan Vision." *academia.edu*. <https://bit.ly/2IBcKLF> (accessed on April 2, 2016).

Monitor Económico de Baja California. "Piden considerar impacto social y económico durante construcción del NAICM." *Monitor Económico de Baja California*. April 8, 2016. <https://bit.ly/2X7AdI1> (accessed on April 9, 2016).

Monitoreo de Medios. "Contará DF con dos nuevos pozos profundos de agua." *Agencia de gestión urbana de la Ciudad de México*. March 16, 2015. <https://bit.ly/1GJtF6s> (accessed on July 11, 2015).

Muecke, Stephen. "The Fall: Fictocritical Writing." *Parallax* 8, no. 4 (2002): 108-112.

Nájar, Alberto. "El lago mexicano que se tragó la tierra." *BBC Mundo*. June 8, 2012. <https://bbc.in/2IzQHEK> (accessed on July 10, 2015).

Noticieros Televisa. "Incendio consume fábrica de harina en el DF" *Noticieros Televisa*. December 5, 2014. <https://bit.ly/2IzQWzE> (accessed on June 27, 2015).

Notimex. "Pérdida de lagos ocasiona aumento de temperatura en la CDMX." *Noticias MVS*. March 8, 2016. <https://bit.ly/2Db6QNA> (accessed on March 27, 2016).

Nuevo Aeropuerto MX. "Avances de Barda y Caminos Perimetrales June." *youtube.com*. June 10, 2016. <https://bit.ly/2Ku10wH> (accessed on January 28, 2017).

Nuevo Aeropuerto MX. "Liebre Cola Negra." *youtube.com*. June 20, 2016. <https://bit.ly/2GjujxU> (accessed on June 21, 2016).

Olivera Lozano, Guillermo. "La reforma al artículo 27 constitucional y la incorporación de las tierras ejidales al mercado legal de suelo urbano en México." *Scripta Nova* 9, no. 194 (August 2005).

Padget, Humberto. "Antorcha: la máquina de extorsión del PRI." *sinembargo.mx*. April 21, 2014. <https://bit.ly/1rh77ij> (accessed on January 29, 2017).

Padró, Carla. "Retos de la museología crítica desde la pedagogía crítica y otras intersecciones." *Dossier (Universidad de Barcelona)*, no. 4 (2011): 102-114.

Pamuk, Orhan. "Orhan Pamuk's Objectomania." *Bidoun.org*. <https://bit.ly/2Z7LYD8> (accessed on March 22, 2016).

Pamuk, Orhan. *Me llamo rojo*. Trans. Rafael Carpintero. Buenos Aires: Alfaguara, 2006.

Páramo, Arturo. "Sismo 85: el temblor que despertó a la ciudad." *Excelsior*. September 16, 2015. <https://bit.ly/2UfRZXY> (accessed on April 18, 2016).

Parsons, Jeffrey R. and Luis Morett A. *Reconocimiento arqueológico del lago de Texcoco, México: Informe preliminar de la temporada de 2003*. Museo Nacional de Agricultura, Texcoco: Universidad Autónoma de Chapingo, 2004.

Pastrana, Daniela. "Aeropuerto en Texcoco: contra todo y contra todos." *La Jornada*, June 24, 2001.

Perec, Georges. *Espèces d'espaces*. Paris: Galilée, 2000.

Perec, Georges. *Tentativa de agotamiento de un lugar parisino*. Trans. Maurici Pla. Barcelona: Gustavo Gili, 2014.

Pérez Barrera, Ignacio. *Balneario Termal en el Lago de Texcoco*. Thesis, Mexico City: UNAM, 1985.

Pérez U., Matilde. "Anuncian expropiación de 5 millones de hectáreas." *La Jornada*, October 23, 2001.

Periódico Supremo. "Exigen familias desalojadas de predio 'Hidalgo y Carrizo' ser reubicadas a tres años de su desalojo." March 9, 2015. <https://bit.ly/2Paba4E> (accessed on April 18, 2016).

Povinelli, A. Elizabeth. "Do Rocks Listen? The Cultural Politics of Apprehending Australian Aboriginal Labor." *American Anthropologist, New Series* 97, no. 3 (September 1995): 505-518.

Povinelli, A. Elizabeth. "The Anthropocene Project. A Report. A Matter Theater: The Fog of Meaning in a Voiceless Demos." *youtube.com*. October 24, 2014. <https://bit.ly/2D7810j> (accessed on April 6, 2016).

Povinelli, A. Elizabeth. "The Anthropocene Project. An Opening." *youtube.com*. January 20, 2013. <https://bit.ly/1lWWoXt> (accessed on March 4, 2016).

Purvis, Katherine, and Catalin Trif. "The lakes of the world are disappearing – in pictures." *The Guardian*. December 9, 2016. <https://bit.ly/2hcoQug> (accessed on January 31, 2017).

Qobilov, Rustam. "Cómo la industria soviética del algodón se bebió un mar entero." *BBC Mundo*. February 25, 2015. <https://bbc.in/2P97m3f> (accessed on January 31, 2017).

Quintanar Reyna, Erik. *Zoópolis. Parque Zoológico Ecológico Texcoco*. Tesis, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1996.

Radiografía Informativa. "Más de 1,000 familias desplazadas por la CONAGUA marcharán desde Texcoco hasta el DF para exigir justicia." March 8, April. <https://bit.ly/2KuGRql> (accessed on April 18, 2016).

Ramírez, Bertha Teresa. "Torre de perforación para extraer agua en DF, dañina al medio ambiente: experta." *La Jornada*. February 1, 2015. <https://bit.ly/2luF6XI> (accessed on July 11, 2015).

Ramírez H., Víctor Hugo. "Chimalhuacán apoyará desalojados de Hidalgo y Carrizo." *Alianzatex*. May 11, 2012. <https://bit.ly/2UeaGuQ> (accessed on April 18, 2016).

Ramón, René. "Ejidatarios de Atenco pedirán a Fox debate público." *La Jornada*, February 3, 2002.

Ramonetti, Ariadna, entrevistada por Adriana Salazar. (March 24, 2016).

Restrepo, Iván. "El fin de un proyecto ejemplar." *La Jornada*. September 12, 2016. <https://bit.ly/2cHuXVt> (accessed on September 14, 2016).

Rivera, José Eustasio. *La Vorágine*. Mexico City: Tono, 2009.

Rojas, Paola. "Desalojo en Texcoco por riesgo a inundación: Conagua." *radioformula.com.mx*. April 27, 2012. <https://bit.ly/2UUm83s> (accessed on April 18, 2016).

Román, José Antonio. "Sistemática política de despojo territorial en Edomex, denuncia ONG." *La Jornada*. December 9, 2015. <https://bit.ly/1jOKZ1z> (accessed on July 1, 2016).

Romero Sánchez, Gabriela.

"Grave, el problema del agua en el DF, afirma Federico Mooser." *La Jornada*. February 9, 2015. <https://bit.ly/2P6wVID> (accessed on July 11, 2015).

Romero Sánchez, Gabriela.

"Pemex excavará pozos profundos en busca de agua para la ciudad." *La Jornada*. February 1, 2015. <https://bit.ly/2GkNk3b> (accessed on July 11, 2015).

Royer, Hugo. "ciudad futura. lago de texcoco ." *youtube.com*. April 27, 2012. (accessed on April 2, 2016).

Sadr Haghghighian, Natascha.

"Deshacer lo investigado." In *En torno a la investigación artística. Pensar y enseñar arte: entre la práctica y la especulación teórica*, by Brown et al., Trans. Miguel Martínez-Lage, 29-43. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, 2010.

Salinas Cesáreo, Javier and René Ramón Alvares. "Cavarán en San Salvador Atenco zanja de un kilómetro." *La Jornada*, January 3, 2002.

Salinas Cesáreo, Javier and René

Ramón Alvares. "Desalojo de reserva federal en Texcoco deja 10 heridos." *La Jornada*. November 25, 2012. <https://bit.ly/2UeNCME> (accessed on April 18, 2016).

Salinas Cesáreo, Javier.

"Pobladores de Atenco presentan queja ante CNDH por NAICM." *La Jornada*. June 19, 2016. <https://bit.ly/1tDmj23> (accessed on June 19, 2016).

Sánchez, Mayela. "El NAICM: un sueño inmobiliario largamente preparado." *sinembargo.mx*. May 20, 2015. <https://bit.ly/1EjkiVu> (accessed on April 18, 2016).

Sánchez, Sonia Hiedra.

"Legisladores dan resultado del Proyecto Rescate del Lago de Texcoco." *asisucede.com*. March 21, 2016. <https://bit.ly/2P6JIVj> (accessed on March 26, 2016).

Sanciprián, Alex. "El rostro de la pobreza endereza la voz y pide justicia, en el campamento Hidalgo y Carrizo." *Reporteros en movimiento*. March 9, 2015. <https://bit.ly/2DchRxY> (accessed on April 18, 2016).

Sander, Hans-Jörg. "Nuevos estímulos de planeación en la zona metropolitana del DF." In *México y sus perspectivas para el siglo XXI*, by Barbara Klauke, 267-276. Münster: Lit, 2000.

Sanford, Melissa. "The Salt Of the Earth Sculpture; Debating Intervention As Nature Does Its Work." *The New York Times*, January 2004.

Santoyo Villa, Enrique, Efraín Ovando Shelley, Federico Mooser and Elvira León Plata. *Síntesis Geotécnica de la cuenca del Valle de México*. Mexico City: TGC Geotecnia, 2005.

Sicilia, Fabián and Jean Robert. "Contra el mega-aeropuerto." *Proceso*. January 19, 2015. <https://bit.ly/2P3T1Fi> (accessed on April 18, 2016).

Silva, Natasha R. and Ángel Plascencia. "Dos megaciudades, una crisis." *El País*. March 22, 2016. <https://bit.ly/2v3hu4E> (accessed on March 27, 2016).

Smithson, Robert. *Robert Smithson: The Collected Writings*. Ed. Jack Flam. Los Angeles: University of California Press, 1996.

Sousanis, Nick, Steve Dahlberg and Mary Alice Long. *Artist Nick Sousanis on the Power of Visuals (& Comics) on Learning & Creativity*. June 16, 2015. <https://bit.ly/2U-YwqQc> (accessed on August 19, 2015).

Solís Castro, Raúl, interviewed by Adriana Salazar. (August 20, 2015).

Soto, Pedro, interviewed by Adriana Salazar. (July 16, 2015).

Steinhauer, Jillian. "Curating the Traces Left by Undocumented Migrants." *Hyperallergic*. March 4, 2013. <https://bit.ly/2Ky6HKp> (accessed on February 6, 2017).

Steyerl, Hito. "¿Una estética de la resistencia? La investigación artística como disciplina y conflicto." *eipcp: european institute for progressive cultural policies*. Ed. Marta Malo de Molina. January 2010. <https://bit.ly/2Iv12So> (accessed on December 3, 2014).

Stalker. Directed by Andrei Tarvkovsky. 1979.

Taussig, Michael. "Dying is an Art Like Everything Else." *Critical Inquiry*, no. 28 (2001): 305-316.

Taussig, Michael. *My Cocaine Museum*. Chicago: The University of Chicago Press, 2004.

Taussig, Michael. "Fetishism and Dialectical Deconstruction." In *The Devil and the Commodity. Fetishism in South America*, 2-11. The University of North Carolina Press, 2010.

Taussig, Michael. "The Stories Things Tell And Why They Tell Them." *e-flux journal*, no. 36 (July 2012).

Taussig, Michael and Bernd M. Scherer. "The Anthropocene Project. An Opening." *youtube.com*. January 29, 2013. <https://bit.ly/2X141pM> (accessed on March 30, 2016).

Temblores en México. "Sismo del 85." <https://bit.ly/2cPaTCK> (accessed on April 19, 2016).

Teorema Ambiental. "Proyecto Ambiental Nuevo Texcoco México." *Teorema ambiental*. February 2002. <https://bit.ly/2IuLJcp> (accessed on June 13, 2015).

Thibault, Harold. "China's largest freshwater lake dries up". *The Guardian*. January 31, 2012. <https://bit.ly/2P6DlBg> (accessed on January 31, 2017).

Thorne, Sam and Patricia Thomson. "Ethnography in the art museum." *Tate.org*. November 12, 2015. <https://bit.ly/2IzS46m> (accessed on March 20, 2016).

todotexcoco.com. "Anuncian entrega de predios a integrantes de Hidalgo y Carrizo". April 20, 2015. <https://bit.ly/2Kv3tXS> (accessed on April 18, 2016).

todotexcoco.com. "Desplazados de Hidalgo y Carrizo conmemoran el tercer aniversario del desalojo que sufrieron en 2012". April 28, 2015. <https://bit.ly/2G1SWdE> (accessed on April 18, 2016).

Torrente, Virginia and Pablo Martín Pascual. *Estación experimental: investigaciones y fenómenos*

artísticos. Madrid: Centro de Arte Dos de Mayo, 2012.

UNEP. "Lake Chad: almost gone." [unep.org](https://bit.ly/1ss-RWmu). 2008. <https://bit.ly/1ss-RWmu> (accessed on January 31, 2017).

Villamil, Jenaro. "El gran negocio del Grupo Atlacomulco." *Proceso*, no. 1975 (September 2014): 6-11.

Warman, Arturo. "La reforma agraria mexicana, una visión de largo plazo." *Food and Agriculture Organization of the United Nations*. 2003. <https://bit.ly/1Vbe7Bu> (accessed on April 30, 2016).

Weizman, Eyal and Bernd M. Scherer. "Forensis. The Architecture of Public Truth." *youtube.com*. March 25, 2014. <https://bit.ly/2Ue3vTB> (accessed on June 20, 2016).

Weizman, Eyal. *Forensic Architecture*. 2011. <https://bit.ly/1lQhRTq> (accessed on March 31, 2016).

Western Hemisphere Shorebird Reserve Network. *Lago Texcoco*. <https://bit.ly/31LPvV8> (accessed on April 18, 2016).

About the author

Adriana Salazar (1980 -)

IG. @adrianasalazarvelez

www.adrianasalazar.net

Colombian visual artist, writer, and researcher Adriana Salazar currently lives in Mexico City. Her work strides across diverse fields and strains of knowledge, testing the limits of certain binaries: the living and the inanimate, the artificial and the natural, theory and practice. While debunking these divisions, Salazar has developed an interest for writing as a strategy to capture realities which are simultaneously conceptual and material. She holds a Ph.D. in Art and Design from the National Autonomous University of Mexico (UNAM), and a Master's Degree in Philosophy from the Pontifical Xavierian University in Bogota. She majored in Fine Arts at Jorge Tadeo Lozano University in Bogota.

Salazar has showcased her artistic projects in settings such as the Passerelle Contemporary Art Center (France), the Kunstmuseum

Heidenheim (Germany), CA2M (Spain), Havremagasinet (Sweden), the Pratt Institute (U.S.), and muca-Roma (Mexico City). She has participated in the New Media Triennial (Beijing, 2014) and the California-Pacific Triennial (U.S., 2013), among other events. She has been granted artistic residences in places such as Grand Central Art Center in the U.S., Akiyoshidai International Art Village in Japan, Nordik Artists' Center in Norway, and the Royal Hibernian Academy in Ireland. Her work is featured in collections such as MARCO (Mexico), UCR ArtsBlock (California), and the Central Bank (Colombia). Adriana Salazar has been a professor in the Visual Arts programs of both the Pontifical Xavierian University and Jorge Tadeo Lozano University in Bogota. She has also collaborated in academic and artistic publications such as Islario (Mexico), Errata# (Colombia) and OAR (Oxford University).





Lake Texcoco:
Encyclopedia of Things Living and Dead
by Adriana Salazar Vélez

Printed in Mexico in September, 2019
at Offset Rebosan S.A. of C.V.
Acueducto 115. San Lorenzo Huipulco, Tlapan.

Text is set in Adobe Garamond Pro (Claude Garamond),
titling in Caslon Antique (Berne Nadall), and ornaments
in Bodoni Ornaments (Giambattista Bodoni).

Copy Editor: Pitzilein Books team.
This project was supported by
Fundación Jumex Arte Contemporáneo and
the Ministry of Culture of the Republic of Colombia.

allthingslivingallthingsdead.com

* FUNDACIÓN JUMEX
ARTE CONTEMPORÁNEO



La cultura
es de todos

Mincultura

Please insert

On October 28, 2018, the public consultation mandated by Mexico's president elect Andrés Manuel López Obrador ended and the ballot boxes closed. Throughout the country, hundreds of makeshift ballot boxes had been set up in street corners, garages, and metro stations. When added up, the votes determined the suspension of the airport project already underway in Lake Texcoco land: the New Mexico City International Airport (NAIM). The effectiveness of the consultation was guaranteed by presidential decree. Meanwhile, the lines in the present text were scratched, spun, and stretched in the acrobatics of proofreading. On June 6, 2019, while the pages of this edition of *Lake Texcoco: Encyclopedia of Things Living and Dead* were about to be ready for print, a state of Mexico court revoked the abovementioned cancelation decree: 146 claims by disagreeing citizens piled on the desk of the judge in charge, perhaps overflowing the desktop's surface. In the lake land, the airport works, which in previous months had chipped off swiftly the tops of surrounding hills and sucked water out of the neighboring Nabor Carrillo Reservoir, remained the object of dispute. They are sitting there, idle, while this encyclopedia becomes a book.

A.S.

LAKE Texcoco:
Encyclopedia
of Things
Living and Dead



Adriana Salazar Vélez

